LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO



EN ESTE NUMERO:

VALLE NEGRO

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de HUGO WAST

Con fotografías de la película interpretada por MARIA DUVAL

GRATIS

PIDA ESTE LIBRO

SU PORVENIR ASEGURADO

GUIA DE ENSEÑANZA

Escuelas Latino Americanas



● HOY MISMO mándenos su nombre y dirección y a vuelta de correo recibirá usted, GRATIS Y SIN COMPROMISO, la última edición de la "GUIA DE ENSEÑANZA" - "SU PORVENIR ASEGURADO", un interesante libro de 76 páginas, ampliamente ilustradas, con los detalles completos de los 85 cursos que enseñamos por correo desde el año 1923.

● ES SUFICIENTE saber leer y escribir para poder estudiar en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS cualquier curso Comercial, Técnico o Especial, pues nuestro sistema de enseñanza por correo es perfecto, moderno, individual y de fácil comprensión.

● CON UN GASTO INFIMO podrá usted estudiar en su casa, en sus momentos libres, un curso de verdadera utilidad práctica hasta llegar al final de sus estudios y recibir su Diploma.

● EL PRIMER PASO que Ud. debe hacer es solicitar la GUIA DE ENSEÑANZA", pero hágalo en seguida, HOY MISMO.

OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS

Inscripto como alumno en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS recibirá algunos de los siguientes obsequios:

VELOCIGRAFIA "el nuevo método de escritura rápida". Regalamos el material de estudios y la enseñanza completa de VELOCIGRAFIA. Es suficiente un mes de estudio para poder escribir y leer con rapidez.

RADIO F. M. (Frecuencia Modulada): Una enseñanza superior para los alumnos, inscriptos en el curso de Radio, autorizada especialmente por su inventor, ingeniero Armstrong.

CURSO DE TEJER.

DICCIONARIO 800 páginas y 140.000 palabras con 1.000 grabados. Tamaño 12 por 16 centímetros, lujosamente encuadernado con tapas de tela.

CARNET DEL ESTUDIANTE.

GRATIS

Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA", de 76 páginas ilustradas.

Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección, mencionando esta revista.

LAS MAS ACREDITADAS

ESCUELAS LATINO - AMERICANAS

Señor Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
AVENIDA BOYACA 932 - Buenos Aires
Sírvase enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO, el interesante libro "GUIA DE ENSEÑANZA".
NOMBRE..............................
DOMICILIO..............................
LOCALIDAD..............................
Corte que le interesa
L. 37

PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA.

SECCION COMERCIAL

Empleado de Comercio	$	40
Teneduría de Libros	„	60
Cajero	„	30
Secretario Comercial	„	70
Contador Mercantil	„	70
Técnico en Publicidad	„	70
Jefe de Publicidad	„	120
Empleado de Banco	„	40
Gerente Comercial	„	200
Jefe de Ventas	„	70
Vendedor	„	40

SECCION TECNICA

Ingeniería Mecánica	$	200
Técnico Mecánico	„	80
Técnico Maquinista	„	80
Construcción de Vías y Carreteras	„	80
Topógrafo	„	90
Motores a Explosión	„	80
Motores Diesel	„	80
Técnico Metalúrgico	„	80
Máq. Agrícolas	„	80
Construcciones	„	90
Mecánica de Automóviles	„	80
Técnico en Tornería	„	70
Ingeniero de Electricidad	„	200
Técnico Electricista	„	80
Operador Cinematográfico	„	60
Fotografía Artística	„	70
Bobinajes	„	80
Carpintería y Ebanistería	„	60
Fresador	„	40
Fotograbador - técnico	$	80
Técnico Tornero y Fresador	„	90
Calefacción	„	100
Refrigeración	„	100
Aire acondicionado	„	120
Técnico en Iluminación	„	120

SECCION AVIACION

Mecánico de Aviones	$	80

SECCION RADIO

Técnico en Radio y Televisión	$	70
Técnico en Radio F. M.	„	40

SECCION INDUSTRIAL

Industria Lechera	$	60
Técnico Avicultor	„	60
Perito Enólogo	„	60
Apicultor	„	60
Industria Jabonera	„	60
Técnico Curtidor	„	70

SECCION QUIMICA Y FARMACIA

Técnico Químico	$	80
Químico Industrial	„	110
Dependiente Idóneo de Farmacia (Curso preparatorio)	„	70

SECCION DIBUJO

Artístico	$	60
Mecánico	„	70
Arquitectónico	$	70
Lineal	„	60
De Caricatura e Historietas	„	70
Técnico en Dibujos Animados	„	70

SECCION IDIOMAS

Inglés	$	60
Francés	„	60

SECCION FEMENINA

Corte y Confección	$	30
Confec. Sombreros	„	30
Cocina	„	30
El Arte de Tejer	„	30
Higiene y Belleza	„	30
Labores	„	30

SECCION PREPARATORIA Y ESPECIALES

Bachillerato (cada año)	$	100
Grados (cada grado)	„	70
Periodismo	„	70
Eficiencia General	„	70
Algebra	„	30
Aritmética	„	20
Ortografía	„	20
Velocigrafía (1 mes de estudio)	„	25
Taquigrafía	„	30
Dactilografía	„	30
Matemáticas	„	30
Gramática	„	25
Caligrafía	„	25

$5 POR MES SON SUFICIENTES PARA ESTUDIAR EN LAS

ESCUELAS LATINO - AMERICANAS

AVENIDA BOYACA 932 Buenos Aires

AÑO X - N.º 226
20 de octubre 1943

LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577

Sumario

ESTAMPA CAMPERA — Domadores.

Ilustraciones de: **Mariano Alfonso, Bernabó, Lisa, Valdivia** y **Valencia.** - Historietas de: **Cao, Villafañe, J. Christie M., González Fossat, Tim, Barta, Toonder, etc.** Fotografías y chistes de diversos autores.

En el próximo número:

EL PUEBLO DE LAS CALAMIDADES

TEXTO INTEGRO de la apasionante novela policial de **ELLERY QUEEN**

Y trabajos de:

ANATOLE FRANCE ◆ GUSTAVO ADOLFO BECQUER ◆ ENRIQUE MURGER ◆ ALBERTO GERCHUNOFF ◆ ANDOR GABOR ◆ ARTURO CAPDEVILA ◆ FERNANDEZ MORENO ◆ DELFINA BUNGE DE GALVEZ ◆ ETC.

LEOPLÁN aparece el 3 de noviembre ◆ Treinta centavos en todo el país



EL AMOR

A través de la recia puerta, casi siempre entornada, caía sobre la calle un filo de luz verde. Era como una herida por la que se desangraba el corazón del jardín, su aliento de diamelas y de azahares...

Cuando el teniente Olmos pasaba por la calle Rosario disminuía el vivo ritmo del paso militar, antes de la casa llena de sugestiones para él, cuya arquitectura barroco-andaluza le recordaba a Cádiz blanca y azul, del otro lado del mar y de su esperanza. Quedábanle allí una madre viuda y una prima y novia muy linda, cuyas imágenes cruzaban por su nostalgia, enlutadas y juntas, como dos señoras de romance.

De regreso a Buenos Aires, donde naciera y donde pasara diez años de su infancia, el joven militar padecía una inquietud de desarraigo, una punzante nostalgia de la tierra dorada y cálida de sus mayores.

Muy bien situado junto al virrey, que debía a su padre — ya muerto — inolvidables favores, el joven criollo trataba de adaptarse a la vida simple y monótona de Buenos Aires. Distraíalo un tanto recorrer la ciudad pobre y chata, extendida hasta su río gris, en nada semejante a los ríos azules como acuarelas que él admirara en otros países.

Ninguna casa gustaba más a Olmos que la de la calle Rosario, blanca y señera, con su tejado bermellón donde posaban lentas las palomas de Santo Domingo, con sus rejas y sus alféizares andaluces. Podía imaginar la vida íntima en el patio rociado o en la sala a oscuras. Las horas medidas por el paso de la mulata silenciosa...

La sugestión de aquellas paredes y su fragancia de hogar conmovían mucho al teniente Olmos; aparte de que su semejanza española le recordaba algunas iglesias de Córdoba donde le habían advertido que la arquitectura expresaba algo "propio" del arte americano en la fusión del barroco mudéjar andaluz con los procedimientos de la técnica escultórica calchaquí.

¡Qué rara sentía él a Buenos Aires! ¡Qué triste le parecía "la tierra pobre" asomada a un río turbio, la ciudad cuyo camino olvidaran los nautas delirantes del Alto Perú! ¡Qué difícil encariñarse con una tierra donde hasta los nombres eran ironías: Río de la Plata, Argentina!...

Y en su recuerdo se levantaba fuerte y dominadora la Andalucía de su juventud, la novia con su mantilla de noble luto, la canción del mar crecido, las lunas verdes y estivales, expresivas como una curva femenina o como un alfanje. Aquélla era la tierra de su corazón, la tierra donde su padre desposó a su madre y ambos desearon el hijo.

En cambio, ¡qué águila tan decaída veía en el escudo de Juan de Garay! ¡Qué hambre insaciada de porvenir en los aguiluchos!

Hasta hubiera preferido nacer en el Perú, la tierra prócer de las montañas infinitas y de los ríos caudales...

Pero siempre, su predilección estaba por la tierra ausente, aquella donde el amor maduraba fuego en las vides, donde la felicidad ardía como la horcina de las castañas a la lumbre, o como la llama de la copla, bajo un toldo de parrales, a los pies del Cristo o junto a una reja con luna y mujer.

II

—Teniente Olmos, la situación de las colonias del Río de la Plata no puede ser más insegura; se tambalea, se cae... El poder real es un mito, una carcoma...

Don Baltasar Hidalgo de Cisneros reanudó su paseo brusco, bajo la mirada atónita del joven militar que sólo atinó a balbucir:

—No es posible...

—Es evidente. La insubordinación está en todo, se respira como el aire.

—¿En este pueblo? Si no hace más que dormitar.

Y Lorenzo Olmos, próximo a la ventana, señaló la ciudad con una sonrisa de ironía.

Quemaba el sol de enero; las casas herméticas daban su relámpago caliente desde el albor de los muros encalados...

En la calle pesada de bochorno se oyó un pregón de frutas como otra voz del verano. En San Ignacio cantaron campanas.

El virrey contemplaba también el cuadro blanco y azul de la ciudad; su rostro experimentaba honda inquietud mientras reanudaba el paseo a lo largo del gabinete...

—Teniente Olmos, a usted no lo ha poseído aún el hechizo de esta ciudad, porque apenas la conoce.

El otro sonrió con desdén.

—Bah, Buenos Aires...; un nombre que promete... y no cumple... Río de la Plata... Argentina... ¿No le parece a su excelencia que el arcediano don Martín del Barco Centenera pecó de excesivo y de rumboso al nombrar a su poema: "La Argentina o la Conquista del Río de la Plata"?

El oficial tomó un polvo de rapé de una cajita de plata y comenzó a declamar:

Por descubrir el ser tan olvidado
Del argentino reino, gran Apolo
Envíame del monte consagrado
Ayuda con que pueda aquí sin dolo
Al mundo publicar, en nueva historia
De cosas admirables, la memoria.

Y el teniente Olmos prorrumpió en una carcajada fuerte y alegre, nada a tono con el ambiente oscuro y señoril ni con la gravedad de su excelencia que le puso una mano en el hombro, mirándolo con aire muy serio.

—Lorenzo, por desgracia la situación no se presta a bromas. Es peligrosa y puede resultar decisiva. Este pueblo que a usted lo tiene sin cuidado es el mismo que aclamó a Liniers y luego ha impuesto mi gobierno sobre su destierro. No ignoraba yo que me hacía cargo de una investidura rodeada de hostilidades; y sé que represento un poder vacilante. Pero me debo a mi rey, y además...

Su voz descendió hasta adquirir un matiz entrañable:

—Además amo a Buenos Aires; deseé gobernar con justicia, declaré la amnistía de todos los súbditos complicados en el motín del 1º de enero; no removí a los patricios de sus puestos; no he desautorizado los actos de la Junta de Montevideo, a pesar de haberla disuelto; acabo de establecer la instrucción primaria con carácter obligatorio y de suscribir un ventajoso decreto sobre el comercio con los ingleses. Amo a Buenos Aires y sirvo al rey.

Volvióse casi bruscamente hacia el joven y le preguntó de un modo directo, militar:

—Teniente Olmos, ¿ama usted la tierra de sus padres?

—Sí, señor, con toda mi alma — respondió el joven.

—¿Daría usted su vida por defender hasta el último pedazo de sus dominios?

—Sí, señor.

—¿Está usted seguro?

La mirada aguileña del virrey se clavó en los ojos azules, que la recibieron abiertos y traslúcidos, con celeste fiereza:

—Sí, señor.

—Lo creo. Su padre fué un servidor incondicional de la corona; su madre una castellana antigua, de casta militar, descendiente de conquistadores. Usted... ¿ha nacido... aquí?

—Sí, excelencia.

—Pero se educó en España y allí tiene a su madre y a su novia.

—Es verdad — respondió el oficial, menos límpidos los ojos.

—Está bien. ¿Puedo confiar en usted como soldado y como hombre?

—Incondicionalmente.

—Pues hágame el favor de sentarse y escucharme.

Ocuparon dos sillones fraileros, contiguos.

—Las colonias del Río de la Plata desean emanciparse. Es un convenio tácito y acorde que no espera más que una señal: puede ser la de una campana que tañe el ángelus, la de una paloma que llega...

—¡No! — prorrumpió el joven, atónito.

—¡Sí! La fuerza que impuso mi gobierno, es la que puede derrocarlo. Viene manifestándose hace tiempo, como una llama subterránea que corre por toda América y de pronto surge aquí o allá, peligrosa, implacable. El año pasado en Chuquisaca y la Paz. Existen focos en Río de Janeiro..., aquí...

—¡Traidores! — prorrumpió Olmos irguiéndose indignado.

—Esta ciudad no duerme; prepara su desvínculo; lo madura en el misterio de las casas, en la escuela, en la calle.

—No entiendo una rebeldía tan inútil. ¿No prosperarán mucho mejor las colonias bajo el dominio de España?

Don Baltasar Hidalgo de Cisneros sonrió con amargura.

—La libertad es un vino peligroso; marea solamente con el aroma que exhala. Y ya cunde por toda América esa embriaguez, mucho más fuerte que la del amor.

—¿Que la del amor? — preguntó el teniente pensando en su novia.

—Ya lo creo.

Guardaron silencio mientras un esclavo encendía las ceras fragantes en la sala ya oscura. Se escuchó la voz de Cisneros:

—En tales circunstancias, todo recurso es noble para defendernos. Y el que voy a encomendarle, aunque no es militar...

—Lo recibo de un superior y debo cumplirlo — apresuróse a responder el joven.

—Muy bien. Se trata de lo siguiente: muchos hogares patricios acogen y alientan a los rebeldes; las casas mejores se han convertido en el centro de reuniones sediciosas. Necesito que vigile usted una, en la calle Rosario, cerca de Santo Domingo.

—¿De aspecto principal?

—Exactamente.

—Entonces la estoy vigilando hace tiempo — sonrió el joven.

—¿Por la niña que vive en ella? —preguntó Cisneros enarcando las cejas.

MAS FUERTE

por
María Alicia Domínguez
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE BERNABÓ





—Mujer no he visto ninguna.
—Pues conviene que la conozca usted y que la trate.
—¡Ah, vamos! ¿Una novela?
—No; Dios quiera que no. Una misión de la que ha de serle deudor el rey.
—A sus órdenes, excelencia.
—Verá usted; en esa casa habitan un señor viejo y achacoso y una nieta suya muy linda, los dos nativos. El caballero toma sol en los patios y lee autores excomulgados: ese francés autor de "La Nueva Heloísa" y otras demasías, y los ensayos del impío Voltaire. La niña, muy culta y lectora de gabachos, conspira con el beneplácito de su abuelo.
—¿Existe la prueba?
—La prueba, no; pero la certidumbre, sí. Para encontrar la primera lo necesito a usted.
—Pero, ¿su excelencia cree posible semejante cosa? Yo necesitaría entrar en relación con esa gente. Y creo que aquí las costumbres son muy austeras.

—Yo lo presentaré a usted durante las próximas fiestas de Semana Santa. Teniente Olmos, su padre y yo fuimos camaradas; confío en ese recuerdo tanto como en su lealtad. Piense en lo que defiende y en lo que peligra. Y que Dios y el rey se lo tengan en cuenta.

III

El sábado de Gloria el virrey ofreció una fiesta en su casa, medida más política que cortés. Muy pálido, mordiendo una sonrisa amarga, entró en los salones rojos, saludando. Su agudo sentido de la realidad, su conocimiento de la situación le descubrían el filo de un arma detrás de cada saludo.

Besaba la alta traición hasta en el dorso de la mano femenina y gentil que ahora le extendían, sonriendo exquisitamente.

—La señorita Soledad Marquesado, el teniente Lorenzo Olmos.

Los dejó solos, mientras la joven sonreía al oficial con el brillo de sus dientes de morena, acogiéndolo en la oscuridad de sus ojos grandes. El pudo sentir en el acto la fuerte atracción femenina, el hechizo de la palabra y la actitud... Conversaron de cosas fútiles; salieron al jardín iluminado por la luna de la tibia noche otoñal, bailaron...

Pasada la medianoche, al despedirse, él se apoderó del farol que un esclavo levantaba junto a la niña y se ofreció hidalgamente a dejarla en la puerta de su casa.

En ese momento, el virrey, de quien ya se habían despedido, pasó muy cerca, sonriendo con inteligencia al joven.

Echaron a andar a través de la noche llena de aromas. Se habían consumido las escasas velas de sebo del alumbrado; les precedía el esclavo con chuzo, tanteando el terreno.

La joven, silenciosa, apoyóse dulcemente de pronto en el brazo de su compañero.

Y él escuchó la melodía de una voz, cálida en sus pausas entrañables.

—Teniente Olmos..., ¿usted ha nacido... en Buenos Aires?

—Sí, señorita — fué la respuesta. Y la luz tembló en la mano varonil.

IV

Es natural que una pasión siga un proceso inconsciente mientras se arraiga. La que Soledad inspiraba al teniente nació al amparo de unas entrevistas muy románticas en la casa de la calle Rosario. Por primera vez el joven gozó la intimidad de un hogar porteño. Era como si hubiese puesto su mano sobre el corazón de la ciudad. Nada hablaba de conjuraciones en la sala noble puesta de rojo con muebles de jacarandá, óleos pálidos, quemadores de plata y fragancia a benjuí. Oíase toser al abuelo y gorjear a la nieta. El señor leía siempre al amor del sol o del brasero; la niña daba música al álbum de familia o azúcar a sus cardenales.

A veces, en la intimidad de las piezas tibias, gustando la naranjada o el chocolate caliente, mientras la reberveración del fuego iluminaba los rostros del anciano y de su nieta, Olmos pensaba en la suspicacia de su excelencia y en la fuente errónea de sus informaciones.

En esos días recibió carta de su novia, un pliego de letra chiquita, lleno de recomendaciones. Cerrando los ojos vió el rostro adorable y sonriente de la andaluza; escuchó su parla salada; revivió los mimos y los juramentos a los que no era extraña su propia madre. Y tuvo remordimientos, a la vez que entendía el hechizo que lo estaba enredando. Durante una semana dejó de visitar la casa de la calle Rosario. Al séptimo día recibió un mensaje:

"Necesito hablar con usted. Soledad."

Esa misma tarde fué a lo de Marquesado. Lo recibió ella en la sala oscura tendiéndole las manos. Estaba tan pálida — y parecía tan débil — que él debió sostener su vacilación; sintió el aroma del pelo sombrío como una ola tibia sobre la cara, mientras la oía sollozar.

—¡Soledad!

Y un instante — sin saber cómo — retuvo a la niña en sus brazos con silencioso frenesí...

V

Cada vez más prisionero de un encanto irresistible, el joven no vaciló en informar a su excelencia de que "en aquella casa no se conspiraba". Y en verdad no tenía motivos para creer lo contrario. Perdido de ensueños y de pasión no sabía a qué atenerse respecto a su amada. Veíala como a un ser distante, dentro de una luz que le era propia y que resultaba inaccesible; algo así como ese resplandor en el que se aísla cada persona cuando anochece en el interior de una habitación donde conversan muchas... Una mirada lejana, unos labios que besan a un ser invisible, una criatura que se defiende y jamás se revela.

—No me quieres...

—Sí.

Veíala siempre a punto de expresarle algo que se quedaba sin palabras. Hasta que una tarde entre un arrullo y un suspiro, ella habló.

Se apagaba el sol en una vislumbre más dorada sobre el muro blanco. Olía a rosas de otoño. El hombre se estremeció violentamente, poniéndose de pie, fiero. Sometió a la joven a una mirada fría, militar; pero ella la sostuvo con el fuego de sus ojos.

—¿De modo que es verdad lo que se dice? ¿Eres traidora al rey? ¿Animas y sostienes tertulias sediciosas?

—Sí.

Continuaba mirándolo, con la misteriosa fascinación de su rostro vuelto hacia él.

—Si te prueban lo que sospechan, ya sabes lo que te aguarda. Y ¿por qué causa, Soledad? ¿Cómo puedes vender a la patria de tus abuelos, olvidando que su cruz te redimió, que hablas su idioma, que eres suya en virtud de la humana semilla?

—Mi patria es la tierra donde nací — dijo ella dulcemente.

El la interrumpió en un arranque:

—¿Es para servirte de mí para lo que te has hecho querer? ¿Para usarme como un arma de doble filo? Responde.

Soledad se puso de pie, lentamente, y viéndola a dos pasos, él la sintió remota como nunca.

—No ha sido para eso. Estoy en tus manos. Puedes decir a tu amigo el virrey que en esta casa se conspira contra su gobierno, que los que nacimos en tierra americana pensamos que es un intruso.

—Te olvidas de que soy militar y que puesto entre el deber y el amor todavía puedo elegir la muerte.

Con un gemido de sedas Soledad cayó de rodillas a los pies del hombre. Cautivo, vencido, sintió él la tibieza de muchos besos sobre las manos, hasta el calor de unas lágrimas. Luego, se sintió atraído por el agua oscura de aquellos ojos donde la pasión mandaba con tanta dulzura. Al despedirse, ya en la calle, creyó soñar al sentir entre sus manos la llave grande de la puerta, que Soledad le diera con unas palabras confusas: — Esta noche a las diez.

VI

En el zaguán desde el que se veía el patio con luna, ella le echó los brazos al cuello. Afuera, en la calle, se oyó cantar:

Dulce paloma
¿Cómo pretendes
Herir el pecho
De quien te quiere?

Atravesaron varias habitaciones a oscuras y de pronto, antes de tener tiempo de pensar en lo que acontecía, Olmos se halló en la sala conocida, llena de rostros serios y atentos. Ceras profusas se quemaban en los candelabros, ardía un fuego vivo en el copón de bronce. La mirada del militar buscó el rostro de la joven, reflejando un desprecio tan hondo que ella bajó la frente. En el aire caldeado parecía respirarse con un solo pecho. En ese momento la concurrencia se puso de pie respetuosamente, para recibir a dos hombres que entraban. En uno, el oficial atónito reconoció al comandante de los Patricios. Soledad hablaba con el otro; todo el rostro de la mujer expresaba una adoración tan fuerte, que la luz íntima de su alma parecía bañarle las facciones, transfigurándola... El caballero grave y pálido, de ojos azules, retuvo la mano femenina, sonriendo. Olmos pensó, comprendiendo:

—Es por él por quien se ha hecho traidora; por él se ha servido de mí como de un esclavo.

La voz de Cornelio Saavedra se oyó, grave:

—Ha llegado el momento. La Junta de Sevilla está vencida. Me pongo a la cabeza de los patriotas.

El hombre de los ojos azules apretó las manos de Soledad, pálida como él.

Entonces, en un ímpetu, se levantó la voz del teniente Olmos, furiosa de celos y de dolor:

—Yo no me complico en esta infamia; yo acuso a todos los presentes de alta traición. El virrey sabrá cumplir con su deber.

Con un solo gesto, Saavedra contuvo el movimiento de la concurrencia. Luego dijo:

—Cisneros ya no es autoridad. Y en cuanto a traición..., piense usted si no es culpable de ella para con la tierra de su nacimiento.

Rota la voluntad, el teniente Olmos rompió a sollozar cubriéndose la cara con las manos. ¡Patria, madre, amor, historia, qué caos tan horrible! ¡Sin la esperanza de ninguna luz, perdida la mujer amada, culpable para con la amistad y el honor! La voz de Saaevdra se levantaba, fuerte:

—Si usted opina lo mismo, doctor Belgrano, podemos pedir Cabildo abierto dentro de dos días.

El acento dulce y enérgico del hombre que estaba junto a Soledad respondió afirmativamente; luego se hizo más entrañable para decir, inclinado el patricio sobre el militar:

—Ya tiene sus lágrimas la patria, teniente Olmos; ya llora en usted como recién nacida. Ya pronto aprenderá a quererla con el amor más fuerte.

VII

La patria había festejado su primavera sobre el altar lleno de flores de la pirámide de Mayo. Cumplido un año del hecho glorioso, no se pensaba sino en extender su buena nueva por todo el continente.

—Lorenzo Olmos viene al norte conmigo; se ha convertido en un verdadero patriota, gracias a usted — dijo Belgrano, sonriendo a su amiga de la calle Rosario, la tarde en que fué a despedirse de ella —. Me ha encargado que se lo diga.

—A mi nieta no le va ni le viene ese muchacho — carraspeó el anciano desde su silla, junto a la ventana—. Y sin embargo parece que ha perdido la alegría al ganar una patria.

(CONCLUYE EN LA PÁGINA 26)

CORDOBA DE ANTAÑO

Santa Catalina,

Tres siglos

Entre las muchas ruinas históricas que se hallan diseminadas por la provincia de Córdoba, llaman particularmente la atención dos vetustos edificios, ahora desiertos, que fueron en un tiempo asiento de sendas reducciones o estancias jesuíticas. Son ellos Santa Catalina y La Candelaria.

Hubo un tiempo en que los encomenderos trataban a los indios con cruel desconsideración. Hernando Arias de Saavedra, el gobernador criollo, yerno de Garay, quiso remediar ese estado de cosas y obtuvo del rey que enviara, como visitador, a Alfaro. Esto ocurría en 1609. Poco después, "en los planos de primigenias fundaciones de ciudades se señalaba un solar para la Compañía de Jesús, según instrucciones reales" — dicho sea con palabras del historiador P. Oregón.

¿Qué hacía la Compañía de Jesús? Tenía a su cargo reducciones como las que el gobernador nacido en Asunción, Hernandarias, había logrado constituir para protección de los indios.

Es imposible visitar esos vetustos edificios, que el tiempo ha respetado aunque pesan sobre ellos, más o menos, tres siglos, sin evocar episodios curiosos y emotivos, y personajes que actuaron en una época por demás agitada.

Tales episodios y tales personajes son los que vamos a recordar aquí, haciéndolos actuar en sus respectivos escenarios.

Santa Catalina

Se alza Santa Catalina a 70 kilómetros de la ciudad de Córdoba y a 15 de Ascochinga, no lejos de Barranca Yaco, ligada eternamente al nombre de Juan Facundo Quiroga, desde que los hermanos Reinafé armaran el brazo de Santos Pérez para ensangrentar una página de la historia. Sus torres, de típica arquitectura, se elevan hacia los incomparables cielos mediterráneos como con sed de infinito.

Los jesuítas la fundaron en 1622, pocas décadas después de instalarse la Orden Ignaciana en la provincia, en 1586, y 13 años más tarde de la fundación de Córdoba por Cabrera, en 1573. Diéronse allí los jesuítas a catequizar indios, a civilizarlos, procurando despertar en ellos el interés por el trabajo cons-

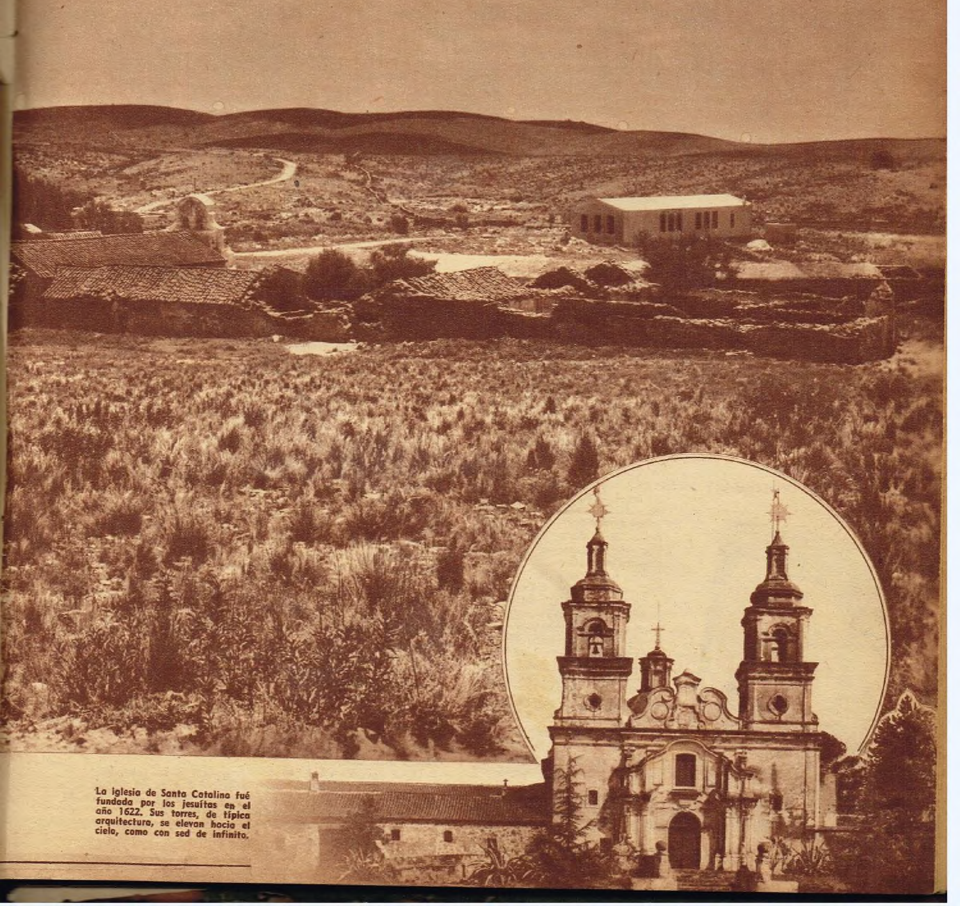


Aun se conserva, frente a la iglesia de Santa Catalina, este viejo banco de piedra de la antigua misión jesuítica, en el que aparecen sentadas estas tres sonrientes turistas.

Como Santa Catalina, La Candelaria, cuya magnífica vista presentamos aquí, constituye otra de las ruinas históricas que fueron asiento de reducciones jesuíticas. En ella se desarrolló un suceso que se relata en esta nota.

DONDE SECUESTRARON AL GOBERNADOR FRAGUEIRO

Por **Juan José Ortiz Barili**
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFIAS DE ARTURO FRANCISCO



La iglesia de Santa Catalina fué fundada por los jesuítas en el año 1622. Sus torres, de típica arquitectura, se elevan hacia el cielo, como con sed de infinito.



En este viejo pasadizo de La Candelaria, y en el lugar en que se ve el papel, cuenta la leyenda que fué encontrada una tinaja con monedas de oro.



Vista parcial de los soportales laterales de la iglesia de Santa Catalina. En otros guras de nuestra historia, en escolásticas pláticas magistrales; hoy sirven de refugio

tructivo, mientras, de paso, colonizaban la región. Obra ésta harto conocida para necesitar panegírico. Cuenta Santa Catalina más de tres siglos. La iglesia se conserva bien, pero la pátina del tiempo dejó sus huellas en la portada del cementerio anexo, y en los patios donde las yedras se aferran a los vetustos muros, como oponiéndose a la fatal mutación telúrica que destruye la obra perecedera del hombre. La imaginación evoca en sus claustros y patios, que fueron teatros de escolásticas pláticas magistrales, figuras de formidable talla moral, como tal vez fray Luis Beltrán, quien trocara el metal de las campanas en cañones para la gesta sanmartiniana; Castro Barros, el deán Funes, y apóstoles como el cura José Gabriel Brochero, de ilustre recuerdo.

El secuestro del gobernador

Corre el año 1861. Es gobernador de Córdoba don Manuel Fragueiro. Como Sarmiento y como Mármol, este ilustre cordobés es un idealista y devoto de la legalidad y del orden. Por eso, al igual que el gran maestro sanjuanino y el vate ilustre, fué perseguido por Rosas, teniendo que expatriarse a Chile, en 1838, no sin antes dejar bien establecidas sus convicciones y rebeldías al despotismo que, cual las palabras que grabara Sarmiento: "Las ideas no se matan", serían anatema a la tiranía y simiente pródiga para el futuro.



En esta reproducción de un cuadro de Guido Buffo, se captó la entrada de los hombres de Cardozo para secuestrar al gobernador Fragueiro.

Vuelto al país, Fragueiro es ministro de Urquiza en 1854, y siete años más tarde gobernador de Córdoba. Como tal viaja hacia Santa Catalina, el carnaval de ese año, cuando le alcanza un parte del comandante departamental anunciándole que se está tramando un movimiento revolucionario en los bosques de Totoral.

—No importa; no tengo a quien temer. Llevo la Constitución en el bolsillo — le contesta el gobernador.

Hombre de bien, no concebía que alguien pudiera olvidar la Constitución y hasta el Evangelio en luchas fratricidas.

Sigue viaje y más tarde, ya en Santa Catalina, participa en una tertulia a la que asisten las familias de Allende, Díaz, Funes, Lozano, Frías, etc., de la sociedad de la época.

Mientras tanto, los revoltosos se aproximan al lugar, y en sus inmediaciones tropiezan con un segundo chasqui.

—¿A dónde vas? — le interroga el jefe de la partida.

—Voy a avisar al señor gobernador que unos gauchos, con el mulato Cardozo al frente, vienen hacia aquí.

—Bueno; entonces, bajate. Yo soy el mulato Cardozo — dice el bandido sujetándole el caballo por las riendas.

Momentos después atacan la estancia, cuyas sólidas puertas resisten las cargas y embates repetidos.

Los sitiados, por su parte, organizan la defensa como mejor pueden. Pero casi no tienen armas y la pólvora escasea. Cuando ésta se acaba y las pistolas enmudecen, improvisan lanzas con tijeras y cuchillos.

Los atacantes, entonces, cortan el agua para obligar a la rendición.

Transcurren algunas horas, hasta que, en vista del cariz desfavorable que toman los acontecimientos, y para evitar mayores molestias a las damas, el gobernador toma valientemente una resolución: entregarse.

—¡Abran las puertas! — ordena.

Penetran los sitiadores en Santa Catalina a los gritos de:

—¿Dónde está Fragueiro?

—¿Dónde está el gobernador?

El gobernador los aguarda, tranquilo. Y mientras un sujeto, conocido por "El negro brasilero", lo hace montar en ancas de su caballo, los demás destrozan muebles y enseres.

Se aleja la partida. Fragueiro interroga al mulato Cardozo, que cabalga a su lado:

—¿Qué significa esto? ¿Qué se proponen hacer conmigo?

Pero no le contestan. A poco andar, atraviesan un monte espinoso que desgarra las ropas del gobernador y lastima sus piernas. El calor y el polvo hacen insoportables las heridas.

Por fin, después de muchas horas de marcha, es dejado en precarias



tiempos resonó en ellos la voz de grandes fi-
a la viejecita que aparece en la fotografía.

condiciones en la posta "Divisadero". Y con esto se conforman sus raros secuestradores.

Largo tiempo tardó en reponerse don Manuel Fragueiro de aquel atropello a su investidura. Pero el gobernador dejó bien sentada, con su actitud, la autoridad de la Constitución.

La Candelaria

En las sierras de Gaspar, cerca de San Carlos de Minas, hállase otra estancia cuya fundación data de 1695. Es La Candelaria. A su alrededor, los ranchitos y corrales que la bordean, ya semiderruídos por la acción del tiempo, dicen de la benemérita y silenciosa labor desarrollada por los jesuítas. Estancia e iglesia no acusan, casi, la obra destructora de los años. Mas en torno, por todas partes, se ven ruinas sugestivas: aquí, los que fueron refugios de indios; allá, la tahona donde molían el trigo por ellos mismos cosechado; más lejos, primitivos lagares..., corrales, etc., primeros indicios de nuestras grandes riquezas de hoy. Durante mucho tiempo se contaron en el lugar — y aun hoy se recuerdan — leyendas tejidas en torno a supuestos tesoros enterrados por los componentes de la Orden, luego de la expulsión de los jesuítas en 1767 y en 1847, ordenadas por Carlos III y por Rosas, respectivamente. Ni las tierras de los alrededores de la estancia, ni los muros de ésta se libraron de la codicia de los buscadores que soñaban con hallar algún fabuloso tesoro, como aquellos "entierros misioneros" de Emboré o Santa Ana. Se advierten aún las excavaciones practicadas en la tierra; y en uno de los muros se dice que fué hallada una tinaja llena de monedas de oro...

Una respuesta de San Martín

Una noche llegó a La Candelaria, pidiendo albergue por unas horas, cierto enviado de don Estanislao López, por entonces gobernador de Santa Fe. Se llamaba Manuel Guevara y, según el coronel Manuel de Olazábal, era portador de una carta para el general San Martín. En ella el gobernador le avisaba que no fuera a Buenos Aires, pues un consejo de guerra, ordenado por Rondeau, lo juzgaría por lo que fué su "gloriosa desobediencia" de hacer la campaña libertadora en vez de invadir a Santa Fe. Además, López le ofrecía su apoyo para ir en triunfo hasta la plaza de la Victoria, en Buenos Aires, con sus fuerzas santafecinas.

La contestación del Gran Capitán, que la historia ha recogido, fué ésta:

"—No puedo creer tal proceder en el gran pueblo de Buenos Aires. Iré, pero solo, como he cruzado el Pacífico y estoy entre mis mendocinos. Pero si la fatalidad así lo quiere, yo daré por respuesta mi sable, la libertad de un mundo, el estandarte de Pizarro y las banderas que flotan en la Catedral, conquistadas con aquellas armas que no quise teñir en sangre argentina. ¡No! ¡Buenos Aires es la cuna de la Libertad...!"

Así, en cierto modo, quedó vinculada La Candelaria a un episodio trascendental en la historia argentina. ◈



EL CUENTO SENTIMENTAL

ERA UN CANALLA

Por

JAN NERUDA

ILUSTRACIONES DE LISA

Jan Neruda es, indudablemente, uno de los más grandes poetas de Checoslovaquia. Nacido en el barrio de Mala Strana, de Praga, en 1834, se inició muy joven en las actividades literarias. Dirigió el diario "Narodni Listy", en cuyas páginas publicó una colección de relatos que lo revelaron como maestro del género. Entre sus obras se destacan "Baladas y romances", "Cantos del Cosmos" y "Cuentos de Mala Strana", volumen al cual pertenece el emocionante relato que ofrecemos hoy a los lectores.

HORACEK ha muerto. Nadie ha de lamentar su muerte en todo el barrio Mala Strana, de Praga. En Mala Strana, generalmente las gentes se conocen bien, quizá porque no conocen a otras gentes. Y cuando murió Horacek, corrió la voz de que era mejor que así hubiera sucedido, porque de allí en adelante sería más soportable el destino de su buena madre, y porque además él "era un canalla". Murió de repente a la edad de veinticinco años, como anunciaba la lista de los difuntos; en esta lista no se consignaba nada sobre su carácter, pues, como dijo acertadamente y con ingenio el boticario, un canalla no tiene carácter. Pero ya sería otra cosa si hubiera muerto el señor boticario. Contra él nadie podría pronunciar una sola palabra de reproche. El cadáver de Horacek fué trasportado junto con otros a la capilla común: "así como vivió, así terminó sus días", dijo el señor boticario en la botica. Detrás del féretro iba poca gente, mayormente mendigos vestidos de fiesta, circunstancia, precisamente, por la que se les conocía más. Unicamente acompañaban a Horacek su madre anciana y un señor joven, elegantemente vestido, que la conducía. El joven, muy pálido, caminaba con pasos inseguros, dando la impresión de que iba a caer de un momento a otro. La madre, que iba llorando, casi no llamaba la atención de los vecinos de Mala Strana, pues su destino se iba a aliviar, y si lloraba — decíase — lo hacía a la manera de todas las madres, y quizá por alegría. Pero el joven señor, probablemente había llegado de algún otro barrio, porque aquí nadie lo conocía.



—Pobre hombre; él también necesitaría un sostén. Por cierto que lo acompañará sólo para complacer a la señora Horacek: ¿sería amigo de él? ¡Oh!, ¿quién puede tener interés en demostrar que era amigo de aquel hombre, conocido por todo el mundo como un canalla? Además, Horacek nunca tuvo amigos. ¡Pobre madre! Y la madre lloraba en todo el camino, y por las mejillas del señor corrían también las lágrimas, a pesar de que Horacek era un canalla desde su infancia.

Los padres de Horacek poseían un pequeño negocio. Vivían desahogadamente, como viven todos los comerciantes que tienen negocio propio, alrededor del cual habitan muchos pobres. Naturalmente, los *krejcers* y los *groshes* por leña, manteca y grasa, se acumulan muy despacio, más todavía si hay que agregar siempre un poco de sal o de cualquier especia por añadidura. Pero como recompensa, además de los *groshes* que vienen al contado, entran también las mensualidades de las deudas olvidadas.

La señora de Horacek tenía, asimismo, entre sus clientes, señoras de empleados que alababan su buena manteca. Ellas compraban mucha manteca, pero no pagaban más que el primer día del mes.

Su hijo Francisco contaba ya casi tres años y vestía aún ropa de niña. Las vecinas decían que era un niño abominable. Los niños de los vecinos eran todos mayores que él, y Francisco no se atrevía a jugar con ellos. Cierta vez, los niños gritaban algo contra un judío, y Francisco se encontraba entre ellos, pero él no gritaba; el ofendido los persiguió y agarró a Francisco, el único que ni tenía la intención de huir, y se lo llevó, insultándolo, a sus padres. Las vecinas se asombraron de lo canalla que era el pequeño y feo Francisco.

La madre se asustó y consultó con su esposo.

—No le voy a pegar, pero aquí entre los chicos se pondrá hecho un salvaje, ya que nosotros no lo podemos cuidar. Lo mejor será llevarlo a un asilo.

Francisco se puso pantaloncitos y llorando se fué al asilo, donde pasó dos años. Al final del primer año le dieron un panecillo como recompensa por su silencio; en el segundo año hubiera recibido un cuadrito, si una casualidad no lo hubiera desarreglado todo. El día anterior al examen, a mediodía, fué a su casa; tenía que pasar por delante de la de un rico terrateniente. Frente a la casa, en la calle apacible, corrían las aves domésticas, y a Francisco le gustaba jugar un rato con ellas. Ese día andaban por allí unos pavos, animales que Francisco nunca en su vida había visto antes. El se paró y los miraba con éxtasis. Al cabo de unos segundos ya estaba sentado entre los pavos, hablándoles de asuntos muy importantes. Se había olvidado del almuerzo y del asilo, y cuando a la tarde los chicos denunciaron que Francisco, en lugar de ir al asilo, jugaba con los pavos, el señor maestro mandó a la cuidadora de la escuela que lo trajera. En el examen, Francisco fué desaprobado, y el profesor dijo a su madre que había que educarlo más severamente, pues ahora ya era un perfecto canalla. Y, efectivamente, Francisco merecía ser considerado como canalla. En la escuela de la parroquia tenía su lugar junto al hijo del señor inspector, con el cual volvía de la mano a casa. Jugaban a veces en casa del inspector. Francisco tenía obligación de mecer al nene menor, y como recompensa, a la tarde le daban café con leche en un potecito blanco. El hijito del señor inspector tenía siempre lindo traje y el cuello blanco bien almidonado; Francisco, en cambio, llevaba un vestido limpio, pero muy remendado; además, él nunca había pensado en que estaba vestido de otra manera que el hijo del inspector. Una vez, durante la clase, el señor maestro se paró delante de los dos muchachos y acarició la cara del hijo del señor inspector, diciendo:

—Conrado, ¡qué bonito eres! ¡Cómo sabes cuidar el cuello para no ensuciártelo! ¡Dale mis saludos a tu papá!

—Lo haré — contestó Francisco.

—Contigo no hablo, remendado.

Francisco, de pronto, no comprendió por qué los remiendos impedían que el señor maestro mandara saludos a su padre; sin embargo, supuso que entre él y su compañero habría alguna diferencia, y por eso le aplicó un codazo. Lo expulsaron de la escuela, atribuyéndole que era un canalla incorregible.

Los padres lo llevaron a un colegio alemán. Francisco no comprendía ni una palabra casi, y por consiguiente no podía progresar en los estudios. Los maestros lo consideraban perezoso, aunque él procuraba hacer lo posible, y díscolo, porque se defendía siempre cuando los compañeros lo molestaban; y porque como tenía que hablar en alemán, idioma que él no conocía, nunca pudo dar excusas satisfactorias por las riñas. Y los compañeros tenían muchas ocasiones para jugarle malas pasadas, pues a menudo decía alguna expresión ridícula en su alemán balbuceante, y además de esto daba ocasión para que se burlasen de él.

Cuando más lo hicieron fué un día que se presentó en el colegio con una gran gorra de visera verde y en forma de postre. Su padre había ido especialmente al barrio de la Vieja Ciudad, para comprarle algo extraordinario. "Te va a durar mucho, y el sol no te hará mal", decía mientras le aplicaba la visera. Y Francisco realmente creía que era poseedor de algo muy decorativo, y fué orgulloso con ella al colegio. Un alborotador coro de risas le dió la bienvenida; los compañeros saltaban alrededor de él, y como su gorra se destacaba entre las demás por su tamaño, le llamaron "pizarrón". Francisco le rompió la nariz a uno con su "pizarrón", obteniendo un 1 en conducta. Por eso tuvo mucho que hacer para que lo aceptaran en el colegio nacional.

Su padres procuraban por todos los medios que se instruyera algo su hijo, para que no tuviera que ganarse el pan tan duramente como ellos. Los maestros y los vecinos trataban de persuadirlos de que desistieran de su intención, diciendo que le faltaba talento y que además era un canalla. Hasta entre los vecinos gozaba de tal reputación. A pesar de que no hacía más maldades que sus propios hijos, o quizá menos todavía. Cuando jugaba en la calle con la pelota, la fatalidad llevaba a ésta a la ventana abierta de algún vecino, y cuando jugaba al zoquete con los camaradas en el corredor, era él, sin duda, el que rompía la lámpara debajo de la cruz, pero todo debido a su mala suerte, pues él siempre ponía el mayor cuidado posible.

Francisco, al que ya llamaban Horacek, consiguió ingresar en el nacional. Sería exagerado decir que era un estudioso extraordinario en cuanto a las materias del curso, ya que éstas se habían granjeado su odio desde el colegio alemán, y sus progresos se limitaban a terminar los años sin mayores dificultades. Pero, en cambio, Horacek estudiaba con mucho más fervor las materias que no se relacionaban directamente con el colegio. Leía ávidamente todo cuanto le caía entre las manos, y así conoció desde temprano la literatura extranjera. Su estilo en alemán era bastante pulido — era ésta la única materia en que tenía "eminente" todos los años —; en sus composiciones había ideas hermosas y giros idiomáticos bien logrados. Su maestro aseguraba cierta vez que tenía un estilo rico y brillante; que se parecía al de Herder. Tomaron esto en consideración, y aunque en las otras materias no sabía mucho, decían que tenía un gran talento, a pesar de ser un canalla. Sin embargo, como no querían hacer que se perdiese un talento, Horacek llegó hasta el último examen decisivo.

Ingresó en la facultad de Derecho, según la moda de entonces, y también porque su padre quería que fuese abogado. Ahora Horacek disponía de más tiempo para sus lecturas, y como a la vez se había enamorado, empezó a escribir. Sus primeros ensayos se publicaron en los diarios, y todo el vecindario de Mala Strana estaba indignado de ver aparecer su nombre en ellos; nada menos que en los diarios checos. Pronosticaban que se desmoralizaría pronto y, cuando al poco tiempo murió su padre, ellos aseguraron que había muerto por culpa del canalla de su hijo.

La madre dejó el negocio. Poco tiempo después vivían miserablemente y Horacek tuvo que preocuparse por ganar el sustento. No era capaz de dar clases particulares y además nadie estaba dispuesto a confiarle la educación de sus hijos. Tenía el propósito de buscarse algún empleo, pero, de momento, no pudo decidirse. La carrera, aunque no le preocupaba mucho, lo retenía. La jurisprudencia era para él un amargo alimento y acudía a las clases solamente cuando estaba aburrido. Al comenzar sus estudios en la facultad decidió escribir un epigrama en cada clase que asistiera; empezó a escribir en antiguos dísticos, pero cuando releyó su primer epigrama, se dió cuenta de que sus hexámetros tenían siete pies; se alegró mucho de la nueva forma de sus versos, y decidió escribir exclusivamente en heptámetros. Después, meditando sobre su alejamiento de la facultad, se acordó de sus heptámetros, que tenían ocho.

Su preocupación principal era su amor. Una hermosa muchacha, realmente digna de ser amada, se había enamorado de él, y sus padres no la obligaban a casarse con ningún otro, aunque había varios que la pretendían. La muchacha quiso esperar hasta que Horacek se recibiese y encontrara trabajo. El modesto empleo que ofrecían a Horacek le proporcionaba un sueldo, pero sin perspectivas de prosperar. Horacek comprendió bien que su novia no llevaría con él, en el presente, una vida desahogada, ni tampoco en lo futuro; por lo tanto no quiso condenarla a una vida miserable. El creía estar enamorado de ella mucho menos de lo que realmente estaba y decidió renunciar a ella. Pero como no tenía coraje suficiente para provocar la ruptura, quiso hacer lo posible para que ella lo rechazara. Pronto encontró el camino. Escribió una carta anónima alterando su letra, en la cual decía de sí mismo las cosas más humillantes, y se la mandó a los padres de su novia. La muchacha no dió crédito al denunciante, pero el padre, que tenía más experiencia, pidió informes a los vecinos de Horacek y así se enteró de que aquél era un canalla desde su infancia. Cuando después de varios días Horacek vino a visitarlos, la muchacha salió llorando de la habitación, y a él lo echaron afuera con toda gentileza. Ella se casó pronto, y a través de todo el barrio de Mala Strana corrió la voz de que a Horacek lo echaron porque era un canalla.

El corazón de Horacek estaba a punto de estallar de pena; había perdido la única persona en la que había encontrado amor, y no podía negar que había sido por culpa suya. Perdió el valor, su nuevo empleo comenzó a aburrirlo, y era evidente su envejecimiento: se consumía. Sus vecinos no lo encontraron extraño, pues decían ellos que esto era la consecuencia de la mala vida.

Su ocupación actual lo sujetaba a una oficina particular; a pesar de la antipatía que sentía hacia esta clase de tareas, trabajaba con diligencia y pronto se ganó la confianza de su jefe, el cual hasta le confiaba dinero cuando era necesario llevarlo a alguna parte. Se le presentó también una ocasión de granjearse el agradecimiento del hijo de su jefe. Cierta vez, éste lo esperaba al salir de la oficina.

—Señor Horacek — le dijo —: si no me ayuda usted, tengo que tirarme al río y deshonrar a mi padre, para evitar mi propia deshonra. Tengo una deuda que me es indispensable pagar hoy mismo. Yo no recibo mi dinero hasta pasado mañana y ahora no me queda otro remedio. Usted lleva dinero a mi tío; démelo a mí provisionalmente y pasado mañana se arreglará todo. Mi tío no va a reclamar antes el dinero.

A pesar de todo, el tío reclamó el dinero y al día siguiente en los diarios apareció este aviso: "Advierto a todos mis amigos que no confíen dinero a F. Horacek. Lo he despedido por falta de honestidad." Ni la noticia de que había desaparecido un barrio entero por incendio despertaría más interés en Mala Strana que esta noticia.

Horacek no traicionó al hijo del jefe y volvió a su casa, pretextando dolor de cabeza.

El médico del distrito de los pobres, vino al día siguiente a la botica, preocupado con sus pensamientos.

—¿Así que murió el canalla? — preguntó el boticario sonriendo.

—¿Quién, Horacek? Sí.

—Y, ¿de qué murió?

—Este...; podemos decir que murió de apoplejía.

—Menos mal que no dejó deudas por medicamentos, ese canalla. ♦





LA PRODUCCION PARA LA DEFENSA DEMANDA TECNICOS

"Necesitamos manos expertas y mentes especializadas"

— LOS JEFES DE LA INDUSTRIA —





En las FABRICAS

La industria fabril, tanto en las empresas pequeñas, como en las grandes, se está ensanchando, modernizando y "mecanizando." Esta gran expansión requiere el empleo de miles de técnicos en **Fuerza Motriz, Electricidad, Radiotécnica, etc.,** y éstos ocuparán importantes y remunerativos puestos.

En las COMUNICACIONES

El ensanchamiento de las comunicaciones en todo Hispano-América, es asombroso. Las naciones necesitan extensas y eficaces redes de comunicación. Los vastos programas de Defensa exigen una ampliación enorme. En **Radiocomunicación, Telégrafos, Teléfonos, Radiodifusión, etc., etc.,** se acentúa cada día más la demanda de Expertos.



En la AGRICULTURA

Es sorprendente el desarrollo de la producción agrícola moderna y mecanizada. Para la instalación, reparación y manejo de la gran cantidad de maquinaria que se utiliza en los campos, hay urgente necesidad de peritos en **Fuerza Motriz y Electricidad,** aplicadas a la Agricultura. Los especialistas ganan buenos sueldos.

En la TRANSPORTACION

Importante actividad que ofrece oportunidades sin límite al Experto en **Motores de Gasolina y Diesel, Sistemas Diesel-Eléctricos, Aviación, Plantas Motopropulsoras Marinas, Sistemas de Alumbrado Eléctrico,** etc. El establecimiento de nuevas vías para la Defensa, pide urgentemente especialistas.





En la MINERIA Y EL PETROLEO

¡Materias primas! Este es el grito de la industria para satisfacer la demanda de producción para la Defensa. Los productos del subsuelo se hallan en todos los países latinoamericanos; pero se **necesitan miles de Técnicos** que se encarguen de la gran cantidad de maquinaria especial, necesaria para extraerlos.

En la INDUSTRIA FRIGORIFICA

La conservación de todos los productos del Continente, exige ampliación de las plantas. En estos tiempos de acrecentada producción y almacenamiento de comestibles, se necesitan técnicos en **Electrotecnia y Refrigeración,** especialistas a quienes se les pagan sueldos atractivos.

HAGA USTED ESTUDIOS RAPIDOS DE ESPECIALIZACION

National Schools, con su experiencia de 37 años, le ofrece Enseñanza por correo, teórico-práctica, comprobada en sus propios laboratorios y talleres, en: **1.—Radio, Televisión y Cine Sonoro; 2.—Fuerza Motriz y Diesel; 3.—Aviación; 4.—Electrotecnia, Refrigeración y Acondicionamiento de Aire.**

Envíe **HOY ESTE** *Cupón*

Cualquiera de estas Enseñanzas convertirá a usted en Técnico Experto, capaz de ocupar envidiables puestos en las industrias. Miles de graduados prósperos comprueban su efectividad. **¡Sea usted uno de ellos!** Envíe el cupon al calce, solicitando informes.

Mi Enseñanza lo hará un Técnico Experto



Renombrada Institución Educativa, establecida en Los Angeles, California, desde 1905, ofrece a usted las facilidades de su Sucursal en este país.

NATIONAL SCHOOLS VICTORIA 1556 Buenos Aires, Arg.

PIDA PROSPECTO GRATIS

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Dpto. GD 380-10

Mándeme su prospecto con datos para ganar dinero en la industria que marco con una X; así ☒

NOMBRE ________ EDAD ____

DIRECCION ________

LOCALIDAD ________

PROV. ________

Escoja sólo una:

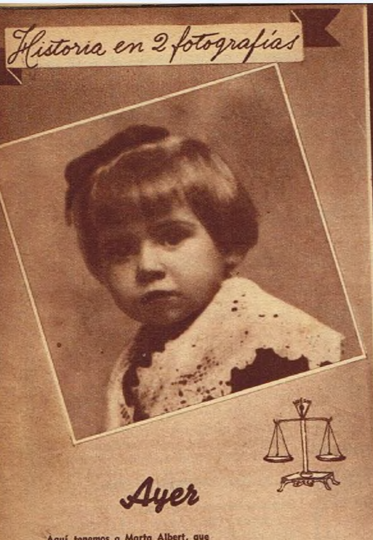
RADIO ☐

DIESEL ☐

AVIACION ☐

ELECTRO-TECNIA ☐

Historia en 2 fotografías



Ayer

Aquí tenemos a Marta Albert, que ahora se llama Norma Castillo. Nació en la calle Montevideo, el año...

"El año es lo de menos" —nos dice la actriz, eludiendo una respuesta que casi siempre hace mentirosas a las mujeres. La evocación de la infancia trae a su memoria gratos recuerdos de colegio. "Son ésos —declara—, tiempos hermosos, en que todo se ve a través de un prisma feliz. Siempre fuí una chica aplicada, y por ese motivo, sin duda, mis maestras me querían mucho, lo cual no impedía —continúa diciendo— que a veces me pusieran cara seria, por derramar la tinta, o que me aplicaran el correctivo de alguna penitencia por haber colocado una tachuela sobre el asiento de algún compañero desprevenido".

Hoy



Como la mayoría de nuestras actrices, Norma Castillo antes de trabajar en el cine lo hizo en el teatro. Su incorporación al mismo tuvo lugar en el año 1933 que debutó en el Odeón, interpretando un papel de cierta importancia en la obra "Carina". "Aquello —declara— lo hice con cierto escepticismo. Y aun después, no estaba convencida de haber salido airosa de la prueba. Estuve tentada de renunciar a toda nueva experiencia... Pero García Velloso, Susini y Agustín Remón fueron los que con su juicio me convencieron de que debía seguir trabajando para el teatro, lo cual agradezco mucho, por las satisfacciones de diverso orden que me ha deparado". En 1937, con "Dos amigos y un amor", hizo Norma Castillo su aparición en el cine. "Novia de Primavera" es la última película filmada por ella. Actualmente, la estrella se prepara para intervenir en el reparto de otros films, en los cuales espera cumplir una labor meritoria.

Norma Castillo

Maruja Gil Quesada

Ayer

Cuando a Maruja Gil Quesada le sacaron esta foto sólo tenía cuatro años. Al entregárnosla, la popular actriz aclaró, en tono humorístico: "No crean que esa seriedad que muestro en ella era el reflejo de mi carácter. Fué por contrariar al fotógrafo, que quería hacerme reír". Subraya con una sonrisa su afirmación, y luego agrega, respondiendo una pregunta: "Soy argentina, porteña; nací en una casa de la esquina de Moreno y Defensa. Mis primeros años los pasé dedicada al estudio, como la mayoría de los niños de mi edad. Luego mis padres quisieron que aprendiera música, y obedecí... Pero eso lo hacía contra mi voluntad. Era una cosa que no me gustaba. Mi padre lo sospechó y un día me dijo: "Mañana, cuando venga el profesor, darás la lección de piano delante de mí"... Recibí aquella orden como si me hubieran tirado un jarro de agua fría. Estaba convencida de mi fracaso, y no veía cómo eludir la severidad del juicio paterno; finalmente se me ocurrió una idea: cortarme las yemas de los dedos con un cuchillo, y así lo dice. Con las manos vendadas, esperé tranquila la llegada del profesor, pero aquel día — termina riendo — el maestro no vino."

Hoy

Hace casi veinte años que Maruja Gil Quesada se inició en las actividades escénicas. El año 1925 hizo su debut integrando, con Lola Membrives, el reparto de "El juramento de la Primorosa". "Aquel ensayo que hice con cierta vacilación — nos dice —, casi con miedo, fué tan bien acogido por la crítica y el público, que decidí dedicarme por entero al teatro. Fueron nueve años de labor ininterrumpida, hasta que en 1934 solicitaron mi concurso para filmar la película "Mañana es domingo". Desde entonces Maruja Gil Quesada intervino en siete films, y esa labor la consagró como una artista de mérito en el ambiente cinematográfico de nuestro país. Ahora es una mujer amable y optimista, que ha conquistado muchos éxitos en su carrera de actriz, pero animada, sin embargo, por un constante anhelo de superación. Al evocar sus viajes, recuerda a España con cariño. Ama la buena música, y para sus lecturas prefiere los libros de carácter místico.

REVELACION

—¡Goyo! Vaya, hijo, cargue un vagón de marlos y juntesé una bolsada 'e pichones, que mañana tiene que dir pal pueblo... —indica el capataz.

Goyo, que ha trajinado a deslomarse todo el día, siente — al solo conjuro del "mañana tiene que dir pal pueblo" — ágiles los miembros y sueltos los músculos aplomados y tensos hasta ese instante.

"¡Dir pal pueblo!" ¡Si esperará, día por día y hora por hora, esa ida semanal al pueblo desde la estancia! Y no por lo que ir al pueblo pueda significar como posibilidad de holgorio o juerga para sus jocundos dieciocho años... No, que Goyo es un muchacho juicioso, aplicado a sus quehaceres, sin tentación de carpeta, beberaje o mujerío.

Pero "dir pal pueblo" significa la llegada semanal al caserón en que siempre le aguarda un regalo de "la niña": un pañuelo para el cuello, ese facón cabo de plata en que finca su orgullo mozo, esa guitarra en que se amaestraron sus dedos rudos de trabajador *a bocha*... y, sobre todo, la sonrisa radiante de la niña Clara, preludio de alguna jaranera invención suya. Porque, no es que el mozo sea interesado — el obsequio no tiene para él otro valor que el inmaterial pero máximo de "ricuerdo" —, sino que... ¡es tan buena la niña Clara! ¡Y tan campechana! ¡Y tan jaranera! No se le ha conocido un día triste ni una sombra que le borrara la sonrisa permanente. ¡Si lo sabrá él que — desde los seis años en que entró a servir en la casa como *chiquilín de los mandados* — ha sido, primero: su camarada de juegos y travesuras infantiles; después, su alumno de primeras letras; más tarde, su palafrenero para los días de las vacaciones... y en todo momento, el favorecido; hasta el confidente, podría decirse. Entre un mohín de picardía y una sonrisa de franca cordialidad, la niña Clara suele preguntarle: — ¿Pero de veras que no tenés novia, Goyo? ¡Ya sos un muchacho mozo y es hora de que te busqués una novia! Mirá, cuando la tengas, me avisás y yo seré la madrina de tu casamiento. Como madrina, yo les regalaré los muebles...

Goyo enternécese de gratitud por la oferta, pero no tiene apuro para buscarse novia.

—¡Uy! ¡Hay tiempo páiso, niña! — sonríe tontamente.

❦ ❦ ❦

Goyo ha entrado con el vagón por la caballeriza. Mientras descarga los marlos, asistido por el tape Aniceto, se da tiempo para bromear con la negra cocinera Blanquita, queriendo hacerle creer que la bolsa de pichones es una bolsa de garzas reales y flamencos que le trae de regalo. Cuando se ha descargado el último canasto en la leñera, Goyo se lava las manos, rectifica el desaliño de las *pilchas domingueras* y encamínase *adentro* para saludar a los patrones.

—Los patrones han salido —le informa una chinita del servicio — y la niña Clara está en la salita.

Allí se dirige alegremente Goyo, pero, al trasponer el umbral, queda como paralizado. De lo que ve, no puede fiar en sus ojos. Niña Clara, desplomada de bruces sobre un sofá, es sólo una cabellera desaliñada y una espalda vibrante que sacuden sollozos convulsivos.

Es un rugido angustioso más que un interrogante lo que puede articular el mozo.

Sorprendida en su dolor recóndito, niña Clara estalla en una confesión desgarrante.

—¡Vos, Goyo; sólo vos, Goyo, podés salvarme!

—¡Ordene, mi niña, y mi'hago achurar sin chistar por usté!

—¡Estoy en un atolladero sin salida, Goyo! ¡No me queda más salida que hacer una barbaridad!

—¡Niña! ¡Por Dios bendito! ¿Qué li'ocurre?

—¡Vos podés salvarme, Goyo! Julio me ha engañado como un bellaco, y ahora no quiere reparar... ¡Andá velo vos, y pedile que me cumpla, que no me deje en esta situación tremenda!

—Mi niña, l'asunto es más delicao 'e lo que créiba! Di'haber sido cualisquier otr'hombre... este cabo 'e plata que tengo 'e su ricuerdo li'



Por

Diego Novillo Quiroga

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE VALDIVIA

habería desigido el cumplimiento. ¡Pero el niño Julio es su primo, mi patrón tamién!

Es tan patético y desgarrador el acento con que la niña reitera el pedido, que Goyo accede a cumplir de inmediato la misión dificultísima.

❧ ❧ ❧

El niño Julio recibe cordialmente a Goyo.

—¡Hola, Goyo! ¿Qué andás haciendo? ¿En qué puedo darte una mano?

Le llama sobremanera la atención el gesto grave y la actitud reservada del muchacho.

—¡Niño Julio, si d'endeveras mi'aprecea, tiene que darme'n esta ucasión la más grande mano 'e su vida!

—¡Caráspita, Goyo, me alarmás! ¿Qué macanazo grande has hecho?

—¿Yo? Denguno, niño.

—¿Entonces?

—Pero carece qui'usté, mi niño — con todo el rispeto se lo digo —, repare un macanazo padre qui'hecho...

—¿Qué significa ese desmán, trompeta?

—Dispense, mi niño, pero la niña Clara...

—¡Insolente! ¡Guachito agrandado! ¿Qué tenés vos que meterte en estos asuntos?

Y es desafiante la mirada con que el joven deportista parece querer apabullar al paisanito humilde. Pero éste, sin pestañear, insiste como en una cantilena.

—Dispense, mi niño. Pero la niña Clara... Usté no puede dejarla en ese trance. Eya es una santa, niño...

—¡Mirá, basura empinada sobre los talones, ahora caigo en tu diligencia! Lo que hay es que entre vos y ella... ¡Si sabré qué alhajita es Clara!

—¡Eso no, maula! — se transfigura el muchacho —. ¡Limpiate la jeta pa babosiar el nombre 'e la niña! ¡Lo qui'hay es que sos un indino!

El puño del patroncito, avezado en la práctica de los deportes, choca en un mazazo contra la mandíbula del peón, y Goyo, neblinoso el cerebro y flojas las piernas, cae como un fardo sobre las rodillas.

Ha sido un instante no más, y la reacción sobreviene rápida y violenta. El puño crispado hace un recorrido fulminante hacia la empuñadura del "cabo 'e plata", pero el otro lo *madruga*. Goyo cae nuevamente, bajo la bala certera esta vez.

Julio sale apresuradamente y Goyo queda desangrándose.

Mientras se desangra, piensa. Cavila obsedido por la imputación ignominiosa del niño Julio. Y cuando las primeras boqueadas preludian el trance final, es sacudido por una súbita revelación: si él no ha buscado novia como todos los mozos de su edad, no ha sido por no tener apuro, ni por haber tiempo para ello, ni por tener que pensar en su trabajo..., sino porque toda su vida se infundió en un solo, exclusivo y ardiente amor: la niña Clara.

Antes de nublarse totalmente sus ojos y obscurecerse definitivamente su pensamiento, tiene una última conciencia: de que muere por la vida de su adoración.

Y entre la crispatura de la primera boqueada, busca su espacio una sonrisa de suprema felicidad. ◈



Aquí están los personajes "de la eterna farsa" —como dice el Crispín de "Los intereses creados". ¿Quién no conoce al Pirata, y al Vigilante y al "ambicioso hotelero", reunidos en el campo de sus hazañas?

LOS TITERES VAN A LA ESCUELA...

UN REPORTAJE A LOS NIÑOS DEL TEATRO TRAPISONDA, LOS PRIMEROS ESCOLARES TITIRITEROS DE LA ARGENTINA

Por **Alfredo Varela**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

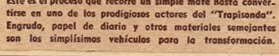
FOTOGRAFIAS DE JULIO PODESTA

Un patio lleno de purretes. Frente a ellos, un tablado minúsculo en cuya cima se lee, en letras irregulares: "Teatro Trapisonda". Los niños juegan, pelean y arman entre todos una algarabía infernal. De pronto, las pequeñas cortinas rojas comienzan a descorrerse, movidas por un nervioso muñeco. El escenario minúsculo queda abierto a la curiosidad, y en él comienza a jugarse la pantomima.

El público infantil ha quedado en suspenso y sólo alguna respiración entrecortada quiebra el silencio repentinamente creado. Aquí, en el patio, racimos de niños absortos; allá enfrente, los tres o cuatro chicos que agitan los muñecos. Y entre unos y otros, uniendo a encantadores y encantados, unos cuantos títeres dotados de asombrosa vida.

En realidad, no hay más que un poco de arpillera convertida en bambalina, una vieja colcha improvisada como telón y unas calabazas y trozos de género constituídos en maravillosos actores. Nada más y nada menos. Pero, ¿qué otra cosa se necesita para poner en movimiento la fértil imaginación infantil?

Aquí desfilan el bien y el mal en ingenua y humanísima caracteri-


Este es el proceso que recorre un simple mate hasta convertirse en uno de los prodigiosos actores del "Trapisonda". Engrudo, papel de diario y otros materiales semejantes son los simplísimos vehículos para la transformación.

He aquí a uno de los niños titiriteros, terminando de colorear el programa para una de las funciones, mientras el muñeco parece dirigir el trabajo. En el "Trapisonda" se representan obras de Bagalio, Lloret, Spring, etc.

Un momento antes de la función los niños titiriteros muestran al cronista de qué precarios medios se han valido para fabricar los muñecos y prepararles sus atavíos funambulescos.







zación, y cada uno ha de vibrar como si fuera su propia aventura, se sentirá interpretado por los distintos personajes y odiará al bandido tuerto y se pondrá junto al justiciero vengador y a la muchacha abandonada. Todos vibran al contacto de la magia titiritera. Si algún niño no se sintiera impresionado, compadezcámosle: será un viejo toda su vida. Si los títeres no pueden hacer nada por él, ¿quién podrá salvarlo? Pero aquí todos son niños de verdad, con su capacidad de asombro intacta. Tanto los que miran, como los otros, los que animan a los muñecos en trance de avezados conductores de sueños.

Y de éstos, precisamente, queremos hablar: de los primeros niños titiriteros de nuestro país.



Angel Paladino, que aquí aparece junto al muñeco "que se peleó con el peine", es casi seguramente el más joven director de teatros de títeres. Tiene 13 años y actúa con habilidad y soltura al frente del elenco del "Tropisonda".



Y éste es el otro lado de la medalla. Tras el pequeño tablado, los niños titiriteros agitan los muñecos ante centenares de ojos admirados, mientras el director controla de cerca la forma en que se desarrolla el espectáculo.

Cómo nació el "Tropisonda"

El motor de impulsión de las ideas fecundas lo constituyen siempre algunos corazones generosos. Un día, el maestro Alfredo Bagalio y el profesor de dibujo Germán Gelpi, con la colaboración posterior del maestro José Ucha, todos de la Escuela Nº 10 del Consejo Escolar XX, maduraron proyectos, unieron desvelos, y dieron vida al Teatro Escolar de Títeres "Trapisonda". Pero apenas puesta en marcha la iniciativa, en cuanto lograron despertar la curiosidad primero, la capacidad imaginativa y el instinto creador después, de sus alumnos, tendieron deliberadamente a colocarse en la penumbra para que los mismos niños se hicieran cargo de la responsabilidad de la empresa artística tan felizmente iniciada.

Ahora, los muñecos constituyen un haber colectivo del grado y de la escuela, y desde los chicos titiriteros hasta el último pequeño espectador boquiabierto, todos contribuyen en una forma u otra al éxito del teatro y recogen los enormes dividendos espirituales que arrojan las muecas de los títeres.

Un escritor de pantalón corto y el pirata "Cartón"

Hemos ido a reportear a los niños titiriteros antes de la función. Están ante revueltos cajones llenos de decorados y muñecos, de brazos y cabezas sin cuerpo y vestidos decapitados. Mientras nos presentan a sus muñecos de acuerdo a las más rigurosas normas protocolares, nos refieren la labor que realizan.

He aquí al director del espectáculo, un muchacho alerta y vivaz, de 13 años: Angel Juan Paladino. Duilio Pecci es el tesorero de la corporación y hace de "speaker" o trujamán, explicando al público, en sintético resumen, el significado de las piezas a representarse. También hay secretario, cargo desempeñado nada menos que por un escritor: César Oscar Sarmiento, de 12 años, quien acaba de preparar una obra para títeres llamada "Los enredos de Pedrín", a representarse en breve.

Completan el elenco Mario E. Sánchez, bautizado por sus compinches como "el que come mucho y trabaja poco", y Francisco Castiello. Necesario es decir que los titiriteros se eligen entre los mejores alumnos.

Ahora desfilan los muñecos: un colegial peloduro llamado "Cascarita"; "el falso faquir", horroroso rostro enjuto entre amarillo y rojo; la cocinera "Ramona", su mujer; el capitán de piratas "Cartón", pañuelo rojo en la cabeza, como mandan las buenas crónicas filibusteras, tan farsante como "Pata de Palo", que exhibe camiseta a rayas, una desmesurada nariz y el clásico ojo vaciado cubierto con un trozo de género. "Palito", "el Vigilante", "el ambicioso hotelero" y otros muñecos ya famosos allí donde van, completan la menuda y espectacular familia.

Cómo hacer todo con nada

Los organizadores comprendieron que la condición *sine qua non* del teatro escolar de títeres es su escaso o ningún costo. Por eso se orientaron hacia los materiales más accesibles y comunes. Los alumnos reunieron unas cuantas calabazas o mates, generalmente usados y a veces algo rotos. Con papel de diario disuelto en engrudo formaron luego una pesada pasta con la cual fueron moldeando las facciones de los muñecos. Así surgieron narices chatas o ganchudas, bocas rientes o implorantes. Como ojos utilizaron en ocasiones los que se usan para embalsamar animales, pero por lo general se prefirieron, por menos costosos, simples cuentas, bolitas, trozos de gemelos, etc. Para imitar el cabello cada cual recogió en su casa alguna piel abandonada por imposible o recortes de un viejo tapado, y los muñecos pudieron abrigar decorosamente su cuero cabelludo. Sin plata, pero con empleo de muchísima paciencia y mayor cantidad de ingenio, logró completarse el rutilante elenco de intérpretes.

Pero faltaba el tablado. Las energías infantiles pusiéronse nuevamente en juego. Los mismos pibes relatan la hazaña:

—El telón es una vieja colcha roja, como usted ve; estaba tan gastada que tuvieron que elegirse y coserse los pedazos menos deshilachados...

—Con bolsas viejas están hechas las bambalinas, Y el armazón, con cajones usados que pedimos por ahí, en el barrio...

Todos los gastos que demandó esta empresa fueron 20 pesos, costeados por los maestros titiriteros.

—Una suma fabulosa — nos dice sonriendo el señor Bagalio, quien acredita, como el señor Ucha, un fervor y una dedicación extraordinarios. Y agrega, mirando el tablado: — Más modesto no puede ser...

—Pero está todo — respondemos.

Y efectivamente es así. Todo lo que se necesita para crear la ilusión, la escoba mágica donde la fantasía infantil podrá recorrer en fugaces instantes distancias inconmensurables y seguramente inaccesibles a cualquier avión. ¿Qué falta aquí? Nada.

Está todo.

Utilidad de los títeres

Dos altos fines persigue el teatro escolar de títeres: uno es recreativo, el otro didáctico. Este se cumple en clase, una vez concluída la representación. Los alumnos realizan un trabajo de redacción explicando las sensaciones en ellos despertadas por el espectáculo. Los resultados así obtenidos son interesantísimos.

Igualmente se ponen a contribución, para el ambiente de las obras a representarse, sus conocimientos de historia y geografía, en trabajos de conjunto que desarrollan el espíritu de colaboración, camaradería y amistad. Otro tanto ocurre con la clase de dibujo. Primero se lee allí la obra y cada cual hace un esquema del decorado que propone para dicho espectáculo. Los más interesantes se seleccionan, y una vez elegido el definitivo se compra la tela especial necesaria, que los mismos chicos pintan.

A veces, la imaginación infantil sugiere ambientes pintorescos y exactos. Hemos visto el de la obra "Piraterías", que representa la habitación del feroz pirata "Cartón": calaveras y espadas decoran las paredes, junto a un ancla y un timón solitario; hay también un retrato de algún estrafalario pariente del pirata y, como detalle sugerente, un trozo de muro desconchado.

El decorado de "La Libertad" representa, en cambio, el fondo de una casa cualquiera: hay ropa tendida, plantas, una parra. Lo característico aquí es el color a raudales, color variado, alegre, gritón. Los programas también se escriben, decoran y colorean a mano.

Asimismo se procura despertar el espíritu crítico de los niños. Concluída la función en el aula, comienzan las observaciones. "Se vió la mano del titiritero" — apunta uno —. "La voz no se oía bien" o "el títere estaba muy bajo" — señalan otros. Los chicos titiriteros reconocen que esa crítica constructiva les resulta muy útil para posteriores representaciones.

10.000 espectadores y un chico que se come el pañuelo

—¿Cuántas funciones han dado ya?

—Alrededor de cuarenta, en escuelas, en asilos y hospitales de la capital y también de la provincia. Se dan casi siempre los domingos por la mañana, y calculamos que el total de asistencia ha sido de unas 10.000 personas, en su mayoría niños.

—¿Cómo reaccionan los niños?

—Depende del espectáculo. Pero el momento preferido por todos es el de los garrotazos. Recuerdo que una vez los contaban en coro, en voz alta: "van siete, van diez..."

—Las chicas son las más expresivas. ¡Hay que ver qué barullo arman! No hacen más que hablar y reírse fuerte y gritar durante la función...

—A veces los chicos se emocionan mucho. Recuerdo un caso, en la escuela de la calle Canalejas 835: un niño se comía el pañuelo y otro estaba tan nervioso que con las manos se desgarraba la corbata...

—Y hay que ver a los más chiquitos, tomándose de las manos como para defenderse, comiéndose las uñas, abriendo los ojos hasta que parece que se les van a salir volando...

—Cuando dimos la función en el hospital Salaberry no sólo asistieron los chiquitos enfermos, sino también los grandes y las enfermeras y hasta médicos. Y no sé quién de ellos se reía más...

—Casi siempre, después que hemos actuado, nos regalan caramelos, bombones, libros... ¡Fenómeno!...

—¡Si viera! —completa otro titiritero—. A mí me regalaron una novela formidable: "Un capitán de quince años"...

—¿Y te acordás, aquella vez, cuando fuimos a la escuelita de Matanzas? Desde mucho antes de llegar ya iban acompañándonos, nos aplaudían como si fuéramos ídolos y nos tocaban para ver si era cierto que los que manejaban los títeres eran de carne y hueso...

(CONCLUYE EN LA PÁGINA 27)

SI LLEVARON 40.000 AL TRIUNFO...

U.P.S.A.



UD. PUEDE CONFIAR EN ELLOS

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	$ 60
Contador General	$ 190
Contador Mercantil	$ 130
Jefe Oficina	$ 100
Empleado Bancario	$ 105
Cajero	$ 40
Emp. de Comercio	$ 40
Corresponsal	$ 40
Secretariado	$ 95
Mecanografía	$ 18
Taquigrafía	$ 42
Téc. Arg. Cinem.	$ 175
Taqui-mecanógrafo	$ 50
Caligrafía	$ 30
Aritmética Comercial	$ 28
Redac. y Ortografía	$ 37
Martillero Público	$ 54
Procuración	$ 150
Prep. p/Id. Farmacia	$ 130
Química Industrial	$ 125
Técnico en Vinos y Licores	$ 100
Jabones y Perfumes	$ 100
Telegrafía (c. discos)	$ 110
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 60
Aceites y Grasas	$ 70
Dibujo Artístico	$ 100
Dibujo Ind y Com.	$ 105
Adminis. de Hoteles	$ 100
Radiotelefonía	$ 170
Electrotécnico	$ 100
Construcción	$ 170
Arquitectura	$ 185
Mecánico Automóvil	$ 140
Mecánico Aviación	$ 160
Motores a Explosión	$ 140
Perito Agrónomo	$ 195
Adm. de Estancias	$ 100
Técnico Tambero	$ 60
Mecánico Agrícola	$ 65
Avicultura	$ 45
Jard. y Arboricultura	$ 78
Motores Diesel	$ 160
Corte y Confección	$ 39
Radiotelegrafía	$ 165
Inglés (c. discos)	$ 150

Usted puede triunfar en la vida, estudiando una profesión lucrativa por correo, si tiene la precaución de elegir bien a sus profesores!

El cuerpo docente de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA es para usted la más absoluta garantía del éxito, porque enseña de acuerdo a los métodos más modernos, claros y sencillos, y tiene una enorme experiencia, adquirida en más de tres lustros de labor y con 40.000 ex alumnos!

Decídase, pues, a seguir el ejemplo que estos ex alumnos le dan! En nuestra Institución usted encontrará algo más que el mejor material de estudio: encontrará verdaderos amigos, que le dedicarán toda la atención personal que sea necesaria para asegurar su triunfo!

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
EDIFICIO OLANO MEDELLIN

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero (Miraflores) 411
Casilla de Correo 1307 LA PAZ

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
BRASIL 1142 ASUNCION

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE ....

DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

PROVENTAS

L. 226

EL CUENTO HUMORISTICO

PALOS DE

De Juan Eugenio Hartzenbusch, el autor del cuento que brindamos aquí al deleite de los lectores, sería tarea obvia consignar datos biográficos. Nos limitaremos a recordar que de su pluma salió el famoso drama "Los amantes de Teruel", joya del teatro romántico que ningún autor ha conseguido superar aún.

En la costa de Andalucía, ya cerca de la raya de Portugal, hay una villa, no de gran población, pero bellísimamente situada, que disfruta de cierta celebridad, bien que no de toda la que merece: la villa de Palos de Moguer, o lisa y llanamente de Palos. De allí salieron las tres carabelas con que se arrojó Colón a cruzar desconocidos mares en demanda de un nuevo mundo, y esto es lo que principalmente da fama al pueblo con cuyo nombre va encabezada esta breve anécdota. Pero allí también han ocurrido lances dignos de memoria eterna, y, sin embargo, tal ha sido la incuria de nuestros historiadores, que ninguno los ha consignado en sus escritos, abandonándolos a la tradición, que todo lo confunde y lo vicia, dando motivo después a que los críticos suspicaces y osados nieguen hechos tan auténticos y positivos como la aventura de D. Rodrigo en la caverna o torre célebre de Toledo y las portentosas hazañas de los Doce Pares.

Palos fué antiguamente una ciudad populosa, cuyos habitantes, muy inclinados a la emigración, fundaron diferentes pueblos dentro de España y fuera; y de Palos traen su origen muchísimas familias, sonadas ya en los primitivos tiempos de Grecia. En Palos, antes que en parte alguna, se rindió culto a las diosas Palas y Pales; de Palos fueron oriundos los Palantes y Palamedes; hijos de Palos fueron los fundadores de Palencia y Palermo; los Palomeques, Palomos, Palomares, Palomeros y Palominos; y una limpia o expulsión hecha en Palos en la época de su mayor brillo y cultura llenó de paletos las aldeas de España. En Palos se inventaron los palotes y la paleografía, las palanganas y el baile paloteado, los palanquines, las palatinas y los paletoques, especie de sayos que, abiertos por delante y añadiéndole mangas, se han convertido en los paletoes modernos. Entre los paloteros nació ese género de conversación que aun conserva el nombre de *palique*, y de los lances que vamos a referir provino la expresión vulgar de "cantar la palinodia". En qué siglo ocurrieron éstos parece imposible determinarlo; pero consta por la tradición que en aquella época ya se usaban en Palos camisas con pechera bordada, abanicos de sándalo y alcaldías constitucionales. Esos y otros inventos de ayer no son sino repeticiones de lo que ya se ha usado y abandonado repetidas veces. En el mundo no hay nada nuevo, y para mí no tiene duda que en la edad antediluviana había ya caminos de hierro, bolsa, fósforos, sistema representativo, sistema de curar con agua, iluminación de gas, libertad de imprenta y baile de polka, y todos los sistemas, bailes y libertades posibles; porque si los hombres no lo hubiesen ya inventado todo, y no hubiesen abusado de todo, no se habría visto el Señor en la precisión de acabar con todos.

En el tiempo a que nos referimos, componían los paloteros la mejor gente del mundo: ellos eran hombres de bien, y ellas mujeres de vergüenza. Distinguíanse notablemente por la felicidad que reinaba entre los casados: las mujeres eran unas santas, y los maridos unos benditos. Sólo se echaba en cara a aquellos ciudadanos el ser alguna cosilla testarudos; pero tal defecto no había producido aún dolorosas consecuencias. (Entre paréntesis, hasta entonces Palos era una ciudad anónima; el nombre de *Palos* vino después, como verán los lectores.)

Era sacristán de la iglesia mayor un mozo recién casado, a quien por su índole, mansa como la de un cordero, llamaban *Agnus Dei;* su esposa, célebre también por su dulzura, tenía el nombre de *Paloma.* Amaneció un domingo, fatal para este matrimonio y aun para todos sus vecinos: Agnus Dei, al ponerse camisa limpia para ir a la iglesia, se halló manchada la pechera, cosa que le desazonó bastante contra su cara esposa; Paloma fué a buscar su abanico, y lo halló, roto y estrujado todo, en una silla en que se había sentado Agnus Dei sin repararlo. Hubo un rifirrafe pasajero entre los dos consortes; pero la bondad y el amor de ambos contuvo la explosión por lo pronto. Al almuerzo ocurrió otro incidente, que alteró también algún tanto la paz doméstica: parecióle a Agnus Dei que estaba soso el pisto; fué a coger de un vasar el salero y derribó involuntariamente un cacharro, que Paloma estimaba mucho, y se hizo añicos contra el suelo.

—¡Cuidado, marido — exclamó acaloradamente Paloma —, que estás hoy para destrozar! ¿Por qué no miras lo que haces?

—Más valiera que lo miraras tú: ¡vaya un planchado!, ¡vaya un almuerzo!

—La mancha y el almuerzo remedio tienen; pero el abanico y el vaso solamente se remedian con otros.

—De mi bolsillo saldrán.

—No te debían nada esas prendas, que eran regalos de mi padrino.

—El padrino y la ahijada me van hartando ya de modo...

La bondad ingénita de los dos esposos triunfó también aquí, y la tempestad que amenazaba se deshizo: diéronse sus satisfacciones, restablecióse la paz, y se ayudaron cariñosamente a vestir el uno al otro para salir a la calle. Mas, ¡por qué tanto, al tiempo ya de marcharse, no echó de ver Paloma que Agnus Dei llevaba un pelo en la ropa!

—Aguarda — le dijo muy oficiosa —, voy a quitarte un pelo que llevas.

—Por cierto — replicó Agnus Dei mirándolo — que debe ser tuyo, porque es de mujer.

—Yo digo que debe ser tuyo, porque es de hombre.

—Yo no llevo el pelo tan largo.

—Ni yo tan corto.

—Pero si es del color de tu pelo.

—Es más rubio el mío.

—El mío es más castaño.

—¡Que has de negar lo que una está viendo!

—¡Que has de querer hacerle ciego a uno!

—¿Sabes que estás insufrible, Agnus Dei?

—¿Sabes tú que *Agnus Dei* está por coger un *qui tollis peccata mundi* y hacerte cantar el *miserere nobis?*

—¡Tú a mí, infame!

—¡Cómo se entiende!...

¡Pobre Paloma! Era la hija de un dómine:





MOGUER

Por
J. E. HARTZENBUSCH

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

el marido la puso de blanda como la chupa del suegro.

Un rato después iba la infeliz, llorosa y desmelenada, a contar sus cuitas a su madrina, esposa de un ministro... de justicia sin gracia, alias alguacil.

La alguacilesa toma la defensa de su ahijada, apaleada por un pelo; el alguacil defiende al marido; enciéndense los ánimos, agítase en los aires la vara, y la señora ministra sin excelencia recibe una tunda que no hay más que pedir.

Madrina y ahijada acuden a casa del escribano para entablar una querella; la escribana se pronuncia en pro, el escribano se declara en contra, y la señora escribana sufre una soberbia paliza.

Las tres apaleadas se dirigen a la alcaldía constitucional. Resultado próximo: protección y apoyo de parte de su señoría la alcaldesa; resultado subsiguiente: riña entre alcaldesa y alcalde; resultado final: otra individua apaleada.

Lo mismo sucedió con la barbera y la boticaria, vecinas de Agnus Dei, y aun con tres o cuatro amas de solteros, prohombres de Palos. Dado el ejemplo por las notabilidades, el vulgo no quiso ser menos: zapateras y sastras, taberneras y aguadoras, todas abrazaron la causa de la sacristana, y sellaron su fe, si no con la sangre de sus venas, con los cardenales de sus costillas. Era un dolor el espectáculo que presentaba aquella noche la ciudad, o por mejor decir, eran muchísimos dolores: de cabeza, de brazos, de espaldas, y de ahí abajo.

Pero la bondad y dulzura de aquellas gentes rayaba en tal grado, que a los pocos días todo se había dado al olvido, y se pasó un año sin que hubiese en el pueblo un sí ni un no.

El día del triste aniversario de la general paliza se estaban desayunando la angélica Paloma y el amabilísimo Agnus Dei, tan lejos de pensar en quimeras como el diablo de hacerse bueno. En un instante de silencio escapósele indeliberadamente una sonrisa a la joven sacristana, y preguntóle su marido por qué se sonreía.

—Por nada — respondió ella.

—Por algo será — replicó él.

—Es una tontería.

—Dila, y nos reiremos los dos.

—¿Te acuerdas de lo que pasó hace hoy un año?

—¡Ah, caramba! Es verdad: tal día como hoy fué la de marras. ¡Cómo traté a mi pobrecita Paloma! Y todo ¿por qué?

—Por un pelo.

—Por un triste pelo de mujer.

—No, por un pelo de hombre.

—De mujer: no volvamos a las andadas.

—¿Si querrás tener razón todavía?

—¿Si querrás decirme que no la tuve?

—Pues ya se ve que sí.

—Es mentira.

—¡Mujer!

—¡Marido!

Y pasando naturalísimamente del pelo al palo, la malaventurada Paloma fué tratada por su marido como él trataba a los santos para quitarles el polvo, es decir, como si diese sobre madera.

Y la palomita repaloteada fué a quejarse a la señora alguacila, y el alguacil repitió la escena del año anterior; y lo mismo sucedió por sus pasos contados con la escribana, y con la alcaldesa, y con todo el pueblo: vareo general para todas las casadas, y para muchas viudas y solteras en expectativa de boda.

La noticia de tan singular acontecimiento hizo creer a los habitantes de los pueblos limítrofes que los ciudadanos anónimos se volvían locos en un día del año, por lo cual trataron de poner remedio a tan grave mal. Las autoridades de la ciudad de Moguer se encargaron de la intervención armada; y al segundo aniversario, al tiempo que, a consecuencia de recordar el fatal día de marras, andaba el palo por alto en todas las casas y calles de la ciudad sin nombre, hételo que penetra en ella un destacamento de caballería, y empieza a poner paz en los matrimonios, a golpes de espada sacudidos de plano. Los maridos, viéndose atacar en el ejercicio de sus derechos, se arman para defenderse; las mujeres, que ven que los extraños se introducen a poner orden en asuntos caseros, hacen causa con los esposos para hostilizar a los advenedizos. La suerte de los mogueresеs fué la que siempre suele caber al que media en riñas de casados: la rabia que se han excitado recíprocamente se desfoga en el mediador. Acometidos los forasteros por todas partes, hubieron de ceder al furor y al número de los adversarios; los amabilísimos y benignísimos compatriotas de Agnus Dei no dejaron hueso sano a los de Moguer: lo mejor y más recio de aquel día de paliza fué para ellos.

Dicen los etimologistas que desde entonces se dió a la ciudad anónima el nombre de *Palos*, y que se añadió luego *de Moguer*, por los que llevaron los que vinieron a esta última población a pacificar a los apaleadores. Otros afirman que el nombre verdadero de la ciudad fué *Palos de mujer*, porque en su origen los palos consabidos fueron destinados al bello sexo; otros, por último, sostienen que la ciudad fué llamada *Pelo de mujer*, porque la riña principió por un pelo. El lector puede decidir la cuestión como quiera, sin reparar en pelillos.

Los aniversarios de esta clase duraron en Palos hasta que un sabio de no sé qué país persuadió a las paloteras que el agua de Ríotinto, cogida en cierto paraje, día y momento, tenía la prodigiosa virtud de librar de todo mal tratamiento a las mujeres mientras la conservaran en la boca. Hicieron la prueba, y — como es de creer — les salió perfectamente: no hablaban por no arrojar la bocanada, y como no había disputa, no había paliza.

Hoy día que en España reñimos a cada paso por todo, sería muy útil ensayar este método: en ciertas reuniones, sobre todo, convendría mucho que un gran número de personas, en vez de echar bocanadas, tuvieran continuamente la boca llena con una del líquido que fuese más de su gusto. Las palenses de hoy, muy otras que las paloteras antiguas, pudieran enseñarnos a callar a tiempo y hablar con juicio; distínguense, en efecto, por estas dos rarísimas prendas. ❖



EL AMOR MAS FUERTE

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 7)

—No le haga caso. Estoy inquieta por nuestro destino. Y me parece que no es momento de pensar en la dicha aislada.

El patricio miró detenidamente el rostro pálido que tenía enfrente.

—Es verdad. Diríase que estamos al comienzo de un camino que sube y que será muy difícil como toda cuesta. Pero Dios no abandonará a la patria.

En aquel momento Belgrano miraba el cielo desde la ventana; la enérgica dulzura de su semblante se iluminó con una sonrisa. No pudo ver la pasión con que los ojos de la mujer lo contemplaban; no pudo conocer la angustia con que ella pensó:

—Ya le blanquea el pelo junto a las sienes; tiene el aire cansado, pero no se acuerda de sí, no ha alentado sino olvidándose de su propia vida y de su posible felicidad humana, lleno de un amor fuerte como ninguno.

—El teniente Olmos obtendrá licencia para casarse cuando lo desee — volvió a decir Belgrano, sonriendo.

—El teniente Olmos tiene novia en España — respondió ella casi duramente.

—Ya no. Ha roto con él, considerándolo traidor.

Pero los ojos hermosos y tristes no expresaron ninguna emoción.

—Yo creí que entre ustedes había un romance.

—Solamente amor patrio... por lo que a mí hace — respondió ella ruborizándose.

Y el viejo abuelo volvió a carraspear:

—¿Quién entiende a las mujeres? Yo juraría que Soledad está enamorada.

—¿Sí? — preguntó Belgrano, con sonrisa paternal, poniéndose de pie para despedirse. La emoción del Angelus trajo una frescura azul. El aire se removió, aromándose, como si lo cruzara un vuelo.

—El amor humano debe ser muy hermoso, pero tal vez demasiado exclusivo — dijo el patricio —; si el fuego del sol hubiera de reducirse a un hogar ya no alumbraría sobre el mundo. El amor a la patria, como el amor a Dios, tienen que repartir su irradiación de modo que alcance bien.

Miró luego a Soledad que caminaba junto a él acompañándolo hasta la puerta. ¿Qué ilusión zozobraba en aquellos ojos? ¿Por qué su dueña parecía tan sola y tan triste, por qué daba la impresión de una flor demasiado blanca?

—No se aflija por Olmos; aunque usted lo pierda pon ahora para el sentimiento, lo ha ganado para el amor más fuerte.

—No estoy triste por él — dijo ella enrojeciendo; y como arrepentida de sus palabras se apresuró a añadir: — Pienso en el amor más fuerte; usted puede nombrarlo porque nadie ha amado tanto a la patria.

Se quedó ella inmóvil, mirándolo, quieta la mano sobre el cerrojo frío, como si pudiese ver ya la espada y la cruz en la diestra pálida del ex secretario del Consulado. Y los ojos oscuros perdidos dentro de la mirada azul expresaron un dolor punzante, de esencia confusa.

Subido ya el embozo de la capa, Belgrano retuvo la mano femenina en su diestra:

—Hasta la vuelta; no deje de rezar por nosotros. La patria está reconocida a su amor.

—¡Que la Virgen de la Merced lo acompañe; que la Virgen de las Batallas lo bendiga, doctor Belgrano!

Casi bruscamente cerró ella la puerta. Manuel Belgrano se detuvo un instante como si pensara en algo; luego sacudió la cabeza y embozándose echó a andar con energía... ◈

ACTUALIDADES

UNA CONFERENCIA DEL Dr. ESCUDERO.—Sobre un tema de su especialidad: "El problema de la alimentación de los niños en la familia obrera", pronunció una brillante conferencia, en el Hogar Santa Rosa del Patronato Nacional de Menores, el doctor Pedro Alberto Escudero. Sus interesantes conceptos, expuestos con palabra amena y autoridad científica, suscitaron el aplauso de la distinguida concurrencia que asistió al acto. Las fotos muestran al doctor Pedro Alberto Escudero durante su notable conferencia, y a un sector del numeroso público que concurrió a escucharlo.





LA VII SEMANA NACIONAL DE TIRO.—Bajo brillantes auspicios realizóse recientemente en la ciudad de Salta la VII Semana Nacional de Tiro. Con tal motivo la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires envió un calificado equipo representativo que disputó el Campeonato Interuniversitario de fusil, "Copa Facultad de Química Industrial y Agrícola de la Universidad del Litoral". Integraron dicho equipo los universitarios señores Atilio Moro, capitán de tiro; Sebastián L. Vives y Juan F. Del Olmo, como titulares, siendo suplentes los señores Juan Moya y Enrique Hernando. Los distinguidos deportistas aparecen en la fotografía momentos antes de partir hacia Salta, acompañados de algunos de los familiares que fueron a despedirlos a Retiro.



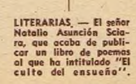
DISERTACION.—Con el auspicio del Ateneo Popular de la Boca, y ante numerosa y selecta concurrencia, la señorita Nethfer A. Rodríguez Cortina, que aparece en la foto haciendo uso de la palabra, disertó sobre "La poesía de María Raquel Adler".

"ESTAMPAS PARAGUAYAS".—Así titúlase el libro con que Pastor Urbieta Rojas, escritor y periodista del país hermano, afronta en la Argentina el juicio de la crítica. Se trata de una serie de relatos breves y vigorosos, escritos en un estilo muy personal, que van hilvanando recuerdos y esbozos del Paraguay. La obra lleva un prólogo del Sr. Enrique de Gandía.





LITERARIAS. — El señor Natalio Asunción Sciara, que acaba de publicar un libro de poemas al que ha intitulado "El culto del ensueño".



GRAFICAS



EN LA ASOCIACION MEDICA.—Durante la realización del V Congreso Argentino de Obstetricia y Ginecología, disertó en la Asociación Médica Argentina el doctor Josué A. Beruti. El conferenciante, que aparece en la fotografía con los doctores Posman, Arenas y Chevalier, habló sobre el tema "En ocasión del centenario de un gran acontecimiento obstétrico. El médico literato: Oliver Wendell Holmes".



ANIVERSARIO.—Con motivo de cumplirse el 15º aniversario de la fundación de la revista "El Tony", la dirección de dicho semanario ofreció un almuerzo al personal del mismo y a sus colaboradores. La foto muestra un numeroso grupo de asistentes al acto.



CONCERTISTA. — Tras una prolongada permanencia en Europa, donde diera, antes de la guerra, numerosos conciertos que lo consagraron artísticamente, acaba de reintegrarse a nuestros círculos musicales el joven y notable violinista Rodolfo Zubrisky.



AGASAJO. — Acaba de acogerse a los beneficios de la jubilación el señor Domingo P. La Greca, segundo jefe de la oficina de expedición al interior, del Correo Central, en cuyo cargo puso de manifiesto sus destacadas dotes de funcionario capacitado. Con tal motivo sus amigos y compañeros le ofrecieron un agasajo.

LOS TITERES VAN A LA ESCUELA

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 22)

El ejemplo del "canillita" titiritero

Posiblemente ya existan en las escuelas de la capital una treintena de teatritos similares. Pero el "Trapisonda", que casi seguramente es el más antiguo, es también el que puede alardear de una más copiosa descendencia. Muchos maestros porteños y del interior han ido a la escuela de la calle Murguiondo para conocer a los títeres y otros han escrito desde sus provincias. Los mismos niños titiriteros contestan esas cartas, dando consejos y orientaciones y enviándoles copias de la obras que representan. Así surgieron iguales en localidades de Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Misiones, Río Negro, etc. En un humilde poblado neuqueño, Taqui-milán, bautizaron a los títeres, en recuerdo de esta ayuda, como "los nietos de Trapisonda".

Pero el caso más emocionante y que demuestra la repercusión alcanzada por la iniciativa en el mismo barrio de Mataderos, es el de Norberto de Cono, un ex titiritero del "Trapisonda" que trabaja vendiendo diarios para ayudar a su familia. Lejos de la escuela y de los muñecos, el "canillita" no dió al olvido su inquietud. Cuenta:

—Organicé un teatrito y di una función para el piberío de Nueva Chicago. Fueron muchos... Pero como ustedes (los maestros) me enseñaron que esa alegría debía darse gratis, sólo les cobraba un mate como entrada. Así después podíamos fabricar más títeres...

¿Puede extrañar lo que ocurrió al terminar la función? Los chicos lo vitorearon, llevándolo en andas...

Los muñecos y su porvenir

El porvenir de los títeres escolares es amplísimo, aunque hasta hace poco no contaron con el apoyo oficial. Ultimamente, el Consejo Nacional de Educación resolvió patrocinar las clases prácticas que sobre construcción y manejo de teatros de títeres dicta, especialmente para maestros, el poeta Javier Villafañe en el Instituto Nacional de Estudios del Teatro. Por su parte, el señor Bagalio ha dado conferencias sobre el tema. Pero los planes del "Trapisonda" son extensos. Piensan realizar para fines de este año una muestra de teatros de títeres escolares, y ya están realizando un estudio al respecto, para lo cual dirigen fichas a las escuelas pidiéndoles datos sobre funcionamiento y características de los teatros allí donde existan. Puede decirse que el movimiento está aún en sus comienzos, pero son éstos tan halagüeños que pueden predecirse los resultados más felices. Es de esperar que se siga aquí el ejemplo de EE. UU., donde la enseñanza al respecto está oficializada en las escuelas y se incluye habitualmente en los programas.

La ilustre raza de los títeres, que ha recorrido el mundo a través de lentos siglos; que hizo reír y llorar en Egipto y en Grecia, en China y en Japón, en Checoeslovaquia y en Inglaterra, ha venido ahora a posar su dócil progenie en las manos expertas de nuestros escolares titiriteros, para permanente asombro y maravilla de los niños argentinos. ◈

La importancia del

Extraigo estas notas del cuaderno de uno de mis personajes:

"MUCHAS veces pienso en la importancia incalculable del punto de vista. Del punto de vista en todo, tanto en el arte como en la vida. La consumación de una obra y el acabado de un carácter, sus tensiones preparatorias y las consecuencias logradas en el terreno de lo perfectible, están íntimamente relacionadas con el punto de vista. La vida no nos larga enseñados a este respecto; nuestro más difícil y más trascendental aprendizaje consiste en saber colocar nuestra mirada — la fisiológica y la moral — frente al objeto en cuestión. Hace muchos años leí un ensayito de José Ortega y Gasset sobre el punto de vista en las artes. No estaba yo maduro entonces para pensarlo más allá de la letra, para reflexionarlo con el cuerpo del alma, que es el modo como a la postre pensamos las cosas cuando vamos de veras a entenderlas. Mucho tiempo después, al plantearme mi vocación y mi trabajo sus problemas capitales, o sea las cuestiones referentes a su solución última, y al suscitarme la vida sus mayores problemas, recordé insistentemente, rehaciéndolo en los aspectos suyos que antes me habían tocado tan sólo en lo superficial, aquel ensayito, mucho más revelador de lo que pueda pensarse. Mi propio oficio y la vida, una sola cosa me han enseñado por sobre todo, y es que la maestría mayor a que podemos aspirar, el máximo bien material, es un dominio — dominio profundo, dominio radical — del punto de vista. No hay región de nuestra retina espiritual que no lo necesite para hacer de sus propiedades, propiedad; o sea para ajustar con perfección sus medios a sus fines.

"Volví, pues, a leer el ensayo en cuestión, pero no hallé lo que con el tiempo yo había elaborado en el sentido de pensar lo que iba a encontrar en él. No hallé una filosofía del punto de vista. Muy agudo, por cierto, muy penetrante, el ensayo se limitaba a trazar una correlación formal entre la filosofía de este tiempo y la plástica sincrónica. Claramente acusa la desrealización progresiva producida en ambas comarcas; puras sensaciones y sensaciones puras, en el lienzo y en el pensamiento suceden al añejo sustancialismo, a la pintura de los cuerpos sólidos e independientes y a la filosofía de las sustancias individuales. En aquellas páginas señalaba Ortega la evolución de la pintura europea, que comienza en Giotto por ser pintura de bulto, para hacerse luego pintura de hueco. En el *Quatrocento*, flamencos e italianos cultivan la pintura de bulto; los cuerpos aparecen corpóreos y tangibles; todo en esta pintura es primer plano, y el detalle cobra por sí mismo importancia de todo. En el *Renacimiento*, la visión del objeto sigue siendo la misma; sólo cambia una operación en la actitud del pintor: aparece la composición o arquitectura. Luego atesta el Greco sus cuadros de carne, todo el espacio está en su pintura lleno de cuerpos, de figuras. Luego vienen los claroscuristas, que proporcionan al cuadro unidad interna, aunque persiste la pintura de bulto. Pero Velázquez trae en su genio la gran revolución, que no consiste según Ortega más que en detener su pupila. Esta ya no va a abrazarse conmovida con el objeto, a girar en torno a él (ptolemaicamente, dice nuestro

"Los borrachos", de Velázquez.



punto de vista



Por
EDUARDO MALLEA
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

autor). "Velázquez resuelve fijar despóticamente el punto de vista." Pero perduran en él los principios moderadores del Renacimiento y tan sólo los impresionistas y neoimpresionistas — Cézanne y los cubistas llevan a cabo la innovación y descubren el volumen. La pintura, que había llegado a hacerse de hueco, se retira del mundo exterior, entra en la intimidad del pintor, y en vez de pintarse los objetos se pinta "el ver mismo".

❦ ❦ ❦

"Todas esas transiciones, todos esos cambios — continúa mi personaje — no hacen sino revelar la importancia suprema del punto de vista. La concepción del mundo cambia diametralmente con la mutación del punto de vista. Pero más que el cambio en el punto de vista me parece descubrir Ortega un cambio en la disposición de las imágenes. De externas se hacen íntimas; de objetivas, subjetivas. Lo cual indica que la pintura moderna y la filosofía sincrónica lo que hacen, en puridad, es intelectualizarse. Lo importante es esto: que para que un arte alcance magnitud es en su punto de vista donde ha de haberse ganado el primer combate. Sin la solución del juego de las distancias no hay perspectivas ni justo complejo de proporciones, no hay armonía ni verdadero dominio de la materia.

"La experiencia del novelista lo llevará a la convicción de que la toma de distancia en lo que concierne al tiempo y el espacio es decisiva en cuanto a la aprehensión de los personajes y sus planos morales correlativos. Sin punto de vista resuelto, los movimientos se confunden y las masas vienen monstruosamente a entorpecer la visión. El novelista, creador de peripecias ficticias, y el hombre común, creador de peripecias vivas, nada son mientras no han llegado a la sabiduría primera, que es la del graduado, en concordancia con la materia, del punto de vista. He aquí la cuestión principal: jerarquizar el punto de vista. Un alma que no llegue a ese dominio no creará nunca nada perdurable en lo que al arte atañe, ni alcanzará nunca el planteo de una armonía espiritual o ética con el mundo de su convivencia.

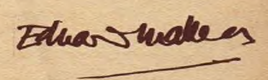
"En el arte, al igual que en la vida, los mayores errores provienen de no saber el aparato íntimo del sujeto guardar del objeto la suficiente distancia. Estamos por lo general encima de éste, agolpados sobre los cuerpos, las cosas y las circunstancias, sin aire suelto entre ellos y nosotros. Si fuéramos lo suficientemente cuerdos como para no perder nunca nuestro aparato de distancias, qué dominio guardaríamos siempre sobre las contingencias y emergencias, sobre los bultos visibles y las imágenes interiores... Pero tendemos con demasiada frecuencia a echarnos encima los antagonistas y protagonistas que el alce de la vida arroja contra nosotros. Lo señorial es lo que contiene calidad dominante. Dominio es mantenimiento de las distancias jerarquizadas. No hay, por consiguiente, señorío sin imperio sobre el punto de vista.



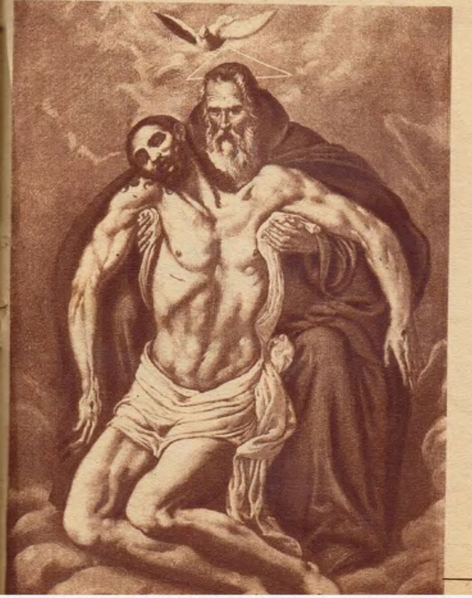
"Cuánto ganaríamos si pensáramos a veces nuestros actos, mediante una posición retrospectiva, desde el vértice de dos años más adelante, o si dispusiéramos nuestras imágenes e ideas a una distancia lo bastante extensa y justa como para verlas, no en sí, sino en sus relaciones recíprocas y de vecindad. Y con respecto a la gente y a la organización general del mundo, ¿no daríamos así algo más de lo que damos? Toda visión desacomodada redunda en confusión; y la del espíritu y del ánimo, peor que la óptica.

"Y más importante, desde luego, que la perspectiva externa es la perspectiva interior, la capacidad que tengamos de mantener nuestras imágenes conceptuales y nuestras ideas formatrices y corolarias en un campo donde no se nos agolpan, donde nos permiten, no que ellas nos envuelvan enlazándonos, sino donde nosotros podamos mantenerlas en la perspectiva con que vemos la dispar edificación de la ladera, con sus cambios de luz y sus diferencias de magnitud o dimensión, pero con sus elementos de totalidad y sus faldas y espacios de interdependencia.

"Y sin embargo, esto no quiere decir que hayamos de hacernos nosotros *perspectiva*. Esto es, que debamos renunciar a tocar ciertas partes de la incitación universal con rasgos y predilecciones más intensas. No. El peor de todos los espíritus es en muchos casos el del profesor, que todo lo ve disgregado en partes que no sirven sino en función del conjunto, recortando y escatimando virtudes de lo particular para hacer más patente la virtud de lo general. No. A la jerarquización del punto de vista debemos llevar vivos nuestros jugos. Los grandes genios pictóricos — pensemos en un Breughel, en un Velázquez — han tenido esto de peculiar: el poner en todos los elementos del conjunto la máxima potencia de individualidad, el hacer de cada imagen u objeto, no la suprema indiferenciación, sino la suprema diferenciación. Sólo que una diferenciación activamente atenta a las presencias circundantes. Lejos de disminuir a cada cual, esta atención intensa lo satura de tensión y plenitud."



"El Padre eterno sosteniendo a su divino hijo muerto", del Greco.



EL CUENTO TRAGICO

LA COMPAÑERA DEL "ABROJO"

Por GIOVANNI VERGA

ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

HACE ya algunos años, allá por el Limeto andaban a caza de un bandido, cierto "Abrojo", si no yerro el nombre, maldito como la hierba que lo lleva, quien de punta a punta de la provincia había dejado tras de sí el terror de su fama. Carabineros y soldados, incluso de caballería, seguíanle dos meses hacía, sin haber logrado echarle mano; iba solo, pero valía por diez, y la mala planta amenazaba multiplicarse. Por añadidura, se acercaba el tiempo de la siega, abandonada la cosecha en manos de Dios, que los propietarios no se arriesgaban a salir del pueblo por miedo al "Abrojo", de suerte que las quejas eran generales. El prefecto mandó llamar a todos aquellos señores de la comisaría, carabineros y gentes de la compañía de armas, y hete luego en movimiento patrullas y escuadrillas por todos los barrancos y detrás de cada tapia; iban batiéndole como a una fiera por toda la provincia, de día, de noche, a pie, a caballo, con el telégrafo. Pero el "Abrojo" se les escurría de entre las manos y contestaba a escopetazos si le pisaban demasiado los zancajos. En los campos, en los pueblos, por las haciendas, bajo los emparrados de las tabernas, en los lugares de reunión, no se hablaba sino de él, del "Abrojo", de aquella caza encarnizada y aquella desesperada fuga. Los caballos de los carabineros reventaban de cansancio; los de la compañía de armas se tiraban rendidos en el suelo, por las cuadras; las patrullas dormían de pie; sólo el "Abrojo" no se cansaba nunca, ni nunca dormía, luchando siempre, trepando por los precipicios, arrastrándose entre las mieses, corriendo agazapado en la espesura de las chumberas, gateando como un lobo por los lechos secos de los torrentes. En doscientas millas a la redonda corría la leyenda de sus gestas, de su valor, de su fuerza, de aquella desesperada lucha de él solo contra mil, cansado, hambriento, abrasado por la sed, en la inmensa y achicharrada llanura, bajo el sol de junio.

Pepa, una de las chicas más guapas de Licodia, iba a casarse por entonces con el compadre Finu, "Vela de sebo", que tenía sus buenas tierras y una mula baya en la cuadra, y era un mozo grandote y hermoso como el sol, que llevaba el estandarte de Santa Margarita como si fuese un pilastrón, sin doblarse al peso.

La madre de Pepa lloraba de contento por la mucha suerte que le había tocado a su hija, y se pasaba las horas colocando y revolviendo en el baúl el ajuar de la novia, de ropa blanca "bordada como el de una reina", pendientes que le llegaban a los hombros y anillos de oro para los diez dedos de la mano; tenía cuanto oro pudiera tener Santa Margarita, y por Santa Margarita justamente se iban a casar, que caía en junio, después de la siega del heno. "Vela de sebo", al volver todas las noches del campo, dejaba la mula a la puerta de la Pepa e iba a decirle que los sembrados eran un encanto, si el "Abrojo" no les pegaba fuego, y que las trojes no bastarían para todo el grano de la cosecha; que se le hacían mil años lo que tardaba en llevarse a su mujer a casa, a la grupa de la mula baya. Pero Pepa, un buen día, le dijo:

—Deja en paz a tu mula, porque yo no quiero casarme.

¡Figúrate el baturrillo! La vieja se tiraba de los pelos, y "Vela de sebo" se quedó con la boca abierta.

Por sí o por no, a Pepa se le había calentado la cabeza por el "Abrojo", sin conocerlo siquiera. ¡Aquél sí que era un hombre! "¿Tú qué sabes? ¿Dónde le has visto?" Nada. Pepa ni siquiera respondía, con la cabeza baja, la cara dura, sin piedad para su madre, que estaba como loca y con los cabellos grises al viento, parecía una bruja.

—¡Ay! ¡Qué demonio ha venido a hechizarme la hija!

Las comadres, que habían envidiado a Pepa el sembrado próspero, la mula baya y el buen mozo que llevaba el estandarte de Santa Margarita sin doblarse al peso, decían toda clase de historias sobre si el "Abrojo" iba a buscar a la muchacha por la noche a la cocina, y que lo habían visto escondido debajo de la cama. La pobre madre tenía encendida una lámpara a las ánimas del purgatorio, e incluso el cura había ido a casa de la Pepa a tocarle el corazón con la estola para espantar a aquel diablo del "Abrojo" que se había apoderado de ella.

Pero ella seguía diciendo que ni aun de vista conocía al tal cristiano; pero que pensaba siempre en él, que lo veía en sueños por la noche, y a la mañana se levantaba con los labios ardientes, como él sedienta.

La vieja, entonces la encerró en casa para que no volviese a oír hablar del "Abrojo", y tapó todas las rendijas con estampas de santos. Pepa escuchaba lo que decían en la calle, detrás de las estampas benditas, y se ponía pálida y colorada como si el diablo le soplase todo el infierno en la cara.

Al cabo, oyó que habían descubierto al "Abrojo" en las chumberas de Palagonia.

—¡Dos horas ha estado haciendo fuego! —decían—. Hay un carabinero muerto y más de tres de la compañía de armas heridos. Pero le han disparado tal granizada de fusilería, que esta vez han encontrado un lago de sangre donde ha estado.

Una noche, Pepa se santiguó ante la cabecera de la vieja y huyó por la ventana.

El "Abrojo" estaba en las chumberas de Palagonia — no habían podido atraparle en aquella madriguera de conejos —, herido, ensangrentado, pálido por el hambre de dos días, abrasado por la fiebre y con la carabina cargada.

Cuando la vió llegar resuelta, por entre los espesos matorrales, a la fosca claridad del amanecer, pensó un momento si disparar o no.

—¿Qué quieres? — le preguntó —. ¿Qué vienes a hacer aquí?

Ella no respondió, mirándole fijamente.

—¡Vete! — dijo él —. ¡Vete, y que Cristo te ayude!

—Ahora ya no puedo volver a casa — contestó —; el camino está lleno de soldados.

—¡Qué me importa! ¡Vete!

Y le apuntó con la carabina. Como no se movía, el bandido, espantado, se fué a ella mostrándole los puños:

—Pero ¿estás loca... o eres... una espía?

—¡No! — dijo ella —. ¡No!

—Bueno, si es así, ve a buscarme una botella de agua al torrente.

Pepa fué sin decir nada, y cuando el "Abrojo" oyó los tiros, se sonrió y dijo entre sí:

—Esos eran para mí.

Pero poco después vió volver a la muchacha, con la botella en la mano, herida y ensangrentada. Se abalanzó sobre ella, sediento, y luego que bebió hasta faltarle el resuello, le dijo al fin:

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí — dijo ella con la cabeza, ávidamente—; sí.

Y le siguió por montes y valles, hambrienta, medio desnuda, corriendo muchas veces a buscarle una botella de agua y un mendru-



go de pan con riesgo de su vida. Si volvía con las manos vacías, en medio de los tiros, el bandido, devorado por el hambre y la sed, le pegaba.

Una noche en que había luna y se oía ladrar a los perros, lejos, en la llanura, el "Abrojo" se puso en pie de un brinco y le dijo:

—¡Tú quédate aquí, o te mato, como hay Dios!

Ella se quedó pegada a la roca, en el fondo del barranco; él, por el contrario, salió corriendo entre las chumberas. Pero los otros, más avisados, le salían al encuentro precisamente por aquel lado.

—¡Alto, alto!

Sonaron unos escopetazos. Pepa, que sólo por él temblaba, le vió llegar herido, arrastrándose apenas, andando a gatas para volver a cargar la carabina.

—¡Se acabó! —dijo—. Ahora me apresan —y tenía la boca llena de espuma, y los ojos relucientes como de lobo.

Apenas cayó sobre las ramas secas como un haz de leña, los de la compañía de armas se le echaron encima todos a la vez.

Al día siguiente le pasearon por las calles del pueblo en un carro, herido y sangriento. La gente se agolpaba en derredor para verle, y también a su compañera, maniatada como una ladrona, ¡ella que tenía tanto oro como Santa Margarita!

La pobre madre de Pepa tuvo que vender toda la ropa blanca del ajuar, los pendientes de oro y los anillos de los diez dedos, para pagar los abogados de su hija y llevársela de nuevo a casa, enferma, deshonrada y con el hijo del "Abrojo" a cuestas. En el pueblo nadie volvió a verla. Estaba arrinconada en la cocina como una fiera, y sólo salió cuando su vieja se murió de pena y hubo que vender la casa.

Entonces, de noche, se marchó del pueblo, dejando a su hijo en el hospicio, sin mirar atrás siquiera, y se fué a la ciudad, donde le habían dicho que estaba el "Abrojo" en la cárcel.

Rondaba en torno al tétrico edificio, mirando las rejas, buscando dónde podría estar él, con los esbirros siguiéndole los pasos, insultada y echada de todas partes. Al cabo, supo que su amante no estaba allí ya, que se lo habían llevado a Ultramar, maniatado y con el hatillo a cuestas. ¿Qué hacer? Se quedó donde estaba, a buscarse el pan, haciendo algún servicio a los soldados y a los carceleros, como si formase parte ella también de aquel gran edificio tétrico y silencioso. Por los carabineros, que habían apresado al "Abrojo" en la espesura de las chumberas, sentía una especie de ternura respetuosa, algo así como admiración bruta de la fuerza, y estaba siempre por el cuartel, barriendo las salas y limpiando polainas, tanto que "el estropajo del cuartel" la llamaban. Sólo cuando salían para alguna expedición arriesgada, y les veía cargar las armas, se ponía pálida y pensaba en el "Abrojo". ◈

Cine

por Amelia Monti

Delia Garcés con mantilla

ASÍ aparece engalanada Delia Garcés en una de las escenas más bulliciosas de "Casa de muñecas", película que logró un merecido éxito. Con su mantilla de madroños y su traje de maja, la joven actriz resuelve su personaje con simpático gracejo y comunicativa ternura. Fuera de ese momento, muéstrase también dueña de su personalidad en el difícil papel de la protagonista de esta ajustada y elocuente versión que Casona llevó al cine con hallazgos de situaciones y de diálogo — el diálogo es uno de los fuertes de la película — y que justifica su permanencia en cartel.

Poema de vida que ha conservado su fibra maestra a través de la adaptación y de un alarde de realización halagüeño para Ernesto Arancibia, su director, lo mismo que para su productor, Alberto de Zavalía. Al lado de Delia Garcés, que cumple tan expresiva labor, confirman sus antecedentes Angelina Pagano, Alita Román, Jorge Rigaud, Sebastián Chiola y Orestes Caviglia. Suntuosos y adecuados los interiores. La música, otro valor.

HISTORIA DE UNA VIDA

El film póstumo de Leslie Howard

—¿USTED tiene fe en las películas biográficas?

—Cuando la figura, cuya vida se quiere tomar, ofrece aristas interesantes y de segura repercusión, sí. Ahí tienen "Pasteur", "Zola", "60 años de gloria", y otras muchas que sería prolijo señalar.

Esa fué la pregunta que le hicieron a Leslie Howard, y la respuesta que dió él cuando se enteraron de que pensaba llevar a la pantalla la semblanza de R. J. Mitchell, el célebre diseñador de aparatos de aviación, en un relato que encerrara toda su vida de investigador y de patriota. Hacía mucho tiempo que el malogrado actor maduraba realizar esta película. Tenía la seguridad de que iba a ser una tarea laboriosa, pero también sabía que el film iba a responder a todas las esperanzas.

Leslie Howard llevó a cabo su sueño, sin llegar a suponer su inesperado y trágico fin. Sin sospechar que sería su destino morir en un avión atacado por bombas enemigas... La gloria de su trabajo como argumentista, productor, director e intérprete, será, pues, una gloria póstuma, pero no por eso menos auténtica.

"Por un ideal" se titula el film que presenta la R. K. O., y cuya exhibición será como un homenaje para el actor desaparecido de modo tan dramático. Leslie Howard personifica a Mitchell en una caracterización, física y anímica, perfecta. La bella Rosamund John encarna a la esposa, y David Niven al piloto de prueba que los acompañara en un alegre viaje de vacaciones que los tres efectuaron a Alemania, viaje que permitió a Mitchell darse cuenta de la amenaza nazi. Fué por el año 1935, y ya Mitchell pudo observar cómo, en innumerables campos de entrenamiento, jóvenes alemanes eran adiestrados como pilotos y sometidos a una severísima disciplina militar.

Con auténtico vigor y apasionantes situaciones, relata el film los sucesos. Desde el ángulo de un hogar feliz, el viaje, la percepción del peligro cercano hasta su vuelta a Inglaterra, cuando empezó a diseñar y perfeccionar el "Spitfire", que tan eficaz y utilísima intervención ha tenido en la presente guerra.

Escenas espectaculares, de palpitante realismo; emoción humana y directa son los elementos fundamentales de este film anecdótico y fiel, el último del gran actor, a quien acompañan, además de las dos figuras nombradas, un nutrido reparto.

EL PRIMER SUELDO DE PEPE ARIAS

Empezó ganando cien pesos

PEPE Arias, que es ahora uno de las figuras más adinerados del cine, empezó ganando cien pesos por "bolo", cuando hizo su debut en un papelito con la película "Tango". Se le abonaba esa cantidad cada vez que actuaba, y se le aprovechó bien, pues sólo alcanzó a cobrar unos 400 pesos en todo el film. Esto fué por el año 1933. Tres años más tarde firmó su primer contrato formal con Argentina Sono Film, para hacer "Puerto Nuevo", con un sueldo de 4.000 pesos, que al actor le pareció "una fortuna"... El último contrato que cumplió Pepe Arias con el mismo sello, en 1942, fué de 62.500 pesos por película...

Ahora está filmando para Lumiton "La guerra la gano yo".

PARA UNA BIOGRAFIA

Ni Elisa Gálvez ni Elisa Galvé

ELISA Galvé — que empezó por llamarse en el cine Elisa Gálvez — no se llama Elisa Gálvez ni Elisa Galvé. Su verdadero nombre es Eleonora Tedeschi Ferrari. No oculta cuando nació: en julio de 1922.

Apareció por primera vez en la pantalla en "Caras argentinas", film de vida muy breve. Fué contratada por Soffici para "Prisioneros de la tierra", su verdadero debut cinematográfico, en 1939. Luego filmó "Cita en la frontera" y "Héroes sin fama", en 1940; "Yo quiero morir contigo", en 1941; "El camino de las llamas" y "Vacaciones en el otro mundo", en 1942; "Tres hombres del río" y "Cuando la primavera se equivoca", en 1943.

Esta última película, de San Miguel, no se ha estrenado aún.

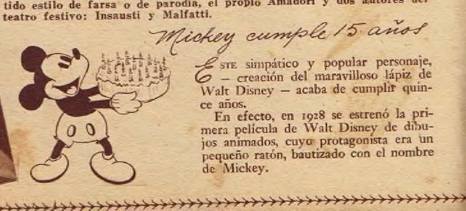


Alguien dijo...

El secreto para hacer cine es... hacer cine

"Una Carmen" como hay pocas

LA escena nos brinda un sabroso anticipo de lo que será "Carmen", el nuevo trabajo de Luis César Amadori para Argentina Sono Film. Vemos en ella a Niní Marshall, que "atiza" de lo lindo a su rival ocasional, ante la mirada displicente de Juan José Piñeiro y la concentrada y meditativa de Carlos Tajes. Lo dicho: la que se nos avecina será una "Carmen" como hay pocas... Para que pueda resultar así han trabajado en su libro, que responde al divertido estilo de farsa o de parodia, el propio Amadori y dos autores del teatro festivo: Insausti y Malfatti.

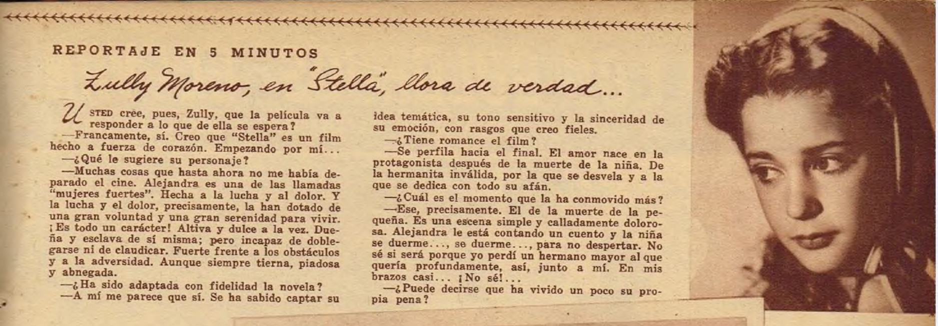


Mickey cumple 15 años



ESTE simpático y popular personaje, — creación del maravilloso lápiz de Walt Disney — acaba de cumplir quince años.

En efecto, en 1928 se estrenó la primera película de Walt Disney de dibujos animados, cuyo protagonista era un pequeño ratón, bautizado con el nombre de Mickey.



REPORTAJE EN 5 MINUTOS

Zully Moreno, en "Stella", llora de verdad...

USTED cree, pues, Zully, que la película va a responder a lo que de ella se espera?

—Francamente, sí. Creo que "Stella" es un film hecho a fuerza de corazón. Empezando por mí...

—¿Qué le sugiere su personaje?

—Muchas cosas que hasta ahora no me había deparado el cine. Alejandra es una de las llamadas "mujeres fuertes". Hecha a la lucha y al dolor. Y la lucha y el dolor, precisamente, la han dotado de una gran voluntad y una gran serenidad para vivir. ¡Es todo un carácter! Altiva y dulce a la vez. Dueña y esclava de sí misma; pero incapaz de doblegarse ni de claudicar. Fuerte frente a los obstáculos y a la adversidad. Aunque siempre tierna, piadosa y abnegada.

—¿Ha sido adaptada con fidelidad la novela?

—A mí me parece que sí. Se ha sabido captar su idea temática, su tono sensitivo y la sinceridad de su emoción, con rasgos que creo fieles.

—¿Tiene romance el film?

—Se perfila hacia el final. El amor nace en la protagonista después de la muerte de la niña. De la hermanita inválida, por la que se desvela y a la que se dedica con todo su afán.

—¿Cuál es el momento que la ha conmovido más?

—Ese, precisamente. El de la muerte de la pequeña. Es una escena simple y calladamente dolorosa. Alejandra le está contando un cuento y la niña se duerme..., se duerme..., para no despertar. No sé si será porque yo perdí un hermano mayor al que quería profundamente, así, junto a mí. En mis brazos casi... ¡No sé!...

—¿Puede decirse que ha vivido un poco su propia pena?

—Es posible... Lloré al filmar la escena, de una manera real. Sin poder contenerme... Les aseguro que me tuvo con el corazón acongojado, sufriendo positivamente. Recordaba... ¡Qué sé yo!... En fin... Por suerte ya está la película terminada y su estreno fué promisorio. Yo... no puedo adelantar más. Estoy segura de que la dirección y mis compañeros no dejarán nada que desear. Lo mismo que los decorados y las semblanzas. Ahora..., falta que sigan opinando dos autoridades auténticas: el público y la crítica, que hasta ahora fueron favorables.

—¿Las teme?

—No..., si son justas... Pero dejemos que, a medida que siga exhibiéndose el film, hablen esas dos autoridades por su cuenta, que será lo mejor. Además, a mí no me han dado motivos de queja nunca. Al contrario, me han servido siempre de aliento. Me han ayudado a perseverar...

Calla Zully Moreno. No preguntamos más. Nos despedimos con la impresión de haberla hecho sufrir un poco. No podremos perdonárnoslo. El éxito de la película —como ella lo espera y así está sucediendo— le ha de servir de compensación. "Stella" es el film con que reanuda sus programas Pampa Film, y es el primer trabajo directivo de Benito Perojo en el país. Florindo Ferrario y la pequeña Stella Río completan el trío central de la producción.

CUANDO LOS SOLDADOS ELEVAN

COMBATIENTES SIN ARMAS, LOS CAPELLANES DE LOS EJERCITOS ALIADOS COMPARTEN LAS



En los más remotas latitudes del planeta, los sacerdotes ejercen su ministerio. En Chunking, China, este soldado sin armas observa las ruinas de su capilla, destruída por un bombardeo aéreo



Ganados por el fervor religioso de estos soldados británicos, un grupo de niños hindúes

15 hombres en una balsa

NO sabíamos qué hacer. Nos sentíamos impotentes ante la tremenda tragedia. Lo único que se me ocurrió fué rezar en voz alta, y mis compañeros se unieron a mi plegaria...

Así respondió el general norteamericano Twining a una pregunta que se le hiciera después de haberse salvado de un naufragio.

El aparato en el que iban el general y otros catorce tripulantes, formaba parte de una escuadrilla de fortalezas aéreas. Regresaba ésta a sus bases, luego de efectuar un bombardeo a las costas enemigas, y la máquina, debido a un desperfecto, cayó en el mar de Coral. Los quince hombres tuvieron tiempo de armar la balsa de caucho y acomodarse en ella. Pero desde ese momento quedaron librados a su propia suerte en aquellas aguas, donde siempre acechan múltiples peligros.

En la frágil embarcación erraron a la ventura durante cinco días y seis noches, sin otros alimentos que una barra de chocolate y una lata de sardinas para cada uno. En ciertos momentos, los náufragos estuvieron a punto de entregarse a la desesperación, sobre todo cuando en uno de esos interminables días se desencadenó sobre ellos una horrible tempestad que los arrastró velozmente a más de 250 kilómetros del lugar en que se hallaban. Entonces, el general Twining, ante la imposibilidad de poner remedio a la situación, comenzó a rezar. Sus hombres lo imitaron. Y como si sus plegarias hubiesen sido escuchadas, el embravecido mar se apaciguó y la balsa pudo seguir flotando suavemente.

Al quinto día se les agotaron las provisiones, pero el general tuvo la suerte de matar dos albatros con su pistola, y aderezaron un menú que les pareció suculento.

Finalmente fueron salvados cuando su situación parecía más crítica.

El hecho, que tiene todas las apariencias de lo sobrenatural, se ha repetido en muchas ocasiones como una ratificación de lo que puede la fe.

Una plegaria conjura una catástrofe

Una de las operaciones de mayor envergadura que hasta ahora han realizado los ejércitos aliados fué, sin lugar a dudas, el desembarco en el Africa del Norte.

Pues bien; también esta acción estuvo marcada con el signo de lo extraordinario. El enorme convoy de tropas, protegido por un gran número de naves de guerra, se puso en marcha avanzando por las aguas del Mediterráneo hacia el objetivo señalado. Se habían tomado todas las precauciones para ase-

En la cubierta de un transporte de tropas los soldados asisten a misa. El peligro acecha bajo las aguas; por eso, muchos llevan puesto su salvavidas.



SUS OJOS A DIOS...

Por
Vicente Asensio de Aledo
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

VICISITUDES DE ESTOS PARA VELAR POR SU GREY EN LOS MAS REMOTOS ESCENARIOS DE LA GUERRA



une sus voces a los cánticos sagrados que aquéllos entonan.



El capellán Mannion, que acaba de descender en paracaídas en los campos de batalla de Sicilia, sigue atentamente las evoluciones del cuerpo de paracaidistas que se halla a su cuidado espiritual.

gurar el éxito de la magna empresa, pero ya próximo a su destino surgió el peligro inesperado en forma de dos trombas marinas, que desde dos puntos opuestos del horizonte parecían salir al encuentro del convoy.

El veterano teniente general George S. Patton y los oficiales de su Estado Mayor llegaron bien pronto a la desoladora conclusión de que las trombas iban a ocasionar una catástrofe irreparable en la expedición que con tan buenos auspicios se había iniciado. Como en un gesto instintivo de última esperanza, dirigieron sus oraciones al cielo, impetrando la protección divina. Las plegarias de marineros y soldados, que se habían dado cuenta de la inminencia del peligro, uniéronse

Lo sencillez es la característica de las ceremonias religiosas en el frente de batalla. Buena prueba de ello es ésta, que se celebra en la isla de Guadalcanal.



a las de los jefes. Y ante los ojos atónitos del ejército de desembarco, fué desarrollándose el raro prodigio al que más tarde había de hacer referencia en un discurso el general Marshall. Las dos trombas marinas cambiaron súbitamente de dirección, y en un choque de gigantescas proporciones se destruyeron.

Los expedicionarios continuaron su ruta y el desembarco pudo efectuarse así en la forma que ya conocen los lectores.

La aventura del capitán Rickembacker

Es digna también de recordarse la aventura del capitán Rickembacker, perteneciente a las fuerzas aéreas de los Estados Unidos.

Una fortaleza aérea que volaba bajo sus órdenes descendió en medio del océano Pacífico, y sus tripulantes se refugiaron en el bote de goma sobre el cual erraron durante tres semanas por aquellas aguas, expuestos a los mayores peligros.

En esos largos y angustiosos días, perdidos en la inmensidad del océano, su situación se hacía por momentos más trágica. Lejos de las rutas frecuentadas por los barcos, no podían concebir los náufragos ni la más leve esperanza de salvarse, pero hallaron el necesario consuelo en el Evangelio, que leían por riguroso turno los tripulantes de la frágil embarcación.

Poco a poco se iban agotando las provisiones, y cuando ya no les quedaban dudas sobre el triste final de su aventura, surgió lo extraordinario. En el preciso momento en que uno de los náufragos, el teniente James Witaker, leía los versículos 31 al 34 del Evangelio de San Mateo, que dicen: "No os preocupéis de lo que habréis de comer", dos albatros que volaban sobre ellos vinieron a posarse en los hombros del lector y fueron rápidamente capturados por sus compañeros.

Conjurado el peligro de morir de hambre, los náufragos



En un aeródromo cualquiera, los soldados del aire entonan cánticos religiosos, que su capellán acompaña con el armonio. Todos los cultos tienen cabida en los ejércitos aliados.

tuvieron que hacer frente a otro, no menos terrible: el de la sed. Mas no desfallecieron por eso; antes bien, resignados a su suerte, continuaban rezando sus oraciones, íntimamente convencidos de que no podían hacer otra cosa sino orar. En eso estaban cuando vieron aparecer una nube, observando con el natural asombro que, sin cambio aparente del viento, ésta se movía majestuosamente en dirección al bote para deshacerse en seguida en lluvia.

Por último, después de los veintiún días que duró la terrible aventura, los náufragos fueron recogidos por una nave de guerra.

El combatiente sin armas

Desde antiguo le viene al hombre el gesto de elevar su mirada al cielo cuando se siente amenazado de un gran peligro. Aun antes de creer en un Ser supremo que gobierna al mundo, su espíritu, sobrecogido por el temor a lo desconocido, buscaba instintivamente el apoyo de lo sobrenatural.

El hombre de hoy, que tiene conciencia de un Dios todopoderoso, acude a él en procura del remedio al mal que lo aflige. Y halla consuelo en la plegaria, en la lectura del Testamento y, sobre todo, en el que representa a ese Ser supremo en la tierra: el sacerdote... En el ejército, el sacerdote es el capellán, heroico "combatiente sin armas" que la guerra ha movilizado. ¿Y adónde está la grey de ese pastor? En todas partes, porque el azote de la guerra ha caído sobre los países del mundo. Sufriendo con el sufrimiento de sus hijos espirituales, sobrellevando sus mismas penurias, siguiéndolos en sus vicisitudes..., el capellán es un soldado de ese raro "ejército de la paz" que cumple con su deber en medio de los soldados de la guerra. Lucha silenciosamente, sin el atronador ruido de los bombardeos de la artillería, ni el seco repiquetear de la ametralladora; porque las batallas que ha de librar son las del espíritu y éstas se desarrollan en el campo inmaterial del alma y en el espacio invisible de la conciencia.

En el aire, en el mar, en la tierra...

Los ejércitos aliados combaten en un vasto frente que abarca a la mayor parte de los países del globo, y con ellos, por expresa disposición de sus gobiernos, van los capellanes.

Como el soldado, también visten el atuendo militar y acompañan a los combatientes en el incesante ir y venir de esa marea de las unidades. Pero sus "armas" se reducen a una cruz, un breviario y los ornamentos sagrados para celebrar el sacrificio de la misa... Armas estas tan necesarias como las otras, las que siembran la muerte; porque el hombre va a segar la "terrible cosecha" y en esa tarea está expuesto continuamente a perder la vida.

En cada vivac, en los campamentos establecidos en las más remotas latitudes del planeta, el capellán se ingenia para elevar su humilde templo a Dios, nunca como ahora tan invocado. Sobre las naves que surcan mares y océanos, allí donde las máquinas destructoras dejan un espacio libre, reúne el pastor a su grey para llevarle el consuelo de la esperanza; porque el hombre no puede vivir sin ella...; porque el hombre necesita creer que su sacrificio no es inútil; que ofrenda su vida en aras del más querido de sus ideales: el de vivir en paz.

Ya no es posible convocar a los fieles al claro sonido de las campanas del templo. El rebaño se ha diseminado por el mundo y no puede agruparlo al amoroso cobijo de sus arqueadas naves. Por eso el pastor se ha hecho soldado, lanzándose en su búsqueda por los caminos de la guerra para que no se sienta tan sólo, para que en su espíritu no muera la esperanza. Movilizado en todos los cuerpos, se ha hecho paracaidista, nueva arma que ha creado la guerra actual. En los arriesgados servicios que han de realizar estas fuerzas, el capellán, ahora soldado del aire, cumple su misión y en cada descenso se preocupa antes que nada en reunir a su "parroquia", con desprecio absoluto de su vida...

He aquí por qué, más que en el terrible poder de la pólvora, halla el soldado fuerzas en su fe. Los sucesos narrados en esta nota —sucesos, por otra parte, perfectamente documentados—, demuestran que hasta en la guerra halla el hombre motivos con los cuales alimentar su fervor.

Por eso, allí donde se halle una unidad combatiente de los ejércitos aliados, se hallará también uno de esos soldados de Cristo: desde los ardientes desiertos africanos, hasta el corazón de las islas del Pacífico; desde las heladas regiones que circundan el Polo, hasta las abruptas montañas de Birmania y la China. En la tierra, en el mar... ◈



SON OFERTAS DE PROPAGANDA, APROVECHELAS!
Modelos de
GRAN MODA
Art. L-1227. Confeccionado en descarne gamuzado MARRON con aplic. de cocodrilo estampado al tono; modelo prusiano. Números: 38 al 45, a...................... $ 12.90
Art. L-1229. Modelo prusiano, confeccionado en becerro MARRON o NEGRO, puntera picada; de gran duración. Números: 38 al 45, a...................... $ 12.90
Art. L-1226. Elegante modelo, confeccionado en descarne gamuzado MARRON, puntera picada. Números: 38 al 45......... $ 12.90
Art. L-1280. Destacado modelo, confeccionado en gum-metal NEGRO e MARRON, con bigotera y picado en la puntera. Doble suela. Números: 38 al 45......... $ 12.90
L. 1227
L. 1229
L. 1226
L. 1280
INTERIOR
REMITIMOS CONTRA-REEMBOLSO. DESPACHAMOS LOS PEDIDOS EN EL DIA.
L. 1224
L. 1228
L. 1233
L. 1234
ARTICULOS DE INDUSTRIA ARGENTINA
FABRICACION Semillados y Cosidos
Art. L-1224. En descarne gamuzado color ARENA, o en descarne gamuzado color MARRON; modelo a la inglesa, puntera picada, doble suela. Nos.: 38 al 45, a................. $ 12.90
Art. L-1228. Confeccionado en suave gum-metal MARRON PATINADO con aplic. de cocodrilo estampado al tono. Doble suela. Nos.: 38 al 45, $ 12.90
Art. L-1233. Clásico modelo a la inglesa, con bigotera, confeccionado en gum-metal NEGRO o MARRON PATINADO, doble suela. Nos.: 38 al 45, $ 12.90
Art. L-1234. Confeccionado en gum-metal MARRON PATINADO, doble suela; modelo a la inglesa, con puntera picada. Números: 38 al 45...... $ 12.90
"LA SAULA" presenta la amplia y completa selección en calzado para caballeros, al precio más conveniente del país. Hormas y cortes perfectos. Materiales de primera calidad.
UNA GRAN OFERTA!
$ 12.90
GRANDES ESTABLECIMIENTOS DE CALZADO
La Saula
FLORIDA 350 - Avda. DE MAYO 933
Sucursales, Cabildo 2502 - Caseros 2965

EN EL RESTAURANTE

—Mozo: un par de huevos pasados por agua.

El señor de la mesa inmediata:

—También a mí; pero le ruego que sean frescos.

El mozo, gritando:

—Cuatro huevos pasados por agua... Dos que sean frescos.

DUERME POCO

Uno de los animales que duermen menos es el elefante. Rara vez lo hace más de cuatro o cinco horas.

VAYA LO UNO POR LO OTRO

Un amigo dió a leer a otro un soneto, pidiéndole su parecer.

Principió a leerlo, y al segundo verso dijo:

—Chico, a éste le falta una sílaba.

—No repares en pelillos —contestó el autor—, que probablemente al otro le sobrarán tres o cuatro, y vaya lo uno por lo otro.

LA BIBLIA MAS GRANDE

En el vaticano se conserva una Biblia manuscrita en hebreo, que se considera la mayor del mundo. Pesa más de 145 kilogramos.

CONDECORACION RUSA

La condecoración más humanitaria del mundo fué, sin duda, hasta 1917, la cruz de San Andrés, de Rusia. Todo aquel que la recibía tenía el derecho a pedir el indulto por un ruso condenado a muerte.

EL AMOR Y LA ETERNIDAD

No hay que mezclar nunca a las cosas del amor la idea siempre un tanto molesta de la eternidad.

CURNONSKY.

BUEN GOLPE

Los terribles golpes de boxeo solemos verlos dibujados por los artistas humorísticos del lápiz. Las fotografías nos muestran casi siempre fintas o actitudes que no dan la impresión de fuerza, ni agilidad, ni gran efecto de un fuerte golpe. Lo que aquí vemos es, por lo tanto, excepcional; la posición del blanco y la expresión de su recia y dura cara demuestran claramente haber recibido el impacto perfecto de un fuerte cross del negro. Son Beau Jack y Fritzie Zivic, en Madison Square Garden.



LA PRORROGA DEL DESMAYO

En la vista de una causa criminal, uno de los jueces se desmayó y cayó de su silla. El presidente le interpeló en seguida, diciéndole:

—¿Por qué no ha tenido usted la prudencia de esperar, para desmayarse, a oír cuando menos el informe del último letrado?

PINCELITO PURAPOSE — Realismo



Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.

INEPTITUD

—Quisiera, hijo mío, que escogieses la carrera de médico.

—No, papá; eso no.

—Pero, ¿por qué?

—¡Yo médico! ¡Jamás! ¡Ya sabes tú que no soy capaz de matar una mosca!

DE LA MUJER

Las mujeres son amantes para los jóvenes, compañeras para el hombre maduro y nodrizas para los viejos.

OXENSTIERN.

LA MUJER HERMOSA

¡Cosa nunca vista! ¡Una hermosísima mujer vestida con diarios! Un traje de papel podría parecer símbolo de fragilidad, aunque no lo sea. Y observe el lector las bellas formas de esta mujer, que será hermosa con cualquier cosa que se ponga, y aunque no se ponga nada. Piense, además, en lo que ocurriría si lloviera o si se levantara un fuerte ventarrón. Después, con estos elementos, el mismo lector podría tejer una novela pintoresca, movida y llena de emociones, sin apartarse de la belleza ni de la moral.



NO BAILE ASI

He aquí lo que sucedió después de lo ocurrido un momento antes, momento que mostramos en la foto del número anterior. Alguien había gritado: "¡Un ratón!". Y ella, sin pensarlo mucho, se encaramó sobre lo que tenía más cerca. Claro que esto es impropio de una dama que viste traje de baile. Y que la situación del caballero resulta desairada. Para evitar estas escenas, aconsejamos hacer oídos sordos a lo que se diga o se grite, o si no, que no se baile. En el próximo número mostraremos a qué se llega cuando los bailarines se agitan mucho o se repiten escenas como ésta.

OJO POR OJO... por González Fossat



COMO SE HIZO MARINO NELSON

Cuando Nelson contaba solamente 12 años de edad, su padre escribió a un tío suyo, que mandaba un barco de guerra, preguntándole si el niño podría embarcarse en su buque.

"¿Qué ha hecho el pobre Horacio, que tan delicado es —contestó el tío—, para que queráis enviarlo a pasar trabajos en el mar? Pero, en fin, enviadlo, que es muy posible que la primera vez que entremos en combate, una bala de cañón le lleve la cabeza, dando fin de este modo a sus tormentos".

La respuesta no tenía nada de tentadora, pero Nelson aprovechó con entusiasmo la ocasión de ingresar en la carrera de la Armada, culminando en el combate de Trafalgar, donde venció a la escuadra francoespañola y murió heroicamente.

NO ES LO MISMO

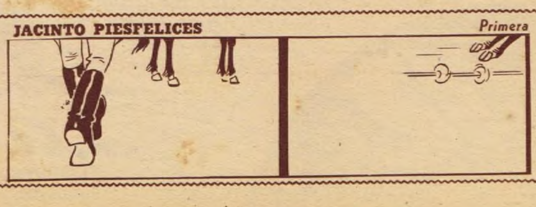
—Luisa es muy linda, verdaderamente encantadora, pero en mi concepto tiene una falta.

—¿Cuál?

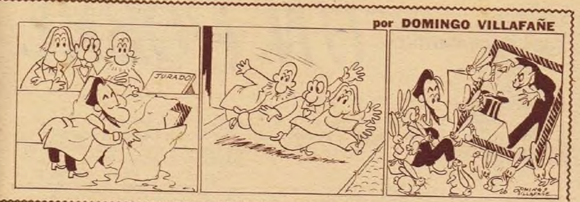
—Que tiene un ojo más pequeño que el otro.

—Qué equivocado estás; qué poco la has examinado. Lo que tiene es un ojo más grande que el otro.

JACINTO PIESFELICES — Primera



por DOMINGO VILLAFAÑE



PUEBLO IDEAL



El pueblo de Klingenberg, Alemania, era un pueblo ideal en tiempos del káiser Guillermo, pues no sólo no había que pagar arbitrios ni contribuciones, sino que los vecinos recibían dinero encima. En el año 1905 cobró cada habitante cincuenta marcos por su participación en los beneficios de las fábricas de ladrillos municipales.

EL VINO GRIEGO

Convidó un amigo a otro a que probase un vino griego excelente que le habían regalado.

Le dió un vaso, otro y otro, y viendo que todavía alargaba la mano para que le echase más, sin decir si era bueno o malo, le preguntó:

—¿Qué te parece?

—¿No dices que es griego?

—Sí.

—Echame otro vaso, porque como no soy hombre de letras, y entiendo poco de griego, necesito más pruebas para formar juicio.

ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

INTREPIDEZ

Dábanle a un capitán veinte hombres para tomar un reducto, y dijo al general:

—Si V. E. me lo permite, llevaré sólo diez.

—¿Y por qué? —contestó el general, asombrado.

—Señor, porque es mejor que muramos once que veintiuno.

DE LOS CELOS

No sentir celos es amar con frialdad. — MOLIERE.

SIDRA GRATIS

La sidra es tan barata en la Suiza alemana, que en muchos "cafés" se vende "a tanto la hora", es decir, que mediante cierta cantidad puede el consumidor beber en una hora toda la que quiera.

BUEN PAJARRACO

"Bicho" conocido es el cuervo en todas partes del mundo. (Aunque en nuestro país no existe dicho personaje, y se le llama "cuervo" a cualquier pájaro negro; en los campos de Buenos Aires a la bandurria y en el Norte al urubú, lejos los dos de pertenecer a la familia de los córvidos, plaga europea). De manera que lo verdaderamente conocido es sólo el nombre. El que aquí vemos se llama, además, Jim, y es guerrero, fiel con el tiempo que corremos todos. Nuestro público lo ha visto trabajando con Laurel y Hardy.

PESADILLA

Un gran físico que actualmente se encuentra viviendo a media altura del Tronador, montaña que nadie conoce, pero que se encuentra en los Andes del Sur, acaba de inventar un maravilloso procedimiento mediante el cual es posible fotografiar los sueños. El sabio, que como buen sabio sabe que lo mejor que hay en este mundo son las mujeres, era asaltado todas las noches por divinos sueños, como él los llamaba. Con su misterioso procedimiento logró fotografiarlos, y aquí damos una muestra. Comprendemos que el hombre llame a esto "divino sueño", pero, ¿no es, más bien, una pesadilla?

LA CONCIENCIA FEMENINA

Para algunas mujeres la conciencia es un corsé que se estrecha o se ensancha voluntariamente. — HARRODS.

EL MEDIO CARNERO

Un abastecedor recurrió al alcalde de su pueblo diciendo que no podía seguir matando un carnero diario, porque el consumo era tan pequeño que se le perdía la carne.

El alcalde decretó:

—Que mate medio.

DIJO ALGUIEN

No hay amigos; sólo hay hombres sobre los cuales nos hemos equivocado.

PREVISION



—¡Qué no te agarre yo ahogándote!...

UN CRITICO DE ROOSEVELT

El año antes de ser elegido Teodoro Roosevelt vicepresidente de los Estados Unidos y en ocasión de hallarse recorriendo el estado de Iowa, se detuvo en una aldea y entró en una tienda con el propósito de comprar algunos objetos. Mientras le despachaban observó que sobre el mostrador había un ejemplar de su obra "La conquista del Oeste"; lo tomó, y, después de hojearlo, preguntó al tendero:

—¿Quién es este Roosevelt?

—No sé — le respondió el interpelado —. Dicen que es una especie de ranchero, y yo opino que si no sabe componer libros mejores que ése, lo mejor que puede hacer es dejarse de escribir y marcharse a su rancho.

EL TEATRO POR DENTRO

Y aquí las vemos bailando y castañeteando con los dedos. Pero eso no es nada. Lo trágico del momento es la sonrisa, aunque parezca mentira. Porque, en verdad, ellas no sonríen; sólo tienen la boca abierta en forma de sonrisa. Es una obligación que deben observar. El "manager" dice: "¡Sonrían!" Ellas, primeramente, no saben qué hacer, pero el hombre las ayuda: "¡Abran los labios sin abrir la boca!" Y ya está: "sonríen" y bailan, como aquí vemos.



cabalgata

por CAO

UN HEROE DE 13 AÑOS DE EDAD

En el Panteón de París, junto a Voltaire, J. J. Rousseau y Victor Hugo, reposa un muchacho de 13 años, que se llamó José Barra.

Durante la Revolución Francesa, en la Vendée, cuyos habitantes peleaban por la monarquía, rodearon un día a Barra, insistiendo en que debía gritar "¡Viva el Rey!". Apuntáronle el pecho con bayonetas y otras armas, pero, no obstante, el muchacho gritó:

—¡Viva la República! ¡Por ella muero con alegría!

Inmediatamente cayó con el cuerpo atravesado por bayonetas y guadañas.

EL CUENTO DRAMATICO

UN POBRE



Era una persona de tan poca importancia, que su nombre debió escribirse en todas las oportunidades sólo con letras minúsculas: clodomiro martínez fernández.

De cuerpo menudo, facciones vulgares, cabellos desteñidos, tez del color de los papeles viejos, poseía unos ojillos grises de melancólica expresión.

Era bueno, silencioso, insignificante; parecía como temeroso de despertar la atención con su presencia.

En la oficina donde trabajaba, se lo consideraba un empleado ejemplar. Mantenía sus libros sin una mancha, engalanados con una hermosa caligrafía y con números que, en larguísimas columnas, semejaban soldados rígidamente disciplinados.

Sus jefes lo estimaban, aunque a menudo le recargaban sus horas de labor con trabajos delicados que él aceptaba como prueba de distinción y de confianza.

De su vida íntima sólo se sabía que era casado, y que no tenía hijos ni dificultades económicas.

Alguien lo vió alguna vez con la esposa, y al día siguiente, el comentario echó a volar: "¡Martínez tiene una mujer estupenda!". Le hicieron algunas bromas y se sonrojó; en vez de sentirse halagado experimentó algo de vergüenza, como si lo hubiesen sorprendido en posesión de alguna cosa que no le correspondiese.

Ese descubrimiento constituyó otro tema para las pullas. Porque el pobre Clodomiro, tan callado, tan inofensivo, tan incapaz de reacciones, era la luz que atraía todas las malignas mariposas de la burla. Sus mezquinos atributos físicos, su vocecilla siempre en tono menor, los relatos insubstanciales de acontecimientos sin trascendencia en los que él intervenía, sus ingenuidades, sus opiniones carentes de toda profundidad, todo era pretexto, motivo, base para que estallasen a coro las burlas que culminaban cuando el jefe — su único defensor — estaba ausente.

Clodomiro quedaba corrido; se inclinaba más sobre su pupitre, como si quisiera esconderse de todos y poníase a escribir, insensible al parecer; pero quien lo miró con un poco de interés humano, pudo advertir que sus manos temblaban ligeramente, que su escritura no era tan firme, y que en los ojillos grises se extendía una rara humedad.

Clodomiro sufría acerbamente y se creía inferior a sus compañeros de labor, más despiertos, más mundanos, más atrevidos que él. Habíase entregado sin luchar; y, en su renunciamiento, soportaba hasta al ordenanza japonés que festejaba las chanzas de los demás, expresando su gozo con silenciosas sonrisas sin ojos, tan peculiares en los de su raza.

Entre los que disparaban sus dardos contra Clodomiro, Alberto Duval se llevaba la palma. Era el prototipo del burócrata "vivo". Trasnochador inveterado, concurría generalmente a la oficina con exceso de sueño; mas se las arreglaba para que los demás, sobre los que ejercía raro ascendiente, cumplieran gran parte de las obligaciones que a él le correspondían; tributaba al jefe sus mejores atenciones, y, con esa política habilidosa, pasaba su vida sin que lo agitaran mayores inquietudes. Duval era apuesto, arrogante, vestía bien, tenía una extraordinaria facilidad de plabra; y decíase de él que era muy afortunado en sus amoríos.

Sus bromas a Clodomiro recorrían todos los matices, desde la ironía fina hasta la mofa grotesca. Siempre tenía motivos para molestar a Martínez. El pretexto brotaba espontáneo, y de ahí se asía el bromista. Y eran esas expresiones burlescas de Duval las que más laceraban el alma de Clodomiro. Hacíanlo sufrir terriblemente, desper-

DIABLO

por **Jomer B. Villa**
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACION DE M. ALFONSO

tando en su ánimo verdadera indignación, ansias de arrojarle con algo a la cabeza, odio que debió ahogar siempre, porque no fueron nunca tan poderosas las reacciones de su espíritu como para alzarse contra Duval y hacerle tragar sus ofensas.

Una tarde se reunieron en un bar del centro varios compañeros, entre ellos Duval y, como un acontecimiento de excepción, Clodomiro, que no pudo negarse a acompañarlos.

Duval estaba desbordante de gozo. Pagó todas las vueltas y explicó la causa de tanto regocijo:

—Muchachos — exclamó —. Estoy festejando con ustedes un éxito prodigioso, el mejor de toda mi campaña. He conquistado a una mujer que es una preciosidad, ¡una verdadera joya! Sí — prosiguió —; ¡una reina! ¡La conocí hace una semana y ya la he rendido!

Se bebió medio vaso de cerveza y continuó:

—Ya conocen mi habilidad: hablando, no hay mujer que se me resista. Le dije que era gerente de una gran casa importadora, que tenía un yate, y caballos de carrera;... en fin, la deslumbré; y para hoy me ha concedido la primera cita... Ha de aparecer dentro de pocos minutos en aquella esquina. Vendrá de blanco, con el mismo traje con que la vi por vez primera como una aparición celestial.

Todos estaban expectantes.

—Por eso — continuó Duval —; por eso los he traído, para que sean testigos de mi triunfo. ¡Desde esta ventana la verán!

Suspiró aparatosamente y agregó:

—Yo saldré a su encuentro, y nos iremos...

Bebió Duval la última mitad de su vaso, y aseguró:

—Es divina, muchachos; un verdadero ángel que está de incógnito sobre la tierra. Lástima que está casada con un infeliz, con un pobre diablo que...

Duval se interrumpió poniéndose de pie. Un gran contento se reflejó en su rostro.

—¡Ahí está! — exclamó —. Miren, miren: ¡es ella! La del traje blanco, la que tiene una cartera roja en la mano... ¡Qué maravilla!...

Tomó su sombrero, y gritando un: "¡Hasta mañana, muchachos", se encaminó presuroso hacia la salida del bar.

Todos habían vuelto sus ojos hacia la mujer que habíase detenido en la acera de enfrente. Era alta, esbelta, plena de arrogancia, realmente hermosa. Duval llegaba ya junto a ella, la saludó, la tomó de un brazo y se perdieron entre el gentío.

Los compañeros de Duval quedaron comentando la suerte del afortunado. Hasta el silencioso Clodomiro pareció emocionarse, porque se había levantado de pronto de la silla y miraba con rara expresión en los ojos hacia el lugar por donde la feliz pareja desapareciera.

A la mañana siguiente, Alberto Duval entró en la oficina triunfante, sonriente como nunca. Su primera acción, la misma de todos los días, fué la de dar una palmadita en la cabeza a Clodomiro al tiempo que le decía:

—¿Cómo te va, precioso?

Y estalló la tragedia, sin que los circunstantes pudieran presentirla ni evitarla: Clodomiro se levantó de un salto. Su semblante estaba transfigurado. Una expresión desconocida refulgía en sus ojillos. Su magro cuerpo temblaba violentamente. Entre sus dientes, apretados por una ira intensísima, silabeó:

—¡Canalla, canalla!...

Todos quedaron estupefactos ante el hecho inaudito: ¡Clodomiro se había rebelado! El mismo Duval estaba como petrificado, palidísimo, sin saber qué decir.

Entretanto, el hombrecito había dejado su pupitre y avanzado hacia Duval. En su mano derecha esgrimía una pistola.

—¡Cuidado, Clodomiro! — gritó Duval. Estaba trémula su voz —. ¡No juegues con las armas, estúpido!...

Pero Clodomiro Martínez Fernández estaba dominado ya por el ansia homicida. Nada podría detenerlo. Iba a matar. Y al tiempo que repetía sordamente: "¡Canalla!", oprimió el gatillo.

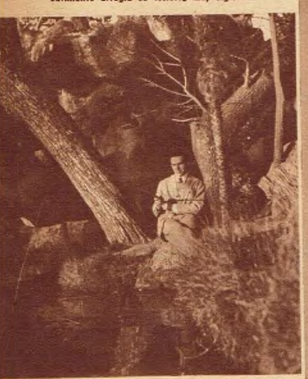
Una súbita mancha roja brotó en la frente de Alfredo Duval, que miró un instante brevísimo con los ojos desorbitados, desplomándose en seguida, pesadamente, sobre el piso...

En sus declaraciones, Clodomiro aseguró que había dado muerte a Alberto Duval porque estaba harto ya de sus bromas sangrientas.

Pero luego, a su jefe que fuera a visitarlo, le confesó, entre fuertes sollozos:

—Tenía que matarlo, porque me había hecho, sin saberlo, la broma más cruel, la más terrible, la que sólo podía pagar con su vida... ¡Porque la mujer que esa tarde se reunió con él, la que había enamorado, la esposa del infeliz, del pobre diablo, era mi propia mujer!...

Ya pasó la época romántica en que un poeta joven no se concebía sin la revuelta melena y la cholina voladora. Ante el espejo, Carlos H. Albarracín Sarmiento arregla su toilette muy siglo XX.



En un pintoresco rincón del bosque de La Plata, el joven poeta alterna sus preocupaciones poéticas con su afición por la pesca, propicio deporte para la meditación.

En su pequeño escritorio, donde nacieron sus primeras rimas.



HISTORIA DE

CARLOS HORACIO ALBARRACIN SARMIENTO, BIZNIETO DEL PROCER SANJUANINO Y

La poesía suele ser fruto tempranero. Rimbaud, el más grande poeta de Francia en el siglo XIX, a los dieciocho años terminó definitivamente su obra inmortal. Mariano José de Larra era todavía un niño cuando conmovió al mundo literario español con sus versos, dichos sobre una tumba recién abierta (¡buen principio para un maestro del romanticismo!). Carlos Horacio Albarracín Sarmiento, poeta platense, descendiente del prócer sanjuanino, continúa, pues, la tradición: a los doce años de edad publicó sus primeros versos:

Cuando por tu jardín paseo mi mirada
Una flor entre todas se destaca
Una flor entre todas me deslumbra.
Esa flor que deslumbra y se destaca
Esa flor eres tú...

Lo visitamos en el domicilio de sus padres, en La Plata. Bello hogar, donde el buen gusto se alía al discreto bienestar y crea la atmósfera cordial de un interior pleno de espíritu.

Sensible, lleno de vida, Carlos H. Albarracín Sarmiento, que ahora ya ha cumplido los diecisiete años, es un verdadero poeta. Habla con una rara precisión, y sus conceptos, más que los de un joven lírico, traducen por veces la madurez de una mentalidad inclinada a la filosofía.

El reportaje, que empieza en la casa del poeta, continúa durante un breve paseo por el bosque de La Plata: favorito lugar de meditación para el joven autor de "Tres cielos"...

Hacía versos antes de hacer palotes...

Hablamos de ese libro. Carlos H. Albarracín Sarmiento nos dice:

—"Tres Cielos", mi primer libro, fué un regalo de mamá. Los quinientos ejemplares de esta edición, impresa en 1940, circularon exclusivamente entre los miembros de mi familia y nuestros amigos. Puedo decir, pues, que mi madre, que me ayudó en mis primeros versos, ha sido también mi primer...

—¿Dice usted que su señora madre le ayudó en sus primeros versos?...

—Sí. Yo comencé a hacer versos antes de saber escribir. A los cuatro años, compuse este poemita:

Para una nenita
Que quiera tener
Una muñequita
Que sepa querer...

Mi madre lo escribió, porque, naturalmente, yo no sabía hacerlo. Lo mismo sucedió con otros poemas que compuse antes de aprender a leer y escribir...

—De modo que puede usted decir que ya sabía hacer versos antes de hacer "palotes"...

—Así es...

Las primeras satisfacciones intelectuales

—¿Qué acogida tuvo su libro "Tres Cielos"?...

—Como le dije, circuló este libro en forma estrictamente privada. Sin embargo uno de sus ejemplares llegó por medio de un amigo común a manos del doctor Juan Carlos Mena, quien de inmediato me escribió una carta afectuosísima, que para mí significó un gran aliento. Han pasado tres años, y a pesar de haber cambiado varias cartas con el doctor Juan Carlos Mena y de considerarlo como un guía espiritual a quien admiro, todavía no lo conozco personalmente...

"Debo decir que también me alentó mucho la que fué mi profesora de castellano, la conocida poetisa y escritora, María de Villarino, por quien tengo también verdadera admiración...

—¿Cultiva usted la amistad de otros poetas?...

—Nunca podré olvidar la satisfacción que me dió el gran poeta Arturo Capdevila, un día en que había yo escrito mi poema "Mar", y entonces él me hizo el honor de leerlo en círculo de intelectuales. Mi libro no había salido todavía, yo era niño aun, y aquello me pareció una consagración...

"En el terreno de la prosa, hay un escritor a quien tengo particular admiración: es el señor Martínez Estrada, autor de "La cabeza de Goliath", cuyo libro he leído con verdadero deleite. Tengo también en mucho la amistad que me liga a la poetisa delicada y profunda que es Ana Emilia Lahitte, Gustavo García Saraví, el mayor entusiasta del soneto que conoce La Plata, y Alfredo Casey, joven prosista de muy marcada personalidad...

—¿Cultiva también usted el soneto, como su amigo García Saraví?

—No. A mí el soneto me da la sensación de que "me corta las alas". Prefiero el romance, aun corriendo el peligro de su posible vaguedad o monotonía...

—¿Produce, pues, con facilidad?...

—Lo primero que me sorprende, que me asalta, es la idea. Podría entonces expresarla en prosa. Pero dejo que el subconsciente le dé forma. Así un día aparece el poema espontáneamente resuelto y yo lo escribo de un solo impulso, en una sola sesión, de un tirón. Cuando hallo dificultades, cuando tengo que "trabajar" la forma, entonces lo dejo. Espero un momento más feliz. En mis versos, toda la responsabilidad se la dejo al subconsciente.

Poeta de estirpe

Como dijimos, el principio de este reportaje tuvo lugar en el hogar del joven poeta. Allí, hablando con sus familiares, tuvimos oportunidad de precisar algunos datos biográficos. Carlos H. Albarracín Sarmiento, es de estirpe intelectual. Su padre, el distinguido profesor Carlos Albarracín Sarmiento, aunque no es publicista, es un espíritu de honda vocación intelectual; su señora madre, es un exquisito espíritu femenino pleno de inteligencia. Una indiscreción de su hijo poeta, nos informa que la señora de Albarracín tiene un diario, en el que amorosamente consigna, día por día, sus impresiones. El abuelo del joven escritor lo fué el doctor Isidoro Albarracín, fundador de la biblioteca Franklin de la ciudad de San Juan. Y en su ascendencia figura doña Tránsito de Oro, hermana del gran prelado Fray Justo de Oro, y a través de Tomás Sarmiento, el ilustre parentesco con el genial autor de "Facundo".

Carlos H. Albarracín Sarmiento es, pues, un intelectual de estirpe.

En el vaivén de la conversación, nos dice:

—Mi padre quería que fuera boxeador...

El padre sonríe y añade:

—Pero nos salió poeta. No lo lamento, por-

UN NIÑO POETA

Un reportaje de
Regina Monsalvo
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFIAS DE MARIO BORELLI

POETA HOY DE FINA SENSIBILIDAD, APRENDIO A HACER VERSOS ANTES QUE A HACER PALOTES

que los versos no le impiden estudiar. Saca diez puntos en materias tan dispares de la poesía como Física o Mineralogía. Mientras sea un buen estudiante, está bien que siga haciendo versos, aunque como boxeador me haya resultado un fracaso...

La familia ríe cariñosamente. Alguien recuerda que Carlos Horacio dió un recital por radio desde la ciudad de Salta. Las glosas, entre poema y poema, las leía su amigo Fernández Molina. Cuando el padre oía estas glosas, comentaba: —"¡Eso sí que está bien!". Ignoraba, naturalmente, que esas glosas que leía Fernández Molina habían sido escritas por su hijo...

La juventud no debe permanecer callada...

—¿Le gusta recitar por radio?...

—Creo que hay que hacerlo — dice el poeta —. Los poetas jóvenes deberíamos organizar recitales radiotelefónicos, y actos de todas clases para dar a conocer nuestra obra, pues la juventud no debe permanecer callada...

—¿Y su poeta favorito?...

—Creo que el primer libro de un poeta que leí fué de Rubén Darío; sus obras completas. Me entusiasmé. Pero hoy ya no me satisface plenamente, pues considero que la época de Darío ha pasado... Uno de mis versos, "Sílfides", tiene influencia de Darío; por ello lo considero un hijo inoportuno...

Luego nos dice Carlos Horacio Albarracín Sarmiento que admira mucho a García Lorca; lo considera inimitable, aunque muchos lo imitan, logrando sólo hacer el ridículo.

—Mi máxima admiración va hacia Juan Ramón Jiménez. Lo considero como un "verdadero norte"...

—¿Escribe en la actualidad?...

—Próximo a aparecer está mi libro "Solfeo Lunar"...

—¿Cuál es su mayor preocupación en poesía?...

—Al encarar la poesía, creo que lo que hay que buscar, por sobre todo, es la originalidad; buscar siempre las imágenes nuevas, las metáforas nuevas y hasta las palabras nuevas. Hay que decir todo aquello que muchos quisieron decir, pero que nadie ha dicho aún.

Y con esta opinión damos fin al reportaje del joven poeta platense Carlos Horacio Albarracín Sarmiento, que como una primicia nos hace la confidencia del primer poema de su próximo libro "Solfeo Lunar", especie de ofertorio que inaugura sus páginas:

OFRENDA

Madre, a ti van mis versos,
Pobre ofrenda de mi amor
Para quien me ha retenido,
A costa de su dolor,
Tantos días en el cuerpo...
Y siempre en su corazón.

Por la senda de tus manos
Y la miel de tu mirada.
Por tu alma, que es arcano
Infinito de belleza,
Y tu voz, la voz que acalla
Mis recónditas tristezas.

Por eso te ofrezco versos,
Pedazos de corazón,
Pobre ofrenda de poeta
Mi pobre ofrenda de amor. ◈



El joven poeta Carlos Horacio Albarracín Sarmiento aparece aquí sentado en el tronco de un añoso árbol del bosque de La Plata, lugar de su predilección.

DE LA VIDA ARTISTICA

EL MAYO, OTRO TEATRO QUE

El Teatro de Mayo, levantado en 1892 por el empresario Lazcano, no es ya más que un recuerdo. Esta es una de las últimas fotos del que fué alto exponente del género chico español.

Bajo la piqueta

HA caído por tierra el Teatro de Mayo. Después de medio siglo de vida, la prosecución de la Avenida 9 de Julio ha puesto fin a sus actividades. A los golpes de la piqueta demoledora se derrumbó la recia estructura de ese edificio que fué centro de tradición teatral.

El Teatro de Mayo abrió sus puertas el 17 de noviembre de 1893, con un programa organizado por una comisión de damas Pro-Templo de Mar del Plata, a cargo de la compañía que encabezaba la primera actriz Lola Richard y que dirigían los primeros actores Mariano Galé y Francisco Ortega. Formaban su cartel la zarzuelita de cuarteto, "El duende"; la comedia, "El enemigo", y el juguete, "El caballo blanco". Ahora, al cabo de cincuenta años, las cerró un cartel de variedades, con otra "Lola" a la cabeza: la bailarina española Lolita Beltrán. Sorpresas de las coincidencias...

Contar la vida y milagros del Teatro de Mayo, sería asunto de nunca acabar; ¡fueron tantos los actores y las actrices que por él desfilaron, tantas las obras que con suerte varia pasaron por su escena...! Por eso, quizá, nada mejor que la anécdota para reflejar, en trazos breves y vigorosos, aquella época — que ya hoy es tiempo pasado — de penas y de alegrías, de triunfos y de fracasos; en fin, esa vida íntima del teatro, vivida entre bastidores, que pocas veces trasciende hasta el espectador. He aquí algunas, elegidas entre las menos conocidas y tal vez entre las más sabrosas.

Buena sombra...

Lola Membrives debutó en el Teatro de Mayo en la temporada de 1903, en la compañía dirigida por don José Talavera, con el sainete de los Quintero y el maestro Serrano, "La buena sombra". Lola era en aquel entonces una niña e interpretó el papel de Luis Pepe. Fué todo un éxito; un éxito de tal magnitud, que la noche de su beneficio el público esperó a Lolita al terminar el espectáculo para acompañarla en bulliciosa y alegre manifestación hasta la calle Piedras, donde entonces vivía con su padre. El título fué, pues, profético y la obra tuvo, para la joven actriz, "buena sombra".

Comer con satisfacción

El popular actor, don José Palmada, no comía jamás, cuando las obras exigían que comiera en escena, lo que le servían al efecto. Era su esposa, la excelente doña Pepita, quien le llevaba al teatro los platos necesarios para llenar ese cometido, preparados por ella misma. Y don Pepe explicaba así ese capricho suyo:

—Casi siempre el actor que come en escena aparenta hacerlo con gran satisfacción. Por mi parte no tengo necesidad de aparentar, porque lo que me trae mi Pepita es tan rico y sabroso que la cara expresa sin esfuerzo la satisfacción que experimento al comerlo. En cambio, lo que traen de encargo...

"Epoca de poda"

Se representaba "El santo de la Isidra". Salió a escena la tiple Lola Maldonado quien, en un incidente de la obra, debía quitarse el mantón de Manila y arrojárselo a la cara a un petulante perseguidor. Así lo hizo Lola, pero con tan mala fortuna que arrancó de la mano de otro actor el cigarro que éste fumaba y que fué a caer junto a las decoraciones. Un minuto después éstas se prendían fuego.

Mario Soriano, actor que tenía fama de sereno, se dió cuenta del peligro y, sin alterarse, sacó del bolsillo una navaja que de acuerdo a la obra había de utilizar en otra oportunidad. Esgrimiéndola, acercóse al fuego mientras decía:

—Es época de poda. Voy a podar este árbol.

Y cortó en dos el telón, evitando así un siniestro.

La importancia de ser alto

Venancio Serrano Clavero y el maestro Palacios habían teatralizado la leyenda toledana "El Cristo de la Vega". Era la noche del estreno: los tercios figuran volver de Flandes triunfantes, a banderas desplegadas, con atabales y chirimías. En escena, doña Inés espera a Diego Martínez para recordarle el cumplimiento de su promesa de matrimonio. El coro canta: "Adelante, arrogante y gentil capitán", y aparece, vistiendo cota de malla, casco de acero y altas botas, el barítono Cruz, que interpretaba ese personaje y al que la naturaleza no le había concedido más que vara y media de estatura.

El público comienza a reír al ver aquel "arrogante capitán" tan minúsculo. El presunto éxito de la comedia está a punto de trocarse en fracaso; advirtiéndolo así, la primera tiple Sabina de la Muela se adelanta a candilejas iniciando el canto de una hermosa romanza. El maestro se da cuenta y la sigue, el coro también la acompaña, el tercio de Flandes llena la escena y la obra se salva.

Al día siguiente, el "arrogante capitán" hacía su salida... a caballo.

Ficción y realidad

El famoso actor Pepe Moncayo trataba de ajustarse siempre a la realidad en las escenas que debía representar. Las dos anécdotas siguientes así lo confirman:

Una vez, representando un personaje de "El puñao de rosas", Moncayo debía salir a escena con un haz de leña al hombro. El utilero le presenta uno con ramas hechas de cartón. Moncayo lo mira y le dice:

—No, amigo, no; leña de verdad, si no ¿cómo quiere que entre yo a escena "fatigao"?

En otra ocasión debe hacer el papel de "El plumitas", de "Sangre y Arena". El proveedor de armas le alcanza una tercerola vieja y atada con cuerdas. Moncayo la rechaza, diciendo:

Lola Maldonado en 1904. La celebrada tiple estuvo a punto de ocasionar un incendio en el teatro, durante la representación de "El santo de la Isidra".



DESAPARECE

Por
Manuel Hernández
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

—Si usted hubiera escuchado los ensayos no me traería esto. Yo digo en la comedia: "Merqué este arma y con ella defiendo mi vía en mitá del campo". ¿Cómo quiere que defienda mi vida con este cachivache?

"No se muevan..., tranquilidad"

Sucedió esta anécdota durante la representación del sainete "El señor Luis, el tumbón". La escena semeja una calle: a un lado, la huevería del señor Luis y al otro una casa formando esquina, en cuyo primer piso hay dos balcones. A uno de ellos se asoma una pareja de jóvenes; al otro, una pareja de viejos. De pronto se quiebra uno de los postes que sostienen los balcones y los cuatro artistas están a punto de caer. Casualmente, se halla debajo el jefe de maquinaria del teatro, Mariano Hornos, quien, al sentir el crujido, alza la vista y al percatarse del accidente, con toda tranquilidad alza los brazos — dos verdaderos brazos de Hércules — y sostiene los balcones con las cuatro figuras, durante toda la escena, diciendo:

—No se muevan..., tranquilidad.

El público ni siquiera advirtió ese accidente que pudo haber ocasionado algún herido y dado al traste con la escena.

Salvó la bandera

El tenor Estanislao Stani era, además de excelente cantante, un gran jinete. En ocasión de representarse "La Marsellesa", personificaba al oficial de caballería que sale del cuartel con la bandera en la mano para arengar al público y cantar el himno francés. Stani quiso salir a caballo y al efecto le llevaron un brioso animal enjaezado con arreos militares.

Llegado el momento, sale a caballo con la bandera tricolor en alto. La orquesta ataca La Marsellesa, el bruto se espanta y... allí fué Troya. Artistas y coros corren en desbandada, el público se pone de pie, los músicos abandonan sus puestos... Stani, sereno, tercia la bandera sobre las bridas, levanta al caballo sobre dos patas, lo hace girar y desmonta. Renace la calma, la orquesta vuelve a su lugar, el coro entona la marcha y el público, contagiado, lo secunda. Entre bastidores, Stani decía:

—Yo no me asusté; no perdí la serenidad. Mi único afán era que la bandera de Francia no cayese al suelo.

Ahora... todo pasó. Ya no existe el Teatro de Mayo; su recuerdo se irá hundiendo en el olvido, junto con el de tantos artistas que desfilaron por su escenario. Por el lugar de sus triunfos y también de sus fracasos, correrá pronto, en incesante ir y venir, el tránsito de la avenida más ancha de Buenos Aires. ◈

Don José Palmada, cuando las obras lo exigían, comía en escena con gran satisfacción. Es que la comida se la preparaba su mujer, doña Pepita.



Una interesante fotografía de Lola Membrives, obtenida durante su actuación en el Teatro de Mayo, el mismo año de su éxito en "La buena sombra".



VALLE NEGRO

TEXTO INTEGRO
de la famosa novela de
HUGO WAST

Con fotografías de la película homónima, cedidas gentilmente por Argentina Sono Film

Intérprete: MARIA DUVAL

I

DONDE EL VIENTO BRAMA

Una noche, en el dormitorio del colegio de los escolapios de Córdoba, Gracián Palma despertó sobresaltado. En la penumbra del largo salón, alumbrado por dos lámparas a media luz, vió al P. Félix más adusto que de costumbre.

—Levántese; avisan de su casa que su padre está enfermo. Vístase.

La grave noticia espabiló al niño, que saltó de la cama y se empezó a vestir febrilmente, mientras se alejaba la oscura silueta del Padre. Era invierno, y la racha de aire frío que le envolvió al salir hízole echar de menos el sobretodo. Pero no tenía tiempo que perder. El P. Félix lo condujo precipitadamente por los claustros sombríos, a lo largo de los cuales, como a lo largo de las aulas, de los comedores, y aun de los dormitorios, a la altura de los dinteles, corría una banda amarilla, con máximas versificadas.

En la portería esperaba a Gracián alguien que le introdujo en un coche, a la luz de cuyos faroles el muchacho lo miró:

—¿Quién es usted?

El otro, amablemente, se nombró. Gracián meneó la cabeza; no lo conocía.

—¡Era amigo de su padre! — aclaró.

Gracián dió un salto en su asiento:

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Papá está... enfermo?

—¡Vaya!, no... He dicho mal; he dicho un disparate: era y soy amigo de su padre; antes más que ahora... Pero, ¡qué diablos!, a qué vamos a andar con vueltas... Sí, es verdad; su papá se ha muerto repentinamente...

El niño enmudeció, los ojos muy abiertos, sin comprender todavía, y luego se puso a llorar, con profundos sollozos. Entretanto, el coche rodó ruidosamente por el empedrado de una callejuela oscura, hasta pararse ante el ancho portal de una de aquellas casas antiguas de que aun quedan muestras en Córdoba. Había luz adentro, y, a juzgar por lo que dejaba ver una hoja entornada de la puerta, llenaban el patio muchas personas, que pasaban la "mala noche" en casa del muerto. Gracián cruzó por en medio de todos, sin conocer a ninguno. En realidad eran pocos los amigos de su padre. Amistades ligeras, relaciones trabadas en el club, que su padre, esquivo al trato social, apenas cultivaba, limitándose a lo que estrictamente le imponían sus





"...llegó Mirra, la única hija del dueño de casa, que, al ver a Gración, se inmutó un instante, y corrió luego a abrazar a su padre..."

deberes de médico de clientela escasa, profesor en el Colegio Nacional. Vivía solo, con una criada que lo acompañaba desde antes de enviudar, y con un muchachón que le servía de portero. Su hijo mismo, interno en el colegio de los escolapios, no aparecía sino de tarde en tarde, en los días de salida. Tenía un hermano, que viajaba por el extranjero; pero Gracián no lo había visto nunca.

Si aquella noche era tanta la concurrencia, debíase a la forma inesperada y brutal de la muerte, que aguzaba un poco la curiosidad de los que conocían al doctor Palma, y lo apreciaban, porque, en definitiva, era bondadoso y honesto. La muerte lo sorprendió en su escritorio, poco después de la cena, mientras escribía una carta que era un testamento a don Jesús de Viscarra, el único hombre vinculado a él por una profunda y vieja amistad.

Allí, en el escritorio — larga pieza apenas alumbrada por una lamparilla verde —, halló Gracián a su padre, tendido en un catre de lona, manándole de la boca un hilo de sangre, que teñía la almohada.

Sobre la mesa, bajo la misma luz, estaba la carta inconclusa, señalando con un borrón el lugar en que la mano se crispó por la angustia de la muerte que llegara "como un ladrón nocturno".

Algunos días después del entierro, cuando Gracián, que nada tenía que hacer en la casa solitaria, volvió al colegio, iba rumiando los párrafos de aquella carta:

"Mi estimado amigo — decía en ella su padre —: conozco que estoy sentenciado; van ya dos ataques de angina pectoris en este año, y el tercero, que será el definitivo, no puede tardar. No tengo a nadie a quien volver mis ojos para confiarle mi hijo, que acaba de cumplir los trece años, sino a ti, mi antiguo amigo, cuyo afecto no han amenguado los años de ausencia. De mi hermano ignoro hasta el paradero.

"El muchacho es bueno, demasiado bueno quizá, porque carece de fibra o de carácter. En ti confío para que lo lleves a tu lado cuando yo falte. Lo poco que tengo, esta casa y..."

Allí se había roto el hilo de aquel pensamiento, que tan seguramente acababa de formular su propio implacable diagnóstico. Gracián cavilaba ahora sobre quién podría ser aquel don Jesús de Viscarra, que en adelante representaría a su padre, y le vino a la memoria la figura de un alto caballero, flaco y respetable, que un día comió en su casa, que lo trataba de usted, y que en la mesa pasó todo el tiempo conversando de cosas que hicieron dormir al niño con los codos sobre el mantel.

Era él, sin duda, y de él le había hablado su padre al día siguiente, cuando volvió a despedirse.

—Es el dueño de Valle Negro — le dijo en esa ocasión —; vive como un señor a la antigua, en plena sierra, más allá de Cosquín, cerca de la Laguna Brava, "donde el viento brama"...

Aquella frase enigmática quedó para siempre en la memoria de Gracián. Su imaginación asociaba la misteriosa denominación del lugar con el nombre arcaico de su dueño y con su figura de caballero de otra edad.

Una semana después de la muerte de su padre llamaron a Gracián de la portería, a la hora de la clase, y, por lo insólito del caso, juzgó que don Jesús de Viscarra había llegado y le quería ver.

Y, así fué, en efecto. Paseándose en un claustro con el P. Rector halló a aquel que le dejara tan profundo recuerdo, con sus graves maneras, su palabra abundante y su alta figura que recordaba a Don Quijote.

El señor de Viscarra lo palmeó cariñosamente en la mejilla, se interesó por sus estudios y por su salud, le habló (como antes) de usted, mirándolo desde lo alto, sin agacharse, acariciándose la barba en punta, que empezaba a blanquearse, y prosiguió luego su conversación con el Rector sobre algún asunto de trascendencia, que el niño no comprendió.

Al despedirse, con una nueva palmadita en la cara, el señor de Viscarra prometió a Gracián volver para el día de los premios.

—Lo llevaré a pasar el verano en "Valle Negro" — dijo, y agregó tras una pausa, con leve sonrisa —: "donde el viento brama..."

Tales palabras agitaron nuevamente los recuerdos del niño, contribuyendo a hacer más raro el personaje que ahora entraba en su vida.

Durante algunos meses soñó con "Valle Negro", vagamente impresionado como por algo temeroso, a la vez que digno de verse.

El día de los premios reapareció el señor de Viscarra, que le prendió con afable agasajo la pobre medallita de tercera clase ganada por no haber sido malo del todo.

Y esa misma tarde salió Gracián con su tutor, que le hablaba animadamente de cosas que, por ser la segunda vez que las oía, se le quedaron mejor en la memoria, dejándole un buen concepto del valor de la educación en los internados para la formación del carácter.

Poco después tomaron el tren de Cosquín, en cuyo punto encontrarían caballos para llegar esa misma noche a Valle Negro.

El señor de Viscarra, no obstante las raras veces que iba a la ciudad, era distinguido en sus maneras y en su traje, algo pasado de moda, pero pulcro en extremo.

En la estación hizo acopio de diarios elegidos, y se enfrascó en su lectura durante el trayecto, libertando a Gracián de su conversación.

Como una cinta de cinematógrafo vió el niño desfilar los paisajes del tren, las quintas floridas, las breñas ásperas, el río tortuoso y turbio, la montaña adusta, pendiente casi sobre el tren, que se deslizaba con tiento, jadeantes sus dos máquinas, por una estrecha vereda labrada en la roca, y más allá el dique, empequeñecido por la vecindad de los cerros, y después Cosquín, con sus grandes sauces y sus oscuras alamedas, que se fundían en las sombras de la noche incipiente.

Un peón montado en una mula, con dos caballos del cabestro, aguardaba al señor de Viscarra, y tomó el maletín del niño, adelantándose luego al trote largo.

Don Jesús, con toda mesura, desprendió unas polainas que venían atadas a su silla, envolvió sus magras piernas para defender el traje, ayudó a montar al muchacho, y luego, con agilidad y maestría, montó él, dominando con un gesto los escarceos de su caballo, que era brioso.

Y partieron ambos por el camino de piedra caliza, que se dibujaba limpiamente en la oscuridad.

Era la hora en que aparecen las primeras estrellas. La luna saldría tarde, y Gracián empezó a temer que, una vez internados en los montes, lejos de la cinta blanca de la carretera, perdieran el rumbo.

—¿No tendrá miedo, amigo? — preguntóle el señor de Viscarra.

—No, señor — contestó el niño, que pensaba lo contrario.

Y el grave señor, que había puesto al trote su cabalgadura, le dijo, volviendo apenas el rostro y con un acento de complacencia:

—Es la parte más áspera de la sierra, hacia la Laguna Brava; pero no hay miedo de extraviarse. Conocemos de niños el camino de Valle Negro...

Por no rezagarse, Gracián apuró su caballo, pequeño y listo, que, con los cascos delanteros herrados, sacaba chispas de las piedras.

Prendido a la cabeza del apero para no caer, porque no era jinete, seguía a su tutor lo más cerca posible.

El crepúsculo se iba espesando en el fondo de los valles. Un alto molle, en el filo de la loma que trepaban, recortaba su negra copa sobre la franja azul del poniente, hacia donde marchaban.

Ascendieron la loma, y al bajar la otra pendiente vió Gracián al señor de Viscarra abandonar el camino real, que torcía a la izquierda hacia el Sur, y tomó un senderito que seguía el rumbo contrario.

Unos cuantos pasos más allá se detuvo a aguardar al niño.

—¿Qué es eso, señor? — se atrevió éste a preguntar, sintiendo en la hondonada un trueno lejano.

—Es el río Yuspe — respondió su tutor, taloneando el caballo que echó a caminar con tiento, cuesta abajo.

El reflejo trémulo del agua rompía la negrura de la sombra. Escuchábase el rumor del río como un carro que se despeña. Al llegar a él, don Jesús se detuvo en la orilla, sobre un banco de arena, y quitándole el freno, sin apearse, dejó beber a su caballo.

Algunos minutos después, ambos jinetes se internaban en un monte de achaparrados espinillos, de coposos molles, de cenicientos algarrobos, por entre los cuales el dueño de Valle Negro sabía hallar el invisible sendero.

Gracián empezaba a sentir el frío de la noche y el miedo de aquellas extrañas sombras que dejaba a uno y otro lado, y se estremecía cuando alguna rama le arañaba la frente o alguna hierba húmeda le lamía las piernas.

—¿No tiene miedo? — le preguntó de nuevo su tutor. Y de nuevo mintió, por vergüenza de mostrarse como era:

—No, señor.

—Ya va a salir la luna y veremos mejor. Ha salido ya — rectificó luego el señor de Viscarra —; pero aquel cerro la oculta.

Miró Gracián el cielo y observó que la luz de la luna desteñía las impalpables estrellas de la Vía Láctea, donde brillaban solamente los cuatro clavos de la Cruz del Sur. Y sintió un gran consuelo cuando vió surgir, detrás del cerro, el disco de oro que había de aclarar un poco la lobreguez del monte.

Mas conoció luego que para sus ojos, no habituados a aquellos paisajes, el resplandor dudoso del astro sólo servía para llenar la selva de fantasmas.

Como intentara aparearse a su tutor, éste le dijo:

—Tenga cuidado: la senda es estrecha; sólo podemos andar de a uno en fondo. ¿Está cansado?

—Un poco, señor.

—Ya descansará.

—¿Falta mucho?

—Hemos hecho algo más de la mitad del camino.

—¡Oh, qué lejos había estado! — se atrevió a murmurar Gracián, resuelto a seguir el viaje cerrando los ojos, puesta su confianza en el caballo, para no ver todas aquellas siluetas que a la vera del camino espiaban su paso.

Mas no pudo y siguió mirando. Los tucos volaban rayando la oscuridad con una fugitiva línea luminosa que se rompía en bruscos zig-zags cuando el insecto buscaba dónde posarse. Las luciérnagas, entre los yuyos, dejaban ver el brillo de fósforo mojado de su vientre. Y los grillos llenaban el silencio del monte con su inacabable chirrido.

De nuevo el trueno lejano, viniendo del fondo de una quebrada, les anunció la vecindad del río.

—Es el mismo — observó el señor de Viscarra —: el Yuspe, que da muchas vueltas antes de llegar a su destino.

El sendero, cada vez más abrupto, hacía trepidar a los caballos, que antes de aventurarse tentaban las piedras con el casco.



"...Y como si al recordarla hubiese evocado la temerosa aparición de la bruja, surgió del valle el mismo grito pavoroso que aquella noche.
"Don Jesús se puso de pie, con los puños cerrados, pero haciendo un visible esfuerzo volvió a sentarse..."

El río se deslizaba por entre un caos de enormes piedras, altas como túmulos. Allí era el vado; había un banco de arena, y el agua mojó apenas el ijar del caballo de Gracián.

Llegados a la otra orilla, don Jesús se volvió a él y le dijo con cierta solemnidad en la voz afectuosa:

—Aquí empiezan mis tierras. La casa no está lejana.

Comenzaron a trepar una loma empinada, pero de mejor camino.

—Es el atajo — volvió a observar don Jesús —; más allá, faldeando este mogote, va el carril. Siguiendo el camino de herradura abreviaremos un buen trecho.

Una vez en lo alto, ante los ojos de Gracián se extendió una llanura, de donde venía el rumor apacible de la arboleda. La luna plateaba la cima de unos álamos negros y melancólicos como cipreses, en un claro de los cuales brillaba una lucecita.

El niño, penetrado por la profunda belleza del paisaje, se acordó de los cuentos de brujas.

—¡Valle Negro! — exclamó el señor de Viscarra, deteniéndose y señalando la luz con la punta del látigo.

Y fué Gracián el que esa vez agregó, ansiando una explicación:

—Donde el viento brama...

En silencio y a la par hicieron los dos el resto del camino, y, anunciados por los ladridos de los perros, entraron en la casa, que en la oscuridad parecía más grande, más silenciosa y más triste.

El peón que les había precedido estaba allí para recoger los caballos. Don Jesús echó pie a tierra y desapareció bajo la arcada de un zaguán.

El niño se quedó solo un momento, rodeado de perros que lo olfateaban y con más miedo que antes en el monte, hasta que salió una mujer con un farolito y le guió al comedor, donde vió la mesa puesta, bajo la pantalla blanca de un gran quinqué.

La sala era amplia, y en la noche parecía mayor; de techo de tejas coloniales, sostenidas en dos alas por gruesos tirantes enjalbegados. En los ángulos, dos rinconeras de caoba para guardar la vajilla; un vasar en la pared del fondo, con dos floreros al pie de un cuadro del Corazón de Jesús; un sofá negro, de crines, y arrimadas a los muros, algunas sillas de cuero, con tosca armazón de algarrobo, pulida por los años.

Dijeron a Gracián que se sentase, y volvió a quedar solo, hasta que el señor de Viscarra, cambiado el traje de ciudad por

"...Antes de acostarse, Mirra se acercó a Gracián y le dijo en voz baja, los ojos brillantes de alegría:
"—Mejor; si mañana se va y es día de sol, a la hora de la siesta iremos adonde el viento brama..."

otro más de campo, pulcro y ceñido, se acercó a grandes trancos al vasar, cogió una campanilla y la agitó con la solemnidad de quien cumple un rito religioso.

Un reloj antiguo, colgado en la testera de la pieza, dió nueve campanadas.

—Una hora de atraso — murmuró don Jesús, sin dirigirse a nadie. Vibraba aún el bronce del péndulo cuando entró Flavia, la hermana de don Jesús de Viscarra, y se acercó a Gracián, que se quedó mirándola, impresionado por su extraña hermosura.

No debía de tener treinta años, y era extraordinaria su figura, pálida su faz, animada por el rasgo de carmín de su boca cerrada y triste, como hecha para el secreto, y por sus ojos alucinados, oscuros en la sombra, pero verdes a la luz del día.

Y tras ella, con un rumor de alas, como una paloma que vuelve al palomar, llegó Mirra, la única hija del dueño de casa, chicuela de once años que, al ver a Gracián, se inmutó un instante, y corrió luego a abrazar a su padre, quien la levantó, como si nada pesara, y la besó en los ojos.

Ocuparon todos sus sitios: Gracián, el que le indicaron, al lado de Flavia y enfrente de Mirra, y cuando aun estaban de pie, el señor de Viscarra desde la cabecera, se santiguó y rezó el "Benedicite", que las dos mujeres corearon.

Servía la mesa una muchachuela algo mayor que la niña, que llamaban Pastora, y era Flavia la que distribuía los platos, y don Jesús el que llevaba la palabra, relatando su viaje y su breve estada en Córdoba, y ponderando las excelencias del gran colegio, a cuya fiesta había asistido, y la buena conducta de su pupilo, premiado con una medalla.

Gracián comía en silencio, sintiendo a ratos posarse en él la mirada distraída de Flavia y los ojos chispeantes y audaces de Mirra.

Hacia los postres entró el mismo peón que fuera a esperarlos a Cosquín. A la luz del quinqué apreció mejor el niño la buena presencia de aquel tipo de criollo, que, sombrero en mano, se llegó al patrón a pedirle órdenes para el día siguiente.

Se llamaba Lázaro y era el capataz de la estancia. Su entrada motivó un gran silencio, porque el señor de Viscarra se puso a pensar en lo que había de ordenarle, y todos se quedaron mirándole, cuando de pronto se oyó un alarido que venía del monte y que no parecía un grito de dolor ni un bramido de cólera, y habría sido difícil decir si era una voz humana o el ulular de una bestia.

—Es la Pichana — murmuró Flavia, y su frase pareció una angustiada disculpa.

El señor de Viscarra, que se había parado, dejando caer la silla, la miró, como si lo inquietara un recelo.

—¡Es la Pichana!—volvió a decir ella con el mismo acento, y entonces Lázaro habló:

—¡Es raro! Al venir de Cosquín la he hallado como a una legua de aquí, y hace poco rato...

—La Pichana anda de noche como un alma en pena — observó Flavia.

—Pero anda a pie — objetó don Jesús, que se había vuelto a sentar.

Concluyó la cena en silencio. Don Jesús comía con el ceño fruncido. A los postres se levantó, dió unos cuantos pasos por la galería, donde se espesaba la sombra, y llamó a Gracián para llevarle a su cuarto.

—¿Tendrá miedo de dormir solo?

—No, señor — contestó el niño, temeroso siempre de confesar la verdad.

Y esa noche, por primera vez en su vida, durmió solo, tapada la cabeza con las mantas y lleno su sueño de extrañas visiones, en que se confundía su breve pasado con su incierto y misterioso porvenir.

II

MIRRA

Durante la noche llegó a Valle Negro un "chasque" de la sierra grande, donde un hermano de don Jesús tenía una estancia a medias con él. Aquel mensajero traía malas noticias de la salud del patrón, que clamaba por ver a su hermano, por lo cual éste debió partir al alba, no sin antes

despertar a Gracián, para enseñarle a ser madrugador

—¡Ponga los huesos de punta, amiguito! — le dijo desde el umbral de la puerta; y el niño, sentado en la cama, le miró con los ojos cargados de sueño, olvidado de las cosas del día anterior.

—Si se viste pronto, lo llevaré al potrero para que busquemos juntos mi caballo.

Dicho esto, salió. Su paso medido y firme resonó en las baldosas de la galería, ancha como uno de los claustros del colegio.

Sacudió Gracián la pereza, se vistió aprisa y fué en busca del señor de Viscarra, que lo aguardaba en el patio.

Visto de día, Valle Negro, con su pradera dilatada y verde, circundada por abruptos cerros arbolados, con la alameda que rodeaba la casa y el umbrío sauzal de la represa, no era ya el paisaje de leyenda que viera Gracián en la noche, pero guardaba un dejo de melancolía en su belleza oculta y solitaria.

La casa, llena de sol, dominaba todo el valle: dos filas de habitaciones formando escuadra, con galerías de arcos de piedra, sin revoque, a lo largo de cuya cornisa corría un festón de madreselva nevada de flores.

En el patio, de tierra dura, inexorablemente barrido por las "pichanas" de "matapulga" de Tránsito, la vieja cocinera, crecían para sombra dos colosales aguaribays, cuyas hojas eran remedio, según decían.

—Vamos, amigo — gritó don Jesús, que en aquel ambiente parecía menos severo.

Gracián se le puso al lado, y él empezó a hablarle de la vida campestre, sana para el cuerpo y para el alma.

Se habían escapado esa noche los caballos del potrero, cuya puerta dejaran mal cerrada, y por esa razón don Jesús tuvo que aguardar que los peones encontraran en el monte las cabalgaduras necesarias para los que le acompañarían.

No quedó más que el caballo del patrón, que sólo él montaba.

Para llegar al potrero cruzaron frente al corral, donde Flavia y Mirra y la chinita Pastora ordeñaban las lecheras.

El señor de Viscarra pasó de largo, abrió la tranquera (unas varas de álamo atadas con guascas) y la volvió a su quicio cuando Gracián la hubo traspuesto.

Aprovechó éste un rato de silencio para preguntarle:

—¿La señora Flavia es la mamá de Mirra?

—Flavia es soltera — explicó el señor de Viscarra — y es mi hermana, y Mirra es mi hija.

El niño se quedó callado y confuso: ¿cómo pudo preguntar aquello?

—¿La encuentra parecida, acaso? — interrogó a su vez el tutor, sin detener el paso rápido que llevaba.

—No, señor; preguntaba, no más, por curiosidad...

—¿Y habría dicho, sin saberlo, que Flavia es mi hermana?

—No, señor.

—No se me parece en nada, ¿verdad?

—Así es, señor.

El señor de Viscarra calló y apretó el paso, haciendo caer las gotas de rocío de las pajas, que parecían hileras de cuentas.

Zumbaban las moscas, y las abejas buscaban su miel en las humildes flores silvestres.

De cuando en cuando Gracián sentía crujir bajo el pie algún caracolillo frágil como un cristal.

—Allí está el doradillo — dijo de pronto don Jesús, señalando detrás de un matorral la silueta de un caballo que, al sentirles, salió al campo limpio y se detuvo.

Su piel relumbraba en el sol; tenía una pata blanca y una estrella en la frente; cuando su amo entraba al potrero en busca suya, se volvía de lejos hacia él, la cabeza erguida y las orejas atentas, esperándolo.

Se dejó prender por la argolla del bozalejo que llevaba, y don Jesús ató un cabestro con que iba prevenido.

—¿Sabe montar en pelo? — preguntó al niño, pasando la mano sobre el lomo limpio y suave del caballo.

—No, señor.

—Es bueno que aprenda.

Tomó a Gracián por los brazos, como la noche antes a Mirra, y con un movimiento que no pareció costarle ningún esfuerzo, lo enhorquetó sobre el animal, que se estremeció; hízole a éste un medio bozal en la guasca y entregó al muchacho aquella única rienda.

—Marche para las casas sin apurarlo. No se agarre de las crines, que eso está mal en un criollo.

Pausadamente el caballo tomó la senda y marchó con Gracián, más muerto que vivo.

En el patio halló un hombrecito retacón y barbudo, de relucientes ojos y de gestos felinos.

A través de la tela raída de la camisa dibujábase su sólida musculatura, como la de un gorila, y su frente chata y su escaso hablar delataban la penumbra de su entendimiento.

Era Amoroso, según supo más tarde Gracián. ¿Por qué se llamaba así? ¿Era un nombre, era un apodo burlesco? Su dueño no habría sabido decirlo, pero respondía al llamado como un perro.

Traía una mulita zaina que se disponía a ensillar.

—La pillé en el bajo, contra la tapera de la Pichana — dijo como explicación al amo, que llegaba en ese instante.

Pocos minutos después, don Jesús montado en su caballo y Amoroso en la mulita, partieron, de viaje, a la sierra alta. Otro peón debía seguirlos después con algunas maletas.

Y Gracián se quedó solo, encomendado a Flavia para que lo cuidara y a Mirra para que lo distrajera.

Luego que perdió de vista la silueta de su tutor, volvió los ojos a la casa, refulgente bajo el sol que bañaba sus blancas paredes de piedras elegidas, y cuando se disponía a marchar hacia la arboleda, donde sin duda hallaría nidos con huevitos o pichones, vió detrás de uno de los pilares los ojos negros de Mirra, que le espiaban.

Se quedó inmóvil. La niña salió de su escondite y se llegó hasta él, sacudiendo briosamente una botella de leche que tenía en la mano.

—¿Sabe hacer manteca? — le preguntó por todo saludo.

Gracián movió la cabeza; ¡qué había de saber!

—¡Mire! ¡Así se hace! — respondió ella, batiendo la leche —. ¿Quiere ayudarme?

El hizo señas de que sí, incapaz de hablar todavía, porque era tímido, y la audacia de la chicuela le desconcertaba.

La niña le puso la botella en las manos y corrió adentro, volviendo al cabo de un minuto con otra, llena de leche también, mientras él permanecía alelado con la suya, sin saber qué hacer.

Mirra se echó a reír a carcajadas, mostrando sus dientecillos, agudos como los de un lobezno.

Vestía de blanco, una blusa y una pollerita corta, almidonada, y llevaba el cabello en dos trenzas echadas a la espalda, donde se destacaba más su intensa negrura.

Tenía los ojos muy oscuros, llenos de luz, que las pestañas sombreaban con vetas negras; la nariz, pequeña, levemente respingada, le daba un aire desconfiado y caprichoso.

Con toda la gracia de una cabrita salvaje, era curiosa y esquiva entre las gentes y audaz ante la naturaleza. ¿Qué había en la montaña, en el cielo o en el centro de la tierra que le hiciera dar miedo?

Y era de tez blanquísima, que triunfaba del sol y del aire, como los pétalos de una flor, y la sangre le teñía de oleadas generosas las mejillas y los brazos.

Andaba descalza a veces y otras se ponía pequeñas alpargatas blancas, cuando no había de salir del valle, o botines gruesos cuando iba a la villa, donde todos la conocían.

—¿Cómo se llama? — preguntó Gracián.

—¡Mirra!

—Ya sé; pero Mirra... no es nombre.

—Me llamo Mirra — insistió ella —; es nombre sacado de la Biblia; me lo puso mi abuelita, que sabía hallarlos muy lindos. Mi tía se llama Flavia; ese nombre no me gusta; pero tuve otra tía, que ya se murió, y se llamaba Eleusipa.

—¿Cómo? — preguntó asustado Gracián.

—Eleusipa; un nombre que la gente del campo no aprendía nunca.

Batiendo las botellas de leche, llegaron al otro lado de la casa, donde estaba la cocina, los cuartos del servicio y el galpón.

Allí vió Gracián de nuevo a Flavia, rodeada de innumerables palomas que comían lo que ella les echaba y que volaron al acercarse él, con apacible susurro de alas.

En la plenitud del día, la hermosura de Flavia parecía acrecentarse. Gracián, venciendo su timidez, atraído por ella, le dió la mano y la miró de frente, como para que ella lo mirase.

Flavia echó al suelo todo el maíz que aun tenía, y abandonando el lugar a las palomas llevó a Gracián hasta su pieza, que en el extremo de la galería daba hacia el campo, por una ventana de rejas; y allí, con su mismo peine, le alisó los cabellos enmarañados, le arregló el traje y lo besó en la frente.

—¿Vas a vivir siempre con nosotros? — le preguntó.

—Sí, señora — dijo él.

—¡Me alegro! ¿Te gustaría ser mi hijo?

—¡Oh, sí! — contestó Gracián echándole los brazos al cuello, arrebatado por una ola de simpatía.

Mirra llegó en ese momento, y Flavia, como a disgusto, alejó al muchacho, diciéndole:

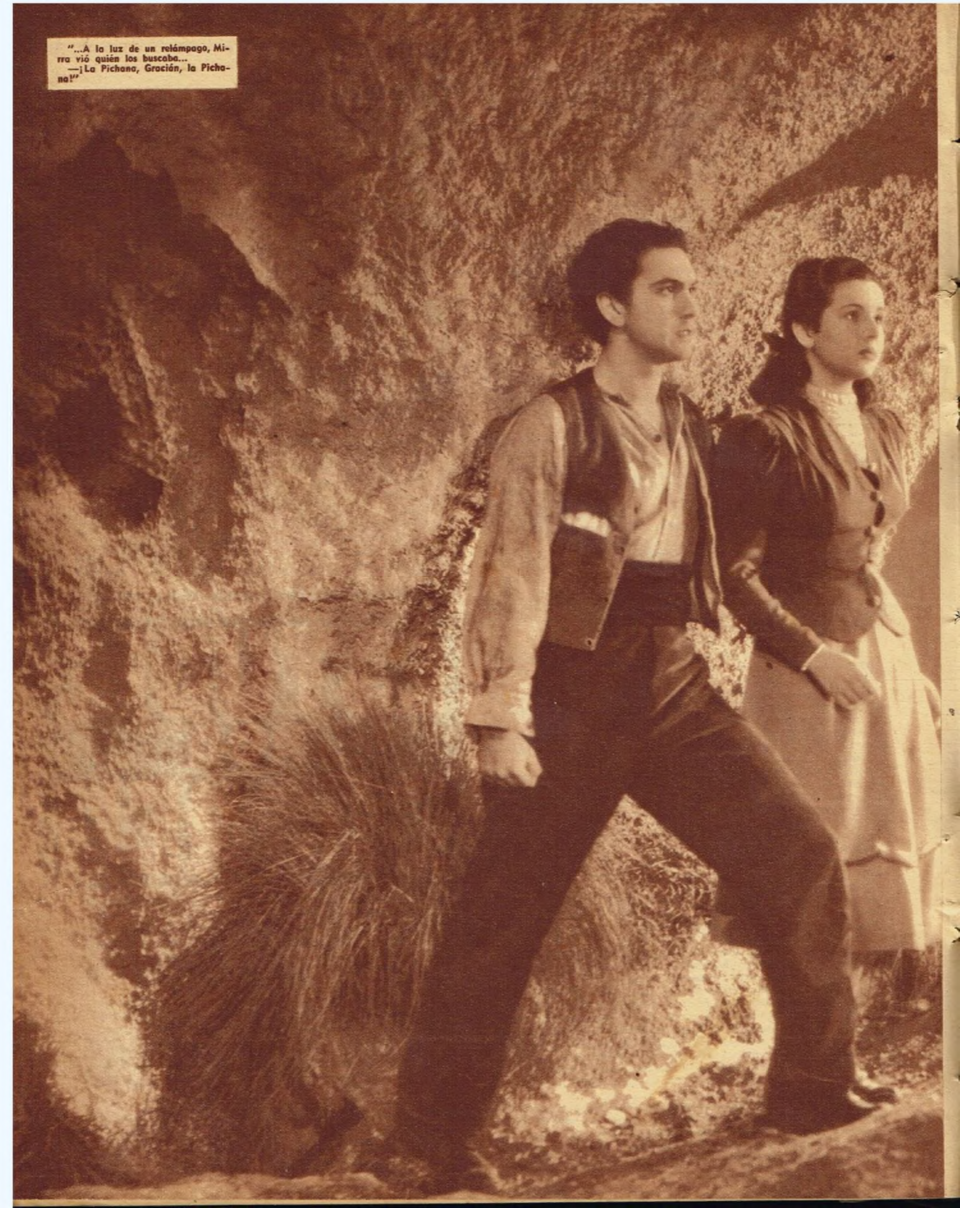
—Cuando esté hecha la manteca, llévenla al comedor — y cerró la puerta de su cuarto.

Se examinó la cara en el espejo del ropero, se enjugó con el dorso de la mano los ojos, llenos de lágrimas, y se acercó a la reja, mirando a la distancia, como si ansiara ver algo.

Por ese lado, el campo descendía por una suave pendiente hacia un arroyito, del cual pasaba don Jesús la acequia de riego. Y más allá volvía a ascender, formando una cuesta menos empinada que las otras y que permitía ver muy lejos el perfil desnudo y pardo de la alta sierra, con dos gibas, que eran los Gigantes de la Achala. Esta mañana, con sus primeras flores, el alfalfar tendido hasta el pie de la ventana parecía sembrado de violetas. Mariposas amarillas como hojas de otoño se perseguían a ras del prado, y venían en la brisa aromas de primavera.

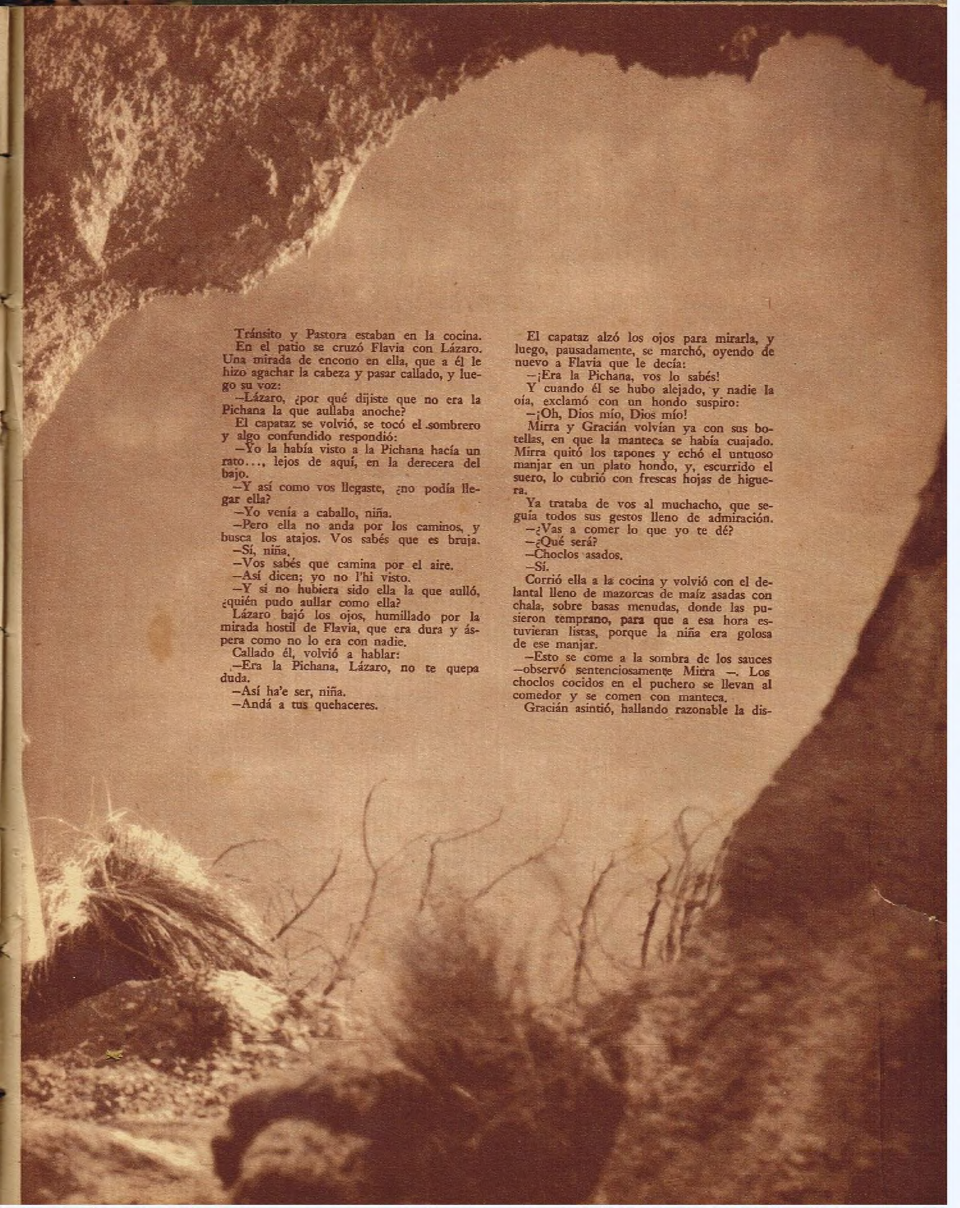
Flavia se volvió a oprimir los ojos con aquellas sus manos cuya hermosura parecía indestructible por el tiempo y por las labores campestres, y salió de nuevo a sus quehaceres de ama de casa.

Mirra y Gracián caminaban hasta el sauzal de la represa, sacudiendo sus botellas de leche.



"...A la luz de un relámpago, Mirra vió quién los buscaba...

—¡La Pichana, Gracián, la Pichana!"



Tránsito y Pastora estaban en la cocina.
En el patio se cruzó Flavia con Lázaro. Una mirada de encono en ella, que a él le hizo agachar la cabeza y pasar callado, y luego su voz:

—Lázaro, ¿por qué dijiste que no era la Pichana la que aullaba anoche?

El capataz se volvió, se tocó el sombrero y algo confundido respondió:

—Yo la había visto a la Pichana hacía un rato..., lejos de aquí, en la derecera del bajo.

—Y así como vos llegaste, ¿no podía llegar ella?

—Yo venía a caballo, niña.

—Pero ella no anda por los caminos, y busca los atajos. Vos sabés que es bruja.

—Sí, niña.

—Vos sabés que camina por el aire.

—Así dicen; yo no l'hi visto.

—Y si no hubiera sido ella la que aulló, ¿quién pudo aullar como ella?

Lázaro bajó los ojos, humillado por la mirada hostil de Flavia, que era dura y áspera como no lo era con nadie.

Callado él, volvió a hablar:

—Era la Pichana, Lázaro, no te quepa duda.

—Así ha'e ser, niña.

—Andá a tus quehaceres.

El capataz alzó los ojos para mirarla, y luego, pausadamente, se marchó, oyendo de nuevo a Flavia que le decía:

—¡Era la Pichana, vos lo sabés!

Y cuando él se hubo alejado, y nadie la oía, exclamó con un hondo suspiro:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Mirra y Gracián volvían ya con sus botellas, en que la manteca se había cuajado. Mirra quitó los tapones y echó el untuoso manjar en un plato hondo, y, escurrido el suero, lo cubrió con frescas hojas de higuera.

Ya trataba de vos al muchacho, que seguía todos sus gestos lleno de admiración.

—¿Vas a comer lo que yo te dé?

—¿Qué será?

—Choclos asados.

—Sí.

Corrió ella a la cocina y volvió con el delantal lleno de mazorcas de maíz asadas con chala, sobre basas menudas, donde las pusieron temprano, para que a esa hora estuvieran listas, porque la niña era golosa de ese manjar.

—Esto se come a la sombra de los sauces —observó sentenciosamente Mirra —. Los choclos cocidos en el puchero se llevan al comedor y se comen con manteca.

Gracián asintió, hallando razonable la dis-

tinción, y siguió a la chicuela, que volvió al sauzal.

La alameda crecía al borde de la acequia con que se llenaba un lago construído para regar la quinta. Había una compuerta, por donde se desaguaba, y allí, entre los berros amargos y las fragantes vinagrillas, hundían sus raíces poderosas unos grandes sauces, en cuyas ramas edificaban hornitos las caseritas y ataba columpios la niña. Y junto a la compuerta, donde la hoya era más profunda, porque la tierra estaba socavada por el salto del agua, había crecido uno de tronco enorme y torcido y de corteza tan áspera, que en sus arrugas cabía la mano de Mirra.

Cerrada la compuerta, el agua del charco era un cristal que reflejaba crudamente la luz del sol, cuyos rayos, como lanzas de plata, se insinuaban por las brechas del follaje, hiriendo la hierba, donde brillaba el oro de las vinagrillas.

Allí escondíase Mirra para comer en paz sus choclos asados, y se quedaba tan quieta, que cerca de ella un martín pescador, sobre una rama a ras del agua, acechaba las mojarritas que llegaban por el arroyo, mientras en la inmensa copa desgreñada cantaba una tórtola.

Gracián, que iba dos pasos detrás de la niña, la encontró cabalgando ya sobre el sauce torcido y mordiendo a plenos dientes los granos fragantes y tostados del choclo.

En silencio comían los dos, cuando el muchacho, que estaba de bruces sobre el césped, se puso de pie, lleno de espanto.

—¡Mirra, Mirra!

—¿Qué hay?

—¡Esa vieja!

Y señalaba el tronco de otro sauce, en cuyo crucero, donde se bifurcaban las ramas, se veía la figura sórdida, harapienta, de una negra, de motas color de ceniza, encaramada allí como un gato del monte.

—Es la Pichana — dijo tranquilamente Mirra, escogiendo algunos choclos en el hueco de su falda y alargándoselos al muchacho.

—Dáselos, no es mala...

—Yo no, yo no se los doy... — respondió Gracián, que no apartaba sus ojos de aquella horrible aparición.

—¡Dáselos! ¡No es mala! — volvió a decir la niña —. Es una pobre que vive de limosnas.

—¡Yo no! — repitió Gracián, pegado al sauce.

La Pichana se reía, con una mueca maligna, como si se gozara en el susto del muchacho.

Mirra descendió de su caballete y corrió con sus choclos adonde estaba la vieja, que alargó su brazo, negro y descarnado como el tronco de una parra, y tomó en su mano la mano fresca de la niña que le hacía la limosna.

Y de un salto, con agilidad felina, se descolgó del árbol, se acercó a Gracián, hizo una pirueta y se escabulló disimulándose por entre los árboles de la acequia, para que no la vieran los perros, que la odiaban.

—Es la Pichana — dijo de nuevo Mirra.

—¿La que aullaba anoche?

—Sí. No hay que tenerle miedo, porque es buena y sabe curar. Conoce el nombre de todos los yuyos y puede decir para qué sirve cada uno.

—No importa, no tiene laya de buena— observó Gracián —. ¿Viste cómo nos espiaba?

—¿Y eso qué tiene? Es curiosa como una zorra, pero huye de la gente, y más de los perros.

—¿Y dónde vive?

—En el bajo, donde hay un pozo que nunca se seca, pero del que sólo ella bebe. Algún día te llevaré. Antes vivía en la "cueva de los leones", camino de la Laguna Brava, donde está la entrada de las catorce cuevas que van al centro de la tierra, debajo de una mora de espinas; algún día iremos también...

—¿Y no hay leones? — interrogó con ansiedad el muchacho, cada vez más admirado de los profundos conocimientos y de la enorme audacia de Mirra.

—No hay leones; antes los hubo, pero papá los acabó, porque le comían los potrillos.

Habían abandonado la sombra de los sauces y caminaban juntos por la acequia arriba, siguiendo la alameda al encuentro del arroyo, donde existía un dique para levantar el nivel del agua.

Allí la niña se descalzó y cruzó el arroyo. Gracián pasó brincando sobre las piedras.

—Voy a mostrarte dónde concluye Valle Negro y dónde comienza la Cuesta de Camargo...

Y como si aquel nombre le evocara la imagen de Flavia, se volvió a Gracián y mirándole fijamente le dijo:

—Me vas a contar qué te ha dicho mi tía...

—Nada me ha dicho — respondió el muchacho, que tenía pudor de aquel afecto naciente.

—Te besó, ¿no es verdad? ¡Qué raro!

—¿Por qué?

—A mí, ¿vas a creerlo?, a mí no me besa nunca; a mí no me quiere...

—¿Por qué? Mala no es, ¿verdad?

—No, no es mala. Antes no vivía aquí. Hará tres años que está con nosotros, desde poco después que murió mamá. Ella en un principio era cariñosa; después cambió...

Iba trepando la loma, y como hubiera rosetas y cepacaballos y de cuando en cuando alguna penca medio oculta, la niña se sentó en el suelo para ponerse las blancas alpargatas. Gracián, a su lado, la miraba.

—¿No te quiere? ¿Por qué no te quiere?

—No me quiere. Eso comenzó un día que me pelié con la Victoria, la hija de Camargo...

—¿Es el dueño de la Cuesta?

—Sí, el dueño del campo que está al poniente de Valle Negro; ya verás...

—¿Y cómo ocurrió eso?

—No se lo he dicho a nadie; a vos te lo digo, pero has de callarlo. ¿Qué le importaba a la Flavia de la hija de Camargo, que es el enemigo de papá, el enemigo de todos nosotros?... Dicen que la Pichana sabe cosas de él que nadie sabe, y que no las cuenta porque le va la vida en guardar el secreto...

Habían llegado jadeantes al filo mismo de la loma que dividía las aguas de la lluvias, y la vista se dilataba ahora suavemente por la Cuesta de Camargo, una meseta que parecía llegar hasta la sierra de Achala.

En una rinconada divisábase una arboleda de aguaribays y en medio de ella una casa de paredes rosadas y de techo de paja.

—¡Allí vive él! — dijo Mirra, y al pronunciar la palabra "él", su acento anunciaba al enemigo de su padre, a quien rara vez nombraban en el valle.

Gracián contempló la casa, los cercos de ramas que se prolongaban en línea recta hacia el lejano horizonte, el campo pedregoso, pobre de haciendas, y más allá, como un rebaño de ovejas, la blancura de un pajonal florecido que ondulaba al sol.

Pero era monótono aquel paisaje comparado con la profunda y fértil quebrada en que ellos vivían, con su arroyo y su arboleda.

—Me gusta más Valle Negro — dijo el niño, volviendo los ojos hacia la posesión del señor de Viscarra.

—A él también, y él...; ¡a él también! Por eso nos odia, porque dice que Valle Negro es de él, que queda en su campo y que

a lo sumo la tierra de nosotros llegaría al arroyo. Dicen que va a haber un pleito con él..., ¿sabías?

—No. ¿Y por eso te peleaste?

—Sí, porque un día la Victoria lo dijo. Es raro que no ande por aquí. Ella y su padre viven espiando lo que pasa en Valle Negro, y una vez que yo la encontré sola, en medio del campo, como se me acercara y tirara una piedra, diciendo "todo eso es de nosotros", yo la corrí, me mordió y le pegué; le pegué con rabia hasta que le salió sangre de la nariz.

—¿Y tu tía lo supo?

—Vió mi delantal con sangre, y yo le expliqué. ¡Oh, la hubieras visto! No me hizo nada, ni siquiera me habló; pero desde ese día he sentido que no me quiere. ¿Por qué no me quiere? ¿Qué le importa a ella la Victoria? ¿Qué le importa lo que ocurre de esta parte del arroyo?

Y Mirra, indignada, señalaba con su brazo extendido la cuesta pedregosa, la casa rosada y el inmenso pajonal ondulante, que parecía extenderse hasta el pie de la lejana cordillera.

Era mediodía cuando volvieron a las casas. Mirra se dirigió a la cocina, mientras Flavia, que desde la ventana de su cuarto les viera venir, fué al encuentro de Gracián, miró a un lado y a otro, y con una extraña vehemencia en la voz, apagada, para que sólo el muchacho la oyera, le interrogó:

—¿Fueron hasta la Cuesta de Camargo?

—Sí, señora.

—No me digás señora, decime tía, decime Flavia, si no querés decirme "mamá".

—Le diré tía... ¿Está bien así?

—Así está bien. Fueron hasta la Cuesta de Camargo, y ¿qué vieron?

—Vimos el campo, las casas, el pajonal...

—¡No, no! ¿Y qué más vieron? ¿No vieron a nadie?

—No había nadie por allí.

—¡Es raro! ¿Nadie, nadie?

—Vimos a la Pichana junto a la represa.

—Y en la Cuesta de Camargo, ¿no había nadie?

—No, señora; no, tía...

—Bueno, bueno... De lo que yo te hable, Gracián, nada digás... ¡Así te querré siempre!

Con la hermosa mano le acarició los cabellos, y el muchacho se quedó mirándola alejarse, cuando sintió la voz de Mirra, que volvía.

III

UN TRUENO EN LA NOCHE

De largos años atrás databa la enemistad entre las dos familias, que habían tenido estancias próximas en la sierra alta.

Allí comenzó la divergencia, también por cuestión de linderos, por si la línea que partía del mojón tal debía arrancar en escuadra o ser oblicua. Y aunque la extensión de campo discutida era insignificante, comparada con la extensa zona de leguas y leguas que poseían tanto los Viscarra como los Camargo, el encono fué transmitiéndose como una tradición, de padres a hijos.

Agravó las cosas un asalto de bandoleros del que fué víctima la madre de don Jesús de Viscarra, viuda ya, siendo éste muy niño.

Vivían en la estancia de la sierra alta, cuando una noche de invierno en que el frío y el viento desapacible aumentaban el desamparo y la soledad de aquellos lugares semidesiertos, sintiéronse furiosos golpes dados contra la gruesa puerta de algarrobo de la casa.

Los de adentro pensaron abrir, pero adivinando un peligro por la furia de los perros, y confiando en la resistencia de las tablas, no respondieron al llamado. Mas fué inútil, por-

que con el anca de los caballos derribaron la puerta, y cuatro forajidos, capitaneados por uno que escondía el rostro bajo un pañuelo negro, que le servía de antifaz, saquearon la casa a la vista de su dueña maniatada y de los niños, muertos de miedo.

Los peones de la estancia, cómplices o cobardes, habían huído, y por ese detalle, que delataba la existencia de negociaciones, anteriores al asalto, con gente de la casa, y por la estatura y el andar del individuo y su mismo afán de ocultarse, sospechó la viuda de Viscarra que el hombre del antifaz era el mayor de los Camargo.

De resultas de aquel hecho, la amedrentada dama contrajo una enfermedad que la fué matando poco a poco, y toda la familia debió emigrar a lugares menos desiertos, estableciéndose en Valle Negro, donde tenían una extensa propiedad, la que andando el tiempo quedó en manos de don Jesús de Viscarra.

Pero también allí estaban en la vecindad de los Camargo, porque los antepasados de ambas familias habían hecho compras en sociedad, y sus descendientes venían a heredar campos contiguos. Y también allí, como ocurre en casi toda la sierra, había un viejo pleito de linderos, que seguía envenenando las relaciones de los vecinos.

Una línea de mojones de piedra dividía ambas propiedades, dejando dentro de lo que llamaban la Cuesta de Camargo la mayor parte del valle y todo el curso del arroyo, que tenía un valor considerable para regar las tierras del bajo. Pero aquella línea fué modificada por acuerdo de los antiguos propietarios, que asentaron el convenio en un documento privado, que, perdido durante años, fué, no obstante, respetado y sirvió a don Jesús de Viscarra cuando construyó sus cercos de pilca, para ubicar definitivamente su campo.

Pablo, el menor de los Camargo, heredó la Cuesta y con ella toda la tradición de odios contra el vecino, que se hizo firme en su derecho, sin consultarle siquiera.

Don Jesús de Viscarra era mucho mayor que aquel mozo rubio, de ojos azules, de gesto bravío, que solía encontrar a caballo, con apostura arrogante, y que cuando el asalto a la estancia de la sierra aun no había nacido; de modo que no hubiera sido mengua que él le tendiera la mano en señal de amistad.

Pero el joven Camargo, siendo niño, oyó decir a uno de los Viscarra que su hermano mayor fué jefe de bandoleros, y no estaba dispuesto a olvidar ni el agravio ni la venganza jurada.

Sólo un suceso pudo borrar de su corazón la marca del odio, y fué el amor que un día nació en él por Flavia de Viscarra, a quien conociera en Cosquín.

La niña tendría en aquel tiempo diecisiete años y era extraordinariamente hermosa, con una belleza de estirpe, que le venía de lejos.

Pero don Jesús de Viscarra, jefe de la familia y tutor de Flavia, se negó rotundamente a autorizar un noviazgo que reprobaba, más que todo, porque Pablo Camargo tenía fama de calavera.

El idilio iniciado se rompió y para alejar a la niña, don Jesús la mandó a un pueblo perdido en la sierra, a casa de parientes que él apenas conocía, y donde ella vivió algunos años sin verle, guardándole un mudo resentimiento.

Fué después de enviudar el señor de Viscarra, cuando Flavia, a su llamado, volvió a Valle Negro. Habían pasado ya sus años de juventud y no deseaba casarse. Era callada y taciturna y buena ama de casa, por lo que su hermano, teniéndola cerca, no pensó más en la antigua historia de amor.

Entretanto, Camargo vivía solo, en su estancia de la Cuesta, con una niña que aparecía como hija suya, algo menor que Mirra.

Don Jesús no se preocupaba ya de su vecino; cuidaba su estancia de Valle Negro, que iba transformando con perseverancia, aumentando sus haciendas y sus majadas de ovejas y de cabras, diseminadas en diversos puestos a lo largo del río Yuspe.

Una noche, Lázaro, al volver de Cosquín, dijo al patrón, que estaba en la mesa:

—Dicen que hoy don Pablo ha jurado matarlo un día u otro.

El señor de Viscarra se encogió de hombros. Lázaro agregó:

—Parece que estaba algo "bebido"; fué en el Café del Molle.

Don Jesús nada dijo, desdeñoso en absoluto de aquella amenaza; jamás había usado armas, y tenía resuelto no usarlas jamás. ¿Para qué? Algo de fatalismo en su sangre criolla le hacía creer que las cosas vienen de lejos, sucediéndose como una cadena que los hombres no pueden romper.

Otra noche, también en la mesa, pocos días después de la llegada de Gracián, el señor de Viscarra anunció:

—Hoy Camargo me ha demandado ante los tribunales, por los límites de Valle Negro.

La frase cayó en silencio. Flavia no habría podido responder, pues no entendía aquellos asuntos. Gracián, que la miraba, sorprendió en sus ojos la misma sombra angustiosa que viera la primera noche que llegó, al oírse el aullido de la Pichana.

Y como si al recordarla hubiese evocado la temerosa aparición de la bruja, surgió del valle el mismo grito pavoroso de aquella noche.

Don Jesús se puso de pie, con los puños cerrados, pero haciendo un visible esfuerzo volvió a sentarse.

Entró Lázaro, con el sombrero en la mano.

—Que suelten los perros y vaya Amoroso con ellas a ver quien anda en el algarrobal — dijo el amo, y la orden pareció sobremanera extraña, pues era aquél, sin duda alguna, el grito de la Pichana, y sueltos los perros habrían podido destrozar a la infeliz vieja si la cogían en el monte.

Se oyó ladrar a los dos canes, que pasaban el día encadenados, para ser puestos en libertad a la noche, y se vió cruzar la sombra de Amoroso, seguido de ellos, camino del monte; y el señor de Viscarra reanudó el hilo del soliloquio que iba explayando ante el pensamiento distraído de Flavia y de los niños.

Estaba tranquilo, no obstante conocer a Camargo como capaz de graves hazañas. Era, en efecto, famoso por su destreza en el manejo de las armas; decíase de él que un día sorprendió en su campo a un cuatrero, carneando un novillo, y desde el caballo, con el revólver, a buena distancia, lo dejó redondo. El episodio, ante la justicia, se presentó como un caso de legítima defensa, y las cosas quedaron bien, porque el mozo era, además, candidato influyente.

Gracián iba ya perdiendo sus miedos, con la costumbre de la soledad en que dormía y el ejemplo de Mirra; pero esa noche sentíase extrañamente conturbado.

Salió al patio y vió el cielo tormentoso. Durante el día había soplado un viento cálido del norte, con extraño rumor, y al caer la tarde cambió de rumbo, y empezaron con furia las rachas del sur, que traían nubes pesadas, en cuyo vientre se encendían azufrados relámpagos.

El señor de Viscarra se había encerrado en su pieza; Mirra, que dormía con Flavia, estaba ya acostada desde antes de concluir la cena, muerta de sueño. El muchacho, solo, en la galería que el cierzo batía despojando la madreselva de sus flores, buscaba en la oscuridad la llave de su puerta, cuando pasó Amoroso, como una sombra, hacia el cuarto de Flavia.

Tuvo miedo por ella, que era ya como su madre, y lo siguió con la vista. Pero él no entró, quedóse en el umbral; y fué la blanca forma de ella la que vió salir Gracián y permanecer un momento junto al peón, que se perdió luego en las tinieblas.

Gracián permaneció quieto, mirándola avanzar por la galería, hacia el cuarto de él. Como él vestía de luto, ella no advirtió la presencia del muchacho, pegado allí, contra su puerta, intensamente sorprendido de la agitación que se notaba en sus gestos.

—¡Señor, Señor! — oyó él que decía —; ¿tanto he pecado? — Y pasó y volvió a cruzar a su lado, sin verle, y luego, como un ave de tormenta que busca las horas tempestuosas para salir, la vió andar por el patio, las ropas mesadas por las ráfagas violentas, indecisa, como una sonámbula, iluminada su figura por los relámpagos, que menguaron cuando empezó la lluvia.

Entonces, sin pasar ya frente a Gracián, que habría querido hablarla, volvió a la galería y se encerró en su cuarto.

Gracián se rindió pronto a la fatiga y se durmió, dejando abierta la ventana, por donde entraba la luz de los relámpagos.

Hacia medianoche un trueno lo arrancó de su sueño agitado. Se levantó para cerrar la ventana, y al mover las maderas sintió en la galería la voz de Mirra:

—¡Gracián! ¡Gracián!

Abrió la puerta, y la niña, silenciosamente, se arrimó a él.

—¿Has oído, Gracián?

—Sí, fué un trueno.

—No, fué un tiro.

—¡No!, ¡no!; fué un trueno. Me ha despertado.

—A mí también. Pero yo creo que fué un tiro... ¿Sabes que ella no está en el cuarto?

—¿Quién?

—¡Ella! ¡La Flavia!

Los dos niños, con la imaginación azorada, quedaron callados, buscando la ilación de aquellos sucesos.

—Te habrá parecido, Mirra.

—Estoy segura; no está en su cuarto... ¡Tengo miedo!... ¿Qué hace afuera?

La lluvia se desató con ímpetu, en gruesas gotas sonoras que picaban con rumor de cascabel las primeras filas de baldosas de la galería. El viento cesó y los relámpagos se hicieron más difusos detrás de una sola nube cenicienta y transparente que velaba todo el cielo.

—No tengas miedo, Mirra — le dijo Gracián, tranquilizado antes que ella. Y la besó en las mejillas frías y mojadas por las salpicaduras de la lluvia.

Y presintiendo el misterio que a ellos no les convenía aclarar, añadió:

—Si Flavia ha salido, va a venir pronto: ¡que no te vea afuera, Mirra!

Sin hacer ruido, la chicuela se escurrió hasta su cuarto, y Gracián tornó a acostarse y se durmió profundamente, mecido su pensamiento con el monótono rumor del agua que cantaba en los caños.

A la mañana les pareció a ambos que habían soñado. El cielo, sobre el valle, estaba limpio de nubes. Más allá, un inmenso velo gris envolvía el mundo, dejando ver, hacia el sur, un retazo de la parda montaña. Más tarde, todo quedó encapotado en la densa neblina, el valle mismo, en cuyos pastos se enhebraban gotas redondas y brillantes como los ojos del sapo.

—Va a haber temporal — dijo Mirra, que se levantó tarde y se encontró con Gracián, que iba al corral, donde estaban ordeñando las últimas lecheras.

Hacia allí fueron los dos, cada uno con su jarro de hojalata, donde "el apoyo" parecía más sabroso, y allí vieron a Flavia.

Tenía los ojos fatigados por el insomnio y

estaba pálida. Sonrió a Gracián, y le llenó el jarro de leche tibia y espumosa, y después a Mirra. Los dos niños se miraron, recordando las escenas de esa noche. Bebieron la leche y corrió la chicuela a la cocina a encargar sus choclos asados, y volvió por Gracián para mostrarle el arroyo crecido.

El pie se hundía en los senderos empapados. En algunos puntos la lluvia había formado arroyitos que seguían corriendo con dulce murmullo, lavando las piedras de los caminos, tornándolas más hostiles al pie y engrosando la turbia corriente que afluía hacia el Yuspe lejano.

Sobre una abrupta piedra, que avanzaba como una garra de la margen, se treparon los dos niños descalzos, para ver la creciente. El arroyo era un río de lodo turbulento y espumoso, que se enredaba en las ramas caídas en el cauce, arrastrándolas para abandonarlas descortezadas y lustrosas en las orillas de los remansos, donde el agua, más tranquila, amontonaba todas las basuras.

En nada se parecía aquel torrente al arroyo dorado de todos los días, que dejaba crecer los berros y las vinagrillas en su margen, y llenaba la acequia de agua pura como un cristal, para dar de beber a la quinta.

Mirra, desde la punta misma de la piedra, tiraba palos al agua, para verlos hundirse y luego flotar.

—Tenemos un perro — dijo — que los sacaría; es "Dogo".

Al decir eso se acordó de que no lo habían visto amarrado a la cadena, como de costumbre. Estaba "Rayo", el otro perro que con él hacía el guardia de noche, pero "Dogo" faltaba.

Más tarde, cuando volvieron con los choclos asados, junto a la compuerta de la represa, se explicó Mirra su falta.

Allí estaba, al pie del sauce, muerto de una cuchillada que le había partido la garganta.

A los gritos de la chicuela, corrió Gracián, que marchaba detrás.

—¡Lo han muerto! — gritaba —. ¿Por qué lo habrán muerto? — y ambos asociaron la muerte del perro a los sucesos misteriosos de la noche pasada.

Gracián tocó el cuerpo del perro, y lo halló frío y mojado, como si la lluvia le hubiera caído durante la noche entera.

La niña tenía la frente roja de indignación.

—Era el más bravo de los guardianes — observó —; el que lo ha muerto sabe por qué eligió éste y no el otro.

Dijo "el que lo ha muerto", y ambos pensaron en un hombre, sin explicarse cómo pudo ser aquello.

Lo tomaron de las patas y lo llevaron hasta la galería, donde el hecho produjo enorme estupor.

—Hay moros en la costa — dijo el señor de Viscarra, y no agregó más.

Cuando todos lo hubieron visto y comentado la destreza del que manejó el cuchillo, Mirra propuso que lo arrojaran al arroyo, para que lo llevara la creciente.

Y volvieron los dos niños, con la cara afligida, arrastrando el cuerpo del perro hasta la orilla del arroyo; y desde la punta de piedra que avanzaba sobre el cauce, con un gran esfuerzo, lo arrojaron al agua, que lo tragó y lo volvió a la superficie más allá, y lo llevó dando tumbos, mientras la niña lo seguía con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Pobre "Dogo"!

Había empezado a caer una llovizna sutil y fría que el viento zamarreaba como una cabellera suelta, y las cosas se iban cubriendo con un polvo de pequeñísimos cristales machacados.

Mirra y Gracián tomaron el camino de las casas. En la tranquera hallaron a Amoroso, que les había seguido y estaba de vuelta antes que ellos.

Mirra irguió la cabeza y le dijo con ira:

—Parece que te alegra la muerte del perro.

—No, niña — contestó el peón, haciéndose a un lado para que pasaran.

Era horrible: tenía los pelos sobre la cara, pegados con la lluvia, y sus manos, velludas y lavadas, mostraban las palmas, rojas, como en carne viva. Caminaba encogido y los brazos le alcanzaban a las rodillas. No usaba sombrero; cuando hacía sol se ataba una vincha sobre la frente, con algún trapo de color que le daba Flavia.

Ella lo había criado, y era con ella fiel y dócil como un perro. Aunque parecía hombre de edad, apenas tenía veintitrés años. Siendo muy chicuelo se lo dieron a Flavia cuando era jovencita y hallaba entretenimiento en criar pequeños animales salvajes, y aquél lo parecía. Pocos habrían podido decir de dónde venía, pues todos se lo habían ido pasando de mano en mano, hasta que su destino lo llevó a manos de la niña, que se apiadó de él.

Desde entonces él la siguió, y el escaso mundo que había visto lo vió a su lado, sirviéndola. No costaba trabajo suponer que, si ella se lo pedía, él se dejaría matar, sin creer que hacía hazaña ninguna. Y su inteligencia no iba más allá.

Pero como era ágil y diestro para domar potros, por chúcaros que fueran, y conocía ciertos trabajos de campo, cuando Flavia fué a Valle Negro, el señor de Viscarra encontró bien ponerlo al servicio de la estancia.

Así entró Amoroso en Valle Negro, y ésa fué la historia que Mirra le contó a Gracián aquella mañana, cuando lo vieron con el feo rostro alumbrado por una mueca indefinible.

Como el viento arreciaba, volvió a oír Gracián el raro bramido que

la noche antes le llamara la atención durante la tormenta. Pero no era un rumor que naciera en el valle; parecía venir de lejos, por debajo de tierra, y tenía horripilantes modulaciones.

Comprendió que aquello debía de tener explicaciones fantásticas, y que muchos de esos relatos que se hacen al amor del fuego en las noches de invierno, se habrían inspirado en las voces extrañas del viento. Y habló a Mirra para que contara lo que supiera.

—Cuando vuelvan los días de sol — le dijo la niña, que sabía todas las historias del pago —, yo te haré conocer dónde nace el ruido.

—Donde el viento brama... — añadió intrigado Gracián.

—El primer día de sol — repitió Mirra, mirando las nubes cenicientas y pesadas que habían ido amontonándose contra las escarpadas laderas del valle.

IV

EN LA CUEVA DE LOS LEONES

Sucedió que una noche don Jesús de Viscarra anunció un nuevo viaje a la sierra alta, para el día siguiente, si hacía buen tiempo. Su hermano, con el deseo de abandonar aquellos lugares, donde la vida era penosa, por el desamparo, vendía a bajo precio buena parte de sus haciendas y llevaba el resto a otros campos; por lo que don Jesús quiso comprar alguna majada de ovejas y un buen lote de vacas.

Antes de acostarse, Mirra se acercó a Gracián y le dijo en voz baja, los ojos brillantes de alegría:

—Mejor; si mañana se va y es día de sol, a la hora de la siesta iremos adonde el viento brama.

El niño soñó esa noche con aquella frase, y se levantó más temprano que de costumbre, con la ilusión de la aventura.

No en la tierra, cubierta aún por la claridad lechosa del alba, que en el valle no lograba desterrar la sombra, sino en el cielo, que adquiría tonos rosados, advirtió Gracián que el sol salía.

Ahondábanse las arrugas de las cumbres lejanas, cuyas crestas eran las primeras en recibir la caricia del día; se teñían de púrpura las nubes deshilachadas que habían dormido sobre ellas, y en el valle se insinuaba un vientecito tibio que venía del Este, anunciando el incendio del sol.

Y de pronto, sobre la áspera loma cubierta de carquejas y doradillas, donde hacía un rato ardía como el resplandor de un horno magnífico, apareció el disco de brillante plata bruñida, haciendo chispear los millones de diamantes que la noche desparramó sobre los pastos.

En tanto, como si nada cambiara, se oía el inmutable y eterno lamento del arroyo, que se desgarraba entre las piedras.

Gracián buscó a Mirra y la halló en el corral de las cabras, ordeñándolas ayudada por la chinita.

De lejos se veía la mancha abigarrada y movediza de la pintoresca majada.

El corral era de pilca; el suelo parecía sembrado de granos de café que desmenuzaban las pezuñas de las cabras inquietas y curiosas; y había un chiquerito al lado, para encerrar los cabritos de las lecheras.

Algunas cabras friolentas se arrimaban a la pilca donde daban los primeros rayos del sol, o se encaramaban sobre las piedras salientes, en equilibrios inverosímiles.

Cuando se asomó Gracián, ladróle furiosamente un perro, y las cabras se volvieron a mirarle, puestas en línea, el hocico al viento, rumiando sin cesar, los ojos oblicuos fijos en él, y en cuanto el muchacho hizo ademán de pasar la tranquera, dispararon en un ruidoso tropel de todos colores, y el cabrero redobló su saña.

—Acercate, no más — le dijo Mirra —; perro que ladra no muerde. No toqués la majada y podés estar seguro.

Con su vestido blanco a media pierna y las dos trenzas negras echadas a la espalda, era deliciosa la figura audaz de Mirra, que se metía entre el montón de cabras, agarraba una por los cuernos, sentábase en cuclillas, aprisionándole una pata con las corvas, para mantenerla quieta, y se ponía a ordeñar con sus pequeñas manos, enérgicas y graciosas.

Luego abría la puertita del chiquero y soltaba el cabrito, que corría a mamar, arrodillado al pie de la madre, el rabillo trémulo de impaciencia y de gozo.

Ya a esa hora el señor de Viscarra, muy madrugador, después de tomar junto al caballo los pocos mates con que se desayunaba, había partido, mirando el cielo, que no le parecía tranquilizador.

Cuando Mirra lo vió desaparecer en el camino tortuoso, batió las manos de alegría, porque su padre no le daba permiso, desde hacía algún tiempo, para excursiones fuera del valle, y sabía la niña que en su ausencia Flavia poco se preocuparía de ella.

—A la siesta es la hora mejor para salir, cuando todos duermen. Así, hasta la noche no nos echarán de menos.

Luego sintieron el rápido sobrepaso de la mula de Amoroso, que acompañaba al patrón llevando las alforjas de las provisiones, por si tenían que hacer noche en descampado.

—¡Ya se han ido de veras! — gritó Mirra, y disparó hacia la represa, seguida de Gracián, contagiado por su entusiasmo.

Aun el sol que doraba las alas transparentes de los aguaciles y las telas de araña tejidas en los matorrales no había secado el rocío de la noche sobre los pastos, que brillaban como polvoreados con vidrios molidos, y la niña se mojaba los pies, con una loca alegría.

El muchacho la miraba, sintiendo que su vista era para él mejor que la de aquellas montañas y de aquellas flores que estaba aprendiendo a amar.

—Hoy estás pálida, Mirra — le dijo, tomándola por la mano, para que se volviera a él.

—¡No importa! — respondióle ella, que, en verdad, no tenía el color de todos los días —. Yo conozco un remedio para las niñas pálidas.

Más allá del alfalfar, contra una vieja pilca desmoronada a trechos y cubierta de ramas espinosas, para impedir la entrada de las ovejas, había una rinconada cubierta de rojas florecillas que se deshacían en los dedos, tiñéndolos.

Mirra llevó allí a su compañero. Le mostró primero las santalucías, que semejaban mariposas azules y que en el cáliz guardaban una gota de agua, buena para ojos enfermos; y le hizo juntar luego las flores coloradas, que llamaban sanguinarias, y se restregó con ellas las mejillas.

—¿Has visto? — le dijo picarescamente —. ¿Estoy pálida ahora? — y se encaró ante el muchacho, que nunca la viera tan linda, y que la contempló con una emoción desconocida.

Y entonces las mejillas de ella no necesitaron el carmín de las sanguinarias, porque, ignorando la causa, se encendieron en rubor.

Volvieron silenciosos a las casas, cruzando un maizal sembrado tarde, que con las últimas lluvias se había puesto jugoso y fresco y empezaba a mostrar en una que otra planta las barbillas azafranadas de las mazorcas. Las más altas enarbolaban un plumerillo amarillo.

Mirra iba pensando que el día antes le había oído decir a su padre:

—Este maizal no alcanzará a madurar antes de las primeras heladas.

Y aquel anuncio del invierno que había de venir se asociaba en su mente al fin de las vacaciones de Gracián, que volvería a su colegio.

La siesta era en casa del señor de Viscarra una tradición. Para que todos descansaran y para no tener cuidados por la niña, solía encerrarla en su propio cuarto y, a pesar de sus protestas, la obligaba a dormir.

Durante años Mirra conservó el horror de ese encierro en las horas divinas que ella habría podido pasar en la huerta, o a la sombra de los sauces, apedreando a los gansos de la represa, que se enfurecían a su vista, o persiguiendo las chicharras, que cantaban la gloria del verano.

Y por eso era una fiesta cada ausencia de su padre, que le permitía escaparse a la hora en que todos sesteaban.

Después del almuerzo, Gracián se fué al arroyo a esperar a Mirra, que había de venir así que pudiera.

Sobre las grandes piedras caía a plomo el sol, y el aire vibraba como el vaho de un horno.

A la sombra de un tala viejísimo, dos peones conchavados para componer los cercos de ramas, dormían echados de bruces, con la cara escondida a las pesadas moscas verdes, que describían círculos sonoros alrededor de sus cabezas.

Y a la orilla misma del arroyo, sobre la arena fulgurante, como sembrada de piedras preciosas, se espulgaban los gansos, que habían emigrado de la represa.

Sopló de pronto un viento fresco que infundió vida al paisaje. Los gansos desplegaron las alas, con roncos graznidos, y cayeron al remanso, en una fina hilera que semejaba la pintura de un friso, el cuello arqueado, el pico alerta para atrapar las mojarritas y la cola orientada como un timón.

Mirra llegó con las alpargatas en la mano.

—¡Nadie me ha visto! Daremos la vuelta por el potrero de los caballos.

Bajaron un trecho por el arroyo, metiéndose en el agua cuando la margen era demasiado pedregosa, y cruzaron después el potrero, chafando los pastos quebradizos, tostados por los calores.

Había en la pilca una puerta que daba al campo, y Gracián se adelantó para abrirla; pero se detuvo horrorizado.

Sobre una piedra chata, puesta allí para evitar que el paso de la hacienda socavara el terreno, estaba una víbora gruesa, barcina, la cabeza triangular levantada, sorprendida en su reposo mientras tomaba el sol, acechando los sapillos que pululaban al pie de la pilca.

Llegó Mirra, vió la víbora y miró a Gracián, mudo, inmóvil y pálido.

—¿Nunca has muerto una víbora? — le preguntó buscando con la vista alguna caña seca y fuerte. Halló una allí mismo, le tronchó las barbas rajadas y la empuñó con fuerza.

—¡Nunca! — había contestado Gracián.

—¡Vas a ver! — anunció ella acercándose; y como él se agachara para alzar unas piedras, la niña lo detuvo con un gesto.

—¡No, con eso no! La harías disparar.

La cabeza de la víbora se irguió más, abrió la boca y llameó su odiosa lengüita ahorquillada.

—¡Tomá! — gritó su adversaria descargándole un rudo cañazo. La vara se partió por la mitad, y la víbora, tocada, distendió sus anillos y huyó vivamente. Pero Mirra, con el resto de la caña, de un buen golpe le aplastó la cabeza ante los ojos atónitos de Gracián que, inflamado de entusiasmo, presenciaba el combate sin saber qué hacer de las dos piedras que tenía en las manos.

La víbora permaneció un rato anudando y desanudando su cuerpo escurridizo, reventado en parte por los varazos de Mirra.

—Aunque se enrosque y se mueva y parez-

ca viva, ya está bien muerta — dijo, y la levantó con la caña, como una soga.

—La tiraré en donde nadie pueda pisarla, porque los huesos de la víbora tienen veneno...

Gracián le indicó el hueco de una vizcachera abandonada, al pie de la pilca.

—¡Y yo que ando descalza tantas veces!; ¡fíjate si la pisara!

El muchacho miró los pies rosados de la chica, en sus alpargatas nuevas, como ella las quería siempre, y pensó que en verdad habría sido una lástima que la hiriera un hueso de aquel siniestro animal.

Y Mirra se echó a reír, porque, sin que él la hablara, advirtió el pensamiento cariñoso.

Comenzaron a trepar la primera falda; después venían otras y otras, escarpadas y pedregosas, estériles o cubiertas de arbolitos achaparrados y hostiles. Había chañares de fruta de oro, carne harinosa y áspera, pero buena para los enfermos del pecho, según decían. Y había piquillines, cuajados de granitos morados y rojos, que defendían largas espinas entrecruzadas como lanzas.

En todos se detenían un segundo, como las abejas, cogían algunos granos y pasaban.

—¡Más adelante!, ¡más adelante!

Gracián se había hecho un bastón con una rama seca, y Mirra, viéndole la frente sudorosa, le llenó la gorra de frescas hojas de duraznillo. A ella el sol nada le hacía, porque era su viejo amigo.

Al volver un montecillo de cocos, se cruzó con ellos la Pichana. Gracián buscó la mano de la niña, que no temblaba, y saludaron a la vieja, cuya silueta andrajosa, con el desgarrado vestido flotante alrededor de las piernas, justificaba el apodo que hiciera olvidar su nombre.

—¡Adiós los niños! — les gritó al pasar —. ¡Son como las iguanas, que salen a la siesta!

—¡Vamos a las cuevas de los leones! — contestóle Mirra con cara triunfante.

Y en voz baja le dijo a su amigo:

—Viene de su rancho, que nos queda al pasar, en la última quebrada por donde se baja al río.

Llegaron a ella, Gracián vencido de cansancio, Mirra sonriente y tan fresca como una de las santalucías con que se había hecho un ramillete.

Arrimáronse a dos bloques pardos que dormían sus siglos sobre el borde de aquella quebrada, que los paisanos supersticiosos eludían en sus viajes. Un viento loco, que nadie hubiese podido decir de dónde venía, pues soplaba ora del norte, ora del naciente, zumbaba en los oídos, y en su rumor ahogábanse las palabras.

—¡Allí es! — dijo Mirra mostrando el rancho; y empezaron a bajar la ladera, tan escarpada, que las vacas que pacían por allí, parecían suspendidas en la abrupta muralla.

Aquel rincón era profundo y húmedo, rodeado de enormes peñascos, cubiertos de líquenes, que la niña llamaba barba de piedra y decía ser eficaces para contener la sangre en las heridas.

En las hendeduras crecían los molles, a cuya sombra no es bueno detenerse, y los cocos, erizados de espinas.

El viento se adormía embalsamado con el penetrante olor de los poleos; y como había tantos pájaros, de cuando en cuando se dibujaba en el suelo la furtiva sombra del halcón, que se cernía muy alto, y oíase su agrio chillido, como el de una veleta herrumbrada.

Gracián tenía sed, y Mirra, conocedora de todos los recursos de la montaña, buscó un charco de los que hacían las lluvias al caer por una ladera de piedras desnudas y lavadas. Y allí bebieron los dos, en el hueco de la mano ella, y de bruces el muchacho, un agua fresca y transparente que dejaba ver las hojas secas y aun los bichitos yacentes en su fondo de arena, teniendo que resoplar, para no absorber las arañitas que tejían sus telas sobre el trémulo cristal.

La quebrada, hacia el naciente, se abría sobre un prado liso y verde; y próximo al río, se recortaba la alta silueta de un solo árbol, un álamo solitario y triste.

Gracián se negó a acercarse a la tapera, y pasaron volviendo las caras, como si temiesen que, por algún sortilegio, la bruja que vieron en lo alto pudiera hallarse también en el sórdido escondrijo. Su cuzco, atado a la puerta, los ladraba desesperadamente.

Cuando llegaron al río, el muchacho suspiró.

—¡No puedo más! — y buscó para reposar una piedra que hiciera sombra.

Un soplo de aire, dulce como un sorbo de agua, descendía por el cauce encajonado. El río, impetuoso y sonoro, llegaba hasta un inmenso arenal, para tenderse sobre la blandura del lecho dorado que lo absorbía. Sólo un pequeño brazo, contra las rocas de una orilla, mantenía su caudal y se deslizaba tranquilamente, arrastrando sus espumitas, cándidas y frágiles como blondas.

Las vacas bebían allí, y una vez saciadas se echaban sobre la arena, rumiando pausadamente y reflejando en sus ojos mansos las rocas grises, el campo verde y, por el abra del valle, los montes lejanos.

Mirra, infatigable, la cara encendida, echado a la espalda el sombrerito, sujeto por una cinta, se agachó a desatar sus alpargatas.

—Ahora hay que descalzarse — dijo —. Para llegar adonde vamos, es mejor caminar por sobre las piedras del río o por entre el agua, según se pueda.

Gracián se quitó los zapatos y los colgó de la punta del bastón, puesto al hombro, y con nuevo entusiasmo siguió a Mirra, que saltaba por entre aquel revoltijo de cantos informes, o se metía resueltamente en el agua hasta la rodilla en los sitios arenosos.

Jamás lograba alcanzarla: sus pequeños pies parecían alados.

¡Qué linda estaba! Pensó en el próximo fin de sus vacaciones, en el austero colegio y en el nuevo verano que habría de venir después, y en que él la encontraría más grande, cambiada quizás.

Ya no marchaban al sol, porque grandes nubes blancas les hacían sombra. De pronto Gracián oyó, penetrado de horror, un pavoroso bramido, y se quedó inmóvil, indagando qué era.

—El viento brama en la laguna — dijo Mirra —; pero es un remolino, y ya pasó.

Y, en efecto, volvió a reinar un imponente silencio.

Iban entre dos enormes despeñaderos de piedras rosadas; el cauce del río parecía un tajo hecho en la montaña, y el agua de oro, que era su vida, corría a perderse en los ríos mayores, en el dique lejano, quizá en mares desconocidos.

Arriba, muy arriba, tanto que para verlas era necesario ponerse la mano en la frente, como una pantalla, desde un quebracho, dos águilas cenicientas vigilaban la adusta soledad.

Un nuevo remolino se encajonó en aquella hendedura y al rato sintióse el bramido, más cercano y más espantable. Gracián se acercó a Mirra, que escudriñaba los contornos.

—Tengo miedo — le dijo.

—¡Gracián! ¡No seás zonzo! — le respondió ella enérgicamente; y él no volvió a quejarse.

—¡Es allí! — exclamó repentinamente —.

—¡Allí son las cuevas!—y saltó como una cabrita y, esquivando las asechanzas de las moras espinosas, que se tendían como lianas, se metió entre los cocos y desapareció a la vista del atónito Gracián, como si la hubiera tragado la montaña.

Su voz, que salía de entre un matorral de peperina fragante, anunciaba el hallazgo de las cuevas. La entrada era difícil: una grieta medio obstruída por la maleza, y el interior, un antro oscuro, como un pozo sin fondo.

Pero allí estaba Mirra, y Gracián la siguió, arrastrándose de bruces por el plano inclinado de una ancha piedra. De pronto le faltó apoyo, no pudo tenerse y cayó sobre un suelo polvoroso, extraordinariamente seco.

Mirra se reía a carcajadas, despertando los ecos de las catorce cuevas que, según la tradición, se internaban unas tras otras hacia el

centro de la tierra. El niño examinaba la vasta caverna, intranquilo, temeroso de que alguno de los leones que la leyenda daba como antiguos moradores de ella, tuviera el capricho de retornar a su cubil.

Las cuevas se sucedían en declive, hacia abajo, estrechas y bajas de bóveda algunas, amplias y sonoras como templos otras, y todas erizadas en lo alto de puntas innumerables, que eran estalactitas en formación; pero ellos no tenían luz para explorarlas, y al llegar a la segunda cueva, Mirra sintió un poco de miedo, cosa rara en ella, oyendo aquel bramido del viento en la Laguna Brava, que había engendrado tantas historias, y que parecía llegar por debajo de la tierra, que temblaba.

La salida era imposible siguiendo el camino de la entrada, que defendía aquella roca plana y en declive, de cuatro o cinco metros de altura.

Pero había en la cueva contigua una grieta que abría un pasaje estrecho y difícil, por entre cantos polvorosos y amarillos, hacia la luz, que un churqui velaba como una cortina.

Y a tientas la buscaron, y fué Gracián el que primero dió con ella, y salió al aire libre, donde reinaba el día.

Estaba pálido cuando llegó Mirra, y señalaba hacia el poniente.

—¡Mira el cielo!

Iba cayendo la tarde, sin que ninguno de ellos lo hubiera advertido, y el viento del sur amontonaba las nubes hacia la parte donde el sol se entraba.

Comenzaron a ascender trabajosamente la ladera, y cuando llegaron a lo alto, después de infinitos esfuerzos, Mirra, que de cuando en cuando se reía, se puso seria.

Nunca había visto una entrada de sol como aquélla. Hacia el poniente corría una franja de púrpura, como si las montañas estuviesen ardiendo; y encima del incendio, montones de nubes color de pizarra, con el borde superior enrojecido, semejaban el humo de la inmensa hoguera.

Soplaba un viento sudeste y bandadas de patos negros seguían el curso del río.

—Hay tormenta para esta noche — dijo Mirra entristecida —. Volvamos a casa.

¡Ay! ¡Ya no era tiempo!

Un aletazo del huracán, que en ese instante llegaba sacudiendo los altos quebrachos, le arrancó el sombrerito de paja, que revoloteó como una paloma herida y huyó en el remolino.

Un bramido prolongado les anunció que el viento se encajonaba en el estrecho cañón de la laguna, donde las aguas del río dormían, marchando lentas y oscuras y frías hacia las cascadas espumosas.

Y empezó a caer la lluvia, en rayas oblicuas, como largos hilos de cristal, o en gotas que se aplastaban con leve chasquido sobre las peñas.

El niño se había sentado y se puso a llorar. Mirra, que también tenía los ojos llenos de lágrimas, lo tomó de la mano.

—¡Bajemos, Gracián! Por aquí no se puede ir.

Y señaló aquella muralla enorme, a plomo, que les cerraba el camino.

—¡Bajemos a las cuevas, hasta que pase la lluvia!

Gracián, en silencio, siguió a la niña, que descendía sin mirar hacia abajo, donde el espejo negro de la Laguna Brava empezaba a agitarse con olas que reventaban en espumas amarillas, como si en el fondo del insondable remanso soplara un viento infernal.

Mirra había perdido sus alpargatas. Gracián había arrojado su bastón y sus zapatos, que eran un estorbo cuando bajaban por las piedras lisas, que apenas les ofrecían puntos de apoyo. Pero a veces, cortándose la roca, comenzaba la inextricable maraña, bajo los árboles umbrosos, en la tierra tibia, exuberante, donde se pudrían durante siglos las espinas de aquel bosque virgen; y tenían que cruzarla ensangrentándose los pies y agarrándose a las enredaderas para no rodar al abismo.

Cuando llegaron a la entrada de las cuevas la lluvia caía en sábanas tupidas, y en las laderas se formaban torrentes cenagosos que el río absorbía, hinchándose. Y el viento seguía bramando.

Sin hablar una palabra, se deslizaron por la grieta y cayeron casi juntos en el antro sombrío, acolchado de arena seca. Y Mirra, con los nervios vencidos, se puso a llorar en silencio, ocultando de Gracián su debilidad.

Afuera se acrecentaba la furia de una de esas teatrales tormentas de la sierra, con truenos horrísonos, repetidos veinte veces por el eco de las quebradas, y con infinitos relámpagos, que envolvían el paisaje en llamaradas de azufre.

A veces, el bramido del viento en la Laguna Brava les hacía creer en la aproximación de un león. A veces parecía un lamento humano, y Mirra recordaba la leyenda de que en tales horas se alzaba un islote en el remanso y aparecía una mujer con trenzas de oro, llamando a los hombres extraviados por allí.

Pesaba sobre la límpida conciencia de la chicuela el pecado de aquella aventura, y aunque no suponía muy afligida a Flavia, por ella a lo menos, ya que no por Gracián, imaginábase el disgusto de su padre cuando lo supiera, y torturaba su espíritu buscando manera de ocultarle el suceso.

Poco a poco se había disipado su terror. Conocía la primera cueva, y a tanteos halló un escabel, que le sirvió de asiento, afirmando la espalda contra la roca. A sus pies, sobre la arena, se echó Gracián. Dos o tres veces le dirigió la palabra, pero él no le contestó, y ella se puso triste y se llenó de amargos pensamientos, hasta que sintió su cabeza, vencida por el sueño, que se le recostaba en las rodillas.

Debía de ser bien de noche ya, aunque en aquellas cuevas la noche reinaba siempre, y no se podía juzgar de la oscuridad de afuera por la lobreguez de adentro.

Mirra se imaginaba los ojos cerrados de Gracián, su cara pálida y suave, sus cabellos revueltos, todos los rasgos de aquella hermosa cabeza, rendida en su falda, y comprendía que ella era la más fuerte, la que debía pensar por él y querer por él, y que él nada podría en el mundo sin ser llevado por su mano cariñosa.

—¡Oh, Gracián, Gracián!...

Muchos años después, aquel momento volvía a la memoria de Mirra, con sus vagos pensamientos y con la misteriosa sensación del amor que nacía, y hallaba la niña, grande ya, que las cosas habían ocurrido tal como ella se imaginó y que Gracián necesitaba siempre de su mano para hallar su sendero en el mundo...

Faltaba sin duda mucho para el alba y no se escuchaba ya el aullar del viento, cuando Mirra, que se resistía al sueño por no dejar caer la cabeza de su amigo, sintió la voz de alguien que la nombraba.

—¡Mirra, Mirra! ¿Dónde están los niños?

Dió un grito de alegría que despertó a Gracián, y locos de ansiedad se pusieron a buscar la salida de las cuevas, gritando para que no les abandonara el que los había llamado.

Cuando salieron era plena noche y había cesado la lluvia copiosa, pero seguía cayendo una persistente garúa, y el río pasaba hinchado y espumoso como un torrente.

A la luz de un relámpago, Mirra vió quién los buscaba.

—¡La Pichana, Gracián, la Pichana!

Y era, en efecto, la vieja, con sus andrajos mojados, pegados a su osamenta, que había salido con tal noche en su busca, sabedora de su extravío por uno de los peones de Valle Negro, y sospechando que pudieran haberse guarecido en la cueva de los leones, que Mirra conocía.

—Yo sé por dónde se llega a mi rancho más pronto que por el riyo — les dijo, acariciando los cabellos de Mirra—. Vamos allá; encenderé una fogata y les contaré cuentos, y pasaremos la noche en güena compañía.

Y la vieja echó a andar guiándolos, a la luz de los relámpagos, por un senderito de cabras; Mirra la seguía y atrás iba Gracián, pisando a veces los talones de la chiquilla, que antes de aventurar un paso tanteaba con la punta del pie, por si hubiera espinas.

La Pichana se escurría como una víbora por entre las malezas, y como conocía todas las revueltas del sendero, todos los cantos y todos los churquis, de cuando en cuando se volvía a advertirles:

—¡Cuidado, los niños! ¡Aquí hay una penca!, ¡aquí se resbala!

V

LOS OJOS DE FLAVIA

—En otros tiempos — decía el señor de Viscarra — no había aquí pobres ni ricos.

Hallábase en la galería, sentado en una silla de paja, a la hora de la siesta, que no dormía ya, porque el tiempo refrescaba y entretanto Pastora cebábale mates dulces, teniendo el brasero en un rincón, por resguardarlo del viento.

La persona a quien se dirigía era un paisano de alguna edad, pálido, y enjuto, de aspecto sumiso e indolente, extremadamente pobre de ropas, y calzado con unas "usutas", trozos ovalados de cuero que ataba a los pies desnudos con pequeñas lonjitas o "tientos".

Escuchábale con gran deferencia, haciendo girar el sombrero entre sus manos manchadas de sangre. Venía de la "carneada", donde había ayudado a los peones con tal que le dieran algunas "achuras".

Como entraba el invierno, el señor de Viscarra ordenó que ese día se carneara una res para "charquearla".

—¡Carneen la rosilla, que es machorra! — ordenó el patrón.

Y a mediodía, Amoroso, que saliera temprano a buscar en los montes a la rosilla, condenada por estéril, llegó arreando una "puntita" de vacas que encontró en un cometierra. Entre ellas estaba la res elegida que fué enlazada por el peón y atada al palenque, atrás de las casas, hasta después del almuerzo, hora marcada para su sacrificio.

Nunca faltaba en días de carneada quien pasara la voz a las relaciones de los contornos, infelices paisanos que vivían a la buena de Dios, en ranchitos de paja, sobre terreno prestado, sufriendo hambre y miseria ellos y su familia, pero felices en su inverosímil ociosidad. Y a la hora en que se mataba la res empezaban a caer los pedigüeños: una viejita andrajosa, dos o tres niños macilentos, a veces el mismo jefe de la familia, que venían a saludar al señor y a pedirle unas "achuritas", si tenía de más.

Don Jesús montaba en cólera a la aparición del primer caranchο, como los llamaba; renegaba un rato de sus peones lenguaraces, que anunciaban cuanto se hacía en la estancia, para que los zánganos de toda la región se dieran cita, con la mayor desvergüenza, a pordiosear las piltrafas. Pero concedía siempre las achuras pedidas, el corazón, los bofes, las tripas, de donde se sacaban los sabrosos chinchulines; la cabeza, con lengua y todo, y tres de las patas, porque Mirra se reservaba la cuarta para asarla y comerse el "caracú".

E invariablemente, cuando el que acudía a recoger los despojos era el jefe de la familia, o algún paisano de edad apto para trabajar, lo llamaba aparte y lo sermoneaba echándole en cara su indolencia, por la cual, en una tierra fértil, en condiciones propicias, se condenaban ellos mismos a perecer de necesidad.

Los paisanos lo atendían respondiendo a to-

do afirmativamente, "¡cómo no!", "así es", "no hay duda", y arriesgando rara vez alguna débil objeción, pero no se convertían jamás.

—En otro tiempo — decía el señor de Viscarra — no había ricos ni pobres. Aquí en la sierra todos tenían un pasar, su majada de cabras, sus vaquitas, sus caballos, un gallinero, y en el verano sus chacras de maíz y sus zapallares. Pero aquélla era gente laboriosa y ayudábanse unos a otros, como manda Dios. Cuando había que levantar una pilca para cerrar una chacra, se juntaban los vecinos y entre todos la hacían; y a cada cual le llegaba el turno de ayudar y de ser ayudado. Naturalmente, unos eran más "aviados" que otros; unos tenían dos, tres, cinco yuntas de bueyes, y otros no. Pero éstos, en la época de las sementeras, labraban las chacras de aquéllos, con tal de que después les prestaran los bueyes para labrar las propias. Y así todos sembraban, y no había casa, por pobre que fuese, que no guardara para el invierno sus sogas de charquizapallo, y su provisión abundante de maíz para la mazamorra, y sus zarzos cargados de quesos...

El paisano asentía:

—¡Cómo no!

Y el señor de Viscarra seguía perorando acerca de las ventajas de la ayuda mutua, que no es más que el cumplimiento de la ley cristiana de la caridad, hasta que llegaba el muchacho de los mandados anunciando que ya la res estaba carneada y que si no se apresuraban a llevarse las "achuras" se las iban a comer los perros; y entonces el paisano daba las gracias y corría en busca de las piltrafas donadas, colocándolas de través sobre el anca de su caballo, y se marchaba a su casa, seguido por algunos perros escuálidos, llenos de garrapatas, que con él compartían sus privaciones.

Después de carnear, se estaqueaba el cuero, bien estirado en el suelo, entre estaquitas de madera, con el pelo hacia abajo, para que el sol lo secara, y era la honra del que había desollado que ni el más leve tajo apareciera en él.

Esa vez no le habían sacado entero, porque Amoroso pidió permiso para desprender la lonja del cogote de la vaca, sin cortarla. Quería obtener unas coyundas, para unir los bueyes, y esa era la manera de hacerlo.

Las res desollada pendía de una gruesa rama del algarrobo, que daba sombra al sitio. Un cuzquito lamía la sangre que goteaba en la tierra, mientras los perros mayores, mostrándose los dientes, con hostiles gruñidos, devoraban la panza inflada, que nadie quiso llevar, y la bolsa de la hiel, sin cuidarse de algunos pájaros que picaban el suelo alrededor de ellos.

Dos o tres peones, con filosos cuchillos, iban cortando trozos de carne que charqueaban y tendían sobre un lazo, a fin de que, una vez oreada al sol, se conservara mucho tiempo; en tanto, Amoroso, con el cuero del cogote, que parecía un ancho cinturón, se había metido en la cocina a pelarlo.

Los dos niños estaban allí, junto a la "cayana", una olla vieja, de barro, puesta sobre las brasas, donde, entre flor de ceniza, la cocinera les tostaba maíz para hacer "ancua".

Echaba un puñado de grano de maíz de capia, y con un manojo de ramitas de poleo revolvía la ceniza caliente, y los maíces estallaban en flores níveas, que Gracián hacía crujir con sus dientes golosos y Mirra guardaba en una caja de zapatos.

—¿Para qué es eso? — le había preguntado el muchacho, sin que ella le quisiera explicar.

Era la víspera del día en que Gracián se iría a Córdoba para volver al colegio, y la niña quería arreglar la valija y esconderle en ella la caja llena de "ancua", para que al abrirla allá se acordara de quién se la puso.

Tránsito sabía cuentos y conocía lo que hablaban los pájaros, y decía que las lechuzas, cuando están asentadas sobre un árbol, vigilando sus cuevas, preguntan a sus hermanas: "¿Trais tabaco, trais tabaco?", y las otras contestan, levantándose de un volido y quedándose paradas en el aire: "¡Ni pizca, ni pizca!"

Gracián se reía, porque la vieja cocinera imitaba con aquellas palabras los dos gritos de las lechuzas; pero Mirra estaba triste y seguía escogiendo en silencio los granos mejores que saltaban de la olla.

Amoroso, que la miraba, dijo:

—Mañana hemos de hacer chicharrón con el sebo de la rosilla...

A Mirra le gustaba el chicharrón, pedacitos de carne gorda que se tostaban al derretirse las pellas de sebo y que debían comerse calientes; pero esa vez oyó el anuncio y se encogió de hombros con desdén.

—¡Mañana! — pensó —. ¿Qué me importa lo que harán mañana, si Gracián no ha de estar?

Flavia cruzó el patio seguida por algunas palomas que revoloteaban a su alrededor, y entró en la cocina, miró a Gracián, después a Mirra y salió sin decir nada.

Una luz devota brilló un momento en la mirada de Amoroso.

Gracián comprendió que ella deseaba hablarle, y que no lo hacía allí a causa de Mirra.

Cuando él salió de la cocina sin la niña, que siguió llenando su caja, Flavia lo llamó desde su cuarto y cerró la puerta, mirando cautelosamente a uno y otro lado.

—Gracián, ¿te vas, entonces?

—Así es, señora.

—¿No sientes el irte?

—¡Oh, si por mí fuera, no me iría!

Flavia no contestó, mas pareció escuchar con disgusto aquella respuesta que podía significar que el niño lamentaba dejar la casa de Mirra.

—Decime, Gracián — prosiguió ella —; en tus andanzas, ¿no has vuelto a la Cuesta...?

Rara vez decía el nombre entero, el nombre de su dueño.

—Dos o tres veces pasamos por el lindero de ese lado, buscando el camino de las chacras.

—¿Viste a alguien?

Gracián pensó un momento.

—Una vez nos cruzamos con "él".

—¿Iba solo?

—Sí, señora, solo.

—¿Nunca viste a nadie más?

—Sí, señora — respondió vacilando el muchacho.

—¿Viste a alguien más, de allí, de la Cuesta? — interrogó con ansiedad Flavia, atrayendo al niño, como deseosa de adelantar su respuesta leyéndola en sus ojos.

—Un día que iba yo solo, me encontré con "ella"...



—¿Quién es ella, Gracián? — preguntó con extraña vehemencia Flavia, aun sabiendo que "él" y "ella" eran, en el lenguaje habitual de los niños, Camargo y su hija.

—¡Ella! ¡Victoria, la hija de él! — había respondido Gracián, pues una mañana encontró una chicuela rubia, montada en un burro, recorriendo el contorno de Valle Negro.

—¿La hablaste? ¿Qué te dijo?

Gracián explicó: sin conocerla habíale preguntado si andaba perdida, y ella se sonrió, y él hubo de ponerse colorado al comprender que la niña sabía mucho mejor que él los caminos de la sierra. Le contó quién era, y al saber su nombre, Gracián observó en los ojos de la chicuela — unos ojos extraños y hermosos, como los de Flavia— la misma luz de encono que solía chispear en los de Mirra.

—¿Vos sos del Valle Negro? — le dijo —. ¿No sabés que ése es campo de mi padre?

Como una religión se iba transmitiendo en la familia de Camargo aquella afirmación, que un día sacara de quicio a Mirra.

—No sé — contestó Gracián, sin ganas de meterse en el pleito.

Flavia escuchaba el relato con inmenso interés: quería saber todas las palabras que ella pronunció, y, si era posible, todos los gestos que hizo.

Y Gracián, dócilmente, iba refiriendo lo que recordaba, cuando de pronto exclamó mirando a Flavia:

—¡Tiene sus ojos! ¡Sus mismos ojos!

Una palidez de muerte se difundió por el rostro de Flavia.

—¿La has visto bien? — su voz se rompía en una emoción inexplicable —. ¿Has dicho que tiene mis ojos? ¿Me vas a creer? ¡Yo..., yo, que hace años vivo aquí, yo no la conozco; y otro me ha contado ya eso mismo!...

Se volvió repentinamente hacia la ventana, abierta sobre el alfalfar, como si esperase ver a aquella de quien hablaban. Se dirigió en seguida a Gracián, que espiaba sus movimientos, sin comprender su sentido.

—¿Cómo es? ¿Tiene mis ojos y es... linda?

—Sí, señora. Es rubia, y los ojos de ella son verdes, como los suyos.

—Yo, Gracián, yo..., ¡no la conozco!

Con una incomprensible agitación tomó en sus brazos al niño y lo cubrió de besos apasionados, mojándole las mejillas con un llanto que nacía de pronto, como si una vara bíblica hubiera tocado la misteriosa roca de su alma.

Cuando Gracián salió del cuarto, halló a Mirra esperándole cavilosa y triste. Juntos se fueron a jugar, pero no hablaron de Flavia.

Se había ido fortaleciendo el viento frío del sur, que durante toda esa noche sopló sin reposo, y a la mañana siguiente continuaba implacable, atusando la cabellera de los árboles en el monte, peinando los pajonales en las lomas, haciendo volar las semillas maduras de todos los yuyos y bramando en el cañón de la Laguna Brava.

Era el primer aletazo del invierno, que llegaba repentino y glacial. En aquella sola noche los álamos perdieron todas sus hojas, que ahora cubrían el estanque con un tapiz de oro viejo, y el viento gemía entre sus finas ramas desnudas.

Cuando salió el sol y calmó el cierzo, desde la alta ladera se pudo ver el lomo de Achala cubierto de nieve.

Mirra, despierta desde temprano, a esa hora estaba ya en la represa, sentada en el sauce, los ojos vagando en el horizonte y el pensamiento fugitivo puesto en la ciudad lejana que llamaba a Gracián.

Una hora más y él habría partido para llegar a tiempo de tomar el tren en Cosquín, y durante un año — todo el invierno triste, toda

"—Yo sé por dónde se llega a mi rancho más pronto que por el riyo — les dijo, acariciando los cabellos de Mirra—. Vamos allá; encenderé una fogata y les contaré cuentos, y pasaremos la noche en güena compañía."



la alegre primavera — no lo vería.

Le esperaba allí para pedirle que le prometiera no abrir la valija hasta llegar a Córdoba, y nunca hacerlo delante de su padre.

Ella se la arregló a escondidas, y como si fuera una mala acción, entre la ropa había guardado la caja llena de "ancua", y ocultado entre las flores de maíz un pequeño retrato de ella, malamente hecho en Cosquín, pero que evocaba muy bien algunos de sus rasgos, su frente despejada y pura, con una pequeña pincelada caprichosa que aproximaba las cejas, y su naricilla audaz.

Gracián llegó luego, vestido ya para el viaje, desbordante de esa espontánea alegría que se apodera de los niños en tales ocasiones, y de pie, junto a ella, le habló de la ciudad y del colegio.

En la clase a que iba a entrar, una de las materias se estudiaba en un libro grueso, que el año anterior había despertado su envidia. Estudiar en libros como ése lo alegraba, y en las vacaciones se lo traería a fin de que ella juzgara si tenía que trabajar mucho o poco para el examen.

Traería además el uniforme del colegio, un traje de paño negro, con el escudo de las Escuelas Pías bordado en oro sobre las solapas, y una gorra galoneada como la de los oficiales de marina, que alguna vez había de ponerse para que ella lo viera.

Para aquellas cosas Mirra no tenía respuesta y permanecía callada, sin mirarle, tirando piedrecitas al agua, muy atenta, al parecer, a los círculos que se formaban sobre el cristal del estanque.

—¡Gracián Gracián! ¡Ya es hora! — gritó alguien, llamándole desde las casas.

El se quedó confuso un momento. ¿Era ya la hora? ¿Cómo decirle adiós a Mirra, que seguía sentada, indiferente y distraída?

—Mirra, ¡me voy! — le dijo, y hubo un temblor en su voz.

Y Mirra saltó, con los ojos llenos de lágrimas y los brazos tendidos hacia él, y como él abriera los suyos, ella se refugió sobre su pecho, y después alzó la cara llorosa y lo besó con ternura infinita.

—Me voy — repitió el niño —. ¿Vamos hasta el patio?

Ella sacudió la cabeza. ¡No, no! No quería que nadie la viera llorar su partida.

El dió unos cuantos pasos para irse y se volvió, y se acercó otra vez a Mirra, que se puso en puntas de pie para besarle de nuevo, y luego se quedó allí sola, mirando el estanque, donde su sauce amigo volvería en la primavera a bañar sus ramas dolientes.

Estaba ya el señor de Viscarra con el pie en el estribo de su caballo alazán, y a su lado el otro caballo que había de montar Gracián. Lázaro, en su mula, llevaba la maleta de don Jesús y la valija del muchacho, donde Mirra escondiera su secreto.

Esperaron un momento a la niña, porque él nada dijo de ella, hasta que, impaciente, el señor de Viscarra, temeroso de perder el tren, ordenó:

—¡Vamos!

Y partieron llevando Gracián la impresión de los besos de Mirra y de la mirada indefinible de Flavia, y la sensación oscura de que algo de aquello no volvería.

VI

¡ESTA NOCHE IRE!

Valle Negro tenía su leyenda, y en aquel invierno la recordaron las gentes sencillas, que creían en apariciones, porque ocurrieron sucesos extraños.

Una vez contaron los peones de la estancia que se había visto a deshora el alma de la virreina, vagando por el algarrobal.

Era una vieja historia de los tiempos coloniales. La hija de un virrey, según la tradición, huyó un día con un esclavo de su padre y se

guareció en la sierra, y los de Valle Negro decían que allí fué.

Tiempo después los soldados la encontraron, mataron al esclavo y a ella la dejaron huir, por no llevarla muerta.

Se hundió en las aguas profundas e inexploradas de la Laguna Brava, de donde en las noches de luna surge llamando a los hombres para ahogarlos y vengar con su muerte la de su amante. Decían también que a veces se había visto su sombra, buscando en Valle Negro el lugar donde yacen los huesos del esclavo, de los que brotan llamitas que huyen cuando la gente se acerca.

Recordábanse aquellas cosas, porque Lázaro afirmaba que en una noche de luna, como las que antaño elegía la virreina para volver al valle, había visto su sombra correr entre los árboles, hacia el lado de la Cuesta de Camargo.

Y otra noche, en que ladraron los perros, la vieja cocinera, desvelada, vió lo mismo desde la ventana de su cuarto; mas si era el alma de la virreina, había cambiado de aspecto, y no vestía de blanco, según lo relataba la historia, sino de negro, y era alta y ágil.

Llevaban aquellos cuentos al señor de Viscarra, que fruncía el ceño y quedaba caviloso, porque creía en Dios, pero no creía en las ánimas que anduvieran por los montes asustando a los vivos.

Una mañana desapareció el otro perro que se soltaba al anochecer. No quedaban así más que los perros pequeños, con que se perseguía la hacienda en el monte, y que eran menos vigilantes y dormían bajo el fogón, cansados de su correrías diurnas.

Don Jesús, ausente por los negocios, no estaba esa vez, y a la noche, mientras Flavia y Mirra cenaban en silencio, bajo la ancha pantalla de la luz, que alumbraba sus rostros indiferentes u hostiles, se oyó en el monte el alarido de la Pichana.

Mirra miró a Flavia, que se estremeció visiblemente:

—¿Es la Pichana? — preguntó la niña.

—¿Qué puedo saber yo? ¿No dijo una vez Lázaro que no era la Pichana?

—¿Y quién puede ser si no es ella?

Flavia hizo un gesto desdeñoso y no respondió, y, sintiendo sobre ella los ojos escrutadores de Mirra, a quien no quería mirar, se levantó para encerrarse en su cuarto.

La chicuela se fué a la tibia cocina, sobre cuyo negro fogón había grandes y rojas brasas que empezaban a dormirse bajo la ceniza.

Allí, al amor del fuego, oyendo los comentarios de los peones y las sentencias supersticiosas de la cocinera, aguardaría el sueño mejor que en el frío y desierto comedor o en el cuarto de Flavia.

Se durmió sin saber cómo, y cuando se recordó, al ladrido de los perros, estaba en su cama y por el postigo abierto entraba el resplandor de la luna.

Los perros se habían aquietado, pero ella, impresionada por las cosas que venían sucediendo, se fué a incorporar en la cama, cuando vió a Flavia acercarse vestida con su traje oscuro que le daba el aspecto de una sombra.

Cerró los ojos y aguardó inmóvil, sintiendo que su tía se inclinaba sobre ella, sospechando sin duda que no durmiera.

—¡Mirra! — oyó que le decía dulcemente —. ¡Mirra!

No contestó. El corazón le golpeaba rudamente en el pecho, con el presentimiento de que algo iba a ocurrir.

Pasó así un largo rato en que no se oía el más ligero rumor, y empezaba a perder la conciencia de las cosas, cuando la despabiló un ligero crujido de la ventana que daba al campo. Abrió los ojos y nada pudo ver. El postigo por donde entraba la luz de la luna estaba cerrado ya y una densa tiniebla entraba en la habitación.

Tuvo miedo y llamó a Flavia en voz muy baja. Nadie le contestó.

—¡Flavia, Flavia! — repitió la niña acongojada, con la sensación de que allí estaba alguien, y el mismo lóbrego silencio continuó pesando sobre ella. Se había sentado en la cama, y el frío y el miedo le hacían castañetear los dientes. Con los ojos inmensamente abiertos, sin lograr ver nada, no se animaba a moverse, y su voz se hizo más doliente.

—¡Flavia, Flavia!

En el rincón opuesto del cuarto oyó un gemido y aquello la animó a bajarse de la cama y a hablar más fuerte:

—¡Flavia!, ¿qué sucede?

Poco a poco, tentando en la siniestra oscuridad, fué acercándose al sitio donde dormía Flavia. La halló en el suelo, yerta, la frente apoyada contra la cama, y llorando; su llanto sonaba dulce y tristemente como el rumor de una vertiente que nadie ha visto y que nace en el hueco de una piedra.

La niña se sintió apenada; se arrodilló frente a ella y la abrazó.

—¿Por qué llora, Flavia? — le dijo.

La mujer se volvió a ella.

—¿Por qué no me quieren aquí? — preguntó a su vez —. ¿No saben cuánto, cuánto necesito que me quieran cuando hago bien y que me perdonen cuando hago mal?

Mirra, enternecida, le acarició las mejillas.

—¿Qué pasa, Flavia? ¿Por qué dice eso?

—¡Vos, Mirra! ¿Por qué vos?...

No continuó. Bruscamente se puso de pie, dejó caer el manto grueso y oscuro que la envolvía y se arrojó en la cama, inaccesible y muda, como de costumbre.

Mirra se acercó más, atraída por aquel dolor ignorado y misterioso, y volvió a hablarla.

Pero Flavia no respondió; vuelta hacia la pared parecía dormida o muerta a juzgar por la frialdad de sus hombros y de sus brazos, cruzados sobre el pecho.

Ante aquel silencio, Mirra empezó a tener miedo, trabajada su imaginación por aquellas cosas raras, que no tenían explicación para ella, y se fué alejando hasta que sus manos tendidas dieron con su propia camita blanca, en donde se acurrucó, cubriéndose la cabeza.

¿Qué era aquello? ¿Quién podía explicarle si había soñado o si Flavia estaba loca?

El alba, que se filtraba por las junturas de la puerta, que daba hacia el oriente, la sorprendió dormida; y cuando abrió los ojos buscó a Flavia en su cama y no la halló. Parecióle que todo había sido un sueño; pero, más tarde, al encontrarse con ella a la plena luz del día, sus profundas ojeras y sus ojos tristes, en que leía el reproche de un alma que no se confiaba, le hicieron comprender que no había soñado, y que era un misterio que el tiempo, sin duda, descifraría.

Ese día, Amoroso cabalgaba por el monte, buscando unos animales extraviados, cuando su mula paró las orejas y resopló, esquivando un matorral detrás del cual parecía esconderse algún peligro.

El peón mantuvo su cabalgadura en la senda, y dándole un fuerte lonjazo pasó delante. Detrás del matorral halló al señor de la Cuesta, que andaba a pie dentro del cerco del de Viscarra.

Acercósele Amoroso, llevando la mano a la vincha, como un saludo.

Ni las costumbres del campo, ni la vida libre y desordenada que llevaba, habían borrado en Camargo el sello de su abolengo, que se delataba en sus ojos azules y en su cabello rubio.

Tenía el gesto orgulloso, y hablaba con parsimonia cuando no había bebido con exceso.

Al ver a Amoroso, como si lo esperara, le dijo con rudeza:

—¡Tampoco vino anoche! ¿Qué se ha pensado? — El peón, con la cabeza gacha, no respondió. La mula resoplaba siempre, desconfiando de aquel hombre escondido entre los talas de agudas espinas.

—Por última vez..., ¿has oído?..., quiero que venga esta noche.

—Así será, señor — murmuró el paisano.

Sacó don Pablo un papel del bolsillo, en varios dobleces, y se lo entregó.

—Por última vez — dijo, y corriéndose hacia donde el monte era más tupido, desapareció pronto de la vista de Amoroso, que volvió bridas, como si hubiera cumplido la misión que lo llevara hacia el campo.

El dueño de la Cuesta marchaba entretanto a largas zancadas, con una agilidad no común en la gente de aquellos pagos, tan habituadas al caballo, que apenas aciertan a andar a pie.

Pronto llegó a un cerco de ramas que se interrumpía junto a un peñasco. Trepóse por éste, y saltó al otro lado, y al tocar la tierra respiró con satisfacción y a media voz dijo:

—Ya estoy en lo mío.

Su caballo aguardaba a la sombra de un árbol. Desatólo, montó y rumbeó para su estancia, que quedaba sobre el borde de la meseta.

Iba al tranco por el sendero pedregoso que contorneaba los cercos de Valle Negro.

Ese día parecía más torvo y disgustado que de costumbre.

Hacía años, ¡años!, que reclamaba una entrevista de Flavia, con quien tenía una vieja historia de amor, ignorada de todos, y que estaba resuelto a hacer pública si en este último plazo no accedía la pobre mujer a verle en el punto de cita que él le marcaba, un rincón del valle, donde crecía espesa la arboleda, contra un cantizal no muy alejado de las casas.

Ella no le veía desde los tiempos remotos en que él fué su amante a escondidas de todas las gentes, que siguieron creyendo en su inviolable altivez; pero él la había espiado y se estremecía de cólera al recuerdo de que la voluntad de su enemigo se la quitó.

La veía en su misma indestructible hermosura, y su vieja pasión reconcentrada ardía como una hoguera oculta que busca salida.

Había aprendido a aullar como la Pichana, para anunciarle que estaba allí, y con larga paciencia ganó la devoción de Amoroso, a quien conocía desde niño, y con él le hizo saber que en tales noches, cuando sintiera ese grito, la aguardaría hasta el alba en el cantizal.

Tres años pasaron así, en silenciosa persecución, seguro de que ella volvería a él, porque el tiempo no podía haber trocado su corazón ni héchola olvidar su historia.

Cada día los agravios que separaban a las familias de Camargo y de Viscarra se hacían mayores, y él, aun comprendiendo que eso lo alejaba más de Flavia, no renunciaba a aprovechar las ocasiones de ofender al señor de Valle Negro.

Se creía seguro de imponerse a Flavia, porque guardaba un supremo argumento, que a ella le tocaba la profunda, sangrienta, trágica herida de su alma...

Durante esos mismos años ella no le había visto, pero perpetuamente rondaba su espíritu el recuerdo de las cosas que oscurecieron su vida para siempre.

¡Qué amargamente había expiado el momento de irreflexión, de desaliento y de vértigo que nubló su conciencia aquel día que supo que su hermano se negaba rotundamente a autorizar el noviazgo!

A los dieciocho años parecióle que podía juzgar de la vida y de los hombres, se rebeló contra la resolución del señor de Viscarra, y a ocultas mantuvo la relación con su enemigo. El orgullo y la pasión nublaron su conciencia y cayó como un ciego. Cuando comprendió el horror de su estado, se escondió de todos, de su novio, que la había traicionado; de su hermano, de sus conocidos; ni más ni menos que una bestia herida que quiere morir.

Midió su falta y quiso expiarla austeramente, y rompió con su novio, de golpe, sin verle, para que una nueva oleada de pasión no ablandara su propósito.

No lo olvidó, empero, ni podía olvidarlo...

Se estremecía recordando el minuto aquel en que tuvo la percepción de que su vida es-

taba definitivamente deshecha, y de que Dios, que podía perdonarla, condenábala a una terrible expiación, que debía sufrir en silencio.

Un día, en el miserable pueblito de la sierra, donde vivía desconocida de todos, tuvo una niña, cuyo nacimiento debió mantener oculto con la esperanza de que se presentaría alguna coyuntura que le permitiera confiar el secreto a su hermano y ganar su perdón, y, sin duda, el permiso que anhelaba para reparar la deshonra, casándose con Camargo.

Pero con el tiempo se fué ensanchando la distancia entre el dueño de Valle Negro y el de la Cuesta, y acrecentándose los motivos que tenía la infeliz para seguir callando.

Para guardar mejor su secreto, dejó que su hijita fuera a poder de Camargo, y nunca la vió.

Esperaba siempre conseguir fuerzas para ir a su hermano y decirle cómo y con quién y por qué había manchado su nombre, y qué era lo que ahora, ya que el pasado no podía destruirse, podía devolverle la paz.

Y durante esos años que vió correr como un presidiario que espía la hora en que han de libertarlo, su hijita fué su obsesión, su hijita, que se criaba lejos de ella y cerca de un hombre que nada sabía de aquellas luchas y que ningún buen ejemplo podía darle.

Cada día la herida de su alma sangraba más, y cada día se encontraba más cobarde para afrontar la cólera justa del señor de Viscarra o el mudo reproche de sus ojos, que la condenarían aunque su boca la perdonara.

Cuando su hermano se sintió solo en Valle Negro, después de su viudez, y la llamó, corrió a él creyendo que las circunstancias serían propicias para resolver su terrible problema.

¿La engañó su corazón? ¿Creyó que así todo le sería más fácil, porque estaba ansiosa de acercarse a los sitios en que crecía su hija? Oh, las tardes de acecho en los sitios ocultos del valle, con la esperanza de ver a su Victoria!

Su ingenio buscaba modos de llegar a ella, pero la fatalidad desbarataba sus planes.

Su hermano parecía desconfiar de Flavia, y así corrieron tres años, en que viviendo próxima a su hija y oyendo hablar de ella no pudo verla una sola vez.

Un día creyó que aquella dicha que hubiera sido en la vida de otras madres una miserable migaja, estaba a punto de llegar, porque Mirra contóle que se encontraba a menudo con la chicuela y jugaban juntas.

Pero eso terminó bruscamente, envenenada la naciente amistad con los mismos agravios que dividían a los padres.

¡Qué esfuerzo le costó dominar la fiebre iracunda que ardió en ella cuando Mirra le refirió que había pegado a su hija, a quien ella, la madre, no podía defender!

¡El tiempo que pasó atisbando la Cuesta desde la ventana de su cuarto, el único sitio en que podía estar sin que otros la espiaran a su vez!

¡Nada, nada!

Hasta que comprendió que al acercarse al lugar en que vivía su antiguo amante se había puesto voluntariamente cerca de una tentación que la iba envolviendo como una red.

Abandonada a sus propias fuerzas morales, los diversos golpes que la fatalidad le asestaba la hicieron pensar que Dios la había olvidado.

¿No estaba colmada ya la medida de su expiación? ¿Por qué, pues, no venía la paz?

Su peón, Amoroso, que era su perro guardián, una vez le dijo:

—Niña Flavia, me ha hablado don Pablo; dice que la ha visto.

Por Amoroso tenía noticias Flavia de cómo era su hija, y tantos detalles le había pedido sobre ella y con tal fidelidad se la describió el pobre paisano, ansioso de servirla, que ella hubiese reconocido a la chicuela entre mil de su edad.

El interés que mostraba Flavia por lo que ocurría en la Cuesta de Camargo hizo creer a su peón que sería una grata noticia referirle las palabras de Pablo, breves y apasionadas.

—Dice que la ha visto y que quiere verla más.

¡Así era la sed que ella tenía de ver a su hija! Quería verla, y sabía que, viéndola una vez, querría verla siempre.

Ese era el amor, triunfante de todos los obstáculos que le pusieran el ingenio de los hombres, la ausencia y el tiempo.

—¿Dónde me ha visto? — interrogó con una horrible alegría en el fondo oscuro de su alma.

—Camino de la represa, dice que la ha visto...

No volvió más hacia esos lados. Costábale menos abstenerse de salir que dejar de pensar. Y pensaba siempre... Y como en un campo abandonado por su dueño, iba creciendo en su corazón la maleza, y se volvía más taciturna, más impenetrable y más sospechosa a los ojos desconfiados de su hermano.

Alguna vez pensó que sufría por culpas ajenas y que había expiado con exceso su propia culpa, que pudo no producirse si antes de ella sus familias se hubieran entendido o no se hubiesen odiado por la suerte de unos miserables terrones.

Y cuando se resolvió a vencer la vergüenza y a hablar a su hermano, se supo en Valle Negro que Pablo Camargo había jurado matar a don Jesús de Viscarra.

Ella, que conocía a Camargo, no supuso que aquella fuera una invención, y le faltó de nuevo el ánimo.

Por entonces había ya comenzado la persecución de él, empeñado en verla, multiplicando las celadas y buscando vencerla con el ofrecimiento de llevarle su hija.

¡Deliciosa tentación! ¿Por qué Dios, que le dió el dolor, no le dió las fuerzas?

Faltó a todas las citas, aun después de prometerle que iría, porque en el último instante encontraba siempre en su corazón la raíz resistente de algún principio santo que aprendiera cuando niña y que no podía olvidar. Pero cuando él le habló de su hija, su energía se disipó como un humo que se lleva el viento, y mandó decirle que esa noche no faltaría.

Fué la noche en que Mirra la sorprendió a punto de salir. Ella vió los ojos hostiles de la niña y tuvo miedo, y también faltó.

Al caer la tarde, ese mismo día, Amoroso le llevó el nuevo mensaje, que era el último, y el papel de Camargo, en que venía la espantable amenaza de alejar a Victoria de modo que su madre perdiera definitivamente la esperanza de verla.

Leyó el papel, en presencia de Amoroso, y sólo tuvo una breve respuesta.

—Decile que esta noche iré.

VII

EL PASADO QUE VUELVE

Cuando se entraba el sol, la casa de la Cuesta de Camargo era tétrica, a la sombra de sus grandes aguaribays, bajo el verde tapiz del musgo que roía sus veredas, con su patio desierto, devorado por los yuyos, con su gran silencio, apenas turbado por el rumor de las palomas, que habían abandonado el palomar derruído y anidaban en el alero y en todos los huecos de sus viejas paredes de piedra.

Pablo Camargo, que no construyó esa morada, acostumbróse a ella, a su desnudez, a su aislamiento, y vivía en ella sin más compañía que la de su hija y la de una mujer que la criara y que les servía de cocinera. Los dos o tres peones de la estancia tenían sus ranchos a poco trecho de allí.

Más testigos de su vida no quería aquel hombre, que de cuando en cuando, harto de su soledad, se ausentaba sin decir adónde, en busca del bullicio de los pueblos vecinos, para volver de pronto con el espíritu más cansado y la palabra más ruda.

Aquella tarde, a la hora en que el sol se entraba, Pablo Camargo hallábase, como de costumbre, solo en la galería del sur, que la noche iba invadiendo, con la mirada fija en el piso, de grandes baldosas cuadradas, y con el pensamiento en el mensaje que había de mandarle Flavia.

Sentíase más penetrado de su recuerdo, y su pasión se exasperaba estrellándose contra la invencible voluntad de ella. ¿De dónde aquella mujer que lo había amado sacaba fuerzas para resistirle? ¿Era el olvido? No podía ser. Poco después de su ruptura se anunció que ella iba a casarse, y aunque no la veía y la sabía perdida para él, creyó volverse loco de rabia o de celos. Averiguó y supo que acababa de desdeñar un buen partido, y su espíritu y su sangre se aquietaron ante la certidumbre de que ya no podría ser de nadie.

Pasó años sin verla; su tenacidad en perseguirla no lograba sobrepasar el ingenio que ella ponía en huirlo, y como estaba en la fuerza de su tormentosa juventud, otros afanes le absorbieron y concluyó por aburrirse, y aun creyó olvidarla, y sintió el alivio de haberse libertado de una prisión.

Ya por entonces tenía en su poder a su hija, que Flavia le entregó sin pensar que alguna vez despertaría su corazón de madre, y que él guardó como un rehén.

Se apegó a la niña, cuyo origen no conocía nadie más que la mujer que lo crió, y al lado de ella la vida de él fué corriendo como un río turbio, sin reposo y sin horizontes.

Sólo se acordaba de Flavia cuando algún incidente con el dueño de Valle Negro irritaba su vieja enemistad y le infundía nuevos deseos de herirle en donde pudiera dolerle más, que era en su honor.

Combinaba entonces en su imaginación modos de hacerle saber la historia de su hermana, pero concluía por abandonar el proyecto de una fría venganza, que a él mismo lo hacía padecer con el recuerdo de su propia derrota.

Era esa la cicatriz de la herida que le dolía siempre. Con el tiempo, la constante presencia de Victoria, que le evocaba a Flavia, orientó de nuevo hacia ella su pensamiento, y empezó a desearla, como una luz que había de hacer menos sombría su vida.

En su casa, en cuyos grandes cuartos desmantelados resonaban sus pisadas solitarias, se notaba la falta de una mano de mujer. ¿Por qué no había de estar Flavia junto a él y junto a su hija?

No se le ocurrió nunca reconciliarse con el señor de Viscarra, aunque bien pudiera ser que aquel caballero altivo, que parecía impasible ante los agravios, no desdeñara su mano, si él fuera a tendérsela en son de amistad. El odio le venía de lejos, y al acercarse a él habría sido declararse vencido.

Cualquier cosa menos esa. Pero se sentía acorralado, y cuando a los muchos años volvió a ver a Flavia, recomenzó su conquista, como si por primera vez la amara.

Mas no tenía ni la fe ni la paciencia de antes, y sus pasiones desatábanse en un solo torrente, y sentíase al borde de la locura o del crimen.

Aquella tarde, en que él, desde la galería, miraba amenguar la luz en los campos y anegarse la casa en las sombras, Victoria entró a decirle:

—Un hombre quiere verlo, papá.

—¿Quién es? — la interrogó éste, sabiendo, sin embargo, que no podía ser otro que el mensajero de Flavia.

—Es de Valle Negro. No quiere entrarse; se ha quedado en la barranca, y parece que ha venido a pie.

Camargo se levantó y empezó a pasearse. La chicuela esperaba su respuesta, acostumbrada a aquellos hoscos silencios de su padre.

¡Era, sin duda, la respuesta!

Pero, ¿podía creerle nada ya? ¡Cuántas veces aquel mismo hombre había llegado hasta la vecindad de su casa o se había encontrado con él, que lo aguardaba en el camino, para anunciarle que esa noche ella iría! ¡Y nunca fué verdad!

Ahora jugaba una carta nueva, la última que tenía, y su mente se extraviaba ante lo que iba a suceder si perdía una vez más.

Victoria lo seguía a través del patio, que él cruzaba a grandes trancos. Se volvió a mirarla.

—¿Querrías ver a tu madre? — le dijo.

La niña no respondió, porque era la primera vez que él le hablaba de eso, y no comprendía.

El se encogió de hombros y echó a caminar hacia la barranca, donde esperaba Amoroso.

Era una grieta que las lluvias formaban en la falda de la Cuesta. En el fondo blanqueaban algunas piedras y tupidos matorrales crecían al borde.

El peón de Flavia, receloso de las gentes siempre que iba con órdenes de ella, no quiso que le vieran llegar por el camino real, y aguardó en aquel escondrijo hasta que por la niña pudo avisar al dueño de la Cuesta.

Acercóse éste adonde se hallaba el peón, que surgió de abajo de tierra, como un aparecido.

—Dice la niña que esta noche irá.

—¿Le has dicho bien lo que te mandé decir?

—Sí, señor.

—¡Que era la última vez!

—Sí, señor.

Durante algunos instantes esperó Amoroso alguna respuesta que llevar a su ama. Camargo se había quedado pensativo.

—¿No hay más que decirle a la niña? — interrogó Amoroso.

Camargo sacudió la cabeza.

—¡Nada!

Una voz hablaba dentro de él anunciándole que Flavia estaba en su poder. Y ¡cosa extraña!, tal certidumbre no le causaba el embeleso que había pensado. Sentía una vez más la sequedad de su alma, que perseguía con pasión un objetivo y se quedaba fría y desencantada en el momento de lograrlo.

Al volver, halló a Victoria intrigada por sus palabras de un rato antes.

Ya la noche había ganado el recinto. En el comedor desamparado, con escasos muebles deslucidos, ardía una lámpara antigua de cobre, que la niña acababa de encender.

Entró Camargo y cerró tras él la puerta, porque hacía un frío intenso.

—Va a helar está noche — dijo.

La chicuela se le acercó y se sentó a su lado, junto a la mesa.

—¿Qué le ha dicho ese hombre?

Camargo tardó un momento en responder. ¿No era mejor hablarle? ¿No le debía a su hija alguna explicación respecto a su vida solitaria y triste, en aquella casa desierta?

Al ver sus grandes ojos, heredados de Flavia, posados en los suyos, lucientes de curiosidad, sintió una oleada de ternura que le henchía el corazón.

—¿Te gustaría ver a tu madre?

Victoria se tapó la cara, conmovida y avergonzada por aquella sencilla pregunta. Costábale confesar que había oído a su padre como en un sueño grato, del que se teme despertar, y que aun no comprendía bien lo que significaba su pregunta.

—¡Victoria! — volvió a decirle su padre acariciándole los cabellos, que caían sobre sus espaldas en rubias ondas —. ¡Victoria!, ¿te gustaría?

—¡Sí, papá! — contestó ella echándole los brazos al cuello —; pero ¿no se murió? ¿Entonces no es verdad que se murió?

Camargo hizo señas de que no, y se dejó besar con efusión por aquella criatura, que era, como él, indiferente o adusta unas veces y otras vehemente y apasionada.

—¡No, no murió! ¿Te ha dicho alguien que murió?

—Usted, papá; ¿no me lo ha dicho usted?

—Puede ser, pero no murió... ¿Querrías verla?

—¡Oh!... ¿Vive en alguna parte adonde yo pueda ir? ¿Va a venir ella?

Tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Cómo se parecían a los de Flavia! Se agachó él sobre su niña y la besó en esos ojos.

—¡Papá! — le decía ella al oído, sin mostrar su cara en llanto —. ¿De veras puede venir mamá?

Y él, contagiado por aquella saludable y profunda emoción, le respondía:

—¡Sí, sí! ¡Puede venir!

—¿Y por qué, entonces, no viene? ¿Va a llamarla? ¿Va a venir?

—Puede venir... — repitió él —, puede venir si ella quiere...

—¿Y no quiere?, ¡papá!, ¿no quiere venir?, ¿dónde está?, ¿va a decirle que venga?

—¡Si ella quiere!

Había en el ademán de su padre y en su acento tanta duda, que en el semblante de Victoria se pintó su inmenso desencanto.

Entró una criada para tender la mesa, y su presencia rompió el sortilegio que iba uniendo aquellas dos almas.

Camargo se levantó bruscamente y salió afuera disgustado sin saber por qué, disgustado de su vida, de su modo de ser, o quizá disgustado de haber tenido la debilidad de enternecerse.

Victoria se quedó allí, los brazos sobre la mesa y la rubia cabecita escondida en ellos, porque estaba llorando.

La sirvienta la creyó dormida, y cuando más tarde entró su padre, dormía realmente, y su ensueño se prolongaba.

Para librarse de sus preguntas, él no la despertó y se fué a la cocina, donde comió a prisa un churrasco asado sobre las brasas, y salió envuelto en una amplia capa de paño azul, con forro de lana roja, como usaban los militares, cuya vida había hecho algún tiempo.

Un peoncito le trajo su caballo, que andaba suelto en un potrero, al aire libre y bajo la crudeza de la noche, purísima y glacial.

Camargo mismo sacó su apero y se puso a ensillarlo con calma, para darse tiempo.

No era raro que saliera a deshora sin explicar adonde iba; pero esa vez sus ademanes y su aspecto denunciaban que algo extraño le ocurría.

Tenía la impresión de que esa vez no fallaría su esperanza, y tal cosa le comunicaba un ardor que reprimía, por no dejarse anegar en aquella ola de pasión que debilitaría su terquedad.

Cuando montó, su capote se abrió como un ala, cubriendo la grupa del caballo, encogido de frío.

—¿Adónde irá el patrón, que no quiere que lo sigan ni los perros? — se preguntó la criada, volviendo al comedor a buscar a la niña para que cenara algo y se acostara.

Camargo no tomó el camino de Valle Negro; por el contrario, salió con rumbo opuesto. Tenía algunas horas por delante, pues antes de medianoche no sería la cita y no se resignaba a aguardar en un sitio.

Puso al tranco su caballo y buscó el sendero de la sierra grande, en extremo solitario, pues hasta las haciendas se guarecían en las quebradas para salvarse del frío.

No había salido aún la luna. Enjambres de estrellas desmenuzaban sobre el mundo su fría claridad cenicienta. La montaña que cerraba el horizonte era una sola franja negra. Una estrella que se levantaba sobre el filo de una loma parecía la luz de un ranchito.

El aire estaba quieto, pero llegaba en ondas el vaho tibio de las quebradas.

¿Vendría Flavia? ¿Vendría en verdad como lo había prometido, o faltaría de nuevo a su palabra?

Al acercarse la hora empezaba a morderlo la duda.

¿Tan completamente lo había olvidado ella que fué menester hablarle de su hija para que se resolviese a venir?

Pero, ¿vendría en verdad? Con tal de que viniera, se satisfacía un áspero deseo. Quería verla, viniera por él o por la otra. Quería hablarla, porque estaba cierto de hallar de nuevo el camino de su corazón. ¿Cómo podrá ella libertarse irrevocablemente de su romántico pasado?

Iba al galope, y en el vasto silencio de la noche, la loma, herida por los cascos herrados, sonaba a hueco. Salió la luna y las sombras de los matorrales se extendieron sobre la tierra blanquecina.

—Es ya la hora — se dijo Camargo; mas, por un raro impulso que lo llevaba siempre a contrariar sus deseos más íntimos, siguió su carrera, alejándose de la cita. De pronto cedió y volvió la rienda, y castigó con más fuerza al caballo, como si quisiera recuperar el tiempo que había perdido.

La cuesta descendía suavemente hacia el Valle Negro. En lontananza divisábase la mancha sombría que formaba en el paisaje dorado por la luna la propiedad del señor de Viscarra.

Refrenó su cabalgadura al acercarse, para no ser sentido, y buscó turbado el sitio en donde había de dejarla para saltar el cerco. Echó pie a tierra, y ansioso volvió a preguntarse:

—¿Y si no hubiera venido? ¡Oh, si viniera!, ¡si viniera!

Se sentía atado a ella, sometido como un esclavo...

Entre los árboles, que dejaban filtrar un poco de luz, vió la sombra de Flavia, que lo aguardaba llena de una intolerable angustia, y que al verlo llegar solo, cuando esperaba a su hija, se agachó sobre la tierra, sollozando, comprendiendo la celada en que había caído y sintiendo, sin embargo, que su alma no tenía fuerzas para protestar de aquella injusticia.

¿Era el destino, que volvía a arrojarla en su senda?

El la estaba hablando hacía un rato palabras que ella no entendía, porque no lo miraba, y cuando alzó los ojos para verle, palpitó en su corazón la queja de antes: "¿Por qué Dios, que le había dado el dolor, no le daba las fuerzas?"

—¿Por qué lloras, Flavia?

—¡Mi hija! — exclamó la infeliz —. ¡He venido por verla!

—¡Ya lo sabía! — respondió Camargo con dolor.

—Me prometiste traerla, y por eso vine.

—¡Y porque lo sabía te lo prometí! — dijo él con dureza.

—¿Por qué me has engañado? ¿Por qué no la has traído?

—¿Por qué me engañaste vos tantas veces?

—¿Cuándo? — preguntó Flavia con ingenuo pesar, mirándole.

—¿Podrías decirme cuántas veces he venido a esperarte aquí, y he pasado la noche entera, confiando en tu palabra?

—¡Ah! — clamó Flavia, tapándose la cara.

Camargo, junto a ella, sentía que le faltaban las frases con que había de hablarla para que de nuevo creyera en él.

—¡Mi hija! — volvió a decir Flavia, uniendo

las manos, y él le respondió con amargura:

—Hace diez años que te busco, y cuando te encuentro tu pensamiento no está conmigo.

—¡Ay!, hace diez años que yo la busco a ella, Pablo...

Al decir su nombre, la frase interrumpióse en un sollozo.

—¡Diez años! ¡Tiene diez años, y yo, que soy su madre, no la conozco!

—¿Tanto la querés, sin conocerla? — interrogó él con agria ironía —. ¡Yo no lo creo! He vivido pensando en que algún día te vería y volverías a mí...

—¡No, no! — decía ella.

—¡Sí! También mi vida ha sido oscura y llena de malas pasiones... Sólo tenía una esperanza, que era mi única luz. Yo no te he engañado: no he venido con tu hija para que no viera esto, sin saber qué va a pensar de mí, qué va a pensar de vos, Flavia...

—¿Y qué va a pensar? — interrogó ella con dulzura —. Pensará que soy su madre; ¿sabe, acaso, que estoy viva?

—¡Hoy se lo dije!

—¡Sabe que estoy viva! ¡Ah! Pablo... ¿qué dijo? ¿Quiere verme? ¿Te ha preguntado algo de mí, de cómo soy, de si estoy lejos?...

—Sí; me ha preguntado todo eso; me ha dicho por qué, si vivías, no estabas con ella y la habías abandonado a ella y... a mí.

La pobre mujer, oyendo las amargas palabras, creía tener sobre ella los ojos de su hija, llenos de aquellos reproches. ¡Todo era verdad!

—¿Y qué he podido hacer yo? — preguntó en su desamparo.

—Ha querido saber si vos irías a verla, o si ella vendría a buscarte — prosiguió Camargo.

—¡No, no!, ¡verla, verla nada más!

—Y como no supe qué decirle no la traje conmigo y la dejé llorando...

—¡Oh Pablo! ¿Podría ser de otro modo? ¡Es mi hija!

—¿Y yo, y yo, Flavia?

—¡Es mi hija, y no la conozco! Yo veo mi vida como este valle en que vivimos, sombrío y triste. Sólo hay una luz para mí, y es la esperanza de verla algún día... ¡Mi hija! No sé cómo ni cuándo va a ser eso, pero esa esperanza es mi vida. ¡Pablo! ¿Puede haber mayor pena?

El, retraído y torvo, sentía que la sangre le latía en las sienes y era su latido como un martillazo. Volvían sus pasiones a mezclarse, y se juntaban en un solo torrente el amor, y los celos, y el odio, y la desesperación de tenerla cerca, sintiéndola inmensamente alejada.

Por un momento parecióle que sobre el valle caía una noche más densa, y que nadie, ni él, ni Flavia, ¡nadie!, veían nada, y que las violencias y los crímenes que se cometieran en la sombra de aquella noche quedarían eternamente escondidos...

Flavia lloraba, y como alzara los ojos y él la viera tan parecida a su hija, la envolvió con una ráfaga de ternura...

—¡Flavia! ¿Todo mi pasado, entonces, todo tu pasado, no existe?

Ella sacudió la cabeza.

—¡Yo no creo, Flavia! Aunque me juraras, no creería que esas cosas pudieran olvidarse de tal modo que pareciera que no han sucedido nunca.

—¡Oh, Pablo, Pablo! — clamó la madre infeliz, sacudida por un llanto convulsivo.

—Pero yo la traeré, si vas a volver, Flavia...

Ella dijo que sí, y él, en un ímpetu de gratitud le tomó las manos y se las besó, y encontrándola fría, como si fuera a morir, y trémulo de espanto, se despojó de su capa y la envolvió como a una criatura, y le repitió al oído la dulcísima promesa:

—Sí, sí, yo te la traeré; no llores más; yo te la traeré...

VIII

LA LEJANA ESPERANZA

Entonces comenzó a correr la vida de Flavia por cauces oscuros. Guardábase de Mirra, que parecía penetrarla con sus ojos perspicaces; guardábase de su hermano, y no se animaba a pensar lo que habría ocurrido, sabiendo aquello; guardábase de Lázaro, que la rondaba, y que era en la casa el que más de cerca seguía su pista.

Y la infeliz, embriagada por aquella tardía primavera que florecía en su alma, llegó hasta pensar que debía guardarse de su hija, y como Camargo le representase lo inconveniente de llevarla consigo a sus citas, se resignó a no verla, aplazando una vez más la ocasión que perseguía desde tantos años atrás.

Tan eclipsada estaba su conciencia, que sentía el corazón ligero y alegre, de tal modo, que hasta se disiparon los recelos de su hermano, al verla expansiva y amable.

Mirra no dormía ya con ella, lo que facilitaba sus citas.

Ya no le palpitaba el corazón con tan dolorosa violencia cuando se envolvía en su oscuro chal y, abriendo sin ruido su puerta, con paso de lobo cruzaba la galería, donde reinaba la noche.

Amoroso, advertido previamente, procuraba distraer a los perros y acallarlos si acaso husmeaban la presencia de aquel fantasma que iba camino del monte.

Una mañana Flavia preguntó a su peón:

—¿Dormís siempre en el galpón, cerca de Lázaro?

—Sí, niña.

—¿Fuiste anoche al monte, cuando yo pasé?

—No, niña, ¿a qué había de ir?

Flavia se quedó pensativa. Estaba segura de haber visto moverse entre los árboles una forma, que huyó de ella.

—¿No has ido, pues, al monte?

—Ya se lo hi dicho, niña.

Los ojos leales del peón confirmaban su palabra.

—Entonces, si no fuiste vos, fué él, ¡Lázaro!

El peón se quedó cavilando, celoso de aquel espionaje que no siéndole permitido a él no debía serlo a nadie.

Otro día Flavia le advirtió:

—Esta noche quiero que espiés a Lázaro. Cuando yo salga quedate en el galpón y ve qué es lo que hace.

Como si Lázaro hubiese adivinado esta orden, tampoco él se movió de su catre de guascas, al lado de Amoroso, aunque ladraron los perros porque nadie salió a acallarlos.

Y Flavia no vió la sombra en el bosque por lo que adquirió la certidumbre de que había sido él.

¿Por qué la espiaba? Tiempo hacía que observaba los modales del capataz. ¿Estaba enamorado, y creía tener derecho sobre ella? ¿Por qué, entonces, no hablaba?

¡Oh, si hubiera hablado! Una oleada de sangre le incendiaba el rostro. ¿Tan bajo había caído ella que infundía esperanzas hasta en Lázaro?

A veces le llegaba una vislumbre de aquella cruda verdad; sondeaba la deshonra en que vivía, pero aplazaba sus buenas resoluciones para tiempos que ella misma comprendía que no llegarían nunca. Porque nada bueno podía venir por caminos tortuosos y vedados.

Después de todo, ya que su destino parecía fijado y su amor era más fuerte que su pobre voluntad, ¿por qué, siendo libre como era, no abandonaba su casa y se iba con su antiguo novio? ¿Por qué éste no la hacía su esposa?

Aquí Flavia sentía como un obstáculo insalvable la voluntad de Camargo que se oponía sin darle razones.

¿Qué era? ¿Acaso no la amaba? Los ojos profundos y tristes que sorprendía en ocasiones mirándola como en éxtasis, le decían que sí; los brazos fuertes, que la alzaban con dulzura para que no la rozaran ni las espinas ni los guijarros, le decían también que sí; y aquel corazón que latía en el pecho de su amante con tan rudo golpe, parecía decirle lo mismo: que él la amaba cuanto era posible en su temperamento desigual y apasionado. ¿Por qué, pues, no se casaba con ella?

Alguna vez sospechó Flavia que estuviera casado con otra que aun vivía; mas si era así, ¿por qué todo el mundo lo ignoraba?

Cuando aquel pensamiento la acosaba más era cuando se sentía más encadenada a él, y entonces huía de toda alusión que pudiera echar luz sobre el horrendo secreto. Y cerraba los ojos para ignorar voluntariamente lo que pudiera ser verdad.

¡En qué miserias se había disuelto su voluntad!

Otras veces suponía que el solo obstáculo era el orgullo de Camargo, que no se resolvería nunca a hablar a don Jesús de Viscarra.

Cuando en sus reflexiones llegaba a ese punto, renacía en ella la esperanza y parecíale fácil allanar ella misma la dificultad y acudir a su hermano y confiarle su pesado secreto de amor y de culpa.

Pero cuando veía al austero señor de Viscarra, que era lleno de misericordia para juzgar a las gentes humildes y duro con los de su rango, porque debían dar los buenos ejemplos, su mísera energía era como una llama que se encendía en la noche y se extinguía al alba.

"¡Otro día será!", pensaba, con la amarga convicción de que nunca hallaría en su pobre alma la energía suficiente para humillarse y obtener la perfecta victoria sobre su propio orgullo.

Habían cesado por ese tiempo las pequeñas hostilidades de las gentes de la Cuesta contra los intereses del señor de Viscarra; pero siempre que Lázaro iba al pueblo, volvía con historias nuevas, jactancias de Camargo o comentarios de otras personas, que tendían a mantener latente la rivalidad.

Flavia temblaba cada vez que el capataz entraba al comedor a pedir órdenes.

Si ese día había andado por Cosquín, traía noticias que don Jesús escuchaba a disgusto y solamente porque no creyeran que se enfriaba la fe con que defendía sus derechos; y que Flavia oía con miedo de que alguna vez contuvieran alusiones a ella.

¿Era todo verdad lo que Lázaro contaba? ¿No ponía él, de su propia invención, algunas intrigas?

En vano Flavia interrogaba a Camargo sobre aquellas versiones. ¿Qué le importaban a ella los asuntos de los hombres?, solía replicarle él, que no siempre tenía conciencia de las cosas que decía, en las ocasiones en que abandonaba su casa y se marchaba a la villa, a divertirse en ruidosas francachelas.

Aquel invierno fué triste, por el frío excesivo y por la extraordinaria sequía que agostó los campos y cegó la mayor parte de las vertientes de la sierra.

Las vacas buscando agua, morían a centenares, empantanadas en las vecindades del río, sin fuerzas para llegar al monte, donde apenas quedaban sino churquis y carquejas.

Don Jesús diariamente recorría sus potreros haciendo cuerear a las que hallaba muertas, para aminorar un tanto el perjuicio.

Cuando iba solo, apeábase del caballo, desenvainaba el cuchillo, que portaba siempre a la cintura, y con una maestría no superada por ninguno de sus peones, desollaba al animal y abandonaba la carne a los caranchos, que se cernían en siniestras bandadas sobre el valle.

En los galpones de las casas se hacían altas pilas de cueros logrados así.

A veces no los traían los hombres de la estancia; era algún paisano de los alrededores que, habiendo encontrado el animal muerto, lo había desollado y venía a pedir la carne en cambio del servicio.

Don Jesús se resignaba fácilmente a aquella desolación, porque era un mal que sufrían con frecuencia todos los estancieros de la comarca, un mal que les parecía inevitable como un azote de Dios.

Así y todo, el señor de Viscarra era uno de los que menos perdía. En la Cuesta de Camargo, por ejemplo, los animales se pudrían con cuero, porque los peones, escasos, no tenían tiempo de realizar la faena de desollar a todos los que morían.

El arroyo de Valle Negro estaba reducido a un hilo de agua y en ciertos lugares la tierra de la orilla era un fango traidor que se extendía negro y suave como un raso, donde se veía la huella delicada de las perdices y a veces la profunda garra del león, impresa como una toma de posesión de aquella zona, en que había establecido su imperio.

Allí solían empantanarse las vacas, que, faltas de fuerzas para libertarse del lodazal, morían de inanición, o eran atacadas por la fiera, que las abría de un zarpazo, les devoraba los bofes y abandonaba a los caranchos la sangrienta carroña.

Cebado el león, ya no se satisfacía con los flacos animales que bajaban a beber, y empezó a atacar la majada que dormía en el corral, cerca de las casas, porque, a pesar de la escasez de pastos, las cabras manteníanse gordas y lucidas, comiendo los espinillos y las pencas.

Una mañana, cinco o seis amanecieron despanzurradas, y en las chacras de reserva, donde se guardaban algunos animales escogidos, hallaron carneada una hermosa potranca, flor de la caballada de don Jesús.

Debía de ser el león.

—¡Hay que matarlo! — dijo Lázaro; y al día siguiente, antes del alba, salió con Amoroso y dos perros baqueanos para seguir el rastro de la fiera, que de mil modos, volviendo sobre sus pasos y haciendo inverosímiles gambetas, sabía desorientar a sus perseguidores.

Esa noche el capataz se había acercado a Flavia.

—Le voy a trair el cuero de lión, niña, pa los pieses de la cama.

Amoroso oyó al capataz y volvió a sentir aquellos celos que lo atormentaban cuando su ama le anunció que Lázaro la espiaba.

Vióse el rastro del león cerca del río, hacia las cuevas. Dejaron los caballos, que no habrían podido avanzar entre las piedras, y siguieron a pie, detrás de los perros, que lo habían venteado y no tardaron en divisarlo.

Acorralado contra unos bloques lisos, era segura su muerte, pero se resguardaba en una anfractuosidad, y era menester aproximarse para poder apuntarle bien, a la cabeza, o mejor al codillo.

Lázaro pasó adelante, con su escopeta lista, pero antes de llegar apareció el león. Sus ojos soñolientos, dorados, con una estría negra, chispearon al verlo; castigó rudamente los flexibles flancos con la cola amarilla y buscó una escapada, mas al volverse recibió un tiro que lo enfureció.

—¡Mala puntería! — gritó Amoroso, que venía detrás, con el ojo avizor.

El segundo tiro de Lázaro no fué más certero, porque la fiera había dado un bote de costado; y al verse acorralada saltó sobre su atacante. Un perro le saltó al hocico y le hizo errar el golpe. Revolvióse el león y lo despanzurró de un zarpazo.

—¡Agora vos, Amoroso! ¡Tirale! — mandó Lázaro.

El peón tiró, aprovechando un momento de quietud de la fiera, que se respaldaba contra el peñasco, para hacer frente de nuevo, pero falló el tiro, lo que hizo volver la cabeza con ira al capataz.

—¡Le erraste de intento! — gritóle.

—¡Así ha 'e ser! — contestó tranquilamente Amoroso bajando su escopeta mientras el león saltaba sobre Lázaro, que había empuñado una daga, conservando el fusil descargado en la mano izquierda.

Fué un segundo decisivo; con extrema violencia encajó la culata del arma en las fauces abiertas del león, y con una certera puñalada le partió la garganta.

Los dos rodaron entre las piedras. Lázaro se levantó primero, sacudiéndose la sangre que le bañaba el rostro y el pecho.

—No me ha llegado la hora — dijo.

Amoroso miraba callado, y había una mala sombra en su cara. Tenía un último cartucho y apuntó al león, que se incorporaba en el fondo de la quebrada, hasta donde había rodado, mordiendo rabiosamente la escopeta de Lázaro.

—¡No le tirés! — gritóle éste —, ¿no ves que agora está herido de muerte? ¡Pudiste aprovechar antes el cartucho!

Amoroso bajó de nuevo el arma, seguido en sus gestos por la mirada hostil del capataz, que se aproximó, daga en mano, al sitio donde el león daba sus postreros zarpazos.

Recibió una segunda puñalada y se abatió en un lago de sangre, resollando por la degolladura.

Lázaro recogió su escopeta y cautelosamente acomodó el cuerpo de la fiera, para cuerearlo, y como quedara inmóvil empezó a abrirlo sin que Amoroso lo ayudara.

Este permanecía quieto, recostado contra una piedra, sin hacer un comentario. ¿Qué ideas fermentaban en su oscuro cerebro? ¿Qué odios o qué amores y qué penas nacían y morían en aquel corazón, que nadie consultaba?

Regresaron al mediodía, y Lázaro, sin jactancia, como si hubiera sido una fácil proeza, arrojó su trofeo sangriento a los pies de Flavia, que lo examinó con curiosidad y cierta complacencia.

Don Jesús miraba la escopeta del capataz, en cuya culata se veía la huella de los formidables colmillos del león.

—¿Quién ha hecho esto?

—Lo hizo el lión.

—¿Cómo lo mataste?

—Lo maté a daga.

El señor de Viscarra tendió la mano a Lázaro, comprendiendo por la breve respuesta todo el peligro de la jornada.

Un relámpago de orgullo lució en los ojos del paisano, que miró a Flavia, al estrechar aquella mano de su raza que se tendía a él. Pero duró menos de un segundo; porque al instante volvió a ser el siervo dócil y callado que todos conocían.

¿Podía el de Viscarra haber leído en aquella chispa fugaz la pasión de aquel hombre que aguardaba su hora, tranquilamente, al igual que un león que aguarda la presa que algún día ha de pasar ante él?

Solamente Amoroso, que de lejos contemplaba la escena, como un perro que cuida a su dueño, se estremeció, husmeando un lejano peligro; pero en su alma sin luz se confundían todas las sensaciones.

La primavera fué lluviosa, y en el mes de noviembre ya los campos se hallaban cubiertos de pastizales de un verde profundo.

En todos los rincones de la sierra donde había un ranchito pintábase el cuadro alegre de los maizales erguidos y de los rastreros zapallares, prometiendo a los sobrios moradores de la sierra un verano feliz.

Pero antes de que el maíz "muñequeara", un viento cálido del norte trajo una inmensa manga de langosta, que en una sola noche no dejó ni sobre los árboles donde se apiñaba en voraces racimos ni sobre la tierra que cubrió en un viviente y espeso tapiz, de acre olor, una sola hoja verde.

Cuando el sol del siguiente día calentó el aire, la terrible plaga emprendió el vuelo hacia otras regiones.

Don Jesús había logrado salvar su huerta y el alfalfar desparramando en ellos una caterva de muchachos que se pasaron toda la tarde haciendo bulla con tarros de lata, para impedir que se posara la langosta o ahuyentar la que ya se había asentado.

Pero todo el resto del valle quedó asolado como en mitad del invierno.

—Hasta los cocos se han comido — dijo el capataz a don Jesús, que a caballo recorría sus chacras.

—Lo que más siento — respondióle él — es que la sequía del invierno y esta manga de langosta van a servir durante años de excelente pretexto para que los paisanos de la sierra sigan siendo holgazanes.

Lázaro se encogió de hombros; era verdad, pero, ¿quién podía evitarlo, si por una u otra razón se perdían siempre las cosechas?

Don Jesús vió la respuesta en la mirada del peón, llena de fatalismo, y decidido a predicar con el ejemplo, ese mismo día mandó uncir los bueyes para que de nuevo arasen las chacras y resembrasen el maíz perdido.

Esa noche, en la mesa, dijo:

—El domingo que viene serán los premios de Gracián. Ha salido bien, y yo iré a verlo. El martes estaremos aquí.

Mirra, que aguardaba aquel anuncio desde que la primavera hiciera florecer los duraznos, se sintió conmovida.

Y Flavia quedóse tejiendo en su imaginación una intriga que podía resolver en parte su interno problema.

Empezaba a sentir que Camargo se alejaba de ella, y comprendía que hoy o mañana tal cosa vendría, como nueva y terrible expiación.

La venida de Gracián le sugirió otra vez el pensamiento que tuvo cuando lo vió llegar la primera vez, en el verano anterior.

Si volvía a Valle Negro todos los años, y si conocía a su hija, y si no le contagiaban el odio de familia que animaba a los unos contra los otros, podría amarla y casarse con ella, y acercarla de ese modo a su pobre madre.

Cuando esa noche se fueron a dormir, Mirra, ante el valle espeso de sombras, pensó que a la venida de Gracián tendrían luna llena.

Y como las lluvias habían lavado los campos, las viejas montañas que él ya amaba se habrían vestido de flores nuevas.

IX

EL SECRETO DE LAZARO

—Ya viene el sur toreando al norte — dijo la vieja cocinera asomándose a la ventanita que daba hacia el campo.

Todo el día había soplado un cálido viento del norte, y al anochecer se cubrió el cielo de gruesas nubes que el viento sur arreaba de la sombría cordillera de Achala.

—¡Quiera Dios y María Santísima que el sur traiga agua! — respondió una mujercilla flaca, negruzca, de edad indefinible, que, sentada sobre un mortero tumbado, fumaba cigarros de chala, mientras vigilaba una olla enorme en que se derretían las pellas de sebo de la última carneada.

De cuando en cuando empuñaba una espumadera y la sumergía en el hirviente líquido. Revolvía un poco, la retiraba para que se escurriera el sebo fundido, y de un golpe volcaba en un plato de peltre los sabrosos chicharrones crepitantes.

Se aguardaba la venida de don Jesús con el niño, recién salido del colegio, y Mirra quería recibirlo con aquel manjar, y por su cuenta y riesgo había mandado llamar a una de las tantas mujeres de la vecindad, para que fundiera el sebo.

Pronto comenzaron a caer gruesas gotas, que sonaban como piedritas en el techo de zinc del galpón.

—Esta agua es una maravilla — dijo Tránsito, contemplando los montes del sur que se iban envolviendo en la malla de la lluvia —. Así se limpian los pastos de baba de langosta y se levanta el maicito que ha sembrado el señor.

—¡Amalaya! ¡Si no juera por él, qué seriya de nosotros los pobres!

Tránsito la miró con dureza. No le gustaban las caridades del patrón, ejercitadas con aquella gentuza haragana y manirrota, que no

sabía ganar y que cuando por acaso cobraba algo, no sabía gastar, y despilfarraba su poco dinero.

—¿Por qué me mira, ña Tránsito? ¿No digo la verdad?

—¡Qué no ha 'e decir! Si eso mismo pienso yo. ¿Qué seriya de ustedes si el señor no sembrara y no cosechara?, porque pa lo que siembran ustedes...

Arreció el agua, con grandes truenos que parecían desprenderse de lo alto de las montañas y rodar cuesta abajo, y entró Lázaro a guarecerse en la cocina, y luego otro peón, y dos o tres perros, que se sacudieron violentamente, rociando a la cocinera.

—¡Habráse visto! ¡Canallas!, ¡juera!

Pero los canes se escondieron debajo del fogón, donde ya estaba acurrucada la perrilla "Diamela", cuzquita lanuda de Tránsito, "buena para los zorros".

Lázaro saludó entre dientes y se sentó sobre su apero, que acababa de bajar del caballo. El otro peón, hombre de alguna edad, serio y callado, se quedó a la puerta, de pie, mirando el agua, que se desplomaba en sábanas inmensas.

En ese momento llegó Mirra, cubierta la cabeza y la espalda con una bolsa doblada como un capuchón, descalza y el pelo mojado sobre la frente.

—Lázaro — dijo impetuosamente —, ¿vendrá esta noche papá?

El capataz miró el cielo y respondió moviendo la cabeza:

—Arriesgao a que no venga, niña.

—¿Te parece que seguirá lloviendo fuerte?

—No ha 'e llover nada muy poco — afirmó él, con los habituales términos vagos de los campesinos.

—¿Y crecerá el río, si llueve así?

—Si llueve en la sierra, niña, es muy propenso a que aumente.

Las gentes de por allí designaban con el nombre de "la sierra" a la cordillera de Achala, donde nacían casi todos los ríos que regaban el valle.

Después de pensarlo un poco, Lázaro agregó:

—Pero no ha 'e crecer tuaviya. Las crecientes de la sierra tardan algo. Recién mañana será.

—Y esta noche — interrogó con ansiedad Mirra —, ¿hallarán paso, si vienen?

—Han de hallarlo, niña, si lo buscan; pero no ha 'e estar nada muy fácil; la lluvia ha sido juertecita, y cuando lleguen a la otra banda, ya el riyo ha de haber tomado mucha agua de aquí, cerquita no más.

—¿No sería bueno avisarles que no vengan?

El capataz echó una ojeada a la tormenta, que se anunciaba duradera, y dijo:

—El señor sabe tanto como nosotros, o más.

—Pero si no ha llovido en Cosquín, la tormenta puede tomarlos en el camino.

—Amoroso, que fué en su busca, les ha de haber contado que aquí amenazaba el tiempo.

Con aquellas vagas noticias que apenas podían tranquilizarla, Mirra se acercó a la olla del chicharrón, eligió dos o tres granos de los más tostados y los pulverizó con sus pequeños dientes; pero no tenía gusto para nada, y volvió a cruzar el patio, sin miedo a la lluvia ni al barro.

—La niña está inquieta — dijo la mujer que atendía la olla.

—Y tiene que estarlo — observó la cocinera —. No es muy güenito el riyo Yuspe pa cruzarlo con tiempo como éste, más que todo por estos lugares, donde no se ven llegar las crecientes, que un redepente se echan encima de uno.

—Dicen que don Pablo, en vida del finau su pagre, hubo de augarse pasando este riyo; lo agarró la punta de la creciente y lo guastó contra las piegras. Perdió el caballo, pero él se escapó.

—¿Qué don Pablo? — interrogó Tránsito, parada en medio de la cocina, con los brazos en jarras, como esperando la respuesta.

—Don Pablo Camargo...

—¡Psiii! Más le valiera haberse augado en aquella ocasión. ¡Gran cosa lo que perdieron los pescaus del dique!

—¡Jesús, comagre! ¡Eso no es de güena cristiana!

—¡Así ha 'e ser! El que no es güen cristiano es él, que no vive como Dios manda...

—¿Y usté qué sabe, ña Tránsito?

—Todo se sabe, hija. Sólo lo que no se hace no se sabe. Donde se priende juego, se ve la humadera.

—Vive solo, con la niña y la sirvienta que la crivó. ¿Hay algo de malo en eso?

Tránsito fué a hablar, pero se encontró con los ojos de Lázaro, que la miraba con fijeza, temeroso de alguna indiscreción, si es que la vieja había llegado a sospechar lo que él sabía.

—¿Qué sabe usted? — repitió la mujer, que estaba grata a Camargo por algunas raras mercedes, pero que, sobre todo, quería tirarle de la lengua para atrapar noticias.

Lázaro mismo quiso aclarar qué sabía Tránsito, y dijo entornando los ojos, para quitarle intención a su palabra:

—No todo lo que se comenta ha 'e ser cierto. ¿Qué li han relatau a usté, ña Tránsito?

La vieja se volvió a él, y le descerrajó a quemarropa:

—¡Que vos andás celoso de él!

El capataz se quedó frío, y, sintiendo las miradas interrogadoras de la mujer, llenas de curiosidad, contestó con la mayor calma que pudo simular:

—¡Vaya con lo que me han levantao!

—Vos dirás si es verdad o embuste.

—¡Qué quiere que diga yo, mi vieja! Usté que inventa las noticias, sabrá qué jundamentos tienen.

Lo dijo poniéndose de pie, como para marcharse, porque el agua escampaba y tenía algo que hacer afuera; pero la cocinera se le cruzó por delante.

—¡Oiga, mi niño! — le observó —. Yo no invento, y usté lo sabe mejor que naide; yo recojo lo que otros dicen, y eso se murmura por ahí, que usté anda celándolo a don Pablo...

—¿Y por quién será? — se atrevió a preguntar Lázaro, con la esperanza de que la vieja siguiera alguna pista falsa.

—¡Vos sabrás! — le contestó Tránsito con gesto indiferente, y agregó, soltando una maliciosa carcajada —: ¡Dicen que por el alma de la virreina, que los dos cortejan!

Lázaro percibió toda la intención de la respuesta y se echó afuera apretando los puños con rabia, que fué a desahogar contra unos perros guarecidos en el galpón, a los que arrojó a guascazos de allí. Al sentir los gritos de los canes maltratados, la mujer que hacía el chicharrón dijo sonriendo:

—Parece que lo ha herido en l'ala al mocito.

Pero Tránsito no respondió ni quiso aclarar el sentido de sus frases. "Los cueros, pensaba, se estaquean en casa".

Lázaro sentíase amenazado y descubierto. Sin haber logrado averiguar a punto fijo qué sabía ni qué ignoraba la vieja, no dudaba ya de que le seguía el rastro, por más disimulo que él pusiera en esconder sus andanzas.

Hacía tiempo, en verdad, había anidado en su corazón un sentimiento descabellado, que ahora lo dominaba enteramente.

¿Cómo él, que sabía lo que era la familia de los Viscarra y lo que era su propia casta humilde, aclarada la tez por algunas cruzas accidentales, pudo enamorarse de Flavia de Viscarra?

No lo comprendía él mismo; pero el largo camino por donde llegó a ello estaba marcado por mil incidentes de los que unos preparaban a los otros, formando una cadena de sucesos explicables y lógicos.

Primero fué la admiración, que no era dueño de evitar, ante aquella hermosa mujer que un día llegó a Valle Negro. Después fué el interés que inspiraba su tristeza y el silencio que se hacía alrededor de su vida. La misma Flavia, en alguna ocasión, halagó al mozo, buscando un aliado para atraer a su hija, y eso encendió una confusa ilusión en Lázaro, que ignoraba sus motivos.

No habría podido decir todo lo que esperaba; mas tenía una indomable paciencia y dejaba correr el tiempo, como un río que había de llevarlos hacia un mismo destino. Era fatalista, y pensaba que todos los pasos de los hombres, los de él como los de ella, estaban medidos de antemano.

Y, por último, fué una insensata esperanza que nació en él cuando descubrió toda la desventura de ella.

Flavia, sintiéndose perseguida por sus sospechas, y sin adivinar que lo movía el amor, se volvió altanera con él, mas no logró ahuyentarlo con eso, porque era tarde ya para detener el torrente que lo arrastraba y en que se confundían todas las pasiones.

Por el contrario, cada humillación que le infligía, exasperaba en él la voluntad de persistir, porque sólo al final estaría su premio y su venganza.

Sólo cuidaba de que nadie sospechara su amor, que habría sido un agravio para la dignidad del señor de Viscarra. Y esa misma conciencia que él tenía de la bajeza de su condición, engendraba un indómito deseo de triunfar sobre los que lo habrían humillado si hubieran sabido lo que ocurría.

Imaginábase la ira de su agraviado señor, y el orgullo de Lázaro se rebelaba ante la sola idea de que don Jesús pudiera maltratarlo con alguna alusión a su sangre o a su raza o a lo que él no podía cambiar, y de lo cual no tenía la culpa.

Por eso guardaba su secreto y sus propósitos, y por eso, cuando tuvo la evidencia de los encuentros de Flavia con Camargo no sintió pena, pues creyó que eso, en vez de alejársela, se la acercaba, y era además un arma con que se defendería si algún día el amo llegaba a ultrajarle.

La soberbia de Flavia parecía más bien haber crecido contra él. Pero, ¿en qué la fundaba? ¿Qué podía esperar ella, que había descendido tanto?

A veces a Lázaro se le agotaba la paciencia y sentía en la carne vil la quemadura de los celos. Y era en días tales cuando la espiaba, ansioso de hablarla, para decirle que conocía su historia y hacerla sufrir por lo que él sufría, y tímido a la vez, porque presentía una humillación más, viéndose siempre a inmensa distancia de ella.

Rumiando esos lancinantes pensamientos se alejó de la cocina, donde la vieja Tránsito revolvía sus guisos y sus chismes, y se refugió en el galpón y permaneció un rato, sentado sobre unas caronas, la cabeza gacha, rayando el suelo con una astilla, cuando llegó Flavia en su busca.

Ella nunca le hablaba, si no era para censurarlo con desdén y acritud y, a pesar de eso, a él le gustaba verla.

Se levantó del asiento y se quitó el sombrero y esperó sus palabras.

—¡Lázaro!

La voz de ella no era dura como de costumbre, y su frialdad habitual había desaparecido. Estaba inquieta, y en sus ojos, dolientes y magníficos, se traslucía el alma torturada.

—¿Qué dice, niña Flavia? — interrogó él bajando la vista después de arrojarle una fugaz mirada.

—¿Conocés a la Victoria?

El capataz pensó un momento.

—¿Es la hija de don Pablo Camargo?

—Sí; ¿la conocés?

—Alguna vez l'hi de haber visto.

La agitación de Flavia se acrecentó. ¿No era una verdadera locura ir a Lázaro, tan luego a Lázaro, a hablarle de eso?

Había vuelto a atormentarla el deseo de ver a su hija. Así le ocurría siempre que Camargo se alejaba de ella, presa de alguno de sus accesos de misantropía, que lo hacían huir de sus

conocidos y encerrarse como una fiera en su casa. Desde algún tiempo atrás no iba al valle, y su ausencia, que en un principio causó en Flavia una horrible angustia, encendióle de nuevo el santo amor a la desconocida chicuela.

Y no podía aguardar más. Cualquier castigo que le impusieran las gentes, severas con los pecados ajenos, sería mucho menos que aquel dolor sin término dolor de ignorar cómo hablaba, cómo miraba, cómo vivía su hija. Por eso, resuelta a todo, y ya que Amoroso no estaba ni podía servirle en eso, iba a Lázaro, cierta de que él haría cuanto ella le pidiera.

—¿La conocés, entonces?

—Es como la niña Mirra — contestó el capataz, que se atrevió a mirar de cerca a la hermosa mujer, chocándole por primera vez algún rasgo de extraordinario parecido entre Flavia y la hija de Camargo, cuyo recuerdo evocaba.

—¿Sabés quién es la madre de la Victoria? — preguntaba Flavia, fijando sus ojos ansiosos en la cara nublada del paisano, y resuelta a averiguar lo que él supiera de ella.

Pero Lázaro, como todos, ignoraba en absoluto aquella vieja historia, y contestó con naturalidad:

—No, niña; no han de ser muchos los que puedan darle un contesto.

—¿Por qué?

—¿Quién conoce la vida de don Pablo?

Lo dijo sin intención, pero una oleada de sangre animó el rostro de Flavia.

—Dicen que es linda la niña. Yo quisiera conocerla — agregó con suma audacia para despistar a Lázaro —; dicen que tiene mis ojos...

Lázaro volvió a mirarla con adoración, y ella se sonrió.

—¿Me ves bien?

—Sí, niña Flavia...

Fué a decir algo más, pero el corazón le faltó y se quedó callado.

—¿Te acordás de los ojos de la Victoria? ¿Se parecen de veras a los míos?

—No me recuerdo, niña.

—Bueno; yo querría conocerla; ¿serías capaz de traérmela hasta el cerco, alguna vez?

Lázaro, sin comprender aquel capricho, asintió. Era una dicha para él poder complacerla y ser premiado con alguna buena palabra. Había visto a menudo a la niña de Camargo cabalgando por las lomas, sola siempre, y, si bien pocas veces la habló, ella lo conocía y no se negaría a andar un trecho con él, que buscaría alguna historia para interesarla.

—¿No debe saber la niña quién la llama? — preguntó.

—¡No! — dijo Flavia —, ni ella ni nadie. Por eso te busco a vos, Lázaro, y no me fío de Amoroso. Ni ella ni nadie; es un capricho y nada más.

Lázaro se quedó pensando qué motivos podía tener para hacerle tal pedido, mientras ella, para disimular su intranquilidad, comenzó a recorrer el galpón, donde se amontonaban los aperos de labranza y en cuyos rincones había cluecas empollando.

—¿Pa cuándo quiere verla?

Flavia, que se alejaba, se detuvo y aún se volvió. Sentíase presa de una inmensa ternura. ¿Qué no haría por quien le hiciera conocer a su hija?

Lázaro se estremeció al verla así, sin comprender los motivos de la emoción de ella, y repitió su pregunta:

—¿Cuándo quiere verla?

—Dicen que no está Camargo — observó ella con voz tranquila.

—Así dicen; falta hace días de la casa, y parece...

—Parece ¿qué?

—Parece que naide sabe p'ande agarró.

Flavia se encogió de hombros, indiferente en realidad a aquella noticia.

—Cualquier día de éstos, y si es antes de que venga su padre, mejor, quisiera conocerla. Mirra la podría llamar, pero se han peleado. Que tampoco ella, ni Gracián, ni mi hermano, ni nadie!, sepan mi capricho. ¡Vos solo, Lázaro! Yo iré todas las mañanas y todas las tardes a la huerta. Cuando te vea pasar me acercaré a vos y me dirás si viene...

Y salió, dejándolo confundido por la vehemencia con que le habló. "Vos solo, Lázaro!", le había dicho, y esas palabras le agitaban el corazón. ¿Llegaban ya los tiempos que él presentía oscuramente?

Cuando ella se fué, él asomó la cabeza y vió en la cocina a la vieja Tránsito, que lo miraba. Pero no había ninguna malicia en su ancha cara, llena de arruguitas que se ahondaban con su risa bonachona; no obstante lo cual, desagradóle que otros hubieran visto a Flavia conversando a solas con él.

Mas quedábale en el fondo del alma una desacostumbrada dulzura.

La lluvia, que iba escampando, arreció nuevamente; pronto fué completa la negrura del cielo, que envolvía toda la sierra en una tiniebla tormentosa.

—Vo'a tener que hacer noche aquí — dijo la mujer que cuidaba el chicharrón.

Tránsito no contestó; fastidiábala todo favor que se hacía a las gentes de aquellos lugares, porque, según decía, "se cebaban" y se volvían insaciables.

—¿No le parece, ña Tránsito? — insistió la otra, agachándose sobre las brasas para encender otro cigarro.

—¡Cómo no!, ¡quedate!; en tu casa no te han de echar de menos. ¿Ande has d'ir que más valgás y menos gastés?...

La mujer se echó a reír con socarronería.

—¿Habrá cama? — preguntó luego.

—Ahí está la de Amoroso en el galpón.

—¿Y no dicen que agora no más llega?

—¡Y qué te importa!, ¡mejor!; tiene el sueño pesado, y ha 'e venir con friyo...

Cerrada la noche, Mirra hizo poner una luz en la galería, para guiar a su padre, aunque no la necesitaba un hombre como don Jesús, que podía recorrer la sierra con los ojos vendados.

Llegaron a las diez, bajo un diluvio que había transformado en torrentes todos los senderos, y dando gracias a Dios porque en el vado del río el agua no pasó del "encuentro" de los caballos.

Fué una aventura peligrosa y afortunada, porque en la fuerza de la corriente, si los caballos hubieran errado pie, se habrían estrellado con sus jinetes contra las temibles rocas del cauce.

Pero ya estaban allí, desembozándose de su grueso poncho de lana don Jesús, y sacudiéndose como un perrillo Gracián, en cuyos ojos chispeaba la alegría de la jornada, mientras en los de Mirra brillaba la luz suave y profunda de la dicha.

X

¡TU MADRE SOY YO!

—¡Señor, Señor! — clamó el espíritu acongojado de Flavia ante aquel dolor inesperado.

Había pensado tanto en su hija, había acariciado tanto la ilusión de conocerla para hacerse amar de ella, que acabó por creer que todo eso ocurriría y que el amor a la niña le devolvería las fuerzas para el bien, que le faltaban.

Pero he aquí que Lázaro volvía de la Cuesta con un mensaje de la Victoria:

—"¡Yo no quiero saber nada con los del Valle Negro! ¿No te han dicho a vos, Lázaro, que esa tierra es de papá?"

El capataz se había sonreído viendo el furor de la hija de Camargo, contagiada por la pasión de su padre.

Allí se había plantado, al borde del camino, de pie, junto a él, que le hablaba desde el caballo. El paisano la miraba con curiosidad y con agrado, aunque veía llamear en sus ojos, hermosos como los que a él le quitaban el sueño, el mismo fulgor implacable que ardía en los de Flavia.

—¡Cómo se le parece! — pensó Lázaro entristecido.

Quiso entonces tentar la curiosidad de la chicuela.

—Hay una persona que la quiere conocer, niña Victoria.

—¿Quién es? — interrogó ella con ímpetu.

—La niña Flavia, que nunca la ha visto...

No acabó la frase, porque Victoria levantó los puños y sacudió la cabeza desmelenada, como si cada uno de sus rubios cabellos se inflamara en su furia.

—¡Ella! ¡La Flavia! ¡Ah, no! ¡Decile, Lázaro, que no quiero verla, porque por ella han entrado en casa todas las desgracias, y por culpa de ella se fué mi madre!

Lázaro, sorprendido y desorientado por esa declaración e ignorando qué parte de la verdad podía tener, la dejó ir sin hacer un gesto para detenerla y regresó al lugar escondido de la huerta donde lo aguardaba Flavia impaciente y enternecida.

—¡Dios mío, viene solo! — se dijo ella al verle llegar, y escuchó su relato con imponderable angustia, procurando disimular aquella pena que sólo Dios podía medir.

Se quedó allí un rato después que Lázaro se fué, y no bien sintió apagarse el rumor de sus pisadas y vió desaparecer su silueta entre los árboles, se echó a llorar.

—¡Señor, Señor! ¿No tengo salvación entonces?

Oyó el ruido de una rama que se rompía y alzó la cara llorosa, avergonzada de que alguien pudiera sorprenderla en tal sitio, y vió a Mirra que huía, con el delantal lleno de flores, y a Gracián, parado, mirándola.

—Gracián, ¿por qué dispara ésa?

El muchacho se le acercó. Tenía un nido en la mano y lo dejó caer y se echó en los brazos de Flavia, conmovido, sin explicarse cómo llegaban hasta él las penas secretas de ella.

—¿Por qué llora? — le dijo, besándola.

—¡No lloro!

—¡Sí! Tiene lágrimas, ¿no ve?, tiene lágrimas — y Gracián le mostraba su propia frente mojada con el llanto de ella.

—¿Te apena verme llorar?

—¡Oh, sí! ¿Por qué llora? ¿Está enferma?

Flavia besó al muchacho sin responderle y se incorporó, enjugándose los ojos para marcharse.

—¿Vos no llorás nunca, Gracián?

—¿Yo? — preguntó él, sorprendido; y se acordó de que en el colegio lloró pensando en Mirra, pero no lo confesó. Dijo simplemente: — ¡No! ¡Los hombres no lloran!

Flavia sonrió y volvió a sentarse, columbrando a través de los árboles el blanco vestido de Mirra, que esperaba a Gracián.

Lo dejó irse, y ella se quedó pensando en aquella curiosa amistad. ¿Qué podría ser eso con los años? ¿Amor? Y se llenó de nuevas tristezas, porque si ocurría que Gracián se enamoraba de su sobrina, su ilusión de hacerlo casar con Victoria, para acercarse por él a su hija, se disipaba como tantas otras.

Gracián llegó adonde lo aguardaba Mirra.

—¿Qué te ha dicho Flavia? — le preguntó intrigada y celosa.

—¡Nada! — contestó el muchacho, mintiendo, porque tenía vergüenza de explicar su afecto a la pobre mujer.

—¿Por qué lloraba, entonces?

—Está enferma...

Mirra movió la cabeza y se alejó, resentida de que su amigo le ocultara los secretos de Flavia.

Esta se quedó en el campo, viendo correr la hora triste del crepúsculo, que iba llenando de sombras las montañas.

En esos últimos días, aprovechando la ausencia de Camargo, había andado con frecuencia por allí, animándose a desafiar las sospechas de los que en la casa espiaban sus pasos.

Sólo vivía ya por la ilusión de conocer a Victoria, y empezaba a odiar a los que le dificultaban sus salidas o sus andanzas. Y he aquí que cuando la ocasión parecía propicia como nunca, porque ese día estaba también ausente el señor de Viscarra, tropezaba con la voluntad indomable y hostil de la muchacha, que veía un enemigo en cada uno de los habitantes del valle.

Mañana o pasado, un día u otro, volvería Camargo a su casa de la Cuesta, y ya no podría ella aproximarse con la misma libertad a aquellos lugares.

Regresó Flavia de la huerta cuando la noche ganaba los caminos. Al rumor de sus pasos callaban las ranas en la acequia y en el fondo del agua lucían las estrellas como monedas de oro.

El dueño de Valle Negro había vuelto, y como eran las ocho, aguardaba en el comedor a su hermana, que llegó inquieta, con una brazada de choclos cortados aprisa en el maizal, para justificar su retardo.

—Son para asarlos mañana — murmuró —. Así les gustan a los chicos.

Mirra la observaba, buscando en su rostro las señales del llanto reciente.

El señor de Viscarra, que acababa de leer su correspondencia, dijo:

—Se ha fallado el pleito en primera instancia.

Todos supieron a qué pleito se refería. El agregó:

—Lo he ganado yo, como era natural, con costas.

Después de un momento de silencio, volvió a hablar:

—Dios me ayuda y debo darle gracias. Mañana, domingo, iremos los niños y yo a oír misa en Cosquín, y a comulgar. Es claro que por la distancia a que estamos no nos obliga el precepto de la Iglesia a oír misa los domingos y días de fiesta. Pero el servicio de Dios debe hacerse aún a costa de algún sacrificio. Vivimos en el mundo haciendo esfuerzos más costosos por cosas que menos valen.

Siguió hablando con su habitual discreción, sin preocuparse mucho de que le atendieran o no, y al parecer por el solo gusto de explayar sus reposados pensamientos.

Flavia oyó que dijo "los niños y yo" y alegróse de que no la incluyera a ella en el paseo.

¿Con qué corazón podría ir a la iglesia? ¿Con qué espíritu de arrepentimiento y con qué propósito entraría en la casa de Dios a comulgar?... Temblaba de imaginar lo que habría hecho si su hermano hubiera dispuesto el viaje también para ella.

Al día siguiente, muy al alba, el señor de Viscarra despertó a los niños. Ya los caballos estaban prontos. Mirra iría en el doradillo, que le cedía su padre, por ser de más confianza, mientras él montaba una hermosa mula baya.

Una gran alegría fué para los dos muchachos partir al trote, cabalgando a la par; Gracián, con su gorra de colegio y un traje de brin; Mirra, con blusa blanca y pollera de montar, que la cubría hasta los pies, dándole aires de señorita.

Flavia los siguió largo rato con la vista, entristecida porque de nuevo la asaltaba el pensamiento de aquel amor naciente y fatal que estorbaba sus planes.

Lázaro, que estando ella sola, pocas veces llegaba a la galería, se le arrimó y le dijo:

—Parece que hasta la noche no vendrán. Eso es güeno, porque agora podrá ver a la niña Victoria...

—¿Cómo? ¿No te ha dicho que no quiere verse conmigo?

—Yo hi dado con lo que ha de atrairla — respondió tranquilamente el capataz.

Flavia juntó las manos en un involuntario gesto de súplica.

Lázaro arrugó el entrecejo, intrigado ante aquella actitud.

—¿Podrás? ¿Podrás, de veras, atraerla? ¡Si vieras, Lázaro...!

Comprendió que la comprometía su vehemencia y, fingiendo una carcajada, exclamó:

—¡Qué loquita! Si vieras, Lázaro; después de lo que te he dicho, tengo más curiosidad de conocerla.

El no respondió; tenía deseos de seguir hablando con ella, pero no sabía qué decir; le faltaba voz y le faltaban las palabras.

Flavia agregó, retirándose a su pieza, porque vió venir a Amoroso:

—¡Qué ridícula historia ésa que te contó! Yo no he conocido a su madre; ¿por qué habrá dicho eso?

El capataz se cruzó en el patio con el peón de Flavia, mas no quiso mirarlo por no encontrarse con sus ojos enrojecidos por el insomnio o por el llanto. ¿Quién podía contar



"Llevaban aquellos cuentos al señor de Viscarra, que fruncía el ceño y quedaba caviloso, porque creía en Dios, pero no creía en los ánimas que anduvieran por los montes asustando a los vivos..."

las cosas que pasaban en el alma de aquel hombre?

Más tarde ensilló su caballo, silbó a los perros, como si fuera a recorrer el campo, y se fué hacia la Cuesta en busca de la hija de Camargo, que a esas horas solía andar libre como el espíritu de la montaña.

Bajó de la Cuesta al monte donde los molles crecían tupidos sirviendo de refugio a las haciendas ariscas, dió casi la vuelta al campo de Camargo, mas no halló a la que buscaba, y al mediodía regresó fastidiado por no haber cumplido su promesa.

Se encontró con Flavia, que acechaba su vuelta.

—No la hi visto hoy, niña — le dijo el capataz —; pero a la tarde será casi seguro.

Flavia recibió un consuelo con estas palabras, porque al verle venir solo creyó en un nuevo rechazo.

A la hora de la siesta partió de nuevo Lázaro, y Flavia envió a Amoroso con un recado cualquiera a un sitio de donde no pudiera regresar sino entrada la noche.

Un momento se quedó sola en la galería de la gran casa, cuyo silencio sólo turbaba el arrullo de las palomas en el tejado o el apacible susurro de sus vuelos.

Tránsito y Pastora dormían.

Incapaz de aguardar más tiempo, salió. Sentía la misma angustia de las primeras noches en que acudió a las citas de Camargo. ¿Iría su hija? ¿La verían otros ojos que ella no sospechaba y que adivinarían su historia?

Aprisa, hostigada por su propia ansiedad, cruzó el patio, que reverberaba bajo la violenta luz del sol.

Cuando hubo recorrido un centenar de pasos entre los sauces, se detuvo. De las casas apenas se veían las tejas de la cumbrera. Por allí podía acercarse sin ser vista al lugar desde donde esperaría la vuelta de Lázaro.

Se apretaba el pecho para aquietar los latidos dolorosos de su corazón. ¿La vería, por fin, esa tarde?



Atisbando hacia una y otra parte, cruzó el maizal vibrante y sonoro que al sol de la tarde tenía reflejos plateados y se hundió en la sombría paz de la huerta.

Se divisaba desde allí la Cuesta y un rincón de Valle Negro, y Flavia contemplaba ese paisaje habitual y lo desconocía.

Estaba desorientada, y a ratos no sabía decirse a sí misma qué iba buscando ni qué pensaba hallar.

Como en una marea que sube, ganando la altura, iba anegándose en las viejas memorias de su vida. ¿Por qué no le tendieron una mano cuando fué a caer? ¿Por qué no hubo una voz que le advirtiera el calvario a que ella misma se condenaba?

¿Y por qué cuando su falta no tuvo remedio no la confesó? ¿Por qué prefirió salvar su orgullo, perdiendo a su hija?

¡Ah, si la hubiera guardado consigo!... Ella habría sido su fuerza, su virtud, la luz de su vida. ¿Qué valía, comparado con la dicha de tenerla, el juicio de las gentes implacables y egoístas?

Sólo una vez la vió, de recién nacida; pero no sintió amor. Al contrario, pareciéndole que en ella se condensaba toda su deshonra, la odió y la alejó sin pena.

¡Era su hija de doce años ahora, y no le había dado un solo beso!

Lázaro tenía su plan. El día antes encontró a la chicuela siguiendo en una quebrada el vuelo de una avispa, que había de indicarle el lugar donde estaba una lechiguana.

—¿Le gusta mucho la miel, niña Victoria? —le preguntó él, y habiéndole ella respondido que sí, le prometió buscar lechiguanas en el monte y avisarle para que las sacaran juntos.

Si ahora la encontraba, la llevaría hasta un frondoso tala, de tronco hendido, cercano a la pilca.

Silvestres abejas habían labrado allí una colmena, que ya debía estar buena para sacarse.

Andando sin prisa, según andan siempre los campesinos, por su larga costumbre de ahorrar fuerzas al caballo, encontró a la niña jugando en el "cometierra".

Llamaban así a una pequeña barranca, de paredes amarillas, que lamían las vacas, ávidas de salitre, formando en la greda innumerables concavidades redondas.

Sobre el borde crecían unas enredaderas que caían en guirnaldas, esmaltadas de florecillas como cálices, de maravillosa blancura, en cuyo fondo reposaba una fresca gota de miel.

Victoria, encaramada sobre el lomo de una burra mansa y cavilosa, arrancaba las flores y las chupaba, mirando primero si en el fondo del cucurucho no se escondía alguna avispa, y las enhebraba después para hacer una corona con que engalanar el pobre testuz de su bestia.

El capataz de Valle Negro descendió hasta el cometierra y silbó para llamar la atención de la niña. Esta, de un salto, se bajó de la burra y se acercó al intruso.

—Parece que vos, Lázaro, no conocés los linderos del campo — le dijo con artificiosa aspereza.

—¿Por qué, niña?

—Porque sin pedir permiso te metés en los cercos ajenos...

—Ando en busca de una oveja que se me ha extraviado. ¿No la habrá visto usté, niña Victoria?

—Por aquí no andan nunca tus ovejas, vos lo sabés, Lázaro.

—Una oveja "chupina", con una cría negrita...

Victoria lo miró con severidad.

—Si yo me entrara en los cercos de Valle Negro, ¿qué dirías vos?

—¡Qué había 'e decir yo, niña! Usté puede andar por donde guste, sin que nadie lo tome a ofensa.

La chicuela se calló; llevaba su burra de la rienda y de cuando en cuando chupaba sus flores de miel.

—Tengo una lechiguana aquí cerca — dijo el paisano, cambiando suavemente el giro de la conversación.

Victoria lo miró con ojos desconfiados.

—¿No me prometiste sacarla para mí?

—Sí, niña.

—¿La vamos a sacar?

—Sí, niña.

—¿Cuándo?

—Cuando usté guste...

La chicuela pensó un momento; dejó suelta la rienda de su burra, que no se movería aunque cayera un rayo a su lado, y escaló la barranca para observar si alguien de su casa podía verla.

El campo estaba solitario. Chirriaban entre los pastos, abrasados por el sol, las langostitas de colores. A lo lejos, la casa aparecía dormida a la sombra de sus coposos aguaribays.

Bajó al fondo de la barranca, y de un salto se trepó sobre la burra, ensillada con un recado de hombre.

—¿Dónde queda la lechiguana? — preguntó a Lázaro, que le indicó el sitio, y partieron los dos, siguiendo el fondo resbaladizo del cometierra, que en algunos trechos se vestía con un suave manto de verdura, en que lucían como brasas las margaritas rojas.

Cuando Victoria llegó al pie del tala, Flavia divisó su vestidito azul, y otra vez se llevó las manos al pecho para aquietar su corazón.

—¡Dios mío, allí está!

No alcanzaba a distinguirla bien, por los churquis y la pilca, mas bastábale sentirla próxima para que ese pobre corazón latiera enloquecido, como si fuera a estallar.

Se arrodilló, procurando esconderse mejor, y se fué acercando al árbol donde estaba la colmena, sin apartar los ojos de aquella mancha de color que formaba el traje de la niña.

¡Cómo pudo, siendo su hija, abandonarla en manos de otros! No comprendía ni quería pensar más en ello; y pues la tenía allí, la sabría guardar consigo para siempre...

Se acordó entonces del mensaje que le llevara Lázaro y fué en el momento en que iba a saltar el muro de piedra, al otro lado del cual empezaba la Cuesta de Camargo.

Detúvose vacilante. ¿Qué ocurriría si ella se presentaba de golpe ante su hija que no quería verla?

Tan cerca estaba ya, que pudo oír su voz:

—Este tala — decía — queda en el campo de nosotros.

—Así es, niña — respondía Lázaro.

—Entonces esta lechiguana que está en mi campo no es tuya, sino mía.

El capataz se echó a reír ante aquella salida que mostraba el carácter de la chicuela.

—Para usté la hi guardau — le respondió simplemente, y se puso a hacer fuego debajo del árbol, de una de cuyas ramas pendía la gruesa bola parda, como una piedra, que resonaba con el zumbido de las avispas.

Reunió un montón de leña de vaca sobre las ramitas inflamadas, y empezó el humo a ascender en una frágil columna, ahuyentando las avispas.

Lázaro veía a Flavia detrás de los churquis.

—Voy a traer una bolsa — dijo — para envolver los panales cuando los saquemos.

Era un pretexto para alejarse y dejar a Flavia sola con la chica.

Esta se había quedado vigilando el fuego.

—¿Te gusta la miel, Victoria? — oyó que alguien le decía.

Se incorporó vivamente y se halló con Flavia.

—¿Quién es usted? — preguntó con ímpetu.

A la pobre mujer le temblaba la voz.

—Yo tengo panales, Victoria, panales de abejas de Castilla... ¿Te gusta la miel?

—Pero ¿quién es usted? — insistió la niña, alejándose dos pasos.

—¡Todos mis panales los tengo para vos!

Flavia tendió sus brazos y la chica, dando un grito, disparó. No tenía miedo, pero fastidiábala que una desconocida la hablara así.

Al verla huir, Flavia sintió el desencanto de un ensueño que se esfuma; se sentó junto al fuego abandonado y, sin poderse contener, pues el llanto rebalsaba en su corazón, se puso a llorar.

¿Por qué la había ahuyentado? ¿Cuándo volvería a verla? Y ella..., ¿por qué le huía?

Alzó luego la cara y la vió inmóvil, a breve distancia, observándola con profundo interés.

No la llamó, segura de que iba a hacerla huir de nuevo; dejó que la curiosidad la venciera, y como el fuego se estuviera por apagar, ella misma lo atizó, echándole más leña.

Al ver eso, la muchacha se le acercó, llena de ira.

—¡Eso es mío! — dijo —. ¿Quién es usted?

Pero al mirar a aquella mujer tan hermosa, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y cuyo dolor no comprendía, sintió disiparse su cólera.

Se aproximó algo más y se recostó contra la burra, que permanecía quieta royendo unas ramas.

—¿Vas a irte, Victoria? — le preguntó Flavia.

—¿Quién es usted? — volvió a insistir la niña.

—¿De veras querés saber quién soy?...

—Sí; ¿por qué ha venido aquí?

—¡Por verte!

—¡Ah, usted es la Flavia! ¡Usted es la Flavia! — gritó con rencor.

—Sí, yo soy Flavia... — respondió ella con tristeza —. ¿Quién te ha dicho que por mí entró en tu casa la desgracia?

—¡Me lo ha dicho papá!

—Pero no es verdad.

—¡Sí! ¡Por usted se fué mi madre!

—¡No es verdad, no es verdad!

—¡Mi madre...! — fué a decir Victoria, y, como en la noche en que Camargo le hablara de ella, sintió una emoción desconocida.

Flavia se le acercó.

—Tu madre... — le dijo dulcemente, casi al oído —, tu madre soy yo...

¿Qué voz habló en el fondo del corazón de la niña, para decirle que aquella mujer no mentía y que al odiarla así estaba odiando a su madre.

Tardó un momento en responderle; la miró mucho, y al ver que ella le tendía los brazos, ya no huyó, pero se hizo a un lado y exhaló una queja:

—Y si es verdad que usted es mi madre, ¿por qué no vive conmigo?

¿Cómo podía Flavia explicar su historia para que su hija creyera en su verdad y no huyera de nuevo?

No dijo una palabra y se sentó, derrotada por aquella pregunta, sobre la piedra a cuyo lado humeaba el fuego. Y la chicuela la siguió, y cuando vió que lloraba otra vez, se echó en sus brazos lloriqueando también ella.

—Usted dice que es mi madre... ¿Por que me engaña?

—No te engaño, soy tu madre, ¡hijita mía!

—¿Por qué entonces vive aquí, con los enemigos de mi padre?

—¿Vas a comprender mi historia?

—¿Es una historia?

—Sí; larga...

—Me la va a contar... ¿Por qué no viene conmigo?

Las frases de la niña brotaban interrumpidas por los besos de la madre, que al estrecharla contra su pecho sentía fundirse todas sus pasiones en aquella santa y desconocida ilusión. Y ella, su Victoria, que creía ya en su palabra sin explicarse cómo, le devolvía sus besos y le mojaba la cara con su llanto ardoroso.

Sintióse un ruido, como si alguien llegara.

Flavia se levantó, se secó los ojos y con su mismo pañuelo enjugó los de la hija de Camargo.

—Es una historia que nadie debe saber.

—¿Y yo?

—Vos, sí, porque es tu historia. Si tu padre te ha dicho eso que dijiste a Lázaro, es porque no quiere que yo te vea...

—¡Oh! ¿Por qué no quiere?

—¡No sé, no sé!

Hablaba precipitadamente, sintiendo aproximarse a Lázaro, que venía al galope. La niña bebía sus palabras, dispuesta a creerle todo. ¿No le había dicho que era su madre?

—Yo te contaré tu historia; hoy no, porque Lázaro viene. Otro día que estemos solas. Pero que nadie, que nadie sepa que me has visto...

—¿Por qué?

Llegó en ese momento el capataz con lo que fuera a buscar, y oyó la voz tranquila de Flavia que decía a la hija de Camargo:

—Si te gusta la miel, yo tengo panales para vos.

XI

EL ANONIMO

—¿Nunca le habló su padre de sus intereses? — preguntó el señor de Viscarra a Gracián.

—Nunca — respondió el muchacho.

Cruzaban ambos el valle a la hora del crepúsculo, en que los montes se tiñen de azul. Don Jesús caminaba a largos trancos iguales; con una escopeta en la mano, la mirada avizora por si saltaba alguna pieza. Gracián trotaba a su lado, pudiendo a duras penas seguir su rápido andar.

Iban a cazar vizcachas en una madriguera muy poblada que había hacia el fondo del campo, por donde pasaba el camino para la casa de Camargo.

—Hoy tiene usted, Gracián, ciento cincuenta pesos mensuales que le da el alquiler de la casa en que vivieron, y con los réditos de unas acciones que compró su padre, puede esa renta llegar a doscientos cincuenta pesos. Es un pasar para un estudiante, y como no todo se gasta y lo que se ahorra, que es más de los dos tercios, se pone en el Banco, cuando usted sea mayor de edad tendrá la base de su posición bien asentada y podrá seguir la carrera que le guste, por costosa que sea.

Gracián asintió, sin dar importancia a aquellos informes. Nunca se había preocupado de su fortuna, modesta, pero suficiente para ponerle al abrigo de la pobreza.

Era la hora en que chillan las lechuzas y las bestias que duermen de día abandonan sus madrigueras y se dibuja, contra el fondo limpio y azul del espacio, la fugitiva mancha negra de los murciélagos.

Junto a un rancho derruído, a la sombra de unas acacias taladas por la langosta, las vizcachas habían construído sus cuevas, horadando la tierra gredosa y árida.

Detrás de las tapias de adobes se agazaparon don Jesús y Gracián, para espiar la aparición de los roedores, que no tardarían, y tirar sobre ellos desde cerca.

No vió el señor de Viscarra que un hombre salía de adentro del rancho y corría hacia la Cuesta; pero sintió luego el ruido de un caballo que partía al galope, y se puso de pie, sombreándose los ojos con la mano para librarse de los reflejos del cielo.

—Mire para allá, Gracián — dijo al niño —; ¿alcanza a ver algo?

—Va un hombre galopando.

—Eso es; ¿podría decirme de qué color es el caballo?

—No, señor.

—Bueno; con seguridad es moro; el moro de Camargo, y el jinete es él, sin duda alguna.

Habló como respondiendo a cuestiones que él mismo se proponía.

—No hemos visto a nadie en el camino, ¿verdad?

—A nadie, señor.

—Entonces, ¿de dónde ha salido? ¿No le parece que debió estar aquí, adentro de mi cerco?

—¿Y el caballo? — interrogó Gracián —. ¿Cómo habría podido pasar, si no hay puerta?

—Ha debido entrar a pie, dejando el caballo al otro lado. ¿Qué le parece?

Gracián no tenía nada que opinar al respecto. El señor de Viscarra se echó en el suelo, con el arma lista, mirando hacia las cuevas. Daba así la espalda al campo de Camargo.

Había un tupido bosquecito de chañares espinosos en el sitio en que, según sospechaba, dejó su caballo el vecino, si es que realmente había entrado a su campo.

¿Con qué objeto tales incursiones?

Sabía que el fallo del pleito le había producido un acceso de ira y que, después de algún tiempo de ausencia, acababa de regresar a su estancia.

¿Qué pensaba? ¿Qué maquinaba en su contra?

Pasó un gran rato de profunda quietud. La sombra se iba espesando, pero la vizcachera formaba una mancha amarilla y sería fácil divisar los animales en cuanto salieran.

El valle entero parecía la nave de una iglesia, lleno de ese sonoro silencio que agranda los más leves rumores.

Hacia el matorral, del otro lado de la pilca, se sintió un ruido ligerísimo, como el de un guijarro que se desprende y rueda. El señor de Viscarra se incorporó inquieto y miró. Nada se veía en la sombra, ni era posible que a él lo viesen, medio oculto como estaba en aquella tapera; mas con un vago recelo cambió de sitio para no quedar de espaldas a la Cuesta.

En el mismo instante, al dibujarse su silueta contra el fondo más claro del horizonte, se oyó un tiro y una bala se incrustó en la pared del rancho a pocos centímetros de la cabeza del señor de Valle Negro.

—¡Qué bruto! — exclamó dando un salto hacia afuera —. ¿Quién puede tirar para este lado?

En vano escudriñó ansiosamente; nada vió.

Gracián temblaba. Don Jesús lo tomó de la mano y lo llevó al otro lado de la tapera, recelando que pudieran tirar otra vez desde el matorral.

—¿Qué habrá sido? — preguntó el niño.

Don Jesús no contestó.

—¡Qué endiablada puntería! — murmuró en voz baja —. Si no me muevo en ese momento, me deja redondo...

Y agregó en voz alta:

—Es algún imprudente que tira con winchester a las vizcachas. Vamos, Gracián; ya es demasiado oscuro, y con el estruendo no hay que esperar que salgan de estas cuevas antes de la medianoche.

Se pusieron en marcha, siguiendo el cerco. Don Jesús quería ver de ese lado si alguien andaba. De pronto oyóse un ruido como un redoble de tambores, que resonaba en el hondo silencio de la noche.

—Es una recua de burros — dijo don Jesús a Gracián, que se detenía medroso —. Vuelve de Cosquín, adonde van los paisanos a llevar sus carguitas de leña.

—¿Y ese ruido?

—Son las horquetas en que se acomodan los palos y que ahora se golpean sueltas con el andar de los animales.

Se detuvieron un momento y vieron llegar siete u ocho burritos que marchaban en hilera por el sendero pedregoso, mordisqueando los churquis de los lados.

—Güenas noches — dijo un viejo que los arreaba.

—¡Buenas noches! — respondió don Jesús aproximándose —. ¿Vió a alguien en la loma?

—Sí, señor; en esa derecera... — y señaló hacia la pilca.

—¿A quién vió?

—A uno que anda de a pie, cazando, sin duda.

—¿No sabe quién era?

—No, señor. No lo vide bien.

—¿Conoce usted a don Pablo Camargo?

—Sí, señor; a él se le pareciya...

Saludáronse de nuevo, y Gracián y su tutor volvieron a las casas.

—A nadie cuente nada de esto — recomendó al muchacho.

En la mesa estuvo sombrío y con pocas ganas de hablar. Flavia, por el contrario, parecía contenta, y relatóles cuentos a los niños y les enseñó las virtudes de yuyos de la sierra que esa tarde había acopiado.

—Este es el tomillo — dijo, mostrándoles la frágil y olorosa plantita, con sus pequeñas flores moradas —; es bueno en té para el resfrío. Esta es la hierba de San Roque, parecida al tomillo, pero con florecitas de oro, saludable para el estómago. Esta es la barba de piedra, que estanca la sangre.

—¡Estas son frutas de chañar! — exclamó Mirra, sacando de los bolsillos de su delantal un puñado de bolillas doradas semejantes a aceitunas, que echó a rodar sobre la mesa, cubierta de un hule blanco.

—El chañar — dijo Flavia — es saludable para los enfermos del pecho. Y el agua de la santalucía cura los ojos delicados, y la doradilla quita el dolor de cabeza, y las heridas se lavan con infusiones de cepacaballo, que es esta planta espinosa; y el empacho de los niños se cura con un té de raíz de quiebrarados, que es esta pichana dura de flores amarillas...

—¡Flavia! — le dijo de pronto su hermano, que se había quedado silencioso, sentado en el sofá de crines, donde la pantalla del quinqué dejaba un círculo de sombras —. Tengo que hablarte. Que los niños vayan a dormir; ya es hora.

La mujer se quedó callada. ¿Qué podría quererle decir su hermano, que no debieran oír los niños?

Había sido tan feliz en los últimos días viendo a su hija, atrayéndola, sintiendo cómo se entregaba a su inmenso cariño, estancado tantos años, que temblaba por su dicha.

—¿Qué hay, Jesús? — preguntó con ansiedad cuando hubieron salido los niños, viendo a su hermano que cerraba las puertas, temeroso de ser oído.

—Desde que estás en Valle Negro, ¿lo has visto a Camargo?

La pregunta la llenó de susto.

—Alguna vez lo he visto.

—¿Dónde?

Los ojos del señor de Viscarra escudriñaban el rostro pálido y hermoso de Flavia.

—Alguna vez lo he visto en el camino de Cosquín... — murmuró ella.

Don Jesús empezó a pasearse con las manos a la espalda, y Flavia experimentó un gran alivio no sintiendo sobre ella su mirada.

—Fué tu novio... — dijo él y luego, con gran esfuerzo y voz opaca, agregó:

—Y me han dicho que ahora es tu amante...

Flavia se irguió con ímpetu.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡No lo he creído! — se apresuró a declarar el señor de Viscarra —. No lo he creído, Flavia, porque sé la nobleza que hay en mi sangre, que es la tuya... ¡No lo he creído!

Flavia se sentó, y dijo simplemente:

—Has hecho bien. Quien te ha dicho eso, habló despechado.

—¿Sabés vos, acaso, quién me lo dijo?

—Me imagino.

—¿Vas a decirme su nombre?

—¿Para qué, si vos recibiste su denuncia?

—Digo mal — contestó don Jesús —, nadie me ha dicho nada; he recibido una carta...

—¡Ah!

—No conozco la letra, como es natural.

Al decir esto, don Jesús alargó a su hermana una hoja de papel con escritura deformada.

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia! — exclamó Flavia, que al reconocer la letra de Camargo, sufrió tan horrible dolor que le pareció que iba a entregar su pesado secreto.

Había creído que fuera Lázaro, cuyos halagos en esos días se vió obligada a contener con dureza, y he aquí que el autor de la delación era Camargo mismo, extraviado por su odio, sin duda, y deseoso de infligir una herida incurable en el orgullo de su enemigo, aun a costa de una villana traición.

—Es realmente una infamia — declaró don Jesús—. ¿Quién crees que será su autor?...

—¡Nadie, nadie! No se me ocurre nada...

—De alguien sospechaste...

—¡No, no!

—Hablaste de un despechado... — insistió el señor de Viscarra, deteniéndose y mirándola con desconfianza —. ¿Quién es? ¿Por qué ese misterio?

Y Flavia, acorralada, confesó su sospecha:

—Pensé en Lázaro...

AVENTURAS DE DON LINO

IN FRAGANTI por BARTA









—¿Por qué en Lázaro? ¿Qué puede importarle a ese hombre lo que hagás o dejés de hacer?

—¡Ah! ¿No has maliciado nunca?

—¿Qué?

—¿No has pensado que ese hombre se está enamorando de mí?...

Una profunda sorpresa pintóse en el rostro de don Jesús.

—¿No será él entonces el autor de esto? — y estrujó con ira el pedazo de papel abandonado sobre la mesa.

Flavia se quedó callada. ¿Qué había de decir? Parecíale tener los ojos vendados, y caminaba a tientas. ¿Adónde iba? ¿Qué podía resultar de cada una de sus palabras? Si acusaba a Lázaro, salvaba al otro. Pero, ¿qué ganaba con eso? No reflexionó más, y dijo:

—Pensé en Lázaro, porque está enamorado, y, por cierto, no tiene esperanzas; pensé en él porque un hombre despechado es capaz de muchas villanías...

—¡Así es!

—Pero..., ¡no es él!

Díjolo con furia, como deseosa de pronunciar la palabra irreparable que habría de alzar una muralla entre su vida y su porvenir; y don Jesús comprendió que ella sabía quién era el autor del anónimo.

—¿Quién es? — le preguntó con imperio —. Si no es Lázaro, ¿quién puede ser?

—¿No se te ocurre? ¡Oh!... — y se echó a reír con una amarga risa —. ¡El! ¡Tu enemigo! ¡Camargo mismo es el autor de esto!

Le tomó el papel y lo desplegó ante sus ojos.

—Cuando fué mi novio me escribía y aprendí a conocer su letra. La ha disfrazado ahora, pero es él, ¡él!, que quiere ofenderte en tu sangre...

Hablaba toda convulsa, como embriagada en su propio lancinante dolor, pero se contuvo a tiempo oyendo a su hermano:

—Lo veo, lo veo claro, Flavia. Nunca había creído en esta infame acusación; pero, con todo, me has quitado un enorme peso de encima...

Se acercó a su hermana y atrajo su cabeza y la besó en los cabellos.

—Pensé, Flavia, que aun siendo falso, no debías seguir viviendo en Valle Negro, para cortar la maledicencia; pensé que debías irte con mi hermano; pero...

—¿Qué? — interrogó Flavia, aterrada ante la idea de que pudiera alejarla de Valle Negro, ahora que veía a su hija.

—Pero yo también te necesito; y si es de él la intriga, no veo razón ninguna en darle el placer de que sepa que ha surtido algún efecto...

Tan aguda fué la emoción que aquellas palabras produjeron en Flavia, que se arrojó en el sofá sollozando.

Sólo murmuró una súplica:

—¡Yo quiero morir aquí, Jesús! ¡Déjame vivir y morir a tu lado!

Y añadió, viendo que su hermano asentía:

—A Lázaro, al pobre Lázaro, no le digas nada. ¡Para qué habrías de decirle!

—¡No, nada! — respondió el señor de Viscarra, desgarrando en menudos pedacitos el papel de Camargo y arrojándolos al viento de la noche, que los dispersó como un puñado de mariposas.

XII

LA PROMESA DE GRACIAN

Llegó marzo y con él la época de las lluvias de otoño, con sus días desparejos, luminosos, como dorados unas veces y otras nublados y tristes. Y Gracián cayó gravemente enfermo.

El no conservó memoria de su enfermedad, pero sí de su convalecencia, al lado de Mirra, que lo distraía con alegres historias y lo embriagaba con su cariño.

¿Sería posible que algún día él la olvidara? Pensaba en lo absurdo de tal cosa. La gracia de la niña había conquistado su alma, y sólo concebía la vida a su lado en Valle Negro, entre los paisajes amigos que por ella amaba.

Hubo que avisar al rector del colegio que no podría ingresar hasta algún tiempo después de la apertura de las clases, y en ese retardo halló el muchacho una compensación a su enfermedad.

Un día, cuando estuvo fuerte, dijo el señor de Viscarra:

—Pasado mañana partiremos.

Esa noche Mirra lloró con desesperación, pensando en la soledad del invierno que caería sobre el valle como un velo triste.

Antes de acostarse, en la galería, se halló a solas con Gracián, y le dió un anillito que tenía hacía años, regalo de su padre.

—Papá me retará cuando sepa que lo he perdido, porque eso le diré; pero no me importa...

¿Qué podía importarle a ella sufrir un poco por él? Quería que ese anillo lo acompañara siempre, aunque ella se muriese en el invierno, de aburrimiento y de pena.

Gracián, penetrado de aquella misma ternura, escuchaba seriamente:

—Vos, Mirra, no te morirás nunca, porque en las sierras no se mueren las gentes; más bien seré yo. ¿Me olvidarás? Si me muero en la ciudad te haré devolver el anillo.

Mirra movía la cabeza. ¡No! En las ciudades nadie muere así. Es en el campo, donde la tristeza puede llegar a dar muerte.

Al día siguiente los dos tuvieron la esperanza de que el mal tiempo no permitiera la partida.

Un airecito frío y húmedo rozaba los árboles, que se estremecían bajo una sucia techumbre de nubes cenicientas y pesadas.

Era tarde, pero el sol no se veía y la tierra estaba como pegada al cielo, y los montes parecían más altos y adustos.

Los muchachos a esa hora andaban fuera, en una de sus últimas correrías, y sintieron aproximarse la lluvia con un gran regocijo.

A eso de las diez de la mañana la cerrazón era completa. Picaban en la cara las chispas de la niebla sutil, que se acumulaba en gotitas brillantes sobre los pastos y se deshacía en lluvia debajo de los árboles, y el paisaje se veía como si en el aire flotara una impalpable ceniza, que en las quebradas se amontonaba en húmedos copos.

Por fuera del cerco pasó un chicuelo, sobre el anca de un burro, llevando un cabrito puesto de través encima de su pobre recado. El animalito, de cuando en cuando lanzaba un balido lastimero, presintiendo su fin.

Al enfrentarse con los niños señaló el horizonte, velado por una espesa neblina.

—¡Ta lloviendo en la sierra alta!

Mirra palmoteó de alegría.

—¡No te vas mañana! ¡Cuando llueve allá, también llueve aquí!

Un rato después sintieron chispear las primeras gotas en el maizal, que el otoño marchitaba; y echaron a correr hacia las casas, adonde llegaron mojados por la lluvia que arreció de pronto, formando acequias cenagosas en todos los senderos.

—Mal día, amigo, para andar chiveteando afuera — dijo el señor de Viscarra a Gracián.

Más tarde escampó, y abrió un sol fuerte sobre la tierra empapada; y aunque Gracián, ocupado en arreglar su equipaje, no podía salir, Mirra lo aprovechó para darse una vuelta por el valle, sin decir adónde iba.

Vivía intrigada por la conducta de Flavia, con sus inexplicables escapatorias a la huerta, de donde volvía con los ojos azorados, llenos de extraños fulgores. Y ese día Mirra la vió dando un mensaje a Amoroso, el cual salió antes de almorzar, y a la siesta aun no había regresado.

A esa hora su ama entró en el comedor, sacó un trozo de pan y de carne fiambre, lo envolvió en su delantal y salió echando una ojeada al cuarto de Gracián, donde éste y Mirra se atareaban en el arreglo del equipaje.

La niña la divisó, y cuando la vió lejos se

fué detrás de ella, sospechando que iba a aclarar algo de la extraña conducta de su tía.

Al tomar el camino de la huerta dió un grito, porque surgió de pronto, como salida de abajo de la tierra, la figura grotesca de Amoroso, que se echó a reír con risa maliciosa y desagradable.

—¡No tenga miedo, mi flor! — le dijo cerrándole el paso.

Mirra se detuvo.

—¿Estás borracho? — le preguntó.

—¿Le parezco algo bebido?

—Sí.

—Es que usté no me quere.

Al hablar, el peón daba groseras dentelladas a un trozo de carne fría que tenía en la mano, y de cuando en cuando echaba en la bocaza disforme un pedazo de pan.

—¡Ja, ja, ja! — rió atragantándose —. Usté, niña, no me quere.

—¿Y quién te puede querer? — interrogó Mirra con un claro gesto de repulsión.

Amoroso se puso serio, como si le hiciera sufrir tal observación.

—¡Así es! — dijo con tanta humildad que Mirra se sintió conmovida.

—¿Qué hacías aquí?

—¡Ju, ju, ju! — rió de nuevo, con risa falsa, y Mirra volvió a mirarlo con recelo.

—¿No has comido?

—No, niña.

—¿Y por qué? ¿Qué andás haciendo aquí? ¿Te mandó papá?

—¡Yo solo!

Lo dijo con aire triunfal y se echó a reír estúpidamente. En sus ojos pequeños brillaba la malignidad.

—¿No pasó por aquí la Flavia?

Amoroso dejó de reír.

—No, niña.

—¡Bueno! — dijo Mirra mirando en la tierra las huellas de los pasos recientes de Flavia —; con vos no se puede hablar; sos un mentiroso. ¡Mirá! Este es el rastro de la Flavia — y echó a correr hacia la huerta.

Mas se detuvo al oír un agudo silbido que lanzó Amoroso, y se volvió con furia comprendiendo que era una señal convenida con Flavia.

—¿Por qué silbaste? — preguntó con dureza al peón que la miraba, apoyado tranquilamente contra el tronco de un sauce.

—Me gusta mucho la música, niña.

Y se puso a silbar un tango, con la cara iluminada de malicia.

—No sos tan idiota como todos te creen.

El peón se puso a tararear una vidalita entre dientes.

—¡Tenés más mañas que una burra vieja! — exclamó la niña, que saltó la acequia, desandando el camino.

Si aparentaba volverse, seguramente Amoroso avisaría a Flavia que el peligro había pasado; y, en efecto, luego oyó otro silbido, distinto del anterior.

Entonces Mirra se puso a correr, para dar una gran vuelta y poder entrar en el cercado de los frutales, evitando al espía apostado en el camino.

Llegó a una hondonada fangosa, por donde podía aproximarse sin ser vista; y se metió en el barro con sus alpargatas blancas. Corrió de nuevo, saltó un cerco de ramas, arañándose las rodillas, y penetró en la huerta.

¿Qué podía haber ido a hacer Flavia con ese día a tal lugar?

¡Ah! Pronto tuvo la respuesta clara y terminante. Corriéndose alrededor del cerco, llegó al fondo de la huerta, y vió a su tía sentada sobre el tronco de un árbol caído, hablando con una persona que era, sin duda, de la Cuesta, por el misterio con que disimulaba la cita. Mirra se acercó más, porque no alcanzaba a verla, tan interesada en su pesquisa que no se preocupaba de los yuyos que le asestaban fríos chicotazos, al plegarse bajo sus pies; y logró aproximarse tanto, por entre los churquis, que alcanzó a oír algunas palabras, y pudo ver que quien estaba con Flavia, recostada la cabeza en su pecho, era su enemiga, la hija de Camargo.

Le bastó verla para comprender que un gran afecto las unía, y se llenó de horror, porque Gracián habíale contado el incidente de la tarde en que el señor de Viscarra hubo de ser muerto por una bala que tiró un hombre que se parecía a su mal vecino. ¿Cómo podía Flavia tener amistad con quienes buscaban la ruina y la muerte de su hermano?

A través de la maleza vió que Flavia se ponía de pie, para irse, y que Victoria la besaba con inmensa ternura.

—¡Oh, mi hijita, mi hijita! — sintió Mirra decir a Flavia, y en seguida se estremeció porque nombró a Gracián.

—Mañana se va Gracián; ¿lo has visto este verano?

—Sí, dos o tres veces, de lejos.

—Es un buen muchacho; mañana se va. ¿No es tu amigo? ¿Por qué no es tu amigo?

—¡No puede ser! — exclamó Victoria con rencor.

—¿Por qué?

—Porque anda siempre con Mirra.

—Algún día él se cansará de Mirra...

La chicuela no respondió. El corazón de Mirra temblaba oyendo aquello.

—Gracián es un buen muchacho — siguió diciendo Flavia —; cuando venga otra vez, haré que te conozca mejor.

Victoria no respondió.

—¿Te gusta tanto andar sola?

—Sí; me gusta más andar sola. Y no lo quiero a Gracián, porque es amigo de Mirra.

—¿Y si no lo fuera? ¿Y si se aburriera de ella?

—Entonces, sí — respondió Victoria seriamente.

Y Mirra oyó indignada la voz de Flavia que auguraba su abandono:

—El año que viene, Gracián se habrá aburrido de ella.

Llenó de besos apasionados a su hija y la dejó para volverse a las casas.

Mirra en su escondite se puso a llorar. Sintió al rato los pasos de Victoria que se iba. No quiso mirarla y el corazón se le apretó, como si por ella hubiera de venirle su desgracia.

Tornó a llover y Mirra apenas alcanzó a llegar a la galería sin mojarse. Su padre la buscaba.

—¿Qué has andado haciendo? — preguntóle con severidad.

Pero ella, que tenía los ojos colorados por el llanto, no quería confiar su secreto ni a él ni a nadie, ni al mismo Gracián, sobre quien echaba furtivas miradas tristes.

No quiso explicar los motivos de su salida, y su padre en castigo la encerró en su cuarto, donde pasó toda la tarde, mirando por los cristales empañados el valle sombrío, envuelto en el tul de la lluvia. Estaba tan descorazonada que ya no le parecía que debiera alegrarse del mal tiempo, aunque retardase el viaje de Gracián. Las palabras de Flavia, anunciando cosas que podrían ocurrir, le zumbaban en la memoria y les hallaba un sentido de triste verdad.

Que fuera hoy, que fuera mañana, ¿qué diferencia habría en su olvido, si él la olvidaba?

La noche llegó sin crepúsculo, repentinamente, como un telón que cayera sobre el valle. Nada se podía ver; pero Mirra seguía mirando por los cristales. Se había encerrado con llave, y no quiso salir cuando la llamaron a comer, y su padre ordenó que nada le dieran.

La oscuridad le trajo el sueño y acabó por dormirse, con la cabecita contra el marco de la ventana. Sollozaba dormida, pues su sueño era triste.

La recordó un golpe dado en los cristales.

—¡Mirra! ¡Mirra! — decía afuera una voz.

Miró azorada al campo lleno de sombras.

—¡Mirra ! ¡Mirra! — repitió la voz; y la niña miró el bulto allí agazapado. Su cuarto estaba al lado del de su padre, mas la ventana daba al campo, y no tenía reja, sino un balconcito de piedra.

Conoció a Gracián, y apenas pudo ahogar un grito de alegría. Fué a abrir la puerta; mas temiendo que su padre sintiera el ruido, abrió la ventana, por donde entró el viento glacial de la noche.

De un brinco el muchacho se trepó y saltó el parapeto. Era tarde, sin duda, pues toda la casa yacía en el silencio y en la sombra.

—Mirra — le dijo Gracián —, ¿por qué no fuiste a la mesa? ¿No tenés hambre? Te traigo de comer.

Y le mostró unas frutas y varios quesillos, que esa tarde había hecho Tránsito.

Pero Mirra lloraba y no quería comer.

—¡No, no! No tengo hambre...

—¿Qué te pasa?

—¡Me quiero morir!

—¿Por qué, Mirra?

La niña no contestó, y como él insistiera, lo abrazó mojándole las mejillas con su llanto y le dijo al oído, avergonzada de su contestación:

—Yo no te voy a olvidar, Gracián; pero vos sí.

—¿Yo? — exclamó el muchacho, sorprendido por aquella queja inesperada.

—Yo sé que me vas a olvidar, y también sé por quién va a ser...

—¡No, Mirra! ¿Por quién podría ser?

—Por la Victoria...

—¿Quién es la Victoria? — preguntó Gracián, aturdido ante el reproche.

—Es la hija de Camargo; es mi enemiga. Cuando vengás en las otras vacaciones, te habrás aburrido de mí, y la lalmarás a ella para que te acompañe a buscar nidos y a pasear por las lomas; y la Flavia estará contenta.

Los sollozos la conmovían tanto que apenas podía hablar. Gracián sentía caer en sus manos las cálidas lágrimas de la niña, y no sabía decir más que "¡no, no!", sin que eso calmara la ansiedad de ella.

Mirra no explicaba de qué provenía su duda; se quejaba no más, como si aquel olvido que anunciaba fuera una cosa fatal.

De pronto cesó en su llanto, se alejó de él, y le dijo con su voz segura de siempre:

—Gracián, ¿me olvidarás?

—No, Mirra.

—¿De veras?

—No, Mirra.

—Bueno; pero si me olvidaras...

—¡No, no!

—Si me olvidaras... ¡Gracián, Gracián!, que no sea por ella...

—¿Por quién?

—¡Por ella! ¡Por la hija de Camargo, que es mi enemiga!

Gracián prometió, y le pareció ver a Mirra sonreír, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tenés hambre, Mirra? — le preguntó de nuevo.

—¡Ahora sí! — confesó ella, y se puso a comer las provisiones de Gracián.

El muchacho volvió a su cuarto, y Mirra cerró su ventana y se durmió.

Cantaban los gallos al alba, cuando se despertó Gracián.

¿Qué cosas tristes soñó, que tenía la almohada húmeda de llanto? Pensó un momento y recordó que en sueños algo le anunció que esas vacaciones serían las últimas que pasaría en Valle Negro. No volviendo más se olvidaría de Mirra, como era su anuncio, y ella aguardaría vanamente su vuelta...

Saltó del lecho y abrió los postigos, para vestirse a la luz del alba. Ya en el corral sentíase el tropel de los caballos que los peones enfrenaban para salir temprano.

Cuando Mirra se levantó, los caballos estaban en el patio listos para el viaje.

No llovía ya; pero el tiempo era pesado. Espesas nubes de grupas redondas y blancas, flotaban en un cielo profundo; y bajo el cálido sol que brillaba por momentos, la tierra exhalaba un vapor impregnado del aroma de

las flores que se abren con la humedad.

Zumbaban los aguaciles a la sombra de los árboles, y en la corola de las santalucías había una gruesa gota de agua.

—Los aguaciles dicen que va a seguir lloviendo — afirmó Lázaro.

—Pero tendremos tiempo de llegar a Cosquín sin mojarnos — respondió el señor de Viscarra, montando ágilmente.

Mirra había vuelto a meterse en su cuarto para que Gracián fuera allí a despedirse; y así ocurrió. Y cuando sintió el galope de los caballos que se alejaban, salió a la galería, desde donde podía verse el camino, y estuvo mirando la silueta de los viajeros, hasta que se perdieron detrás de la loma.

Tendió entonces los brazos hacia ellos, creyéndose sola. Al volver la cara vió a Flavia que había estado mirando lo mismo que ella.

Nada se dijeron, pero hubo en los ojos de ambas un fulgor que era como un desafío.

Pero Mirra estaba contenta, porque en sus oídos vibraba la promesa de Gracián.

XIII

LA AMENAZA

—El odio — dijo el señor de Viscarra — no debe anidar en un corazón honrado.

Lázaro, que marchaba junto a él, fruncía el ceño, y la arruga de su frente parecía un mal pensamiento.

Cruzaban el campo amarillo, escarchado por la helada de esa noche; y los caballos hundían sus patas en el pajonal cuajado de brillantes que se fundían al sol.

—La venganza es pasión ruin — proseguía el amo, que hablaba sin mirar a su peón —. Puede un hombre en una reyerta matar a su enemigo, pero no es cristiano ni es noble imaginar en frío maneras de satisfacer un encono o vengar un agravio.

A lo lejos, sobre la loma que ascendía suavemente, en el punto en que parecía tocarse con el cielo azul y terso como un cristal, surgió la silueta de un hombre, a caballo también.

—¡Allí viene! — exclamó Lázaro con voz apagada, señalando al jinete con la lonja de su talero.

—¿Quién es? — interrogó don Jesús, achicando los ojos para ver mejor —. ¡Ah! ¡Es él!

Lázaro recogió su rienda como si fuera a detenerse; pero una mirada del señor le hizo variar de pensamiento.

—¿Por qué, Lázaro? El camino es de todos, aun cuando cruce su campo. Son éstos, caminos vecinales abiertos hace muchos años. Antes de que él naciera, ya las gentes de Valle Negro, en viaje para la sierra alta, solían tomar este rumbo.

—Pero él, según dicen, ha mandado cerrarlo con un cerco.

—Así dicen; pero dudo que se cumpla su designio. Ni él mismo querrá hacerlo. No tiene derecho y lo sabe.

El señor de Viscarra avanzaba tranquilamente hacia la parte de donde venía su mortal enemigo, de quien en esos días le habían llegado versiones ingratas.

Era la primera vez que se encontraría con Pablo Camargo, desde que recibió el anónimo en que Flavia reconoció su letra. Tenía muchos motivos más que antes para esquivar aquellos encuentros, pero ni el más leve gesto de contrariedad se pintó en su rostro cuando se enfrentó con él.

Pasó el de Viscarra muy derecho, sentado con fácil elegancia sobre su silla militar, y Camargo le arrojó una mirada turbia de odio.

—Pensé que lo hablaría — dijo Lázaro cuando se hubieron alejado bastante.

—¿Qué habría tenido que decirme?

Lázaro se encogió de hombros, y con disimulo, en un recodo de la senda, volvió la cara para mirar a Camargo, que galopaba como si necesitara hacer derivar en la carrera la tensión de sus nervios.

¡Ahora era él, Lázaro, quien más le odiaba! Fuera cansancio de la indefinida espera; fuera que su absurda pasión por la hermana de su amo hubiera crecido en el secreto, o que germinasen en él algunas locas esperanzas, empezaba a tener celos de aquel hombre, que tan misterioso dominio ejercía sobre Flavia.

¿No lo había visto él salir en la alta noche, desafiando los peligros de la montaña, y el frío y la verguenza, sólo por hablarle?

Hubiera querido decírselo a su amo, pero aun no era llegada la hora de que aquella delación pudiera serle de provecho; y aguardaba martirizándose con vanos pensamientos.

Quería verla despreciada por todos, para entrar él en su vida, cuando ya de su soberbia no quedaran ni rastros, porque hubiera llegado a ser para los demás como una basura que se aparta con el pie.

¡Así la quería!

Entretanto buscaba el modo de engendrar sospechas contra Camargo en el espíritu limpio del señor de Valle Negro.

Cuando él fuera a decirle: "Señor, su hermana doña Flavia falta a lo que le debe por llevar su nombre y por vivir en su casa", ¿le creería él? ¿No se negaría a complicarse en su espionaje, siguiéndola cuando ella acudiera a sus citas?

¿No se rebelaría, más bien, su casta de amo, y la llamaría a ella para decirle: "Lázaro te acusa de esto: ¿qué decís vos, Flavia?

Hilo a hilo se tejían aquellas ideas complicadas en su imaginación rústica, pero excitada por la escondida pasión.

Mejor que todo era seguir siendo el servidor humilde, en que el amo ponía su confianza, y en las ocasiones en que hablaban a solas, tratar de enconarle contra el odiado vecino.

Pero el cauto señor de Viscarra, con una sola mansa palabra, desbarataba su intriga.

—Sin embargo — decíale Lázaro —, él no piensa así: ni perdona lo que él cree un agravio ni se aparta de sus malas intenciones.

—¿Podemos saber, acaso, lo que un hombre piensa, Lázaro?

—No podríamos saberlo, si él no hablara, señor.

—Se habla de más, cuando se bebe. Y como lo dice un libro viejo que debiéramos leer más a menudo: quien mucho habla, mucho yerra.

—Parece que a güelto a decir que algún día se ha 'e topar con usté, señor, ande no puedan valerle los jueces, y entonces...

—¿Quién lo ha oído?

—Muchos serán, porque él no se recela.

—Donde hay muchos, suele no haber ninguno. ¿Quién lo ha oído? Nadie hasta hoy me ha dicho: yo lo oí. Y aunque así fuera, no podemos pedir más discreción a la lengua de un hombre bebido, que acierto a los pasos de un ciego.

Iban el señor de Viscarra y su peón a comprar un lote de ovejas en una estancia de la sierra alta.

Habían pasado ya por enfrente de las casas de la Cuesta de Camargo, y cruzaban a la sazón, siguiendo el tortuoso carril, una vieja chacra de maíz. Un hombre con un arado de palo comenzaba a remover los rastrojos para la nueva sementera; y detrás de los bueyes iba quedando la tierra peinada y humeante al sol de aquella mañana invernal.

Don Jesús se detuvo. Conocía al arador, y quiso, como en otras ocasiones, demostrarle que no confundía en sus sentimientos a todos los moradores de la Cuesta, aunque recibiera ofensas de algunos.

—¡Buenos días, amigo!

El otro se arrimó al cerco.

—Hace unos días compré una puntita de vacas, marca de la estancia de Olain... ¿Conocés esa marca?

—¡Cómo no! — contestó el hombre vacilando —; la señal es horqueta en la oreja derecha y volcada la izquierda.

—Así es. Se salieron de mi campo buscando la querencia. Iba con ellas una vaquilla pampa, de cuernos cortados... ¿La has visto alguna vez?

—Sí, señor; la vide cuando pasó la tropilla, por el caminito del bajo.

—Bueno; ya no la verás más, la han carneado. Mis peones encontraron en el monte de las Manzanas toda la tropa, pero de la vaquilla sólo un cuarto colgado de un árbol.

El arador se inmutó. Tenía el sombrero en la mano, y empezó a hacerlo girar.

—Y dicen que sos vos el que la carneó...

—Es hablar de vicio contra los pobres, señor.

—Los que me lo han dicho parecen saberlo de buena fuente. ¿Has averiguado a lo que se expone el que carnea animales ajenos?

—Me imagino, señor...

—¿Sabés que son años de prisión?

—No lo sabiya, pero lé creigo...

—Es un grave delito. Si lo has cometido...

—Yo, no, señor; pa qué le vi'a decir una cosa por otra.

—Yo no te he visto, pero quienes te vieron me lo han dicho.

—Será una levantada que mi'han hecho — protestó el paisano, recogiendo la picana para disimular la turbación.

—No discutamos tu inocencia, puesto que no voy a acusarte. Para decirte esto me he detenido. Si en tu casa hay miseria, si no ganás lo bastante para vivir como hombre honrado, mi casa está abierta para todos los pobres...

—Gracias, señor...

—No es el primer daño que me hacen ni será el último; ya estoy hecho a ello. Más mal hace quien lo manda que quien lo ejecuta. Pero a todos perdono yo, para que Dios me perdone.

Espoleó su caballo, y tomó de nuevo el camino, seguido por la mirada recelosa del paisano, que no comprendía bien qué motivos concretos podía tener aquel hombre para usar de misericordia con él, que servía a su implacable enemigo, en todo lo que había menester, hasta en el delito.

A la tarde del día siguiente don Jesús y Lázaro regresaron a Valle Negro, arreando una majadita de ovejas flacuchas, de lana muy blanca, que en apiñado montón descendían la loma, mirando sin codicia los campos yermos, o cubiertos de churquis leonados, en que solamente las cabras encontraban alimento.

El día era fresco y dorado, y bajo el manto azul del aire purísimo, el mundo parecía más pequeño y miserable, el cielo más amplio y hermoso.

—Todas las cosas, sin embargo — dijo el señor de Viscarra a su peón, que cabalgaba en silencio a su lado —, son obra de Dios, y llevan su marca. Y para los designios de su providencia, todo es útil, aun el pecado, aun el crimen.

Divisábase ya el patio de Valle Negro, y a la orilla de las casas veíase una pequeña y blanca figura. Era sin duda Mirra, ocupada en sus quehaceres.

A su vista el señor de Viscarra se enterneció. Sentíase robusto, como para vivir cien años; pero, ¿quién podía asegurarle cuánto viviría?

Y si él faltaba, ¿qué sería de su hija, criada en el retiro de aquellas lejanías, sin otra persona que pudiera cuidar de ella, que Flavia?

¿Y Flavia sabría cuidar de ella? ¿Qué misterios guardaba en su alma, que ni él, su hermano, casi su padre, había logrado sondear nunca? Las cosas que allí se escondían, ¿eran para bien, eran para mal?

El señor de Viscarra se sentía acosado por pensamientos nuevos, que se asociaban a las palabras de Lázaro, a los sucesos oscuros que venían ocurriendo, y a lo que podía acontecer.

Al llegar, la primera persona que salió a su encuentro fué Flavia. Saludólo con la mano y se volvió, pero él la llamó:

—¡Flavia, Flavia!

Y como ella se acercara, sin bajarse del caballo, don Jesús le dirigió unas palabras indiferentes, que disimularon sus penosas ideas, y







adivinando la necesidad que la pobre mujer tenía de afectos, se inclinó sobre ella y la besó, como si viniera de un largo viaje.

Flavia se estremeció. Aun en sus cabellos había enredadas algunas pajillas del monte adonde esa madrugada fuera, mucho antes del día, arrastrada por el doloroso afán de mandar de nuevo en el alma de Camargo, que ya sólo acudía de tarde en tarde.

¿Por qué no habló entonces?

Era aquel instante propicio para las confidencias, porque una corriente de ternura los unía a ambos, y pudo Flavia confesar a su hermano las miserias en que vivía aprisionada, sin fuerzas y aun sin ganas de salir de su prisión.

Pero siguió callada, y en su hermosa frente pareció ahondarse el pliegue revelador de su tenaz voluntad. Había visto a Mirra correr hacia su padre, que la alzó hasta él, haciéndola pisar en el estribo, y la cubrió de gracias, sin decirle una palabra.

Esa era su verdadera enemiga.

¿Qué sabía la niña de su turbia historia? Nada, sin duda. Hacía mucho tiempo que no dormía en su pieza, y jamás pudo observar sus escapadas nocturnas y menos conocer adónde iba ni con qué objeto.

Y, sin embargo, Mirra parecía leer la intención de todos sus gestos, sea que riese, cuando estaba alegre por haber visto a su hija, o por tener esperanzas de verla; sea que atisbase, cautelosa y reservada, una ocasión favorable para ello. Los ojos de Mirra la perseguían con rigor, y aunque Flavia no temía que la acusara de nada concreto, sentía su hostilidad, como un gran peligro pendiente sobre su cabeza.

En aquella secreta batalla, ¿cuál de las dos mujeres sería la fuerte y la victoriosa? ¿Mirra, la inocente, a quien sólo movía el instinto de su naciente amor, o ella, la criatura caída, llena de la experiencia que dan el pecado y el dolor, a quien impulsaban todas las fuerzas buenas y malas que pueden caber en un ser humano?

¿Y en qué consistiría la victoria?

En aquel invierno Mirra había crecido mucho. El ruedo de sus vestidos de antes le daba a la rodilla, y para la nueva primavera, Flavia misma se ocupó en prepararle trajes a su medida.

Alguna vez Mirra cruzaba frente a la ventana de Flavia, que cosía allí; sorprendíala, con la mirada perdida en el horizonte lejano, hacia el lado de la Cuesta.

La niña se acercaba a la reja, curiosa por ver cómo adelantaban sus vestidos, y no podía menos que advertir el gesto amargo que plegaba aquella boca, de tan perfecto dibujo.

—¿Por qué se cansa tanto por mí?—le había dicho, y su palabra sencilla tenía, sin quererlo, una profunda intención que hería a Flavia.

—¿Harías por mí esto mismo? — le preguntaba Flavia.

—¿Por qué no? ¡Eso y más!

La graciosa figura de la chicuela, pegada a la reja, turbaba a Flavia, que recibía la sensación de que no era ella la más fuerte, y que Mirra tenía en sus pequeñas manos el poder de cambiar su destino, si quería.

Y en su corazón turbado entraba el deseo de congraciarse su voluntad.

—¡No lo creo! — le decía —. Harías cosas que te costaran poco; pero no harías por mí ni un gran trabajo ni menos un gran sacrificio.

Mirra oía con miedo aquellas enigmáticas palabras. ¿A qué podía aludir su tía? Si decía que estaba pronta para todos los sacrificios, ¿qué iba a pedir ella, que le costara tanto?

Asaltábala un vago terror de que pudiera hablarle de Gracián, y se callaba.

Los ojos de Flavia se posaban sobre los de Mirra, y ésta veía encenderse de nuevo en su fondo oscuro la llama hostil un momento disipada. ¿Iba a hablarle de Gracián? ¿Por qué Gracián se mezclaba en aquellas historias?

Las palabras de Flavia a la hija de Camargo, que Mirra oyó agazapada en la huerta, la última tarde que su amigo pasó en Valle Negro, le llenaban la memoria.

"Algún día Gracián se cansará de ella, y será tu amigo".

¿Por qué parecía desear eso, Flavia, si ni Gracián ni Mirra eran nada en su vida? ¿Y quién era Victoria?

Fué ese el primer enigma que instintivamente trató de descubrir.

Cuando Flavia se iba a la huerta, espiando si era observada por alguien, Mirra, que había aprendido a disimular, entreteníase en las casas un buen rato, y luego corría sobre las huellas de la otra, como había visto hacer a los peones siguiendo el rastro a los animales alzados o perdidos.

Se encontraba a veces con Amoroso, apostado en el camino del sauzal, o en otros sitios por donde ella quería cruzar, y necesitaba toda su astucia para que aquel perro fiel no advirtiera a su ama.

De ese modo observó las extrañas entrevistas de Flavia con la hija de Camargo, y poco a poco, ante aquellas apasionadas demostraciones de amor de una y otra, fué adivinando que entre ambas existía un estrecho parentesco.

—Es su hija — le dijo un día la Pichana, que sorprendió a Mirra en la huerta espiando a Flavia.

—¡Su hija! — exclamó la muchacha, cuyas ideas se aclararon súbitamente, mientras su corazón se acongojaba —; ¡qué sabe usted!

—Es su hija... ¿Te he mentido yo alguna vez, Mirra?

—Me ha contado cuentos.

—Pero los cuentos son historias de gentes que no existen; y no son verdad ni mentira. Es su hija, Mirra; y no hace mucho que se conocen.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Hay alguna cosa que yo no sepa?

Mirra miró la cara negra de la Pichana, seca y huesuda como una calavera ahumada, en que relucían sus ojos de raposa, tan sagaces que parecían descubrir hasta lo oculto debajo de la tierra.

Desde allí veían a Flavia con Victoria. No podían oír lo que hablaban, pero había tal pasión en los gestos de Flavia, que Mirra se extrañó de no haber adivinado antes la verdad.

—¡Su hija, sí, es su hija!

—¿Lo ves? — le decía la Pichana.

Y la imaginación de Mirra voló a los tiempos lejanos en que su madre vivía.

Pero aquella angustia sólo le duró un instante; se puso de pie; vió a la Pichana, que la envolvía en su mirada cariñosa, le palmeó el hombro y se alejó, sin mirar hacia el rincón donde Flavia besaba a su hija.

Aquella tarde en que don Jesús volvió de la sierra con la majadita, trajo Amoroso de Cosquín una carta de letra desconocida.

Leyóla el señor impaciente y receloso, sin saber por qué, y habló, en la mesa, a Flavia y a Mirra, que le oyeron con el corazón palpitante.

Era la carta de un tío de Gracián, a quien el niño rara vez oyó nombrar, porque siendo muy joven había huído de su casa al extranjero, y allí se pasó casi toda la vida.

Don Jesús conocía la aventura que arrancara a aquel hombre de su hogar; asuntos de dinero en que se mezclaba algún amor vedado, que le llevaron primero a Lima, después a Cuba y Dios sabía adónde más tarde, cuando sus parientes le perdieron el rastro.

Y he aquí que volvía, hombre de edad, solo, rico y juicioso, según lo expresaba en su carta, y anheloso de reanudar los vínculos rotos por la larga ausencia.

De sus parientes, el más cercano era Gracián, su sobrino. Lo había visitado en su colegio de Córdoba, y deseaba que aquellas vacaciones las pasara con él, en un establecimiento de campo que poseía en la provincia de Buenos Aires, y en cuyo manejo quería iniciarlo, pues todos los indicios eran de que algún día el niño sería su heredero.

Don Jesús leía de espaldas al quinqué, y no podía ver los ojos de Mirra llenos de lágrimas. Gracián no vendría ya en aquel verano.

También Flavia pensaba que eso podía destruir sus planes.

Concluída la lectura, don Jesús removió la

silla y esperó un momento que su hermana o su hija comentaran el suceso.

La niña miró a Flavia, que se volvió hacia ella, y como dos aceros se cruzaron sus miradas. Ninguna habló, y él entonces dijo:

—En principio todo es aceptable. Se trata del porvenir de Gracián. Pero no debo permitir que el niño vaya con su tío sin saber si es o no verdad todo lo que la carta dice. Como tutor respondo ante los jueces y ante Dios de lo que pueda ocurrir a mi pupilo.

Y siguió hablando un rato.

Esa noche Flavia abrió sin ruido su puerta, que daba sobre la galería, y llegó hasta el patio, anegado en la sombra. No había luna ni estrellas, y hasta el viento callaba. Sólo se oía el interminable croar de las ranas en la represa; y en los intervalos, el rumor de un caballo que pacía la hierba sobre sus bordes húmedos.

El agrio chillido de una lechuza le hizo correr por las venas un escalofrío de horror.

Perdió la ruta y empezó a andar a tientas, hasta el rincón de las citas.

Días antes había llamado a Camargo por intermedio de Amoroso, adiestrado en aquellas empresas. Una, dos, tres noches seguidas fué a esperarle en aquel húmedo rincón, donde se pudría amontonada la resaca del valle.

Y él no vino. Como una marea que le fuera corroyendo el alma, pasaban sobre ella las horas. Estaba segura de que amanecía más pequeña, más flaca, más gastados su cuerpo y su espíritu.

Aguardaba con resignación, y sus ojos aprendían a distinguir en las tinieblas cuáles eran las sombras de las cosas reales y cuáles podían ser las de los fantasmas que inventaba su imaginación o las de sus pecados que la perseguían a tal hora. Y sus oídos recogían todos los ruidos sutiles, el de los insectos que roían las ramas podridas, el de la savia que empezaba a hostigar los brotes de los árboles; hasta la respiración de los pájaros en sus nidos.

Quería ver a Camargo para decirle que estaba resuelta a casarse con él, aun contrariando la voluntad del señor de Viscarra.

No podía vivir siendo perpetuamente la bestia nocturna, alucinada y sumisa, que cruzaba el valle temblando de miedo a los hombres y a Dios, y todo porque un odio, en que ella no tenía culpa, había separado sus familias.

Llegaba al límite de sus fuerzas, quería terminar yéndose con Camargo, si era libre...

¿Y si no lo era?

¡Ah! La infeliz no sabía en tal caso qué había de hacer, ignorando qué fuerzas hallaría en su alma acobardada para acatar su implacable deber.

En sus entrañas batallaban confusamente dos fuerzas: la culpable y antigua pasión y el santo amor a su hija. ¿Podían juntarse las dos? ¿Podían separarse acaso?

¿Por qué Camargo le huía, desde que ella empezó a acosarlo para que le explicara qué inseparable obstáculo le impedía casarse con ella?

Una noche, desesperada por sondear hasta el fondo aquella alma en que su amor brillaba como una estrella, sin alumbrarla toda, le hizo la temible pregunta:

—¿Te casaste, Pablo?

Y él no respondió. Volvió a inquirirle, juntando sus manos, que eran en la noche como dos blancas azucenas.

—¡Pablo, Pablo! Si te casaste, ¿por qué no me lo has dicho? ¿Es la verdad?

Y él siguió guardando su mortal silencio.

—Si eso no fuera verdad, ¿qué otra cosa te impediría venir a mi casa y tomarme por mujer?

—Está "él", que se opondría — respondió Camargo sordamente.

—¿Qué puede importarnos él? ¿No es bastante que haya sido injusto con vos? Si fueras libre, Pablo, vos mismo vendrías a buscarme y me llevarías adonde está mi hija.

—Mi casa está abierta para vos... Si te llamo, ¿vas a venir?

Flavia sentía el martilleo de la sangre en sus venas; y una embriaguez desconocida se apoderaba de ella, considerando lo que sería su vida junto a su hija y a él, aunque el mundo entero la maldijera.

Pero su lengua, más fiel que su corazón al duro deber, aquella noche contestó que no.

—Si te has casado, Pablo, y vive tu mujer, no quiero ir...

Y se echó a llorar allí, hincada en la tierra, con la frente apoyada en las rodillas de él.

—¡No quiero ir!

Y en secreto se confesaba a sí misma que habría deseado que una fuerza extraña la arrebatara, y como a una hoja seca la llevara a la sombría casa de Camargo...

Dejó de hacer su pregunta, temerosa de vencer el tenaz silencio de su amante, y saber que no era libre.

Si eso le hubiera confesado, ¿qué habría hecho? ¿Seguiría viéndolo por no perder a su hija?

El sabía ya que Victoria salía a encontrarse con su madre, y aunque no hablaban de ello, Flavia sentíase más aprisionada que nunca, porque si él llegara a cumplir la amenaza de esconderla donde jamás pudiera hallarla, no tendría otro remedio que rendirse a cuanto impusiera su voluntad.

Cuando por primera vez él faltó a la cita, ella se quedó hasta el alba aguardándolo, los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos yertas y los grandes ojos abiertos a las sombras del bosque.

La luz cenicienta de las estrellas esfumaba el contorno de los árboles confundidos en un solo borrón.

La savia congelada hacía estallar las ramas tiernas, con leve crujido.

Un momento, Flavia alzaba la cabeza creyendo que pudiera ser el paso de él, y luego volvía a su postura.

Se iba dando plazos para regresar a las casas, cuando ellos se vencieran.

"Estaría allí hasta que saliera la luna".

Hacia el este, por donde la luna, menguada ya, iba a salir, se espesaba el dentellado perfil de la montaña, y palidecían las estrellas. Y cuando sobre la más alta loma surgió el disco de oro, el monte se llenó de la silueta fantástica de los árboles, que danzaban ante los ojos extraviados de Flavia.

Pero Flavia no se levantó. "Me iré cuando el gallo anuncie el lucero".

Mas no se movió, y dijo:

"Cuando venga el alba, y antes de que los peones se levanten".

Y aguardó en vano hasta esa hora.

Cuando entró en la galería había amanecido ya en las cumbres, pero en el valle la noche formaba pliegues de sombras.

A la quinta noche que volvió, Flavia perdió el rumbo y vagó un rato desorientada, y cuando creyó encontrarse al borde de la acequia, se detuvo sobrecogida, creyendo escuchar el jadeo de una respiración que le bañaba la nuca, y echó a correr despavorida, hasta que dió con el vallado de la huerta. Al hallar el camino, le volvió la serenidad.

—¡Lázaro! — dijo a media voz, segura de que alguien la seguía, y a su alrededor se acallaron los grillos, y el vasto silencio la llenó de miedo.

Echó a andar y llegó al rincón donde la aguardaba Camargo, vencido por el dolor de haberla hecho sufrir y encendida de nuevo, como nunca, su desgraciada pasión.

El le contó su historia, vieja ya de muchos años, y Flavia oyó cómo era cierto lo que ella sospechaba, que poco después de la ruptura de su noviazgo, Camargo se casó en la Banda Oriental, donde vivía aún su mujer, de la que se separó al poco tiempo, para no matarla, porque le había sido infiel.

—Mi casa está abierta para vos, Flavia — volvió a decirle —. ¿Vendrás si te llamo?

Pero Flavia parecía no oír nada, inmóvil contra el suelo, sin respirar, anonadada por aquella confesión.

Repentinamente se incorporó, llena de valor, y huyó. Sentía una fuerza que no nacía de ella, puesto que contrariaba todos sus anhelos; y era como un viento que la llevaba a través del monte, sin temor a errar la senda, sin miedo a las rocas ni a las espinas, buscando el refugio que había de salvarla.

Camargo la vió desaparecer en la sombra, esfumándose como un fantasma; creyó que la perdía y echó a correr tras ella, guiado por el ruido de las ramas que se quebraban a su paso.

Fué una carrera insensata que lo rindió cuando llegó al borde de la represa. Ella se había hundido en la oscuridad más densa de las casas. Sintió el alboroto de los perros despertados, que husmeaban al intruso, y temió morir vergonzosamente entre sus colmillos.

Se volvió para escapar de ellos, pero antes de abandonar aquel claro del monte desde donde se divisaba el confuso edificio, estiró el puño hacia él y clamó airadamente:

—¡Ah, Jesús de Viscarra, que me la quitaste cuando pudo ser mía! ¡Ni tus perros te librarán de mí!

XIV

RAZA DE ESCLAVOS

—¿Cómo logró saber usted lo que un día me contó? — preguntaba Mirra a la Pichana.

La vieja estaba en cuclillas, arrimada a la pared de su rancho, buscando la sombra, y entornaba los ojuelos, que el humo de un cigarro de chala le hacía lagrimear.

—¿Cómo supo usted que la Victoria era hija de Flavia? — volvió a preguntar la niña, que se mantenía de pie a breve distancia.

La Pichana se quitó el cigarro de entre los labios negruzcos y fué a responder, pero sus miradas descubrieron a cincuenta pasos de allí, sobre el borde de la profunda quebrada donde tenía su vivienda, la figura de un hombre, que habría podido pasar por un cazador, pues empuñaba un fusil.

A aquella distancia él no podía oírla, pero la vieja tembló como si arriesgara su vida hablando de tales cosas.

Mirra buscó lo que así la turbaba, y conoció al hombre, cuya silueta no hizo más que surgir un instante y desaparecer detrás de las piedras.

—Es Camargo — dijo con disgusto la niña —. ¡Qué fácil le sería en esta soledad matarnos de un tiro!

La Pichana, que pensaba igual cosa, murmuró:

—Así es.

Y Mirra no pudo sacarle una palabra más.

Al día siguiente volvió, porque la vieja estaba enferma y había cesado en sus correrías, y hubiera muerto de hambre si ella no le trajera su limosna.

Mediaba el tercer verano que Gracián no pasaba en Valle Negro. Mirra había cumplido quince años y rara vez salía sola, si no era para alguna precipitada visita a algún lugar donde su caridad hacía falta.

Esa mañana quería hablar de nuevo con la Pichana, sospechando que sabía de las cosas de Camargo más de lo que confesara.

No viéndola afuera, fué a entrar en su rancho, pero se detuvo en el umbral, sorprendida, porque hacía muchos años que no franqueaba la puerta, siempre cerrada, y a veces defendida por un perro.

¿Era en verdad la habitación de un ser humano o el cubil de una bestia salvaje?

Un techo de paja sobre un zarzo de cañas, sostenido por una cumbrera de álamo apuntalada para que no cediera; unos pocos pilares torcidos, de algarrobo, sosteniendo unas paredes de barro.

En un ángulo, como un nido de liebres, un montón de pajas mullidas; más allá unas piedras ahumadas, guardando un puñado de cenizas; una rinconera de tablas, algunos trapos sucios revolcados en el suelo, por donde

cruzaba un reguero de hormiguitas coloradas, unas guascas pendientes de la cumbrera y nada más.

La dueña de tanta miseria no estaba, señal de mejoría de salud.

Mirra, fatigada, se sentó sobre el umbral y esperó.

Bajo el alero, junto a su nido, chillaba una tacuarita alarmada; y en medio del patio, invadido por los yuyos, un magnífico chañar de tronco despellejado por el verano, ostentaba su copa redonda, toda florecida, con tantos millones de pequeñísimas florecitas amarillas, que parecía un sueño.

Y hacia el fondo del valle, donde era más intenso el mordiente perfume de los poleos, se llamaban en largos silbidos las tímidas perdices.

Mirra contemplaba el paisaje como si por primera vez lo viese. Estaba desorientada, olvidada de las cosas de afuera, por pensar demasiado en lo que nadie veía, en sus vagos presentimientos, y en los extraños sucesos que venían encadenándose.

Un mes antes su padre había despedido a Lázaro de mala manera, como no solía hacerlo con nadie, sin duda porque la culpa de aquel hombre, que se lo debía todo, era muy grande.

El tiempo que corría iba abriendo los ojos inocentes de Mirra a muchos misterios; mas el alma de Flavia continuaba siendo para ella un insondable enigma.

Victoria, su hija, había desaparecido de la casa de la Cuesta, y la incomprensible resignación con que aquella mujer soportaba su ausencia, hacía creer a Mirra que la Pichana le había mentido cuando le dijo quién era la madre de su enemiga.

Quería saber qué era verdad de todo aquello; y si los ojos de la Pichana veían, como ella aseguraba, hasta las cosas ocultas debajo de tierra, debía contarle lo que iba a ocurrir en Valle Negro.

Sabía Mirra que no adivinaría su porvenir, pero tenía la certeza de que Lázaro había hablado con ella antes de irse con rumbo ignorado de todos.

Lázaro veneraba a la vieja, que siendo niño lo curó de una enfermedad de muerte, y cuando quedó huérfano lo tuvo consigo algunos años, partiendo con él su miseria.

El la llamaba "mama", aunque pasaba meses enteros sin verla, porque la vieja era huraña con todos, y mientras más años caían sobre ella más gustaba de vivir lejos de las gentes, sin confiarse con nadie, no hablando a lo sumo sino con los chicuelos que no le huían.

Sentada a la puerta del rancho aguardó Mirra hasta que vió surgir, hacia la otra parte del río, la silueta de la Pichana, con su desflecado vestido, zamarreado por el viento, y su perro tras ella.

—Güenos días, la niña — dijo cuando llegó, sombreándose los ojos con su mano sarmentosa.

—¡Buenos días! — respondió Mirra alzándose para que entrara —. Está mejor, se ve, sin que lo diga.

—Así parece... De estar, no más, m'hi curau.

—Y ya ha vuelto a sus correrías.

—¿Y qué hi de hacer, entonces? El diya que yo no ande, será pa morir.

—Le traigo pan, le traigo choclos, le traigo este pedazo de charque, que le ha de durar.

—¡Cómo no! ¡Si ya no tengo muelas!

—Pero usted me va a adivinar, en cambio de todo esto, lo que yo quiero saber.

—¿Desde cuándo me vendés tus limosnas, Mirra?

La niña se quedó callada un momento. Se apoyaba en el tronco del chañar, y el viento cariñoso volteaba sobre sus oscuros cabellos un puñado de florecillas amarillas.

La vieja se había metido en la choza a rebuscar en los huecos de la cumbrera, al alcance de su mano, un paquete de tabaco para liar un cigarrillo. Se sentó después en el umbral y se dispuso a oír.

—Usted sabe lo que ocurrió con Lázaro, ¿no?

La Pichana miró a otra parte y no respondió, como si aquel tema la disgustara. Su cabeza cenicienta se envolvía en una nube de humo, y sus dedos tamborileaban sobre las rodillas puntiagudas.

—¿Sabe que se fué de casa?—insistió Mirra.

—¡Si, sé!... ¿Y de ahí?... ¿Quién no sabe eso por estos lugares, donde todo se comenta?

—¿Y no sabe qué rumbo tomó?

La Pichana se desentendió de la pregunta y se encaró con la niña, fijando en ella sus ojos astutos:

—¿Por qué tu padre fué injusto con Lázaro?

Mirra sacudió la cabeza con fastidio.

—¿Y yo qué tengo que darle cuentas a usted de lo que hace mi padre?

Y luego, temerosa de herirla, añadió con voz más suave:

—Mi padre no ha sido nunca injusto con nadie, y menos con Lázaro.

—Así sucede siempre — dijo la Pichana con acritud —; los ricos nunca se creen injustos con los pobres.

Mirra guardó silencio, y la vieja continuó:

—¿No sabés que Lázaro es como si juera m'hijo? Yo lo crié; cuando yo teniya una majadita de cabras, él las cuidaba; cuando los liones me las acabaron, yo lo llevé a don Jesús y se lo entregué pa que con él siguiera cuidando ovejas y se hiciera hombre de bien. Después apenas lo hi visto, porque no queriya avergonzarlo con mi relación... Andan por ahí voces de que yo me ocupo de brujeriyas, y aunque seya falso, prefiero vivir como vivo, como un gato del monte, sin dar cuentas a naide; y él quizá no habriya querido déjarme vivir así...

—Mi padre lo ha echado — dijo Mirra —, porque él lo ofendió.

—¿Qué pudo decirle que tanto le doliera?

—No sé, no entendí lo que dijo.

—¿Habló de la Flavia?

—¡No sé, no sé! ¡Quizás sí!

—¡Ah! —exclamó la vieja, como si eso le diera la clave del secreto que el mismo Lázaro, al decirle adiós, no quiso confiarle.

Después agregó:

—Fué injusto con Lázaro, porque tu padre tiene los ojos vendados por la Flavia.

Mirra hizo un gesto; no podía ser verdad tal cosa, y la vieja insistió:

—¡Es así!

—No comprendo...

—Ya tenés edad, Mirra, para oír lo que voy a contarte. Una vez, hace muchos años, llegó a este rancho el mismo hombre que viste ayer asomar por arriba de esas piegras.

—¡Camargo!

—Sí, era él, que vino a pedirme un favor, a mí, la infeliz, que no tengo más que el diya y la noche. Me habló de una hija que queriya criar sin que nada supiera de sus pagres hasta que él mismo se lo contara si era su voluntad hacerlo. La niña era de meses, y me ofertó traírmela. Habló mucho, habló toda la tarde, como bebido, y le relampagueaban los ojos. Y habló tanto, que se le escapó el secreto de quién era la madre de su hija...

—¡La Flavia!

—Así lo dijo él...

—Pero ¿será verdad?

—¿Li hás visto los ojos? ¿Puede la Victoria, sin ser su hija, tenerlos así?

Mirra escuchaba con ansiedad, sin atreverse a inquirir sobre puntos oscuros que hallaba aún en la historia. ¿Cómo tuvo lugar aquella funesta relación entre la hermana de su padre y el hombre que hablaba de matarlo?

—Yo no me resolví — continuó diciendo la vieja — a prestarme a aquellos tapujos creyendo o sin creer que el relato juera verdá. He vivido sola y así quero morir, sin que naide tenga que ver conmigo. Cuando se lo dije, don Pablo se encrespó tantísimo por haber conversado de más, que en ese momento me santigüé, pensando en mi fin. Pero ni me tocó, y cuando pudo hablar me amenazó de muerte, si por mí se llegaba a saber aquella historia. Yo hi guardau el secreto, hasta que otros lo han sabido...

—¿Quienes? — interrogó Mirra.

—Lázaro, que puede hablar sin temor, puesto que no anda aquí...

—¿Dónde está, entonces?

—¡De ande querés que sepa!

Hubo un rato de silencio; Mirra comprendía que la Pichana no se lo decía todo, mas la dejó continuar.

—Supe después que cambió de plan y que la llevó a la Victoria a su casa. Yo no lo hi visto sino en raras ocasiones, como ayer, rondando por estos lugares, solito, con su carabina y con el aire de un hombre que tiene malos pensamientos.

Mirra se estremeció.

—¿Qué pensará? — preguntó.

Los ojillos de la vieja se iluminaron de astucia. Se acercó a la niña, caminando encogida según estaba, y le dijo, extendiendo los dos brazos, secos y negros, como dos palos quemados:

—Los que él no mire con güenos ojos deben guardarse de él.

Calló de nuevo, y volvió a sentarse sobre la piedra del umbral, espiando si alguien andaba por las cercanías.

—Si vos, Mirra, querés mi muerte, hablá de mí y contá a otros lo que yo he contau de él.

—¡No, no, no! Yo no hablaré.

—Sin embargo — gimió la vieja —, yo te he dau mi paz y mi vida, porque él sabrá de un modo u de otro que no he guardau su secreto.

Mirra volvió a su casa sin haber aligerado la angustia que la oprimía, pensando que un grave peligro estaba pendiente sobre la cabeza de su padre.

En aquellos tres años, el amor y el odio de Camargo se habían exasperado. Pero ya no manifestaba su odio en conversaciones que llegaban al señor de Viscarra. Callaba, aguardando lo que el tiempo había de traer. Y escondía también su amor, que era como una mala fiebre en la sangre, y que unas veces le ponía vehemente y furioso, movido de ansias de vengarse con crímenes que parecían fáciles a su mano, y otras lo tornaba taciturno y paciente para aguardar lo que también él sentía venir.

Porque ni ella ni él podían vivir eternamente de ese modo.

Si en aquella noche en que reveló a Flavia el secreto que ella presentía ya, hubiera pensado que al hablar la espantaba así, habría preferido cortarse la lengua.

Pareció que le caía un velo de sangre ante los ojos y vagó días enteros por los sitios en que solía verla, seguro de que si al hablarla le huía de nuevo, la mataría, como mató a aquel perro a la orilla del arroyo, porque al pasar le ladró.

Después, fatigado de su propia vehemencia, avergonzado quizás de verse como un vagabundo corriendo sin objeto por la montaña, se recluyó entre las paredes de su casa, más melancólico y sombría que nunca, porque hasta Victoria se contagió de su tristeza.

Rara vez pensaba en ella, pero entonces veíala más que antes, y su presencia no le alegraba.

Trabajaba con tesón durante el día en minuciosas labores de la estancia, mostrándose exigente y codicioso, como si le importara el dinero, y sólo por engañar la impaciencia con que aguardaba la noche, la hora de las citas.

Al caer la tarde sentábase sobre un banco de piedra, a la puerta de la casa, y se estaba allí, como sonámbulo, mirando crecer la sombra de los árboles.

A veces su hija buscaba un sitio a su lado, ansiosa de hablarle, conociendo por instinto que en aquella enfermedad misteriosa tenía una parte su madre. Y Camargo, que antes huía de la muchacha, dejábala estarse allí, con tal de que callara, o rechazábala con torvo ademán, receloso de que descubriera sus flaquezas.

Y a medianoche — durante todo ese invierno — salía, escondiéndose como si fuera a cometer un crimen, y llegaba por senderos que sólo él sabía hallar a esa hora, al lugar de sus citas.

Así se fatigó su esperanza, porque nunca vió a Flavia.

Un día, bruscamente, como si despertara de un sueño, llamó a la mujer que había criado a la hija de Flavia.

—¡Damiana!

—Mande, señor.

—¿Te casarías conmigo?

La otra, sin comprender la extraordinaria pregunta, se rió mansamente.

—¿Te casarías conmigo? Yo necesito una madre para mi hija.

—Señor... — dijo ella —, eso no puede ser.

—¿Por qué?

—La Victoria conoce ya a su magre.

—¡Ah!

—A su verdadera magre...

Camargo agachó la cabeza. ¿Quién de los suyos le había hecho traición?

Se levantó con los puños apretados. Damiana tuvo miedo.

—¿Cómo has sabido eso?

—Todo se sabe, don Pablo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, po; yo la seguí un diya, extrañada de sus andanzas, y vi que iba a juntarse con doña Flavia, la de Valle Negro.

—¿Y decís que Flavia es su madre?

—Sí, señor.

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie, tampoco.

—¿No sabés que eso es mentira?

Damiana se quedó mirando el suelo, temerosa de haber hablado de más.

—Ella... — dijo, y vaciló en continuar.

—¿Quién? — interrogó con brutalidad Camargo.

—La Victoria, también cree que doña Flavia es su magre.

—¿Acaso te ha hablado?

—No, señor... Pero no necesitaba decírmelo, pa que yo lo comprendiera.

Y reanudando la primera idea, dijo dulcemente al amo, que la escuchaba sin mirarla:

—Con ella debe casarse, don Pablo.

El se volvió bruscamente, herido por aquella palabra.

—¿Has hablado con alguien de esto?

—No, señor.

—¿Alguien, fuera de vos, lo sabe?

—Pienso que no.

—¿Sabés que si llegara a averiguarse por dichos tuyos yo te mataría?

Tenía los ojos inyectados de sangre y los labios blancos, y la mujer tuvo miedo de que aquella amenaza se cumpliera.

—¡Te mataría!

—Por mí, nada se sabrá.

—Y para lo sepas todo..., yo no puedo casarme con la Flavia...

Ella alzó hasta él los ojos, aguardando la explicación.

—¿No sabías que soy casado con otra, que vive?

Dió unos cuantos pasos que resonaron en la desmantelada y fría habitación, que se iba llenando de sombras; y como ya no podían verse las caras, hablando más para sí que para la otra, dijo con vehemencia:

—¡Pero algún día mi mujer morirá!

Tenía ya bastante. En el corazón de Flavia sin duda ya no cabía más amor que el de su hija; y tuvo celos de ella, que veía a su madre a escondidas, y sin atreverse a interrogarla la arrancó de aquellos lugares y la llevó a un colegio de Córdoba.

Como si se hubiera libertado de una prisión, en el ambiente de la ciudad se sosegaron sus ímpetus. Era acaudalado; tenía allí casas de renta y podía vivir sin cuidarse de su estancia de la sierra; y así fué dejando pasar los meses, amortiguada su indómita pasión.

Flavia se resignó a la ausencia de su hija como a un castigo que venía de lo alto, y que había de redundarle en bien. ¿De qué manera Dios, que disponía sus dolores, la premiaría de su paciencia? ¿Cómo se resolvería el problema que la confesión de Camargo planteó tan cruelmente?

No sabía, no podía saberlo; cuando pensaba en ello su pobre cabeza se extraviaba. ¿Qué solución había para aquellas cosas horribles? Dios sabía más que ella, y en su mano estaba su vida.

Pero qué pesada lentitud la de sus días, en aquel pozo de Valle Negro, más sola que si estuviera en un claustro, sola en su espíritu, perseguida por las miradas audaces de Lázaro, por los ojos inocentes de Mirra. ¿Sabían? ¿Qué sabían?

A veces le daban ganas de llamar a su sobrina y decirle: "¡Yo fuí esto!..., pero ya no lo soy, y para no volver a serlo quiero que me ayuden todos los de esta casa, que es la mía."

Porque no estaba segura de su perseverancia ni de que si Camargo le mandaba decir con su peón: "Te devolveré tu hija si te vienes conmigo", ella no correría a él...

¡Oh, la miseria insondable de su alma, que pecaba aún en la penitencia! Suerte para ella que Camargo no había vuelto.

Pero un día, desde el fondo del valle, por donde ella andaba ahora con alguna mayor libertad, lo vió cruzar a caballo, camino de su casa, con un peón, que llevaba su equipaje.

Se echó a temblar. ¿Qué vendría después de esto?

Había dejado a Victoria, y él llegaba, harto de la ciudad. Mas no hizo ninguna tentativa para verla; parecía definitivamente olvidado de ella, y la misma Flavia se aterró de aquella indiferencia, creyendo haber perdido a su hija para siempre, ya que ni el rendirse a la voluntad de él le serviría para rescatarla.

Por aquella época tuvo noticias de la niña, que le escribió, clamando por volver cerca de ella; y de nuevo comenzó la tentación, tantas veces dominada y tantas vencedora.

Cuando Amoroso volvía del campo, los ojos de Flavia lo interrogaban, y a veces, como a Gracián en otro tiempo, se animaba a preguntarle:

—¿Por dónde anduviste?

—Por la Cuesta, niña.

—¿Viste a alguien?

—A naide, niña.

—¿A nadie, a nadie?

—Así es.

Y más tarde se atrevió a más.

—¿No lo viste a Camargo?

—Sí, niña: hoy lo vide.

—¿Qué te dijo?

—Pasó como si no me viera.

¿Era el abandono definitivo? ¿Qué más podía esperar, si de ella partió el alejarse y rechazarlo?

Aguardó aún largo tiempo aquel mensaje que no llegaba. Amoroso, ya de lejos, no más le hacía señas de que no, cuando regresaba del campo y ella le salía al encuentro.

Y, al fin, sintió colmada la medida de sus fuerzas, y se rindió.

Fué una noche en la pasada primavera. Su hermano estaba ausente, y todos en la casa, aun los perros, dormían el primer pesado sueño. Por su ventana veía la Cuesta de Camargo, bañada por la dorada luz de la plena luna; y hacia el fondo, con más limpieza que durante el día, sobre el horizonte claro, se recortaba el perfil ondulado de la montaña.

Una mancha oscura señalaba el bosquecillo de aguaribays donde estaba el caserío.

Ya que él no venía, ella, Flavia, iría hasta él, y se rendiría como una esclava, en cambio de su hija.

Se vistió precipitadamente para no tener tiempo de arrepentirse, y se echó fuera.

Conocía el camino y creía no temer ya ni a vivos ni a muertos, porque ya todas las cosas habían perdido el valor ante sus ojos. Marchaba aprisa, arrancando con furia su manto cuando el fleco se enredaba en los espinillos.

Sobre la loma, la brisa de la noche le habló al oído, y como era dulce y medrosa su voz, le entró miedo, se arrebozó y corrió, a fin de aturdirse.

Cuando llegó al barranco por donde Amoroso solía acercarse a las casas, para no ser visto, pareció que alguien que corría a campo traviesa se le había adelantado para aguardarla allí. Debía ser de Valle Negro, porque allí sintió el rumor del paso de un hombre o de un animal, que parecía seguirla de cerca.

Pensó en Lázaro; mas no tuvo reparo en ser vista de él y llegó hasta las casas, ansiando solamente que no la sintieran los perros, para acercarse sin ruido a la ventana que ella sabía.

Y así fué, y cuando amaneció, ella estaba de vuelta ya en Valle Negro, con una infinita amargura en el alma, porque en una noche había destruído su dolorosa labor de tres años.

Pero su destino era ése, y hasta sintió una confusa alegría en haber jugado su miserable paz de enclaustrada, y en haberla perdido. ¡Ahora tendría a su hija!

Esa mañana, al abrir su puerta, se encontró con Lázaro que pasaba dándole los buenos días, con aire de haberla estado aguardando para saludarla.

Su aspecto no le dejó ninguna duda: era él quien la había seguido hasta la Cuesta de Camargo, desde que salió hasta que volvió. ¿Por qué no hablaba, pues, si tanto sabía?

En ese momento se oyó un tropel de gente que llegaba; debía ser su hermano con los peones de regreso de su viaje, y eso la animó a increpar a Lázaro.

Sentíase fuerte y despreocupada de cuanto él pudiera maquinar en su contra, porque había perdido el temor a los juicios del mundo.

Lo llamó, y él, al volverse, arrojó sobre ella una suave mirada de inteligencia, como si entre ambos hubiera algún secreto. A Flavia la sangre excitada le batía el rostro.

—¡Lázaro! — gritó con rabia.

—¡Niña!

—Lázaro... ¿también anoche me espiaste?

—¿Por qué lo dice, niña?

—¿Soy tu hermana yo? ¿Soy tu mujer?

—Pero ¿por qué lo dice, niña Flavia?

—¿Quién te dió el encargo de cuidarme? ¿No me comprendés?

—¿Cómo quere que la comprienda?

—¿Fuiste anoche al monte?

—Sí, niña.

—¿Fuiste a espiarme?

—¡Oh, niña, ni se le ponga!

—¿Me viste salir a deshora y me seguiste para que no me perdiera?

—¡No, niña, no!

—¿Tenías acaso miedo de los perros por mí?

—Los perros son suyos y la conocen.

—¿Por qué quisiste entonces que no fuera sola?

—¡Qué sé yo! La vi pasar, es verdá; me entró miedo por usté y quise acompañarla de lejos. Yo no sabiya...

—¿Qué no sabías?

—Que eso había 'e disgustarla.

—¡El inocente! — exclamó Flavia con agudo sarcasmo. Lázaro se encogió de hombros —. ¡Ah gaucho taimado!

—¿Por qué me ofende, niña?

—Y... ¿Qué viste?

—Nada.

—¿Hasta dónde me seguiste?

Lázaro tituteó un momento; pero no era ocasión de medias confesiones, y quiso mostrar a Flavia qué arma tenía en la mano.

—Juí hasta el fondo del cometierra que llega cerca de la casa.

—¿De la casa de Camargo?

—Sí, niña.

—¿Y me viste llegar?

—Sí, niña.

—¿Y qué más?... ¡Decilo, decilo, puesto que sólo yo soy dueña del secreto, y te mando que lo digás!

—La vi llamar a la ventana, y luego entrar — murmuró con voz sorda y triste el paisano.

—¡Gaucho trompeta! ¿Soy yo acaso tu novia para que me sigás los pasos?

—Si hubiera sido mi novia lo habría matado a él y luego a usté.

—¡Oh! ¡Qué ignominia!

—¡Niña Flavia!...

—¿Qué?

—Usté mi ha hecho hablar; yo me hubiera callado, hubiese podido vivir cien años con ese secreto; hace seis años que lo guardo, y lo habriya guardau siempre, hasta la muerte...; pero usté mi ha hecho hablar.

—¿Estás borracho, Lázaro?

—No bebo nunca.

—¿Qué derecho tenés sobre mí para hablarme de ese modo?

—Usté mi ha hecho hablar, y no creo que seya una ofensa decirle que la quiero.

Flavia se puso pálida como un sudario, tan violenta fué su cólera; él callaba y ella también, porque las palabras no se articulaban en sus labios temblorosos.

—¡Vas a mandarte mudar, Lázaro!

—¿Adónde?

—Hoy mismo vas a decirle a tu patrón que te arregle la cuenta.

—¡Irme de Valle Negro!

—¡Sí! ¡Ni una hora más vivirás aquí, donde vivo yo! ¿Qué has creído de mí, para hablarme de ese modo? ¿Qué has creído?

Lázaro sonrió suavemente, y Flavia sintió que la vergüenza y la ira le ponían una venda en los ojos. El paisano dijo:

—Yo no he creído nada que no haya visto...

—¿Qué significa eso?

—¿Lo ve, niña? ¡Usté mi hace hablar!

—Puesto que hoy mismo vas a irte, decilo todo... ¡Todo!... Quiero ver tu malicia hasta el fondo... ¡Dios mío! ¿Hasta dónde he llegado?

Dijo esto oyendo a Lázaro, que murmuraba con pena:

—¿Qué tiene el amor de él que valga más que el miyo?

—¿Eso has pensado?

—Sí, niña, porque es justicia. Ni él es su marido, ni puede serlo.

—¿Qué sabés vos?

—Yo sé lo que usté misma sabe: que es casado. Y yo... ¡yo soy libre, niña Flavia! Yo no traicionaría a nadie...

—Pero ¡infeliz! ¡El es un hombre de mi raza!

Lázaro sintió la temida afrenta como un latigazo, y por primera vez miró de hito en hito a aquella mujer, de quien la fiera pasión lo hacía igual.

—¡Su raza, su raza! — dijo con desprecio.

—¡Sí, de mi raza! Yo no me rebajo yendo a él, como me rebajaría entregándome a vos, sangre de esclavo; y él..., para que lo sepas todo..., ¡él es el padre de mi hija!... Y lo quiero y lo he querido siempre...

—También lo sé — murmuró Lázaro, dándose vuelta para marcharse, porque sintió que alguien venía —. ¡Todo lo sé!, y antes de mucho tiempo...

—¡Hablá!...

—Antes de mucho tiempo, niña Flavia, si me deja ir así sin esperanzas y agraviado...

—¿Qué?

—Lo sabrá todo el mundo.

—¡Ah! ¿Es una amenaza?... Bueno; andá a contarlo; prefiero que lo sepa todo el mundo antes que rebajarme hasta vos...

Corrió a su cuarto, cerró violentamente la puerta y se echó de rodillas junto a la cama.

—¡Dios mío! ¿Tan hondo he caído?

Lázaro se fué, con su paso medido y silencioso de siempre, pero sintiendo como una quemadura el agravio de aquella mujer, que amaba al otro porque era de su raza.

El señor de Viscarra acudió al ruido de la puerta de Flavia y golpeó sus maderas con el cabo del rebenque.

Y ella lo hizo entrar, y para que la cólera de su hermano no se amenguara, solamente le contó que Lázaro la había requerido de amores.

Don Jesús de Viscarra no quiso oír más y fué en busca del que así osaba levantarse contra el honor de su fiero linaje de conquistadores. Lo encontró en el segundo patio, y allí mismo le marcó la cara de un lonjazo.

Cruzado en la cintura, Lázaro tenía su cuchillo, y su mano estuvo a punto de empuñarlo para castigar al ofensor.

Pero un pensamiento terrible fulguró en su cerebro. ¿Para qué matarlo allí? Tenía otra afrenta que vengar, porque su sangre, su raza, toda su larga estirpe de hombres sometidos y pacientes acababa de ser agraviada por una mujer.

Se vengaría de ella matando al dueño de Valle Negro en circunstancias en que los ojos de todos se volvieran contra Pablo Camargo y lo acusaran de esa muerte.

Había esperado tantos años el premio de su amor que al fin no conseguía, ¿por que no iba a tener la misma paciencia para vengarse, eligiendo la ocasión, y el arma y la hora que sirvieran mejor a su designio?

Fué como un relámpago que iluminó toda su vida, su pasado y su porvenir, y no duró más; y Lázaro humilló la cabeza, devoró el ultraje y salió para siempre de Valle Negro.

XV

"ET DIMITTE NOBIS...!"

Pero las cosas no ocurrieron así.

Una noche bramaba el viento en la hendidura de la Laguna Brava, y la vieja, en su rancho sacudido por la tormenta, velaba sin poder conciliar el sueño en su cama de liebres.

Pensaba en Lázaro, cuando una mano llamó rudamente a su puerta, calzada por dentro con una estaca.

—¡Soy yo, Lázaro!

Abrió y entró él, como una sombra más densa en la oscuridad de su choza. El perrillo, acurrucado en un rincón, se puso a ladrar, y su dueña lo acalló con una palabra. Y sin encender la luz, porque no tenía con qué hacerlo, aguardó lo que Lázaro iba a decirle.

—¿Tiene pan?

—Sí, tengo.

De la tabla rinconera cogió un buen trozo de pan seco y se lo dió.

—Pan de Valle Negro — dijo él, reconociéndolo por el olor y la forma; y se puso a comer.

Desde hacía un mes la vieja vivía con el corazón contristado, sintiendo avecinarse la muerte y el crimen; y de eso habló a Lázaro, y él respondió:

—Todo eso es obra de una mujer.

—La Flavia.

—Sí; y del orgullo de un hombre.

Comió un rato en silencio, y volvió a hablar:

—¡Mama! Usté conoció a mis pagres, ¿es verdad?

—Sí, Lázaro.

—¿Eran esclavos?

—No.

—Y mis agüelos, ¿usté los conoció?

—Sí, y también eran gentes libres.

—¿Por qué, entonces, me dijo ella que yo era de raza de esclavos?

—¿Qué te importa lo que ella te haiga podido decir?

—¡Así es! — respondió él, y quedó silencioso un largo rato. El perrillo, que había vuelto a ladrar, se aquietó, sintiendo sobre la cabeza la mano huesuda de la Pichana, que le atusaba el pelo. Todo era sombra adentro, y hasta las palabras de Lázaro parecían siniestras y oscuras.

—¿Sabe usté, mama, si ha güelto don Jesús?

—Dicen que mañana güelve; pero..., ¿qué te importa eso?

—Tengo que arreglar mi cuenta.

—¿Vas a ir a su casa?

—No; lo buscaré en el camino. Para eso hi venido de la sierra grande. Hace ocho días que vivo en las cuevas de los liones de la Laguna Brava, y esta noche el hambre me ha sacau de ahí. Pero a naide lo ha de contar, mama.

—Entonces, ¿vas a salirle al encuentro? — interrogó la vieja, cavilosa.

—A eso hi venido.

—¡Lázaro, no lo hagás!

—¿Por qué?... ¡Ah! ¡Ya sé lo que está pensando de mí!...

—Pienso la verdá, porque has güelto con ideas de venganza.

Lázaro se hechó a reír con su suave y fría risa, que no iluminaba de alegría su cara nublada. La vieja, no viendo en la sombra el semblante del paisano, creyó que lo juzgaba con injusticia.

—¿Cree usté, mama, que yo le guardo rencor por lo que hizo?

—Si no juera así no vivirías en las cuevas y habrías ido a su casa.

—No, puesto que anda ausente; y no quiero hallarme con esa mujer.

—Si es así, Dios te ayude, Lázaro.

El se levantó, saciada su hambre. Besó la mano de la Pichana, que quitó de nuevo el puntal para abrir, y él salió. El viento zumbaba en el hueco de las piedras, y por encima de todas las notas se alzaba de vez en cuando el dominante bramido que llenaba de miedo a las gentes sencillas de aquellos lugares.

Lázaro echó a correr y su poncho se desplegó como una gran ola, y vió entonces la vieja que llevaba una carabina, de caño brillante a la luz de las estrellas.

Amaneció el día siguiente, y Lázaro siguió escondido en las cuevas, esperando la hora en que vendría el señor de Viscarra, para salirle al cruce en el camino que bordeaba el despeñadero de la Pichana.

¿Le sería propicia la suerte y podría encontrarse con él sin ser visto de otros?

Esa tarde, en efecto, don Jesús de Viscarra llegaba tranquilamente al río, viniendo de la villa.

Negocios de última hora habíanlo retrasado más de lo que deseara, y veía llegar la noche precisamente en el lugar más solitario y propicio para las emboscadas. Amoroso, que fué hasta Cosquín a traer su equipaje, debía de estar ya en las casas, habiéndosele adelantado un buen trecho.

Pero fuera costumbre de no galopar, para no cansar al caballo, fuera el instintivo propósito de no mostrar impaciencia por llegar, no abandonaba aquel andar pausado característico de los hombres de campo, que saben ahorrar las fuerzas de sus cabalgaduras.

En esos días, Mirra había logrado infundirle algún recelo por lo que pudieran tramar en su contra los hombres que hoy eran sus enemigos. Pero veía más razón de temer la malquerencia de Camargo que la de Lázaro, porque con aquél había tenido un incidente.

Encontróle — el día antes — en una calleja empinada de la villa, y, como de costumbre, pasó de largo; pero sintió al momento que el otro se ponía a seguirle.

La calle era sola, y el dueño de Valle Negro se detuvo y aguardó.

—¡Jesús de Viscarra! — le gritó Camargo, cruzándosele en el camino.

Era la primera vez que le hablaba desde hacía muchos años, y puso en la frase y en el ademán toda su altanería.

El aludido desentendióse de los ásperos modales y contestó con su inmutable serenidad:

—Te oigo, Pablo.

—Por fin ha llegado la hora en que me has de dar tu mano.

—Mi mano está siempre tendida hacia quien desea estrecharla.

—No hablo de tu amistad, que no me importa. Pero delante de todos tendrás que aparecer como amigo mío, como hermano mío, aunque te duela el serlo...

—¡Pablo Camargo! Si no has venido en son de paz, ¿por qué me has hablado?

—Voy a casarme con tu hermana, y te debo esa noticia.

Sintió el de Valle Negro un golpe en el

corazón. Sabía por algunas referencias que la mujer de Camargo había muerto, y relacionaba el anuncio que a él le hacía, con actitudes recientes de Flavia.

¿Era, pues, verdad que su hermana y su enemigo estaban de acuerdo y que no mintió aquel villano papel en que ella misma descubrió la letra de Camargo? ¿Cómo ella perdonó la injuria de aquel anónimo?

Y ahora su amante se cruzaba con él, para anunciarle que, a despecho de todo, iba a entrar en su casa.

—Voy a casarme con ella, Jesús de Viscarra.

—Ella es libre, Pablo, y mi voluntad no es la suya — contestó él con frialdad.

—¡Cómo se conoce que has variado en tus ideas!

—No; el tiempo ha corrido, y ya no soy su tutor.

—¿Y si lo fueras?

—¿Para qué hablar de lo que no puede ser?

—Yo te responderé lo que harías; volverías a resolver en mi contra.

—Vos lo has dicho.

—¿Así me tendés la mano, Jesús?

—Yo no quiero ser tu enemigo; pero tampoco quiero ser tu hermano. Y es tu culpa, Pablo, por tus malas costumbres, que han de hacer triste la vida de la mujer que lleve tu nombre.

Observó el señor de Viscarra que se ahondaba la odiosa arruga que partía la frente encapotada de su enemigo, y pensó que allí lo asaltaría; pero no fué así, porque, sin duda, el vaso de su odio no estaba lleno aún.

Vióle coger la brida con la fuerte mano crispada y, sin decir una palabra más, volver a tomar el camino de la sierra, espoleando su caballo, que arrancó al galope.

Don Jesús siguióle un rato con la vista, no pensando ya en él, sino en ella, en su hermana, que, si era verdad lo que acababa de oír, iba pronto a causarle uno de los más grandes dolores de su vida. Pero quiso creer que la fiera dignidad de los Viscarra no se desmentiría en ella, y pausadamente volvió a las ocupaciones que allí lo retuvieron un día más.

Cuando tomó el camino de Valle Negro, alcanzólo un mensajero para darle una carta en que se le hacía saber que en seguida instancia habíase fallado el pleito a su favor, y supo allí mismo que esa noticia había llegado antes a la Cuesta de Camargo. Y pensó que ésa podía ser la gota que hiciera desbordar el corazón de Camargo, envenenado por el odio.

Mas no podía evitarlo.

Cuando llegó al río, ya no se veía el sol, desaparecido detrás de las montañas. Pero un montón de nubes de vientre color de pizarra mostraban en sus bordes plateados que aun estaba abierta sobre el mundo aquella gran pupila.

Hacía fresco y los pájaros callaban.

—Llegaré antes de la noche — se dijo don Jesús, perdiendo unos minutos en mitad del río para que su caballo bebiera, sin quitarle el freno.

Y empezó a subir la abrupta ladera del valle de la Pichana. Un crestón de piedra le impidió ver a lo lejos, casi sobre el camino por donde había de pasar, la silueta de la mendiga que espiaba a Lázaro, agazapado por allí cerca.

Lázaro no la veía, puestos los ojos en aquel hombre que avanzaba despreocupado hacia la muerte. ¿Por qué habría de perdonarlo, cuando ni aun lavándose con la sangre de él se borraría la lista roja con que su lonjazo le marcó la cara para toda la vida?

De pronto ocurrió lo que él no había previsto, pues en la misma senda, entre él y el caballero que avanzaba, surgió la inquietante figura de Pablo Camargo, a pie, con su fusil en la mano.

—¡Jesús de Viscarra — gritó —: ¡voy a fallar nuestro pleito mejor que tus jueces!...

El dueño de Valle Negro vió a Camargo y se santiguó, comprendiendo que era la muerte, y un segundo después el estampido de la detonación alarmó los ecos de las quebradas, que se adormían en la serenidad de la noche.

Al caer el señor de Viscarra, la Pichana dió un grito, y Lázaro huyó, viendo cumplida por otra mano su venganza y no pensando ya sino en esquivar la acción de la justicia, para que todo su peso cayera sobre la cabeza de Camargo.

Este fué a huir también; mas al volver la cara divisó a la vieja que gritaba en medio del camino, y corrió hacia ella para aniquilar aquel impensado testigo que depondría contra él.

La Pichana comprendió el peligro y se llenó de valor.

La senda bordeaba el alto despeñadero de su valle, y ella conocía todas sus bajadas. Saltó como una cabra; pero él le cerró el paso, acorralándola contra el filo mismo de la empinada muralla de rocas, en que un festón de carquejas disimulaba el abismo.

Las enjutas piernas de la Pichana eran muy ágiles y habría escapado, pero él la atrapó del manto en que se arrebujaba y de un solo empujón la despeñó.

—¡Maldita vieja!

Ella lanzó un alarido y cayó casi a plomo. El manto se abrió, ahuecado por el viento.

—Parece un murciélago — se dijo Camargo, mirándola caer —. Ya se estrelló... Está bien muerta..., como el otro. ¡Buena jornada!

Anduvo algunos pasos; divisó el otro bulto inmóvil tendido en el sendero blanco, envuelto ya en la paz de la noche, y desapareció en el sombrío boscaje de la orilla.

Corrieron algunas horas, y Mirra, angustiada por la tardanza de su padre, envió a su encuentro a Amoroso con un peón.

Era ya plena noche, de extremada serenidad, limpia de nubes, y el alto cielo parecía sembrado de brasas.

En el vasto silencio, la niña sentía la voz doliente de su corazón, que le hablaba de cosas incomprensibles.

Intranquila, llamó a todos — Tránsito, Pastora, Flavia..., ¡aun Flavia! —, y en el amplio dormitorio de su padre, al pie de su cama vacía, enfrente de un gran Cristo doloroso y exangüe, se pusieron a rezar en alta voz...

Luego ella, sin saber por qué, sintió crecer su angustia, con los brazos en cruz, entonó el Trisagio, la angustiosa plegaria que sólo rezaban en las horas de tribulación, en las grandes tormentas, en las grandes calamidades, cuando la tierra temblaba en los grandes infortunios.

Y la voz de la niña, que imprecaba el auxilio o la justicia de Dios, parecía llenar la noche.

—¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal!...

Se calló de golpe y todos la miraron; se puso de pie, y en ese instante ladraron los perros.

—¡Abran! — dijo; y ella tomó la lámpara y se arrimó a la puerta para alumbrar a los que llegaban, y entraron Amoroso, con el sombrero en la mano, y dos peones con el cuerpo de su padre.

No tuvo un solo gesto de dolor inconsciente. Se aproximó, lo miró instantáneamente, lo vió tendido sobre un poncho, pálido, con los ojos cerrados, y preguntó a los que lo traían:

—¿Está muerto?

—No, niña.

Quitó las cobijas de la cama y dirigió la tarea de acostarlo, con infinita dulzura, para no hacerlo sufrir.

El abrió los ojos, y al verla sonrió.

—¡Papá! — gritó Mirra, echándose a llorar.

Volvió a sonreír, y movió los labios, pero nadie pudo oír sus palabras.

Mirra se arrojó sobre su pecho, y oyó entonces lo que decía:

—Mi hijita: que ninguno de esta casa ponga a la justicia sobre los pasos de mi matador.

Hizo señal a todos para que salieran, y cuando se quedó solo con su hija quiso hablar de nuevo.

—Papá, no piense en eso...

—Sí, hija. ¿En qué he de pensar, pues voy a morir?... Yo lo perdono, y quiero que todos aquí lo perdonen como yo...

Y ella, desolada, llena de ira, clamó:

—¿Fué él, papá? ¿Lázaro?...

—... ¡No, no! ¡No fué Lázaro!...

—¿Y quién..., entonces?

El señor de Viscarra entornó los ojos, fatigado, y no contestó.

—¿Quién?... ¿Quién? — volvió a clamar ella, y acercó la oreja, suplicante, para oír el nombre del asesino, y oyó esto:

—"Padre nuestro, que estás en los cielos..., perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos..."

—¡Oh, papá! — gritó la niña —. ¡También yo, también yo!

El comprendió que ella se unía a él en el perdón; abrió de nuevo los ojos y le sonrió.

Murió cuando el día se anunciaba tiñendo de rosa la cresta de los montes.

Flavia, en toda la noche, no se había movido de su rincón de la galería, donde permaneció acurrucada, con los ojos perdidos en la insondable negrura del valle, y dejando a las otras mujeres, menos anonadadas que ella, el procurar los remedios que vanamente se aplicaron al herido.

Y durante esas horas eternas, como una pesadilla, sintió un interminable y lejano ladrido de perros.

Al alba se retiró el cura de Cosquín, que fuera llamado para atender al moribundo, y al rato de salir viósele volver contristado. En el camino, cerca de las casas, habían encontrado el cuerpo, frío ya, de la Pichana, que desde el valle donde ella moraba se fuera arrastrando con la esperanza de llegar viva a la casa del señor de Viscarra, sin duda para decir lo que ella vió y para que la justicia no persiguiera al que no era el asesino.

Pero sus labios estaban sellados por la muerte.

Cuando Flavia se acercó, por fin, al lugar donde velaron a su hermano, Mirra, que lloraba a sus pies, alzó la cabeza y la miró, y ella sintió un horrible frío en el corazón.

—¿Te dijo cómo fué?

—¡No!

—¿Fué quizás, Lázaro?

—¡No!

—¿No te dijo tampoco quién lo mató?

—¡No!

Flavia escondió la cara, llena de horror, y Mirra no habló más. Quería que sus labios fuesen mudos, tan mudos como los de su padre, que también Dios había sellado para siempre.

XVI

LA ESPERA

Comenzaron a correr los días tristes de Mirra, como un río que nunca debía agotarse.

Ella guardó silencio, y la justicia no halló cómo proceder ni contra Lázaro, a quien muchos señalaron como el culpable, ni contra Camargo, y todo se olvidó con el tiempo.

Pero Camargo, aunque vió asegurada su impunidad, no pudo soportar la vida en la casa de la Cuesta, y se fué a Cosquín, con su hija, y allí, para acallar la secreta voz que clamaba en él, se puso a la par de los bebedores que pasaban sus horas junto al mostrador de cinc de los almacenes.

Un día, mientras él bebía, pagando copas de ginebra o de caña a otros paisanos, que le hacían rueda, entró uno de los hombres considerados como ricos en la villa.

Buscaba un peón cualquiera que quisiese ganar un peso diario y la comida blanqueando su casa.

Había muchos desocupados en la tertulia, pero ninguno habló.

—¿No querés vos hacer una changa?

—No puedo, señor; tengo que echarle tierra a un maicito, en esta semana.

—¿Y vos?

—Yo ando domando una mula chúcara, y no puedo parar el trabajo. Si no juera eso...

—Quizá éste quera — dijo uno de ellos, señalando a otro tan desharrapado que ponía juzgársele anheloso de hallar ocupación.

Estaba de codos sobre el largo mostrador, en el cual los vasos pintaban una redondela roja, y tenía al alcance de su mano una copita de ginebra.

—¡Vos, ché!, agarrá esa changa y ganate la vida.

Se volvió el aludido y respondió suavemente:

—Yo hariya el trabajo, señor...

—Hacelo, entonces...

—Es que..., le vo'a decir... Yo padezco de un mal, y cuando me trepo a una escalera me da como a la moda de un calambre y se me dueblan las piernas.

Camargo oía aquello sentado en un rincón, con la cabeza caída sobre el pecho. Se levantó de pronto y se ofreció a ganar aquel jornal que nadie quería:

—¡Yo haré el blanqueo!

Le temblaban ligeramente las manos, pero tenía el cuerpo firme y derecho. El propietario le echó una ojeada.

—¡Es posible! ¿Usted, Camargo?

—Sí, yo... ¿Qué tiene?

—Nada, pero...

—Si no tiene nada..., yo haré el trabajo.

Y salió con el otro, que se encogió de hombros, y ese mismo día pudo verse al dueño de la Cuesta blanqueando una pared, a jornal, como un peón cualquiera.

Y en el pueblo empezaron a decir que no tenía muy cabal la razón.

Pero el horror de los horrores sentíalo Flavia en su conciencia envenenada por aquella funesta pasión.

Vicioso y culpable, lo amaba como en las noches trágicas en que lo aguardaba en la soledad del monte, aun sabiendo que no vendría.

Mas no lo buscaba; antes le huía, como si al ir hacia él se manchara en la sangre del hermano que ella no tuvo fuerzas para ver morir.

Pero, ¿era verdad? ¿Era verdad que él lo había asesinado? ¿Quién de los vivos podía asegurarlo sin miedo a mentir? La muerte había hecho enmudecer a los que, habiendo visto, podían hablar, y ya nadie en el mundo tenía el derecho de decir: "él lo mató".

—¿Y Lázaro...?

Hubiera querido Flavia poder arrojar la culpa sobre la cabeza de aquel hombre; pero veía a Mirra diciéndole "¡no!", como en aquella mañana en que la niña, vestida ya de negro, dejó la cabecera de su padre y ella se atrevió a preguntar: "¿Te ha dicho quién lo mató? ¿Fué Lázaro?"

Flavia soñaba con los ojos de Mirra, llenos de misericordia, y habría querido esconderse debajo de la tierra, donde no llegara la luz implacable del día, y salir sólo de noche, para que las gentes no pudieran descifrar en su rostro la marca de su amor y de su miedo.

¿Qué sabía Mirra? ¿Qué fué lo que le dijo su padre moribundo?

Pero Mirra callaba. Podrían pasar cien años y ningún ojo humano sondearía el terrible misterio que atormentaba a Flavia.

La sola figura de la niña enlutada, cuyas manos hacendosas tenían las riendas de la casa, era una viviente acusación contra ella, que vivía recluída en su cuarto.

Durante meses enteros, apenas se acordó de su hija; pero un día sintió una violenta necesidad de verla, y sabiendo que estaba en Cosquín, allá se fué, y se quedó en la villa, satisfecha de libertarse de los ojos de Mirra y de la imponderable lasitud de Valle Negro.

Había en Cosquín una escuela oficial, y logró que la nombraran maestra, para tener algo que ostensiblemente la obligara a permanecer allí, próxima a su hija, pero alejada, como si viviera en otro mundo, de Camargo, cuyas noticias quería ignorar.

Por su parte, Mirra, a una edad en que el espíritu es dominado por los instintos, había, sin embargo, comprendido la misión que su padre quiso para ella y, pudiendo vivir en las ciudades, se quedó en aquel rincón de las sierras, con sus pensamientos y con su plan, de líneas imprecisas, pero que el destino acabaría de trazar.

Al quedarse sola llamó a su lado, para que le sirviera de compañía, a la mujer del hermano de su padre, viuda en aquel tiempo, que trajo consigo una caterva de chicuelos, y Mirra se sintió feliz con ellos y pensó en abrir una escuela.

Sobre la puerta del dormitorio de su padre, que no quiso que nadie ocupara, pintó como mejor pudo una frase del Evangelio: "Dejad a los niños que vengan a mí", y comenzó las clases, en que ella enseñaría todo lo que supiera a los chicuelos de los ranchos vecinos, que se criaban en un inverosímil abandono.

Todos en la casa, en el valle, en la montaña, se admiraban de ella, que concebía planes tan altos y los realizaba con una tenacidad sin ejemplo entre esas gentes de fláccida voluntad, y con una serenidad imperturbable y alegre, como si perdurase en ella el espíritu del muerto. Pero ninguno adivinaba su alma triste.

¡Qué lejos parecía el tiempo en que ella, como una cabrilla rústica y audaz, corría por las lomas, sin miedo a nada de las cosas del mundo!

Ahora, cuando iba a misa, para lo cual tenía que salir muy temprano, casi de noche en invierno, al pasar por el sitio en que mataron a su padre sentía correr por su espalda un aire frío, que le hacía apretar los dientes.

Los paisanos, respetuosos de la muerte, a la orilla del camino habían puesto una cruz de palo, y una mano desconocida clavó en ella un pedacito de crespón.

Mirra, conmovida por el piadoso homenaje, miraba siempre la cruz y veía flotar en el viento la cinta negra, que el sol desteñía, pero que permanecía allí como una perpetua oración.

Un día vió la cruz desnuda, porque faltaba el trozo de crespón, que se pudría a la intemperie.

¿Era el olvido que caía también sobre aquel dolor? Mirra saltó del caballo y buscó flores en la maleza y las enredó en los brazos de la cruz. Y cada domingo, al pasar, tuvo cuidado de renovarlas.

Aquel verano fué muy seco. Los maizales se torcían abigarrados, y el campo, bajo el sol implacable, adquiría un tono de pizarra.

Cuando caía el sol, hacia el poniente pintábanse de púrpura algunas nubes, que quedaban allí hasta entrada la noche, como largas banderas rojas sobre el cielo purísimo.

—Señal de seca — decía Tránsito, que conocía el tiempo.

Con ella que, vieja y todo, era fuerte y baqueana para el caballo, solía ir Mirra los más de los domingos a la misa de Cosquín.

Un día de esos volvían ya a Valle Negro, parlera la vieja y silenciosa la niña.

El monte vibraba con el canto de las cigarras. Era una selva enmarañada, de pequeños arbustos espinosos que roían el sendero y altos árboles hirsutos que hendían las piedras con sus fuertes raíces. El pasto aparecía quemado por el sol; y como casi no había flores, por la extraordinaria sequía, no zumbaban las abejas como otros años, ni las retamas sentían el beso fugitivo de las mariposas.

—¿No hais sabido nada 'e Gracián? — preguntó Tránsito.

Mirra se estremeció como si le hubiera adivinado los pensamientos. Contestó moviendo la cabeza y no habló. Pero más allá dijo:

—Van a hacer dos meses de la muerte de papá. Yo le escribí contándole...

—¿Y no te ha contestado?...

—¡No!

La vieja suspiró; dejó andar un rato su caballo, que en el viscoso sendero marchaba con paso cauteloso, y al rato completó su alusión:

—¿Querés que te cuente? ¡Un diya se mi antojó que iba a ser tu novio!...

Mirra se encogió de hombros con indiferencia, y como llegaran a un sitio en que se podía apurar la marcha, castigó al caballo y se adelantó sola.

Bordeaban el valle de la Pichana, cerca de la cruz, cuando las alcanzó un peón que venía también de Cosquín y traía una carta para Mirra.

Conoció ésta en el sobre la letra de Gracián, y la guardó emocionada, no queriendo abrirla delante de testigos, por si en ella no venía lo que su ilusión indestructible le anunciaba.

Ni siquiera dijo que era de él, y aguardó la hora de la siesta para leerla a solas, conservando su esperanza el mayor tiempo posible.

Y después del almuerzo, cuando pudo escaparse de su tía y de sus primos, que ya apenas sabían vivir sin ella, corrió a buscar entre los árboles de la represa el sitio mismo en que tantas horas pasó con Gracián.

Siguióla una de los perros, que la acompañaba siempre en sus paseos.

Bajo la arcada de los árboles la sobrecogió una emoción extraña y dulce. ¡Oh, Gracián, Gracián! ¡Qué lejos estabas de ella!

Se sentó a la sombra de los álamos murmuradores, sobre el paredón de piedra, y el perro se echó a sus pies.

Dudaba en abrir la carta, ansiosa de prolongar la expectativa, tan intensa que la conmovía hasta el llanto. ¿Qué buenas palabras habría encontrado Gracián para consolar su pena?

Fué a romper el sobre, pero se detuvo; ¡un momento más! Era suave la hora, el cielo puro, desteñido por el sol; el aire armonioso, lleno de rumores, que despertaban sus nostalgias; la brisa haciendo hormiguear el follaje de la alameda, las tortolitas cantando en el sauzal, las langostitas verdes chirriando entre los yuyos; de cuando en cuando, en el fondo de la represa, el latigazo de una rana que se arrojaba como una piedra en el agua transparente y fría.

Un tiro lejano, la explosión de una mina en unas canteras de la región, despertó brutalmente los ecos del valle, y el perro se incorporó, temblando, con las orejas tendidas y el hocico al viento.

Ella entonces rompió el sobre y leyó con avidez.

Eran frases compuestas; pero expresaban, sin duda, la sincera congoja del muchacho, a quien le llegó con inexplicable retardo la carta de la niña.

La de él terminaba así: "Yo no sé qué decirte, Mirra, ni sé si lo que te diría podría servirte de consuelo. Más que todas mis palabras valdrá mi mano puesta en la tuya, y quiero verte para mostrarte que, si las cosas cambian, yo sigo siendo el mismo. Adiós, Mirra; pronto iré a hacerte una larga visita".

Todos sus resentimientos se esfumaron como una neblina ante el sol. Por un pudor, mezclado de miedo a engañarse, guardó el secreto de aquella promesa, y cada mañana se levantó con la ilusión de que ese día vendría Gracián.

Una vez le contaron que Victoria estaba en la casa de la Cuesta, adonde había ido con la mujer que la cuidaba, para algunos arreglos.

Ya no era Victoria la niña andariega de antaño; de modo que Mirra no tenía ninguna probabilidad de encontrarla en el campo, si quería verla. Y era, en efecto, una idea que hacía tiempo acariciaba, la de acercarse a la hija de Pablo Camargo y tenderle la mano como amiga.

Su padre, desde el cielo, vería su gesto y la bendeciría, contento de ella, que, como él, sabía perdonar.

Sin consultar con nadie, pues era dueña de sus actos, una mañana se resolvió a ir en busca

de su enemiga.

No iría por el camino, para que no la vieran, sino por el barranco, en cuyo fondo había recogido "chorritos" muchas veces con Gracián.

Cruzó la huerta y siguió a lo largo de la pilca. A cada paso hacía huir de entre las ramas los conejitos del campo, medrosos como ratones, pero extremadamente curiosos e impalpables como sombras.

Saltó la pilca por el mismo lugar en que una tarde oyó a Flavia decir a su hija: "Algún día Gracián se olvidará de Mirra y será tu amigo".

¿Por qué sentía ahora que aquello podía ser cierto?

Iba a ganar la amistad de la hija de Flavia, iba llena de afecto hacia ella y, sin embargo, en el fondo oscuro de su corazón guardaba el recelo de que todo podía perdonar, menos que Gracián la olvidara por ella.

—¡Miseria, miseria! — pensaba Mirra —. ¿Por qué había de olvidarla él, ni por Victoria ni por nadie? ¿No iba acaso a venir? Pero..., ¿vendría? ¿Vendría de veras?...

Pronto llegó al cometierra, y entró luego en el profundo zanjón por donde Amoroso llevaba a Camargo los mensajes de Flavia.

Pesaba allí un vasto silencio, turbado sólo por el zumbido de las moscas. Arriba, en el campo que el sol bañaba, sobre la copa de los árboles nacidos al borde, se tejía la abigarrada sinfonía de millares de pájaros libres, cuyo canto dominaba como una flauta de oro el silbo regio de los zorzales.

Las cigarras estridentes hacían vibrar la loma, y era grato marchar sintiendo esa lejana orquesta, en la penumbra de la barranca, enarenada por las avenidas de las lluvias y perfumada por los matorrales que, aun sin flores, tenían penetrante aroma.

En algún sitio, aquella hendidura se estrechaba hasta no ser más que una grieta sombría, entoldada de malezas y que las poderosas raíces de los talas traspasaban de parte a parte, y en que las moras silvestres tendían terribles asechanzas.

Mirra vacilaba buscando un pasaje entre las espinas. A veces la barranca se bifurcaba, y había que estar bien seguro del verdadero camino para no meterse en un zanjón sin salida.

Cuando se llegaba a la altura de la casa de Camargo, una escalerilla toscamente labrada en la greda facilitaba la subida, y Mirra ascendió hasta el borde y miró si alguien andaba por allí.

Nadie. A cien pasos dormía el caserío, en medio de las chacras abandonadas. El único ser viviente que se divisaba era un caballo flaco, de grupa consumida, lastimado el lomo, tembloroso bajo el aguijón de las moscas, que se había refugiado a la sombra de un tala. Cerraba los ojos cansados y turbios: parecía a punto de morir.

Mirra echó a andar por el senderito que había de guiarla hasta el patio, y se detuvo cuando sintió que los perros la habían olfateado y anunciaban su arribo.

Salió Victoria misma, y en su presencia el corazón de Mirra se oprimió con un angustioso presentimiento.

Hacía años que no la veía, y la hallaba cambiada y hermosa.

Los ojos claros, inquietos, ardientes — sobre cuyo relámpago se juntaban las cejas, nerviosas, casi rectas, de ruda curva a los extremos —, mostraban lo desigual y movedizo de aquella alma ingenua y apasionada.

Sombreando la frente caían los bucles rebeldes de su cabellera mal peinada. Pero la boca pequeña y la nariz, de un dibujo limpio y delicioso, daban al rostro una rara y picante belleza.

—¡Vos, Mirra!

—¡Sí, yo!

Las dos jóvenes se juzgaron en un instante, y Mirra comprendió lo inútil de su aventura. Le tendió, no obstante, la mano, que la otra no tomó, y le dijo:

—Vengo a verte, Victoria, porque no quiero seguir siendo tu enemiga...

La otra callaba, el ceño nublado, los ojos llenos de luz.

—Dame la mano, Victoria..., y seamos amigas.

La hija de Camargo cruzó violentamente sus manos en la espalda.

—¡Yo no te puedo dar la mano!

—¿Por qué?

—Porque has hablado mal de mi padre.

—¿Yo?

—¡Sí!

Dijo aquel "sí" como si con él la escupiera en el rostro.

—¡Nunca! — protestó Mirra.

—¡Sí, sí! Has acusado a papá de ser el asesino de tu padre.

—¡Nunca! — repitió la de Valle Negro, y miró de tal modo a la otra, que la dejó un segundo temblorosa y muda.

—Yo no puedo ser tu amiga, porque has echado a mi madre de tu casa...

—¡Tampoco! ¡No es verdad!

—Y ahora has venido a la casa de la hija del que acusaste de haber muerto a tu padre...

—¡Oh!... — Mirra avanzó un paso —. ¿No sabés, Victoria, que papá, al morir, perdonó a su asesino y me ordenó a mí, y a todos los suyos, que lo perdonaran como él?... Y yo lo he hecho, Victoria; yo lo he hecho, y ni he acusado ni he guardado rencor a nadie. Por eso he venido.

Mirra, a punto de llorar, se contuvo, viendo abalanzarse contra ella uno de los perros, que la otra niña alcanzó a coger del collar...

—¡Andate! Yo no quiero ser tu amiga; y si volvés a venir, te haré echar con mis perros, como echaste a mamá de tu casa...

No contestó Mirra, y volvió a su camino, indignada, sintiendo largo rato el ladrido de los perros y el odio de los moradores de aquella casa.

No contó a nadie lo ocurrido, y se recogió en sus pensamientos, esperando la venida de Gracián.

Hacia fines de enero maduraban los piquillines. En las lomas, que el sol azotaba, la fruta era roja y los achaparrados arbolillos aparecían ensangrentados de rubíes. En la umbría de las quebradas, donde la tierra era más negra, la fruta era morada y crecía más grande y sabrosa, preferida de los niños.

Mirra había tenido la ilusión de ver llegar a Gracián para la época de los piquillines; mas no vino, y el tiempo de recogerlos pasó.

"Quiero verte..., Mirra... Pronto iré a hacerte una larga visita".

Aquellas palabras de la carta la asediaban, como el zumbido de las abejas cuando se acercaba a los panales. ¿Cuándo llegaría?

Iba a la huerta, buscando los sitios que más frecuentó con él, para evocar mejor su recuerdo.

Desde la muerte de su padre, la huerta, abandonada, se iba llenando de yuyos, en que asomaban las estrellas de oro de las santamarías. En un rincón, donde antes plantaban legumbres, un arado de palo se resecaba a la intemperie. Se acercó a él, lo cambió de sitio, y de abajo de su reja, donde quedaba una mancha de humedad, escaparon multitud de bichos que allí habían hecho su morada.

Sentíase ya el otoño, y las primeras hojas amarillas de los sauces brillaban como laminillas de oro, y al solo viento de las alas de un pájaro se desprendían dulcemente, con melancólico rumor de cosas caducas.

Allí se refugiaba Mirra, buscando la soledad, que entretenía mejor que nada sus esperanzas.

Una vez quiso aguardar hasta la hora de las estrellas para volver a las casas.

La infinita calma descendía como un velo sobre el valle. Un prolongado estremecimiento del sauzal llenaba la tarde con apacible susurro. Luego tornaba la extremada quietud. Volaba un quintové y una ramita quedaba temblando en la copa de un tala, tan inmóvil, por lo demás, que parecía una pintura.

Los grillos cantaban a la noche.

—¡Niña Mirra! — gritó un muchacho que tenían de mandadero —. Una carta para usté...

Era de Gracián, y Mirra pudo leerla a la luz del crepúsculo y saber, por fin, que no vendría ya hasta la primavera, quizá hasta el verano, y que quería pasar en Valle Negro todas las vacaciones.

XVII

LA VUELTA

Vinieron las mañanas húmedas de marzo y sus tardes ventosas. Los pastizales estaban florecidos y pronto volcarían sus semillas, y había bandadas de palomas nuevas, que tomaban el sol en lo alto de los árboles secos.

Mirra abrió su escuela, que ese año tuvo más niños que el anterior, y la concurrencia aumentaba a medida que avanzaba el invierno. Acudían de todas partes, tiritando, con trajecitos mezquinos, la cara amoratada, los dedos entumidos, pero los ojos brillantes, porque sabían que Mirra les daría un jarro de leche caliente y un pedazo de pan en el corral de las cabras, y a las doce, en la cocina de Tránsito, un platazo de locro con charque y más pan.

Los días de escuela eran para ellos días de fiesta, y para llegar a Valle Negro vencían todas las dificultades.

Los más próximos hacían la jornada a pie, descalzos generalmente, eligiendo el sitio donde pisaban y deteniéndose a cada paso para arrancarse alguna espina que se les clavaba, a pesar de toda su cautela. De más lejos venían enancados en jamelgos escuálidos, de a dos, aun de a tres; algunos con un tarrito atado a los tientos de la montura para llevar a su casa lo que les sobrara del locro o de la mazamorra...

—¡El hambre que pasan estos inocentes! — decía Tránsito, llenando con su cucharón los platos que le tendían.

Llegó entre ellos un muchachón bastante mayor que Mirra.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Britos.

—¿Qué sabés?

—Hasta agora, nadita.

—¿Y qué querés aprender?

—Todo... — y explicaba el motivo de su ambición —. Quero ser comisario...

La llegada del nuevo alumno provocó alguna algazara, porque venía a horcajadas sobre el anca de una burra gris, y sus largas piernas casi tocaban el suelo; y detrás de él seguía al trote menudo un burrito negro, velludo, de tierno hociquito y de desmesuradas orejas, que aprovechaba toda parada del jinete para acercarse a su madre y mamar con glotonería.

A la semana siguiente, Juan Britos se vino trayendo delante de él una chiquilla rubia, de ojos azules, que parecía una flor exótica, con sus mejillas rosadas, entre aquella caterva de caritas parduzcas, que el frío oscurecía más.

"La gringa" — así la llamaban — traía un libro para aprender a leer, y era un oráculo, envejecido a fuerza de ser hojeado por toda la paisanada de aquellos sitios, que descifraba en él, con algún trabajo, el destino de los mortales y la suerte de sus propios amores.

La niña estudiaba con ahínco, porque Juan le había dicho: "Si aprendés a leer prontito, te vo'a dar el burro..." Y además quería ser capaz de leer sola el oráculo para conocer su porvenir.

Mirra le explicó la inutilidad del libro para esa sobrehumana función; pero la gringa, no convencida del todo, lo guardó cuidadosamente y se puso a estudiar en otro libro cualquiera.

Como, no obstante vivir muy lejos, eran los primeros en llegar, Juan Britos se ofreció un día para ordeñar las cabras en el corral, dejando a la gringa el trabajo de repartir la leche a los otros chicos.

—Es mi novia — le dijo a Mirra.

—A quien madruga, Dios le ayuda — le contestó, riendo, Mira—. Pero, ¿qué dice ella?

—Ella está conforme; cuando seya grande será el casorio...

—Y sus padres, ¿qué dicen?

—No tiene pagres... La trujo una mujer que se vino de Córdoba tras de uno que, asigún contaba, debiya trabajar en las canteras. No lo halló, y no quiso volverse con la chica, y, sin decir nada a naide, un diya la dejó en casa y no himos güelto a saber más.

Seis meses después, la niña sabía leer, y Juan Britos no había logrado pasar de la tercer hoja de un silabario en que Mirra le enseñaba con gran empeño.

—¡Velay! ¡Si habiya sido burro! — decía, contemplando sin envidia a su linda compañera.

En la majada había una cabra que tenía un chivito de pelillos crespos, color chocolate. Una noche, la cabra se quedó en el monte y el león la devoró, y el chivito fué traído por uno de los peones para criarlo "guacho" en las casas.

—Si al final del curso sabés escribir — prometió Mirra a la gringa, que la miraba con toda el alma puesta en sus ojos azules —, te daré el "guachito".

Pero hacia la primavera, una noche de terrible helada, el guachito se salió de la cocina, donde dormía, y, sintiendo balidos, se fué a rondar el corral de las cabras.

Toda la noche medio en sueños, oyó Mirra el grito desesperado del chivito, como el llanto de un chico abandonado.

Los perros ladraban y el desvalido callaba, y en cuanto había una tregua en el latir de los canes volvía a sentirse, más débil, más lastimero, dando frío en el alma, aquel lamento de huérfano.

Cuando a la mañana fué Mirra con Juan Britos al corral de las cabras, encontró en la tranquera el cuerpo del guachito, rígido, vidriado por la escarcha.

Toda aquella vida, con sus modestas alegrías, con sus ignorados dolores, le llenaba el corazón y la alejaba un poco de Gracián. Mas cuando se aproximaba el plazo en que él debía venir volvió a acosarla su recuerdo. ¡Qué hondamente había entrado aquel afecto en su alma sencilla!

Así, conmovida por una secreta y misteriosa ilusión, vió vestirse de flores los duraznos de la huerta. El tiempo era más suave, y daba gusto ver salir la alegre majada del corral, entre saltos y balidos, desparramándose las cabras sobre las lomas, y reuniéndose en los collados, como un montón de hojas secas que el viento arrincona.

Mirra mandaba a los peones a reparar los cercos de ramas, y a arar las chacras de maíz, antes de que naciera el yuyo, ya menudo iba tras ellos a vigilar su trabajo.

Como era la primavera, en todos los árboles había nidos y florecían los matorrales; y entre las piedras solía hallarse, en jirones, la pelecha transparente y reseca de alguna víbora.

¡Y Gracián no vino aquel año! Y como pasara mucho tiempo sin saber nada de él, de tal modo que podía creer que se había casado o se había muerto, Mirra un día sacudió la cabeza, ahuyentando sus vanos pensamientos, y no pensó más en su vuelta.

Cumplido el tercer año de la muerte de su padre, tuvo las primeras noticias de él; se las dió en Cosquín un veraneante que lo había conocido.

—¿Gracián Palma? Era estudiante de medicina, mal estudiante. Abandonó la carrera y se hizo periodista; escribió algún libro de versos, que no tuvo éxito, y no cayó en la bohemia, donde invariablemente van a dar los individuos de su condición, con algún talento pero poco carácter, porque su tío murió dejándole una fortuna, y su tutor lo mandó a Europa.

Mirra, que no había salido de aquel agujero de su valle, tenía que hacer un esfuerzo mental para imaginarse a una persona que ella conocía, en países que se le antojaban de leyenda.

Y pasaron más años sin que volviera a oír de Gracián.

Este, entretanto, había regresado a su patria, libre, por la edad, de disponer de sus bienes, pero hastiado de la estéril agitación en que vivió persiguiendo fantasías que no llegaba a alcanzar, o que alcanzadas alguna vez le dejaban en los labios como un sabor de ceniza.

Indudablemente no era para él aquella existencia fatigosa y vana. De quedarse en su ciudad habría sido un buen padre de familia, quizás un apacible poeta criollo. Había cruzado el mundo como en un sueño, y he aquí que despertaba echando de menos las alegrías simples y sus humildes dones malgastados.

¿Dónde encontraría de nuevo su corazón de niño?

Se acordó de Valle Negro, y en el espejo de su alma vió dibujarse la deliciosa figurita de su compañera. Ni una sola noticia tuvo de ella durante años y era su culpa. ¿Dónde vivía Mirra? ¿Había salido de aquel oscuro rincón de la sierra? ¿Se habría casado?...

—Debió ser mi novia — pensó Gracián, y se acordó de que durante su vida de colegio sintió que su amor lo rondaba como una mariposa.

¿A qué lejanos países de sueño voló aquella mariposa?

Veía en su imaginación los paisajes de Valle Negro, con el encanto evocador de los cuadros de la niñez; y nació en él una irresistible necesidad de visitar los sitios donde conoció a Mirra, aunque ya no pudiera ser su compañera de correrías, ni su novia.

Y un día, arrastrado por aquellos impulsos que le tenían desde hacía años vagando por el mundo, volvió a Córdoba.

Era una luminosa mañana de invierno.

Oyó el tañido seco, inolvidable, algo cascado, de la campaña de la Universidad, llamando a las clases de todos los colegios, que empezaban a las ocho. Y se despertó sobresaltado, por el mismo temor que antaño lo hacía echarse de la cama para no llegar tarde... Y, por el postigo entreabierto, en la calle dorada por el sol, vió a los estudiantes, con sus libros debajo del brazo, pasar discutiendo temas escolares o rumiando su lección.

¡Qué lejos de su espíritu estaban aquellas juveniles preocupaciones!

Se vistió aprisa, y salió aturdido por el son vibrante y cálido de la gran campana de una iglesia, que parecía sonar encima de él, llamando a misa; y vió cómo al llamado acudían gentes de toda condición: señoras bien puestas, mujeres del pueblo vestidas con hábitos de la Merced o del Carmen, algunas niñas de blanco con el poético manto celeste de la Virgen de Lourdes; y algún viejecito pulcro de solemne levita y sombrero de copa.

Vió las torres del viejo templo colonial de los jesuítas, ultrajadas por un revoque nuevo, que, a Dios gracias, no había desfigurado todo el frente, y sintió deseos de entrar en la vasta nave, apenumbrada y sonora, pero su corazón desbordado no estaba aún dispuesto para la plegaria.

Tomó por la calle de la Universidad y se internó en los barrios estancados y pobres, a lo largo de la Cañada, inolvidables y evocadores con sus calles empedradas de cantos redondos, sus altas veredas de pizarra, con taludes en que crecía la verde gramilla, como en un jardín inglés, y sus casas antiguas, de fondo breve, de patios húmedos, llenos de tinas con plantas, y entre las patas de las tinas innumerables macetas con albahaca y hierbabuena.

Una vieja, arrebozada en un manto negro, guiaba un burrito con dos árganas llenas de zapallos Angola y repollos de invierno, y otras legumbres que ofrecía de puerta en puerta, a "marchantes" humildes, que regateaban sus precios, sin ser exigentes en la mercadería.

Pasaban de vez en cuando algunos "pescadores", con un caballete sobre el hombro, de donde pendían trozos de dorado, anunciando con un grito convencional el "pescado fresquito", que llegaba a Córdoba, por tren, de los puertos del litoral.

¡Qué honda impresión causábale un detalle cualquiera, inadvertido por otros, y que en él despertaba rudamente recuerdos infantiles!

Una puerta, sin umbral, dando escasa luz a su cuartujo sombrío como un sótano, de piso más bajo que la calle, y en que, sobre andamios de tablones, se hacinaban verduras de la estación. Allí los pobres podían comprar pedazos de zapallo; las muchachas, plantitas de albahaca o de claveles, y los pilluelos encontraban momentánea diversión enseñando groserías a un loro que, trepado sobre su percha de hojalata, daba los buenos días y decía palabrotas a los transeúntes.

Frente a una casa vió un carro de bueyes cargado de leña y a una señora conversando con su dueño, un viejecito calzado de "usutas", que venía Dios sabía de dónde, y que al hablar con humildes modales, la trataba de "su merced". Y siguiendo más allá, por una calleja tortuosa, entre cuyas piedras crecía el pasto, encontró jugando a las bolitas o al trompo en la vereda, de tierra endurecida, a un grupo de muchachos que no habían ido a clase.

—¡Che!, ¿también vos te hiciste "la chupina"? — gritaban a otro que llegaba, con sus libros debajo del brazo, más atraído por la calle que por la escuela.

Gracián recordaba alguna aventura parecida, y sentía ganas de mezclarse en los juegos de aquellos malos escolares, que eran como él había sido.

En la misma calle, al pasar frente a un colegio, oyó el murmullo de colmena de una clase infantil, y la voz aguda de la maestra dominando el coro, y enseñando a deletrear: "c, a, ca; b, r, a, bra; ¡cabra!" Las ventanas estaban abiertas al buen sol cordobés, y empinándose un poco, se lograba atisbar algo del cuadro de inefable inocencia que embriagaba en nostalgias a Gracián.

A cien pasos de allí quedaba el paredón de piedra y cal, construído por los jesuítas en los tiempos de la colonia española, para contener los desbordes de la Cañada, que era un profundo zanjón, en cuyo fondo arenoso corría por entre escombros y basuras un hilo de agua sucia, lamiendo los cimientos de alguna casa edificada al borde.

No había puente allí, pero sí una vadera, cuatro o cinco piedras en el cauce del arroyo exhausto. Vió a una muchacha pasar saltando de piedra en piedra, la imitó y por una escalerita de la barranca, donde empezaba realmente el suburbio, tomó una sinuosa callejuela que a veces cruzaba el patio de alguna casucha de techo de paja, como los ranchos de la sierra. Y gustó el sabor olvidado de escenas típicas que no vería en ninguna parte, por mucho que anduviese.

Eran los pilluelos, peleando a hondazo limpio en la Cañada; era el pencal adusto creciendo al borde de la calle; era el burrito suelto, que roía las pencas; era la viejecita que marchaba claudicante arrebozada en una cobija, portadora de una cesta de cañas al brazo, oliendo a bizcochos calientes, a aquellos enormes bizcochos delgados que crujían entre los dientes y se quebraban como platos de barro. Y era en los ranchos, una muchacha que cantaba un "triste", tendiendo ropa a secar al sol; o una mujer que tomaba mate sentada en medio del patio de greda, rodeada de tarros con plantas; o un viejo zapatero, criollo, que sobre las rodillas mojaba con rudos martillazos su pedazo de suela.

Gracián se detuvo y oyó el canto de la muchacha, cuya limpia voz desmentía un poco la tristeza de la canción:

Me han dicho que andás diciendo
que no te importa de mí,
que olvide ya tu cariño
y no me acuerde de ti;
que mi amor te empalagaba
me lo has dado a comprender,

la culpa vos la tuviste
que me enseñaste a querer...

¡Y todo aquello envuelto en el oro del sol, bajo un cielo esplendoroso, cortado hacia el sur por el indeciso perfil de lejanas montañas azules!

¡Mirra! ¿Qué sería de Mirra?

Un toque de clarín rasgó el aire límpido y una bandada de palomas de Castilla se alzó como un remolino y se perdió en el caserío de la ciudad, buscando su armonioso campanario. En un cuartel sonaban tambores, y como Gracián estaba en "los altos", alcanzó a divisar, por encima de las paredes, a los soldados que acudían.

Volvió a su hotel con el espíritu lavado por aquellas emociones, que habían hecho reverdecer la agostada raíz de su amor de niño. Dos o tres días después tomaba el tren para Cosquín, acercándose a los encantadores lugares de Valle Negro.

Como sombras pasaban ante sus ojos los sauces del río, con el follaje azafranado, y se veía a los animales buscando guarecerse del frío, que bajaba sobre el mundo como un sudario inmenso.

Nada de aquello evocaba para Gracián sus paisajes de estío; pero en su corazón llevaba todo el sol de su niñez cuando bajó en Cosquín, plena noche ya.

¡La incomparable mañana de oro del día siguiente!

Se vistió con premura y salió, no osando poner los ojos en la cara de los transeúntes, de miedo a ser conocido...

De pronto una voz:

—¿No es usted Gracián Palma?

—¡Oh... Flavia!

A la puerta de su escuela, aguardando sus niños estaba ella, que lo hizo pasar, lo abrazó largamente y lo acosó a preguntas...

Y aquel viajero que había cerrado sus valijas, ansioso por visitar el escondido valle donde dejara su alma de niño, donde quizás lo aguardaba la novia ideal, no llegó al término del viaje.

Camargo vivía ahora en la casa de Flavia, semidiota, recluído en un rincón, sin más expresión de inteligencia que una llamarada de odio en la mirada, cuando veía a la pobre mujer, como si sus facciones le evocasen las de Jesús de Viscarra.

Flavia y su hija sentíanse más aisladas en Cosquín que si morasen en la Cuesta. Algo de la sangre del muerto las salpicaba; pero ni se defendían ni se quejaban, complaciéndose en su orgulloso alejamiento.

Aguardaban su hora, sin que el tiempo cambiara sus corazones.

Y cuando Gracián llegó, halló a Victoria pensando en él.

"Algún día — le había dicho su madre —, Gracián se olvidará de Mirra". Y fué Flavia misma la que, impaciente por libertar a su hija de su hostil soledad, la arrojó en sus brazos, sin pensar que podía reproducirse en ella el propio doloroso romance de amor y de abandono.

Durante dos meses, Victoria y Gracián hollaron todos los caminos de la sierra, en solitarias cabalgatas, que hacían murmurar a los vecinos, y que dejaban un fulgor de pasión en los ojos ardientes de ella.

Todos los caminos ¡menos uno!, el que bajaba hasta el Yuspe y ascendía luego la trágica loma de la Pichana, detrás de la cual se escondía Valle Negro, cuyo nombre no se atrevía a pronunciar Gracián, para que la emoción de su voz no delatara su pensamiento.

¡Cómo llegó a ofender el recuerdo santo de Mirra, negándola cuando una vez la hija de Flavia le habló de ella!

Era en los primeros días de sus paseos, cuando Gracián sentía su cerebro enturbiado por el afán de la aventura.

Iban los dos a caballo, cruzando una quebrada de la pampa de Olaín.

La severa soledad de la montaña, en que no había ni flores ni plantas verdes, sino troncos negros y espinosos, y en que, callando el viento y los pájaros, sólo se oía el chillido del halcón, agrandando el silencio, hacía más seductora la belleza de la hija de Flavia, que marchaba delante, en el sendero en que dos no cabían.

De pronto él le dijo:

—La cincha de tu caballo está floja.

Ella se detuvo, tirando las riendas para retroceder un poco y volverse. Y lo miró sonriendo.

—¿Vas a componerme la montura?

—¡Sí!

Le dió la mano, trémula y fría, y ella de un salto se apeó. No era gran cosa el defecto, pero ocupó a Gracián un rato, mientras ella hablaba.

—Me han dicho que hacías versos, ¿es verdad?

—Sí, hace años; no he vuelto a hacerlos desde entonces.

—Y a ella..., a Mirra, ¿le hiciste muchos?

—¡Nunca!

Y era cierto; nunca Gracián había encontrado la onda de su inspiración suficientemente pura y digna de aquélla, cuyo recuerdo se le aparecía mientras más lejano, más luminoso y casto; pero al decirlo no dió la verdadera razón.

—No puedo creerte, Gracián... ¿No era acaso tu novia?

—No.

—¿No la querías, entonces? ¿No la quisiste nunca?

Gracián respondió con vehemencia:

—¡Qué locura! ¿Has podido pensar eso?

—¡Sí!, he creído que no tenías ojos sino para ella.

—¡No, no! ¿Acaso puede comparársete, Victoria?

—Y para mí... ¿harías versos, ahora?

Pasaron así muchos meses; y parecían haber corrido mil años desde aquel día, en que la hija de Flavia lo jugó todo por cautivar a Gracián. El podía ahora pasar por aquel mismo sitio y toda su emoción nacería de recordar que allí la negó a Mirra, porque el hastío comenzaba a morderle como un ratoncillo invisible y silencioso.

Finalizaba agosto, mes en que el cierzo de Achala ultima hasta las flores secas de los pajonales, y Gracián empezaba a buscar motivos en lo desapacible del tiempo, para eludir los paseos con Victoria.

¿Cómo cortar aquella lamentable novela en que había enredado su vida?

Iba con menos frecuencia a la casa de Flavia, donde hallaba siempre la impresionante figura de Camargo, clavado en su silla, la cabeza gacha, la mirada viscosa y furtiva, las manos temblorosas, ocupadas en sobar alguna lonja o en grabar con el cuchillo en una tabla, la marca de su hacienda.

Pero en Cosquín no era fácil hallar razones que justificaran su enfriamiento, sin despertar las sospechas de Flavia, que no tardaría en descubrir toda la desventura de su hija.

En cuanto a Victoria, no necesitó que Gracián pronunciara una sola palabra indecisa o dudosa para que comprendiera que estaba aburriéndolo.

Una horrible desesperación le subía del alma a los labios, como una copa de amargura. Todo lo había empeñado, su hermosura, su orgullo y su honor, y he aquí que perdía, como si hubiera apostado a una mala carta. Y después de esto, irremediable como la muerte, ¿qué había de hacer?

A veces la aparición de Amoroso, envejecido y grotesco, pero ágil siempre y más solapado y obtuso que antes, le sacudía los nervios, porque sentía que la observaba, como a una hermana que se va a perder.

¿De qué hazañas no sería capaz ese hombre abnegado y ciego si un día hablaba su madre?

Si ella le dijera, "vas a vengar a mi hija", "vas a matar", ¿no mataría él, con la oscura conciencia tranquila y alegre?.

Puesto el pie en aquella pendiente, sentía Victoria que cada paso costaba menos, y que ella misma no podía adivinar hasta dónde llegarían los designios de su corazón atormentado.

Un día llegó Gracián, no estando ella por haber ido a la estancia.

Flavia lo recibió, como si hubiese estado aguardándolo, y Gracián adivinó la inevitable explicación y se sintió cobarde. Pero había en la mirada de aquella mujer una tristeza tan resignada y suplicante, que lo conmovió como si hubiera sido su madre la que le llamaba a su lado.

—Quería hablarte así, Gracián, a solas; con tu mano puesta en la mía, como cuando eras chico y vivías en casa, en Valle Negro... ¿Te acordás, Gracián?

¿Por qué le recordaba aquellos días? ¿No era peor para disponerle a lo que, sin duda, le iba a decir? Hizo el joven señal de que sí, y ella prosiguió, con la voz quebrada por una intensa emoción.

—Fuiste a Valle Negro y desde la primera hora te quise, y te prometí ser tu madre, si querías ser mi hijo... ¿Lo has olvidado?

—¡No, señora!

—¿Podrías decirme ahora dónde hablamos de aquello?

—Fué en su cuarto, frente a la ventana que daba hacia la Cuesta, en una mañana de sol...

—Sí, sí; acababas de llegar del campo, con ella..., con Mirra.

—¡Sí, sí!

—Y yo te llamé, sabiendo que habías andado por aquellos lugares... donde vivía con ella Pablo, y te pregunté...

—Me acuerdo como si hubiera sido ayer — dijo Gracián, ganado por la insinuante dulzura de aquella voz maternal.

—Te pregunté si habías visto a alguien; sin duda te sorprendió, más que mi pregunta, la vehemencia con que te hablaba.

—¡Así fué, señora!

—Ese día me prometiste no decirme "señora". Si no querías llamarme "mamá", me dirías Flavia, simplemente. Me respondiste que a nadie hallaste; "¿a nadie, a nadie?", te volví a preguntar yo, para que buscaras bien en tu memoria, porque mi vida estaba pendiente de tu respuesta. ¡Oh, Gracián!, parece que lo has olvidado.

—¡No, no!

—A lo menos parece que olvidaste por quién preguntaba yo...

—Por ella..., por Victoria.

—Era mi hija, y yo no la conocía. ¿Ves por qué todo lo que en aquel tiempo ocurrió me ha quedado en la memoria como una marca de fuego? Yo no la conocía, y otros podían verla, sin sospechar lo que ella era para mí, lo que yo era para ella, que tampoco sabía una palabra de su madre. Al decirme que a nadie vieron, fué una desilusión, porque quería oír hablar de ella a quien no fuera su enemigo...

—¿Por qué su enemigo?

—Vos lo sabés, Gracián. Ese día yo te besé y te pedí que no dijeras nada de lo que hablábamos y no me animé a explicarte que todos, en Valle Negro, todos, mi hermano Jesús, ella... Mirra, Lázaro, todos eran mis enemigos y también de ella.

El cuadro de aquellos días remotos se pintaba limpiamente en la memoria de Gracián, que explicábase, por fin, el motivo de la incomprensible emoción con que la hermana del señor de Viscarra le hablaba cada vez que volvía de la Cuesta.

—Yo sabía por Amoroso y por Lázaro cómo era ella, pero no la había visto nunca, y cuando ibas a los sitios en que podía andar, te seguía con el alma, pensando que algún día podrías traérmela.

Gracián no hablaba, temeroso de turbar aquella mansa tristeza que se endulzaba revolviendo los viejos recuerdos.

—¿Puede nadie imaginar lo que yo he sufrido? ¿Y puede alguien decir que he merecido todas mis penas? ¿Hay alguien, sin culpa, que pueda acusarme más de lo que yo me acuso

ante Dios que me ve? Después vinieron días peores aun; pero yo conocía ya a mi hija, y su cariño era mi defensa. Después han venido años mejores, y he llegado a pensar alguna vez que había pagado ya mi deuda y que nunca el castigo de mis pecados caería sobre la cabeza de ella...

Tomó las dos manos de Gracián, y mirándolo en los ojos, para leer su respuesta antes de que sus labios la formularan, le dijo:

—¿Has visto alguna muchacha más linda que ella? ¿Dónde la has visto?

Gracián recordó la espléndida figura de la hija de Flavia, sus ojos de un sombrío azul, profundos y atrayentes como el mar, y de nuevo sintió el vértigo de su hermosura, y respondió con entusiasmo:

—¡No! Yo he corrido mundo, Flavia, y no he visto a nadie que se le parezca.

—¿Ni Mirra? — preguntó ansiosamente la madre, que había sondeado el corazón de Gracián; y éste volvió a negarla.

—¡No, ni Mirra! — y quedó triste, oyendo la voz de Flavia más distante, como en sueños, porque va su pensamiento había volado al escondido rincón donde vivía Mirra.

—¡Todas las penas para mí, Gracián! Pero ella, ¿por qué sufriría? ¿Contra quién ha pecado ella? Vos la has visto en la Cuesta, donde vivía sin hermanos ni amigos, como una cabrita del monte, sola, con la amargura de no saber quién era su madre. ¡Y ya era linda! Y la has visto ahora, viviendo en esta casa, más triste quizás, con su padre enfermo y acusado por las gentes, con su madre acusada también de todo lo que deshonra y envilece a una mujer; y has entrado como hijo mío, como hermano de ella, y ella te ha querido, y vos... Gracián...

Un amargo sollozo le crispó los labios; apretó muy fuerte las manos del joven, y mirándolo, anegados los ojos de angustia, le dijo llorando:

—¡Gracián!... ¿Qué has hecho de mi hija?

Y hubo tan doloroso reproche en su voz, que sin decirle más comprendió él que la madre todo lo sabía; y al verla allí, confundida y humilde como una esclava, besándole las manos que mojaba con sus lágrimas, suplicando por la hija que su propia confianza había perdido, sintió desvanecerse todos sus reparos, y lo envolvió una nueva llamarada de amor.

—¡Llámeme su hijo — le gritó abrazándola —, y yo le diré mi madre!

—¿Será verdad? La has querido, lo sé; pero ahora...

—¡Oh, sí!

—¿Te sabrás defender de todo lo que conspirará contra ella?

—Sí, sí. ¡Llámeme su hijo!

—¿Te casarás con ella, y te sabrás defender de vos mismo, que sos débil como un niño?

—¡Sí!

—¡Oh, si nos engañaras, Gracián!...

No dijo más; se fundió en lágrimas, y su llanto significó que si él las engañaba, no hallaría quien, conociendo su culpa, pudiera perdonarlo.

Pero llamaron en ese momento a la puerta de la calle, y cruzó ante ellos el único sirviente que había en la casa. Era Amoroso, que miró a Gracián con aquellos ojos de fiera mansa para los amigos de su dueño.

XVIII

EL VIAJERO

El alegre repique de las campanitas hendió el aire de aquella áspera mañana de septiembre.

Hacía dos o tres domingos que a la hora de la misa, Gracián rondaba la plaza vecina de la iglesia, con la escondida esperanza de ver a Mirra, y sin saber qué haría si se hallaba frente a ella.

Cuando no llegaba al tiempo de la entrada de los feligreses, que venían de todos los rumbos de la comarca, examinaba los caballos, atados en fila en los paraísos de la plaza, o maneados frente a la verja del pretil. Estaba seguro de reconocer la marca de Valle Negro y saber de ese modo si había venido alguien de allí.

Había cabalgaduras de los más raros pelajes, entre ellas algunas mulitas gordas, a pesar de la escasez de pastos de aquel triste invierno, y muchos lamentables caballejos que parecían en trance de expirar, con los ojos mortecinos y el testuz agobiado, capaces aun de sacar bríos para llegar a la sierra grande en una sola jornada.

Pero hasta ese día, muy crudo y limpio de nieblas y viento, no salió Mirra de su casa. Esa madrugada, con el tiempo bonancible, mandó ensillar su caballo y los de sus primas.

Ya estaba ella en la iglesia cuando Gracián, con la misma esperanza que todos los domingos le llevaba allí, reconoció el doradillo de don Jesús de Viscarra, aperado con su silla de mujer, y tusado, como cuando vivía su dueño.

También el caballo pareció reconocerle, y fijó en él su mirada altiva, luciendo la estrella blanca de la frente.

Como nadie le miraba, Gracián le pasó la mano por la crin, y se alegró de que recibiera su caricia como de un amigo.

Sensaciones diversas le henchían el corazón. La iglesia, con las puertas entornadas, parecía oscura. Disimulándose en una capilla lateral destinada a los hombres y separada del presbiterio por una ancha columna, se puso a buscar a Mirra en la penumbra de la nave.

Sabía que ni Flavia ni Victoria habían ido, y quería verla antes de que ella le descubriese.

La halló en un rincón, muy adelante, de manera que sólo divisaba su perfil. De luto aun, mucho más alta que en los tiempos ya lejanos de su amistad, pálida por una secreta emoción, leía en el grueso libro de su padre, siguiendo atentamente las ceremonias de la misa.

Cuando llegó el Evangelio y ella se puso de pie, involuntariamente cerró los ojos, para comparar aquella realidad viviente con la imagen que sólo él conservaba en su memoria. ¿Qué había cambiado en ella?

Ayer no más parecía haberla visto. Tenía el corazón tan lleno de ella, que en los últimos días la imaginaba tal cual era, siguiéndola como una aparición, y estaba seguro de que si ella hablara o rezara en voz alta, o al salir de misa le llamase por su nombre, su palabra tendría el mismo timbre fiel de otra época.

¿Cómo había podido pasar tantos años sin desearla? ¿Dónde estaba ahora el pensamiento de ella? ¿Hacia qué rumbos, ignorados por él, corría su vida? ¿Qué nombre veía en las letras de su libro, qué amores la agitaban?

Para verla de frente, sin ser notado, ansiando descifrar en sus ojos algo de aquellos enigmas que nadie podría explicarse, salió antes de las avemarías y se situó en la puerta, arrimado a un pilar, en el breve pretil enladrillado.

Los feligreses desfilaban, encandilados por el sol. Todas las miradas caían sobre el forastero, procurando descubrir qué lo había llevado a la iglesia. Algunas rústicas muchachas montaban a caballo, a veces de a dos, ayudadas por algún "conocido", y entre alegres risas partían hacia sus ranchos. Un arria de mulas sueltas, desriendadas, con aperos sin estribos, cargadas con fardos, obstruían la calle. Sus dueños, moradores de la sierra alta, venían así, de tarde en tarde, haciendo jornadas fatigosas, a traer los productos de sus majadas o la obra de sus industriosas mujeres, jergas y caronillas de colores chillones y recio tejido y ásperos ponchos de lana; y a surtirse de víveres y enseres domésticos, que transportaban en sus cabalgaduras.

Habían llegado a tiempo y "aprovechaban" la misa, arrinconados en la iglesia, ignorantes y devotos, cohibidos un tanto por la falta de costumbre de asistir a tales ceremonias.

Entre las mulas de los serranos se había alejado un trecho el doradillo de Mirra, inquietado por el sol que le daba en los ojos; y Gracián vió que un paisano, cuando su dueña apareció, se lo trajo a la puerta.

Era Lázaro.

Pálida, indiferente, pasó Mirra al lado de Gracián y no lo miró, como si allí no hubiera estado nadie.

Ahora era ella la que lo negaba.

—Buen día, niña — le dijo Lázaro; le entregó las riendas y la fusta y la ayudó a subir. En el caballo, la joven parecía más dueña de sus gestos. Esperó tranquilamente que montaran sus compañeras, y luego partieron al galope, dejando en la calle un reguero de polvo.

Gracián se quedó mirando a una de las primas de Mirra, que galopaba delante de todas y que tenía la edad y los ademanes de aquélla en los tiempos en que la conoció.

Sentía una horrible congoja. En el minuto que duró la escena comprendió todo lo que había de incomprensible en su propia alma tornadiza y desilusionada.

Lo que había amado en Victoria era Mirra; lo que en ella había buscado era el espíritu de Mirra, los gestos inocentes de Mirra, y su desencanto nació de no haber encontrado nada de aquello que le cautivara con tan perdurable hechizo.

Esa tarde fué a lo de Flavia, animado de la irrevocable voluntad de ausentarse, para que el tiempo resolviera su problema, si tenía solución.

Al saber Victoria que se iba se acercó a él, le puso las manos sobre los hombros y lo miró en los ojos cobardes, que huían, para adivinar lo que guardaba su corazón.

—¿Vas a volver?

—Sí.

—¿Pronto?

—Muy pronto.

—¿Qué significa eso? ¿Cuántos días? ¿Cuántas semanas?

—¡Yo no sé!... — murmuró él —. Una semana..., quince días, ¡qué se yo! Tengo mis negocios abandonados; me llaman...

—¡Ah, Gracián! Para tu vuelta quizás podré darte una noticia.

—¿Alegre?

—¡O triste! Depende de cosas que no alcanza mi mano...

Estaban solos, porque Flavia había salido. Victoria se sentó, mirando por la calle desierta el Pan de Azúcar, erguido como un pilón en el lomo recto de la montaña. Inquieta y desalentada, aguardaba que él insistiera para confiarle su secreto; mas él no habló, porque tenía el espíritu en otra parte y el alma fría, y deseaba encontrarse lejos de allí.

—¿Vas a escribirme, Gracián?

—Sí. ¿Qué quieres que te diga?

—Háblame de tu vida, hora por hora. Así sabré en qué minuto me has comenzado a olvidar... y por quién ha sido.

Sin decirse nada, ambos pensaron en el mismo nombre.

Gracián se fué, y Victoria, desde ese día, se volvió un enigma, hasta para su madre, como si la martirizara algún presentimiento.

Meses antes, una mañana, Lázaro, que vivía en Cosquín, llegó hasta Valle Negro, donde Mirra lo recibía con buenos modales, puesto que del proceso nada resultó en su contra.

Iba a llevarle una noticia que él se imaginaba de interés para ella.

—El niño Gracián, que ahora es mozo, está en el pueblo.

Mirra escuchó fríamente aquel anuncio. Ya su vida estaba cerrada para toda alegría o tristeza que de él pudiera venir.

—Y apenas sale de lo de misia Flavia — agregó el paisano con voz apagada y maliciosa, pensando que eso la heriría más que la ausencia o el olvido.

No pareció inmutarla tampoco el detalle de la vida de su antiguo compañero; y Lázaro se volvió desengañado, porque por todos los caminos quería hacerle llegar a Flavia una onda más de dolor.

PANCHO SOMBRERO

LE GANO por TOONDER







Pero la indiferencia de Mirra no era más que aparente, y cuando el paisano se apartó de ella, corrió al aula donde daba sus clases y donde estaba siempre el crucifijo que presidió la agonía de su padre, y se encerró allí para revolver sus pensamientos.

¿Así, pues, no estaba, como había pensado, libre, totalmente libre, de aquel amor? Si de tal manera la agitaba el saber que Gracián vivía, o poco menos, en casa de Flavia, era que su corazón no se despegaba de él.

Había perdonado su ausencia, su olvido y su engaño, pues le prometió ir a Valle Negro y no fué. ¿Tenía también que perdonar la traición?

Sentía en sus entrañas un desgarramiento nuevo, y en su memoria se pintaban escenas que creía definitivamente borradas ya, y veía el sitio donde una tarde Flavia dijo aquello que fué el primer dolor de su alma infantil: "Algún día Gracián se aburrirá de Mirra"...

Recordaba que esa noche, a altas horas, afligida por el presagio, habló con Gracián, y le dijo: "Yo sé que me olvidarás y sé por quién va a ser"; y como el niño negase que tal cosa pudiera ocurrir, nombró a la que sería su rival. En aquel minuto Gracián la besó, repitiendo hasta el cansancio un "no", que le dió ánimo para hacerle un pedido que hasta ahora, a través de los años, le infundía vergüenza: "Si me dejaras, Gracián, que no sea por ella..., por la hija de Camargo".

¡Las intrigas que teje el destino! Había pasado tanto tiempo sin noticias suyas que creyó que no volvería, y después, poco a poco, llegó a convencerse de haberle olvidado ella misma. Y he aquí que de pronto le traían la nueva de que él vivía a media jornada del valle, y eso la dejaba indiferente; y le decían más, que él entraba como amigo en la casa de la hija de Camargo, y eso la empezaba a torturar, como si una vieja herida se estuviera reabriendo en su carne.

¿Por qué volvía si era para traicionarla así?

Lloró un rato, arrodillada ante la mesita puesta en el lugar mismo donde estuvo la cama en que murió su padre, y se levantó confortada, libre de un pensar que ya no debía herirla.

Le dieron después otras noticias de Gracián, que seguía en Cosquín y se exhibía en todas partes con Victoria, y como parecieran no interesarle, no volvieron a hablarle de él.

Y cuando, después de muchas semanas, un domingo lo vió en la iglesia, midió cuán lejos estaba ya de su vida, que ella podía pasar junto a él sin mirarle siquiera.

Al año siguiente, mediado ya el estío, cerrada por lo tanto la escuela, llegó un día Juan Britos a Valle Negro.

—Alguna desgracia... — dijo Tránsito que lo vió descender la loma, taloneando desesperadamente a su burra. Y así era.

Llorando, contó el mozo que a la gringa la había "picado" una víbora, y que en su casa ninguno sabía qué hacer, por lo que la chicuela se iba a morir.

No estaban los caballos en el corral, y hubiera sido necesario enviar un peón a buscarlos en el potrero y aguardar media hora hasta que los ensillaran; pero estaba allí atada al palenque la mula del capataz de la estancia, aperada y lista, y Mirra le gritó que iba a montar en ella.

—¡Es chúcara, niña!

—No importa; yo sé andar en redomones...

Encogióse de hombros el capataz, acortó un estribo y la ayudó a saltar sobre sus "bastos", y le dió el talero y las riendas.

Juan Britos era el guía, y marchó a todo lo que daba la burra, y Mirra seguía detrás, por un inverosímil "camino de herradura", según llamaban al atajo, para abreviar la distancia.

Junto al rancho, estirada, brillando al sol como una cinta de plata oxidada, estaba la víbora muerta. En la choza, sobre un catre de guascas, que Juan había construído clavando unos postes en la tierra, halló Mirra a la gringa, muy pálida, ligada la piernecita con una cuerda de guitarra. Dos gotas de líquido amarillento y viscoso aparecían en el sitio de la mordedura.

—Es el veneno — apuntó una comadre, que curaba con palabras y daba consejos —. Es como un "juego" que tiene en la sangre y la está consumiendo. La mejor melecina es trair un gatito mamón y partirlo vivo y acomodárselo sobre la picadura, pa que chupe la sangre. Pero, ¡de ande gatas paridas po'aquí cerca!...

—Esas son agüerías — dijo Mirra, haciendo un tajo en cruz sobre la picadura.

Gimió la chicuela y brotó la sangre.

—Hay que chupar esa sangre envenenada; con la boca... ¿Tienen tabaco? Denme un puñado.

Se lo dieron y se puso a mascarlo, y luego aplicó los labios a la herida y empezó a chupar con todas sus fuerzas.

Juan Britos la miraba hacer, llenos de lágrimas los ojos; y cuando Mirra escupía, pensando que no iba a seguir, preguntaba si no habría quedado un poco de veneno todavía.

Por fin dijo Mirra:

—¡Ya no hay más!

Arrojó el tabaco mascado, besó a la niña, que no se quejaba ya, y pidió a Juan Britos que la guiara hasta el "camino de rodados", bien conocido de ella, para volver a su casa.

El alma en flor del estío llenaba la montaña, pero la niña no miraba las cosas exteriores, atenta a la suave corriente de alegrías que brotaba en ella cada vez que, por otros, se exponía a algún peligro. Caminaba al tranco de su mula, oyendo apenas las palabras de Juan Britos, que ponderaba sus sencillos amores, cuando divisó en la carretera un jinete que aguardaba, acompañado de un peón.

Reconoció a Gracián y entornó los ojos, palpitándole las sienes. La mula avanzó un trecho, y Mirra oyó la voz nunca olvidada, la voz que en vano quería olvidar.

Simplemente, como se pide perdón a una hermana, él le dijo, sin tenderle la mano, sin mirarla casi:

—He venido a pedirte perdón, Mirra, y aquí me quedaré hasta que lo consiga.

Había en su acento tanta humildad y tanto dolor, que ella, como si no lo viera desde la víspera, se acercó a él, que la aguardaba en el camino, le dió la mano y le dijo la buena palabra que purifica los corazones.

—¿Qué te he de perdonar, Gracián? ¿Quién soy yo para perdonar a nadie?

El, enternecido y mudo de emoción, estaba como si le hubieran vendado los ojos, pues ni aun a ella la veía. Al rato pudo explicarle que venía de Capilla del Monte, no habiendo querido bajarse en Cosquín ni en las estaciones próximas, para que no supiesen su vuelta a la sierra. Y gracias al guía que trajo su equipaje, encontró alojamiento en una casa de la pampa de Olain, distante de todo poblado y a cosa de tres leguas de Valle Negro.

Sus dos cabalgaduras tomaron pausadamente el sendero, Juan Britos y el peón delante, Mirra y Gracián detrás.

Y mientras él hablaba, a Mirra la acosaba el recuerdo de las ofensas que había perdonado, sin pensar en ellas, ni siquiera contarlas.

¿Cómo ha hecho eso? ¿Acaso Gracián podrá nunca volver a ocupar en su corazón el sitio de antes? Roto el encanto, que como un tul de ilusión envolvía su recuerdo, lo ve tal cual es, débil, apasionado, indiferente a los dolores ajenos, inconsciente a sus deberes de hombre. Ahora le pide perdón, y es sincero y humilde; pero, ¿qué hará mañana, cuando otro viento cambie su espíritu?

Perdonarle, cerrando los ojos, sin ahondar el sentido de la acción, ejecutada por un buen impulso maquinal, es fácil y es grato, si perdonar es no desearle mal, y saludarlo siempre al hallarse con él, y darle la mano como a un amigo, y hasta gozarse en que la suerte lo acompañe,

cuando él se vuelva a su lejana ciudad.

¡Así puede perdonarle! Pero olvidar su traición, vulgar y misera... ¿Cómo puede olvidar? ¡No, no, no!

El seguía hablándole mansamente, y encontraba términos y ademanes de antes, que refrescaban los recuerdos. Súbitamente se detuvo. Había una cruz en el camino, y mostrándola, con un doloroso presentimiento, preguntó quién murió allí.

—Aquí fué donde lo mataron a papá... — respondió Mirra, en voz muy baja.

Gracián, conmovido como si viera levantarse un fantasma, se quitó el sombrero, se apeó y fué a arreglar una guirnalda de flores ya secas, que dos o tres días antes pusiera la niña y que el viento había volteado, desgranando los pétalos de las rosas.

Y Mirra, viéndolo llorar, se acordó de que su padre, herido de muerte, no discutió si debía encomendar a los suyos un mezquino perdón que se limitara a no perseguir al criminal. ¡No! Perdonó con toda su efusión, y para que fuera más seguro el olvido, ni siquiera nombró al asesino. ¿Y ella?... ¿Cómo perdonaba ella?

—¡Oh, Gracián! — exclamó tendiéndole ambas manos, que él tomó y se puso a besar, mojándolas en un llanto que brotaba más que por el recuerdo del muerto, por la infinita dulzura de sentir que volvía a ser la de antes.

Montó a caballo, pero sólo llegó hasta el borde desde el cual, muchos años atrás, don Jesús de Viscarra le señaló el confuso caserío de Valle Negro.

—Volveré a verte, Mirra.

—Sí — respondió ella —; no está todo como entonces...

—Ya me imagino, y lo siento.

—Conocerás a mi tía y mis primos; verás algunos chicos de mi escuela, y a Tránsito; Pastora se casó y vive en La Cumbre.

—¿Y el sauzal, la huerta?

—Muchos árboles se han secado; en cambio hay otros, y frente a la ventana de mi cuarto...

—¡Ay, tu ventana!

—¡Si vieras, Gracián! Hay allí un gran rosal que no había en un tiempo...

—¿Me darás una rosa?

—¡Te daré todas las que quieras!...

XIX

A TIENTAS COMO EN LA NOCHE

Llegó el tiempo de las elecciones, anunciado en la sierra, como de costumbre, por el arribo de laboriosas comisiones de ingenieros oficiales que corrían los caminos con sus palos pintados y sus teodolitos relumbrosos, midiendo distancias y escribiendo números rojos sobre las piedras blancas para señalar los ángulos de aquellos vericuetos.

Las gentes crédulas decían:

—Van a componer el camino, pa que pasen automóviles; y harán un puente sobre el riyo, y habrá trabajo pa todos.

—¡Así ha 'é ser! — contestaban algunos escépticos.

Pero los electores sencillos sentíanse estimulados, con esas y otras cosas, a votar por el candidato del comisario, que de un mes atrás los visitaba, prometiéndoles gangas para después de las elecciones.

A los vecinos acaudalados y a los comerciantes era el jefe político el que los veía, encandilándolos con perspectivas agradables, rebaja de patentes, perdón de multas, vista gorda en los certificados de hacienda, construcción de caminos, persecución de los cuatreros, si no lo era el visitado, y todo por esa hebra.

Los opositores contrarrestaban aquella propaganda censurando al gobierno en cartelones que pegaban en las paredes, cuando no preferían escribir con alquitrán sus aleluyas sobre los revoques de las casas, y fundaban comités en donde sus afiliados hallaban los domingos cerveza y carne con cuero, y todos los días, aparte de la caña a discreción, cancha de taba en que "chiroleaban" los más pobres, y mesitas de "monte", en que se desplumaban los más aviados, de noche, a la luz de una lámpara de carburo.

Como en los comités gubernistas se jugaba de igual modo, la policía se mostraba imparcial y no se preocupaba de ninguno.

El día del comicio, cada partido encerraba a sus afiliados en un gran corralón, y se abrillantaba el cuadro por a concurrencia y la mayor abundancia de víveres, lo que hacía de toda elección una fiesta incomparable.

En un rincón, tendidas sobre rejas de ventana, se asaban lentamente dos o tres vacas con cuero.

Amoroso era en el comité gubernista el encargado de tal labor, y la ejecutaba concienzudamente. De vez en cuando, si juzgaba listo un trozo, desenvainaba su cuchilla, y limpiándola en la caña de la bota, lo cortaba de un tajo certero, buscando las coyunturas; y luego dividía la carne, peluda y humeante, en pedazos más pequeños y la ponía sobre una lona, extendida en el suelo, de donde los paisanos compadrones recogían las raciones con la punta de la daga.

Todos habían ido llegando a caballo, desde sus viviendas, frescos, reservados, con pocas ganas de hablar. Pero a esa hora, algunas lucecitas relampagueaban ya en los ojos, que se ribeteaban de colorado. Y conforme al temperamento de cada cual, y al nivel de lo bebido, unos se desataban en chanzas, y otros, que tenían el vino triste, se arrinconaban llorosos y retobados.

Entraban al corralón los jefes del grupo, y gritaban:

—¡A ver, quiénes nos han votado!

—¡Vos, che! ¡Vos no has votado!

—¡Güeno! ¿Y de ahí?

—Vení, te llevo... en automóvil.

—Yo hi de ir solo.

—¡No! De aquí nadie sale solo.

—Entonces no hi de ir nada.

—¡Que no has de ir! ¡Vamos! ¡Marche, amigo!

Algunos empujones, bien o mal recibidos, según el temple del ciudadano, que empezaba a sentir ganas de "darse vuelta", y de votar en contra, y al fin salía rebuscándose en los bolsillos la libreta cívica.

Cuando el candidato andaba por el lugar y era hombre rumboso, los paisanos "se hacían rastra", y no iban a votar hasta que él llegaba a convencerlos, repartiendo pesos flamantes o chirolas, que inmediatamente se invertían en la taba.

—¡Veya, don! ¡Mi han pelau! ¡Déme pa otro tirito, po!

—¿Ya votaste?

—¿Y de no?

—¿De veras?

—¡Juí de los primeritos! Velay, éste me vido salir.

Y cuando el candidato metía la mano al bolsillo, no faltaba quien gritase:

—¡Mentira! Ese no ha votado ni puede votar, porque no es de aquí.

—¡A ver tu libreta!

El guaso mostraba el documento.

—¡Pero si vos no estás enrolado aquí! ¿Cómo decís que has votado? ¡Trapalón, sinvergüenza!

—No me ofienda, don.

Y allí quedaba resentido y confuso, hasta hallar modo de escabullirse sin ser notado, para irse al comité de "los otros", a sonsacar chirolas, a cambio de un voto que no había dado, ni podía dar.

Las calles, en la vecindad de los comités o de las mesas comiciales, hervían como colmenas, y el polvo de los carruajes, que pasaban devorando el espacio, cargados de votantes, envolvía en un pardo velo toda la villa.

Algunos paisanos, irreductibles a la disciplina de los partidos, andaban sueltos pregonando sus opiniones.

—Yo no hi de votar nada, por nadie, porque todos son los mismos perros con distintos collares.

Lo que no impedía que en cuanto le apretaba la sed o el hambre, se acercara a cualquiera de los comités a pedir una boleta, y con tal motivo ingresara al corralón y ocupase un sitio alrededor de la carne con cuero o de las damajuanas de vino.

El peón de Flavia ni hablaba ni bebía. A ratos comía algún bocado escogido sobre las brasas y lo acompañaba con pan.

Lázaro lo observaba. Desde que vivía en Cosquín frecuentaba los boliches y tomaba copas. Por eso le chocaba la sobriedad del otro.

El tiempo no había lavado su alma de las viejas pasiones; pero había tenido mucho que hacer con la justicia, a raíz de la muerte del señor de Viscarra, para que pensara en volver a enredarse con ella. Alguna vez, andando los años, tendría ocasión propicia para castigar a la mujer que lo ofendió y a todos los que la servían y apañaban su orgullo.

Alguien se le acercó y le dijo:

—Pruebe el asado, que está güeno.

Lázaro hizo un gesto desdeñoso, y señaló con el cabo de su talero al peón de Flavia, que lo preparó.

—¡Qué quere, amigo, que salga cosa güena de tales manos!

Amoroso, en ese instante, se cortaba una porción de la ubre y empezaba a comerla, por lo que Lázaro dijo:

—Dicen que los monos sólo comen fruta. Ha 'e ser cuando no tienen ubre...

Todos callaron, temiendo la respuesta de Amoroso. Oíanse los gritos de los que jugaban a la taba:

—¡Un peso al que tira!

—¡Pago!

—¡Dos en contra!

—¡Vengan!

Pero Amoroso no respondió; ni siquiera miró a Lázaro, que estaba a pocos metros, recostado en una pared, luciendo su ancho tirador chapeado de plata, envuelto el brazo en un ponchito y dejando asomar, bajo el saco de lustrina, el cabo de metal de una daga.

Lázaro, irritado por aquel silencio, echó un trago de un pichel de ginebra, lo tiró al aire, lo barajó con el mango del rebenque haciéndolo estallar en pedazos, y aproximándose a Amoroso, dijo sin mirarlo:

—Si mi socio quisiera tabiar, yo le seguiría el juego, porque anda mal en amores, y debe de tener suerte... Y eso que no ha buscado prenda chúcara, como que es de la marca de don Pablo, que no conoce hacienda arisca...

Amoroso no comía ya; tenía los ojos fijos en la tierra y limpiaba su cuchilla sobre el pelo de la res. Al oír que con tanta malicia aludían a Flavia, se paró, guardó el arma tranquilamente y fué hacia la puerta del corralón.

Si le hubieran preguntado por su nombre en ese instante, habría vacilado, porque en su oscuro cerebro fulguraba un terrible propósito, que no le permitía ver más. Su medida estaba colmada. Todos los domingos veía a aquel hombre arrimarse a la dueña de Valle Negro, para ayudarla a subir al caballo; y esa relación le hería como si fuera hostilidad hacia su patrona, o hacia la hija de ella, que odiaba a Mirra.

Una vez supo que Lázaro había ido a su estancia a verla, sólo por relatarle los amores de Gracián con Victoria, que a Amoroso le dolían, como si presintiera que no podían terminar bien.

¿Por qué se les cruzaba siempre en el camino?

Le ardía en las entrañas la imagen de aquel hombre, que persiguió a su ama cuando vivía en Valle Negro, y que la difamaba ahora.

Tenía que matarlo porque era como un perro enfermo de rabia, para que Flavia viviera en paz. Pero no podía ser allí, entre tanta gente que no los dejaría pelear, o que lo aco-

calaría a él para salvar al otro.

Lo buscaría en la calle, a la hora en que nadie los viera.

Fué a salir, pues, pero la puerta del comité estaba cerrada.

—De aquí no sale nadie que no haya votado — le dijo uno que cuidaba la entrada —. ¿Has votado vos? ¿A ver tu libreta?

Amoroso exhibió el documento.

—¡No has votado! No podés salir, hasta que no vengan a buscarte en el coche para llevarte a tu mesa.

El peón, sin replicar, aguardó un rato. Luego llegó un breack cargado de electores que habían ya cumplido con sus deberes cívicos, apadrinados por un jefe de grupo.

—Ahora podés salir — le dijeron.

Subió al coche, con otros paisanos; fué, depositó en la urna la boleta que le diera el comisario, y al volver, antes de llegar al comité, se apeó y se marchó a su casa.

Buscó un poncho, que había de servirle para el trance, mas cuando salía, Flavia lo vió.

—Amoroso, ¿no has votado?

—Sí, niña.

—¿A dónde vas?

No respondió. No podía mentirle, y no debía hablar.

—¿Estás borracho, Amoroso?

El dió unos cuantos pasos, vacilante, sin saber qué contestar.

—Hay quien habla mal de usté.

—¿Quién?

—Lázaro.

—¿Qué dice?

—No sé repetir; habla de amores, de usté, de don Pablo...

—¿Cuándo habló?

—Agora mesmo, en el comité.

—¡Ha mentido!

—¿Puedo decirlo así?

—¿Cómo?

—¿Decirle que ha mentido?

—¡Sí, sí!

La cara adusta del peón se iluminó con una sonrisa.

—¿Y sabés por qué lo dice? — le gritó Flavia con vehemencia —. Porque hace años es mi mala sombra, y se alegra de mis desgracias, y querría verla perdida o muerta a mi hija, y a mí despreciada de todos, muriéndome sola, como una oveja embichada; todo, ¿sabés por qué?

Hablaba temblando de ira, y Amoroso sentía en el rostro su aliento inflamado.

—¿Por qué?

—Porque quiso que yo fuera su mujer, y me persiguió para eso, y me odió porque me negué; y ahora se venga de que lo hice azotar por mi hermano, el día que él lo supo.

—Ya lo sabía... — murmuró Amoroso, y salió con su paso indolente, y Flavia lo dejó ir, presintiendo que uno de aquellos dos hombres iba a morir.

Pero luego se inquietó su espíritu y se sintió contristada de que pudiera verterse más sangre que clamara contra ella, y tuvo intención de mandarlo a llamar. No lo hizo, porque la calma después la tornó indiferente. Ahora que tenía llena el alma de amargura, por la suerte de su hija, apenas la herían las palabras de aquel hombre; y no creyó que Amoroso pudiera ir a cobrar con sangre agravios que ella despreciaba.

En las calles animadas por el vaivén de los vehículos y de los peatones, más o menos frescos, que de vez en cuando lanzaban un viva a su partido, vagó Amoroso hasta la noche, aguardando a Lázaro.

A esa hora lo vió salir, a caballo, y fué tras él a una casa de las afueras de la villa, donde había un baile, a juzgar por la concurrencia y la música de acordeón y guitarra que de lejos se oía.

Lázaro maneó su pingo y entró, sin recelar nada; y Amoroso, en la oscuridad, se quedó esperando, con inalterable paciencia.

Cuando el otro salió, muy tarde ya, debía haber bebido bastante, porque su andar no era seguro. Encandilado por la luz de adentro, tardó un poco en descubrir su caballo entre el montón; lo desmaneó, y al trabar la rienda se le aproximó el peón de Flavia y le asestó con la cuchilla un rudo planazo en el lomo.

—¡Defendete, maula; y rezá porque vas a morir!

Ante el peligro, sintió Lázaro que se disipaba su embriaguez; dió un salto de costado, y desenvainó la daga, liándose el brazo izquierdo con el poncho.

Una mula espantadiza cortó las riendas y disparó, provocando un entrevero en la caballada, con lo que sus dueños acudieron a ver lo que ocurría, y alrededor de los dos adversarios se hizo un círculo de curiosos.

Una mujer sacó una vela, que se apagó en el viento.

—¡Salga con esa luz, que los va a encandilar como a vizcachas! — gritó uno.

—Son dos del gobierno — dijo otro —, y se quieren achurar. La cuña pa ser güena...

Amoroso saltaba, encogido como si le doliesen los riñones, y tiraba todos sus golpes al vientre, y Lázaro se los quitaba con suma destreza, y su hoja llameaba en la oscuridad, cayendo en terribles hachazos sobre aquel extraño combatiente, que brincaba entre sus piernas como un mono, y se atajaba con el brazo izquierdo envuelto en su manta.

El silencio era solemne, y sentíase el jadeo de ambos. De pronto se oyó la parda voz de Amoroso:

—Te marcaron la cara con una lonja, y agora yo te vo'a marcar las tripas con un fierro.

—Será si te dan las uñas pa pelar ese mondongo.

—Has andao propalando mentiras...

—Más mentiría si hablase bien de la que te trai embichao.

—Anduviste como un perro sobre el rastro de ella, y jué al cuete...

—¡También vos!

—¡Mentís! Y pa que aprendás a decir la verdá, barajá ésa..., y ésa..., ¡y ésa!

Y Amoroso le tiró tres feroces puñaladas, y Lázaro, que se esquivaba saltando, dió contra su caballo, y la cuchilla se le enterró en el vientre.

Se llevó la mano a la cara, como si quisiera arrancarse una venda que le caía sobre los ojos, y se desplomó, con las entrañas afuera, nadando en un charco de sangre.

Sintióse un tropel.

—¡La autoridá! — dijo alguien, y el montón de paisanos se desbandó, a tiempo que llegaba un sargento revoleando un largo sable, y detrás de él dos vigilantes despavoridos, en camiseta y de alpargatas, pero con sendos machetes, que relampagueaban en el aire.

—¡Alto las armas!

Amoroso se había recostado contra una pared, y allí se estaba, muy quieto, limpiando su cuchilla con un puñado de yuyos. Viendo al sargento, se la entregó y se dejó poner las esposas, sin decir una palabra.

Flavia, durante toda la noche aguardó a su peón, arrimada a la puerta de la calle, temblando de frío y de terror, porque nuevamente la acosaban los remordimientos.

¿Iban a cometerse más crímenes por ella? ¿Bajo qué estrella había comenzado su vida? ¡Dios se lo perdonaría, pues no era culpable de lo que acaso ocurría a esa hora! La noticia de lo sucedido le llegó al otro día.

Cuando supo que Amoroso había quedado mal herido en la cabeza y en la mano izquierda, experimentó un gran alivio, porque así la muerte de Lázaro no era un asesinato.

Tan desorientada estaba, que su conciencia no iba más allá. Parecíale moverse en un monte desconocido, sin sendero y sin rumbos, en que avanzaba a tientas, como en la noche, buscando una salida que no era para ella, sino para su hija, sin saber dónde ni cuándo la hallaría.

Con una impaciencia que podía ser lo mismo ansiedad de redimirse ante el mundo que deseo de vengarse, la había entregado a Gracián; y ahora, para su desgracia, no existía más que un remedio, que estaba en la voluntad de él.

Pero ignoraban hasta el paradero de Gracián; durante algunos meses fué como si se lo hubiera tragado la tierra. Ni una noticia de él. Hasta que un día, Victoria le contó a Flavia:

—Gracián está en la sierra.

—¡No es posible!

—Lo han visto llegar a Valle Negro, y dicen que se hospeda en una casa a tres leguas de allí.

Aquello, para Flavia, quería decir que Gracián volvía a enamorarse de Mirra.

—¿Qué vas a hacer? — preguntó con ansiedad.

Victoria lanzó una amarga carcajada.

—¡Oh, mi hijita, mi hijita! — exclamó llorando, sin atreverse a tocarla, como en los tiempos en que sólo podía mirarla de lejos.

—¿Qué voy a hacer? ¿Quieres saberlo?

La voz de la muchacha vibraba con ira y soberbia.

—Sí, mi hijita... ¿Qué vas a hacer ahora? — repitió Flavia con humildad y desesperación; y su hija se sintió desarmada y conmovida y se echó en sus brazos sollozando.

—¡Mamá...! ¿Qué puedo hacer? ¡Ya esto no tiene remedio!

La madre buscó sus ojos para adivinar toda la profundidad de su pena, pero la joven apretó más el brazo y escondió la cara.

—¡Mamá..., yo me quisiera morir!

Fueron los días más penosos de la vida de Flavia. Pasaba horas sin cambiar una palabra con su hija. Se buscaban las dos por si había alguna noticia de Gracián, mas permanecían silenciosas comprendiendo que la que algo supiera hablaría primero.

Y en aquellos pesados silencios, ¿dónde estaba el pensamiento de Victoria? A veces su madre creía adivinar en su gesto una acusación contra ella, porque no supo guardarla y defenderla.

Flavia sentía entonces impulsos de arrojarse a los pies de su hija y ofrecerle su vida, y si la venganza había de aligerar su pena, pedirle que dispusiera de ella como de un arma.

Una noche Victoria le contó que Gracián iba a casarse con Mirra.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Qué importa quién lo diga? — respondió la otra con aspereza —. ¿Puede no ser verdad?

Para Flavia estaba cerrado ya el corazón de su hija; y no podía saber si sufría en su amor o en su orgullo.

Pero como la notara luego más triste y dulce que de costumbre, se animó a interrogarla, y supo que Victoria, por encima de todo, estaba enamorada de Gracián.

Entonces vió claro lo que debía hacer sin consultarla, sin que sospechara siquiera su propósito. Iría a Valle Negro y confiaría a Mirra aquel secreto de amor, para que tuviera misericordia de su hija.

XX

LA ULTIMA ROSA DE OTOÑO

Durante aquel tiempo, cada mañana Gracián tomaba el camino de Valle Negro. Hacía las tres leguas que distaba su casa, con el espíritu purificado de tentaciones, por la visión de Mirra, sintiendo que bajo el tul de oro de aquel otoño se iniciaba su primavera.

Su caballo, hecho ya al sendero, tomaba la marcha con un paso igual, sin recelo y sin prisa, y Gracián se complacía en soltarle la rienda, para mejor abandonarse a sus pensamientos.

Hasta pocos días antes no había hablado a Mirra de amor, temeroso de despertar de un ensueño, si aquel afecto que ella le mostraba no era más que la antigua amistad renaciente.

No siempre llegaba hasta las casas, pues algunas mañanas la había encontrado cabalgando por el campo, para ver la hacienda o los maizales, acompañada de algún peón de la estancia, y entonces marchaba con ella.

La joven manejaba sus bienes con la misma seguridad que su padre, y las cosas, abandonadas a raíz de su muerte, volvían a su quicio; los cercos se reparaban, las ovejas se esquilaban a tiempo y en el invierno se les curaba la sarna; sembrábanse todas las tierras arables, y no se perdía ningún cuero cuando la peste o la sequía diezmaba las haciendas.

Mirra dirigía a los peones con un ardor que hacía más fructuosa su tarea; y era esa la primera lección que recibían de ella sus espíritus apocados y fatalistas.

Tan hondamente había arraigado entre los paisanos de la región el cariño hacia ella, que si alguien hubiera anunciado que Mirra se casaba, todos se habrían creído con derecho a indagar las cualidades del novio, y aun a reprobarlo. Pero ella parecía inaccesible al amor.

En aquellos años, dos o tres pretendientes, hijos de estancieros de por allí, de modesto abolengo, la habían esperado a la salida de misa, rondaron su casa y hasta llegaron de visita, pero disipada pronto su ilusión, abandonaron un juego peligroso y difícil.

—Si se guarda para un rey, cuatro tiene la baraja — dijo la madre de uno de los pretendientes; y todo quedó olvidado, hasta que la vuelta de Gracián despertó los resentimientos y las murmuraciones.

—Con Gracián le ocurrirá lo que a la hija de Camargo... — dijo otra madre resentida por cuenta de otro hijo desdeñado.

O Mirra ignoraba las habladurían o las despreciaba, porque acogía a Gracián con todo afecto y sencillez.

Pero ella tampoco sentía impaciencia porque él le hablara con franqueza, temerosa de que el sentimiento que lo había traído a Valle Negro no fuera más que el recuerdo de su amistad infantil.

Cuando lo encontraba en el campo, seguía con él, visitaba las chacras o los potreros, y volvía a las casas. A veces deteníanse un poco antes de llegar, entregaba su caballo al peón, y en el reparo de los sauces que tenían el inevitable encanto de sus ensueños de niña, le escuchaba, y hasta las cosas indiferentes tomaban vida y color en aquel sitio.

Poco a poco la conversación fué aproximándose al tema que ninguno abordaba, y que ambos tenían presente; y un día no fué posible callar por más tiempo.

—Mañana le hablaré de esto — se dijo esa tarde Gracián, al regresar más temprano que de costumbre, porque se avecinaba una tormenta.

Había almorzado en Valle Negro, bajo la mirada protectora de la tía de Mirra; y todos, a la siesta, fueron a cortar manzanas. Los niños preferían buscar en la sombra de las pilcas las matas verdes de las uvitas del campo y recoger su fruta blanca, de intenso perfume.

A cada paso, Gracián encontraba un detalle que lo invitaba a confiar a Mirra lo que le llenaba el corazón; era un árbol añoso, viejo conocido; era una vertiente en la hondonada, en cuya fuente había bebido y cortado berros; era una piedra enorme, a la orilla de la huerta, como un monolito, a la que se trepaba antaño para despertar a gritos los ecos del valle.

—¿Te acordás, Mirra? — le decía él, y la emoción le hacía enmudecer.

—Va a llover — dijo la tía de Mirra; y el pronóstico parecía certero. Todo el día estuvo nublado, y el cielo plomizo tan pegado a la tierra, que las nubes descansaban sobre la cresta parda de los montes.

Un airecito frío y húmedo rozaba los árboles, que se estremecían al anuncio del invierno bajo el toldo gris.

—Volvamos — ordenó Mirra.

—Mañana hablaré — pensó Gracián. Mientras le ensillaban el caballo se acercó a la cocina, llamado por Tránsito, que le ofrecía un plato de chicharrón.

—Pa conjurar el refriyo si lo agarra el agua.

—¿Cree que lloverá?

—Se está toldando muy mucho; ha'e ser temporal.

—¡Mire el sol! — contestó Gracián.

El cielo color de ceniza se iba llenando de nubes negras como el humo de un incendio; pero en el centro del nublado habíase abierto una desgarradura y los rayos del sol poniente se filtraban formando un gran abanico de luz.

—Ya está lloviendo, niño; y con sol. ¡Mala seña! Se casa el diablo con la diabla.

Ofreciéronle un poncho, recio y peludo, y partió al galope, seguido por la mirada cariñosa de Mirra, que pensaba: ¿Cuándo hablará?

Empezaba a chispear.

Las primeras gotas de la lluvia, muy oblicuas, se aplastaban con ruido en las piedras, pintando una redondela oscura. Cuando Gracián llegó al río parecía de noche, pero el camino se veía a la luz de los relámpagos que incendiaban el aire, haciendo relucir las piedras como si fueran de plata.

Varios días duró el temporal, que hinchó todos los arroyos de la sierra y lavó los senderos.

Gracián, como un preso, desde su galería espiaba por las desgarraduras de las nubes los indicios del buen tiempo.

Por fin el sol vibró sobre los campos barriendo las tinieblas; y en prenda de que cesaba el diluvio, los caracoles sacaron sus aspitas medrosas, y se diseminaron con sus casitas a cuestas.

Con lo cual Gracián pudo ensillar su caballo y tomar el rumbo de Valle Negro.

Encontró a Mirra haciendo componer la acequia que las copiosas avenidas habían obstruído con malezas y barro; y allí la habló, bajo el follaje murmurador de la arboleda amiga.

—Cuando vine a pedirte perdón, Mirra, no me atreví a más, porque habría sido mucho pretender otra cosa.

—¿Qué otra cosa? — fué a preguntar la joven, pero se contuvo.

—No era tu perdón lo que yo venía a buscar, porque no me habría bastado. Era tu amor, que significaba más que el olvido de mis culpas, más que tu amistad, que tampoco me habría bastado. No te hablé, de miedo de haberme engañado, porque tenía alguna esperanza.

—Hiciste bien — dijo Mirra.

—¿En qué hice bien? ¿En tener esperanzas?

—No, no; hiciste bien en no hablar entonces.

—¿Y hago mal ahora?

Mirra se quedó callada. Luego dijo:

—No sé... ¿Cómo puedo saber?

—Si vos, Mirra, no sabés cuándo hago bien o mal hablándote de esto, ¿a quién puedo preguntarlo?

—¡A nadie, a nadie! — contestó ella con vehemencia; y en voz más baja le dijo: —Yo misma te responderé.

—¿Cuándo?

Habían ido acercándose a las casas, a pie los dos, pues Gracián llevaba su caballo del cabestro, y llegaban a la ventana del cuarto de Mirra. Enfrente crecía el rosal, que durante la primavera y el verano le había dado muchas rosas para adornar la cruz de su padre; y en los últimos tiempos algunas también para Gracián.

Talado horriblemente por el temporal, sólo tenía, en una rama oculta, un botón, y Mirra, al verlo, quiso darse un plazo a sí misma para contestar aquella pregunta de Gracián, en que había de empeñar su palabra y su corazón.

Le contestaría cuando se abriera aquel botón, y le daría la última rosa del otoño, para que la guardara siempre, siempre...

—¿Cuándo? — insistió Gracián.

—Yo misma te diré.

—Pero ¿cuándo será eso?

Ella lo miró, y como un reproche, le dijo:

—Has esperado tantos años... ¿No podés esperar unos días?

El aceptó resignado; pero cada vez que la hallaba, más alegre, como si su dicha creciera a cada hora, la interrogaba de nuevo: "¿Cuándo?" — y ella, que espiaba el rosal: "Yo te diré..."

Un día le dijo: "Será mañana", y había tanta felicidad en su gesto, que él, conmovido y libre de dudas, se animó a besarle la mano; pero fué una sola vez, porque Mirra lo detuvo: "Mañana podrás hacerlo..."

Había cortado las ramas que podían herir su flor, y las que le hacían sombra, y sabía que en unas horas más el pimpollo sería una magnífica rosa, que hablaría mejor que ella de su amor y de sus esperanzas.

Se acordó de una antigua promesa de Gracián, y segura de lo que iba a contestarle al día siguiente, le dijo esa tarde, cuando se aproximaba la hora de la partida: —Una noche, Gracián, me prometiste algo que no has cumplido.

—¿Qué fué?

—Tenías que irte al colegio; faltaba un día para el viaje; había llovido, y yo te dejé arreglando tu valija, y me fuí a la huerta...

—Me acuerdo — murmuró él —. Viste pasar a Flavia y quisiste saber qué hacía a esa hora en el sauzal anegado.

—No fué al sauzal. Allí estaba Amoroso vigilando el camino; fué a la huerta y yo la seguí; nunca te lo dije...

—¿A qué fué?

—Ni yo ni vos ni nadie en Valle Negro sabía quién era la madre de Victoria.

—¡Flavia!

—Sí; esa tarde lo adiviné yo, pero a nadie lo dije porque me aterraba mi secreto. Estaba Flavia cerca de la pilca, más allá del membrillar que la escondía de la vista de todos, y tenía en las faldas a su hija, de doce o trece años en aquel tiempo, y hablaban de vos.

—¿De mí?

—Sí, de vos; que entonces eras mi camarada...

—¿Entonces? ¿Y ahora?

—Ahora no sé — contestó Mirra con fingida seriedad —. Hablaban de vos, y Flavia le decía a su hija: "Algún día Gracián se olvidará de Mirra..."

—¿Por qué decía eso? ¿Qué sabía ella?

—¡Ya ves! ¡Ni que hubiera sido bruja y hubiese leído en las estrellas lo que sería tu vida!

—¡No, no!, porque nunca te olvidé, Mirra. He pasado muchos años sin verte, pero ni un día sin recordarte. Y todas mis peregrinaciones, hasta cuando viajaba por mundos lejanos como un judío errante, me acercaban a vos, sin saberlo yo mismo, porque me hastiaba de las cosas y de los sitios en que no hallaba nada tuyo...

—¡Quién te creyera! — respondió ella con amorosa picardía, y siguió hablando —. Flavia le anunciaba eso, pero su hija no comprendía, y entonces ella aclaró: "Gracián se olvidará de Mirra y será tu amigo." Le dijo "tu amigo", porque a aquella edad no podía decirle "tu novio".

—Y mintió, ya ves, Mirra; mintió en eso también.

Mirra se quedó callada un momento, para que él sintiera su injusticia.

—¿No has estado enamorado de Victoria?

—¡No! Puedo decírtelo con entera verdad, Mirra; porque si me creí enamorado de ella, fué un engaño que yo mismo sufrí, pues en ella te buscaba a vos, te quería a vos, te perseguía como en un sueño o como una sombra que corría delante de mí; y dejé de quererla cuando una vez en la iglesia viéndote a vos misma, comprendí mi locura. Eso fué todo.

—¡Oh, Gracián! — exclamó conmovida por aquella palabra en la cual creyó.

—Eso fué todo — repitió él —. Lo que quise en Victoria fué lo que había en ella de vos,

por haber vivido en estos mismos lugares, y porque evocaba tu recuerdo, y viéndola me parecía verte...

—Toda mi vida, Gracián, tuve miedo...

—¿De qué?

—De que Flavia hubiera anunciado la verdad; y que por ella, que era mi enemiga, me olvidaras a mí. Y esa noche, en mi cuarto, viéndome llorar, me hiciste una promesa...

—¡Me acuerdo!

—Yo te dije: "Gracián, ¿me olvidarás?"

—¡Me acuerdo de todo! Si hubiera sido ayer, no lo tendría tan presente...

—Y vos dijiste que no, y como yo estaba triste a morir y no creía en la palabra de nadie, sólo te pedí: "Si me olvidaras, Gracián, que no sea por ella, por la hija de Camargo, que es mi enemiga." Yo no era bruja, pero algo hablaba en mí esa noche y me decía que Flavia no mentía...

—¡Mirra! — clamó él, herido en el alma —. ¿Por qué hablas así? Mintió, ya lo ves, pues a través de los años y de las aventuras he venido a buscarte, y estoy esperando tu respuesta...

—¡Mañana! — le contestó ella.

Bordeaban una chacra a la hora en que el sol caía; y un viento suave gemía entre las cañas del maizal maduro.

—Hasta mañana, entonces — le dijo él, tendiéndole la mano y tomando la rienda de su caballo, que un peón le traía.

—¡Mañana a la tarde! — precisó ella, pensando en la rosa.

A la mañana siguiente, muy temprano, el capataz llamó a la puerta del cuarto de Mirra.

—Ya voy — contestó ella, que había madrugado más que nunca, presintiendo una gran alegría.

Estaban sembrando la cebada para el forraje en el invierno y tenía que dar la semilla. Al salir al patio tuvo que mirar dos veces la figura de una mujer que llegaba en su busca, sin duda.

—¡Flavia! — dijo, y se le contristó el alma.

—¿Te extraña verme?

—Sí — respondió humildemente Mirra, ayudándola a bajar, y se estremeció al sentir su mano helada como la de un muerto —. Como nunca viene, y es tan de mañana...

Mientras Flavia pasaba al cuarto de la joven, ésta corrió al galpón a dar el grano que el peón aguardaba y volvió a reunirse con su extraña visitante.

—Vengo por mi hija, Mirra; porque me han dicho que te vas a casar con Gracián.

Mirra no contestó. La otra escrutaba en su semblante los rastros de la dicha o del amor. ¿Era feliz? ¿La engañaría Gracián también a ella?

Como Mirra no hablara, Flavia la interrogó:

—¿Es verdad que te vas a casar con él?

Los ojos de la niña se llenaron de sorpresa, y la mujer comprendió los motivos y trató de explicarse.

—Yo no tendría derecho de venir a tu casa a pedirte cuentas de tu vida.

—Así es — dijo Mirra.

—Ya lo sé; pero cuando te haya dicho cuál es mi pena, verás que no tengo más remedio...

—¿Qué le pasa?

—Vengo tan de mañana habiendo salido de Cosquín con estrellas, porque no he querido que mi Victoria sospechara que venía aquí. Cuando vuelva le diré cualquier cosa; pero que nunca sepa donde ha estado su madre.

Mirra sentía en aquella trémula voz el alma de la pobre mujer, palpitante de pesar y de vergüenza, y en la sonrisa que animaba sus labios veía una esperanza.

¿Qué iba a pedirle, Dios santo?

—Me han dicho que te vas a casar con Gracián, y yo he venido a contarte, Mirra, jurando que es verdad por la sangre de su padre, que mi hija tiene empeñada su palabra...

Mirra no comprendió.

—¿Quiere decir — preguntó con ansiedad — que él la festeja ahora?...

—No. Quiero decirte que antes que a vos, él la quiso, le dió su palabra y le llevó su honor.

Flavia, llorando, se echó a los pies de la joven, y ésta se puso a temblar.

—Hasta ahora nadie lo sabía; pero en adelante no podrá esconderse nuestra deshonra. Ni a mí me lo ha querido decir, pero yo lo sé, no puedo menos de saberlo, y el mismo horror con que me huye me lo habría revelado. Yo no lo veo a Gracián ni quiero verlo, pero alguien debe decirle que no debe abandonar a mi hija, que se ha perdido porque lo amaba...

Mirra se había levantado, y con todas sus fuerzas trataba de alzar del suelo a la hermana de su padre.

—¡No, no! Así estoy bien; a tus pies, Mirra, humillada hasta el fondo de mi alma, en mi sangre, y escondiéndote la cara para que no veas mi vergüenza.

Los sollozos le rompían la voz, mas hablaba siempre, y su palabra era dolorida, pero vibrante de esperanza.

—No me lo ha dicho ella, pero lo he visto en sus ojos; sé que se va a matar si Gracián no la salva, y nadie sino vos, Mirra, puede pedírselo...

La congoja de aquel corazón se deshizo en llanto silencioso cuando Mirra habló.

—No se matará, porque él es bueno y querrá salvarla. Vaya en paz, Flavia; yo le hablaré, y...

—¿Hoy?

—Sí, hoy.

—¿Estás segura de que hoy vendrá?

—¡Oh, sí!

—¡Ah, Mirra! Que tu padre, en cuya muerte yo no tuve culpa, te bendiga desde el cielo.

Como una sombra salió Flavia y pronto desapareció, y Mirra no se movió de su cuarto, sacudida por una tormenta de dolor que la doblegaba como una caña.

La voluntad de Dios había dispuesto que fuera verdad lo que un día Flavia anunció a su hija, y ella agachaba la cabeza como un sentenciado que no puede apelar.

A la tarde llegó Gracián, y ella lo recibió como a un hermano que ha cometido una falta.

—¿Me contestarás ahora?

—No, Gracián; vas a oírme...

Estaban sentados a la orilla del patio y tenían enfrente una alameda nueva, que en la extremada quietud del ambiente parecía pintada. Sólo arriba, en las ramas altas, sentíase la caricia de un vientecito que moría allí mismo.

—Me dijiste que a Victoria no la habías querido con amor y que todo fué un capricho, y me has engañado.

—Te buscaba a vos en ella — respondió él como una disculpa.

—¡Qué vana excusa! ¿Buscándome a mí le quitaste la honra?

—¿Quién te ha dicho?

—No te importe quién me lo ha dicho, sino si es verdad.

El guardó silencio.

—Y las cosas no van a quedar así, porque todo el mundo sabrá pronto lo que has hecho, y ella se morirá o se matará de vergüenza.

—¿Por qué morir? Los noviazgos se hacen y se deshacen, y nadie piensa en eso. Si alguien habla mal de ella, yo iré y le pediré cuenta de sus palabras y tendrá que callar.

—¿Y si son muchos?

—¡Lo haré con todos!

Mirra sonrió con lástima. En la tierra, al alcance de su mano, crecía un matorral de pichanas florecido. Las florecitas eran una borla roja de pelusillas impalpables; la niña arrancó una.

—¡Mirá! — dijo. La llevó a la boca y sopló.

La borla se deshizo y las pelusas se esparcieron en el aire.

—¿Podrías juntarlas ahora?

—No...

—Bueno; eso pasa con las palabras de la murmuración.

El bajó la cabeza, derrotado y triste.

—Y por encima de todo — continuó Mirra —, ella no se guardó porque te quiso y creyó en tu promesa; y ahora la tenés atada por lo que es más fuerte que el cariño, y es la sangre —. Vaciló un momento y agregó dulcemente: —¿Vas a abandonar a tu hijo?

Gracián, que no esperaba aquella pregunta, se puso de pie, la frente enrojecida y los labios temblorosos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Flavia.

—¿Vino aquí?

—Sí, esta mañana, y no ha mentido.

El se quedó callado, y de pronto, tendiendo los brazos como a una dulce visión que se disipaba, exclamó:

—¡Mirra, Mirra! ¿Debo perderte?

—Sí; tu deber no está aquí, está allá...

—¡Oh, Mirra!... ¿Vos lo mandás?... Si no fuera así...

—Yo lo mando, Gracián.

El se levantó con esfuerzo; tenía los ojos llenos de lágrimas, y su alma oscurecida se iluminó viendo que también ella se contenía para no llorar.

—¿Debo irme de aquí?

—Sí.

—¿Y no volver nunca? ¿Ni aun después de haber cumplido con ese deber?

—No, nunca, nunca. Más vale así..

—¡Adiós, Mirra!

Le tomó la mano y fué a besársela, pero ella se lo impidió.

—Hay que olvidar, Gracián; tu deber está allá...

Y lo dejó ir, vacilante, como un hombre golpeado en la cerviz.

Al entrar en su cuarto vió su rosa, la última rosa de aquel otoño que ella había cuidado para él, y pensó que debía dársela, para que creyera en su amistad y la guardara como un talismán, que habría de infundirle valor; la cortó y corrió a llevársela.

Pero él ya había partido y subía al galope el camino de Cosquín para no volver nunca más a Valle Negro.

Un rato se quedó mirando su figura, que se achicaba en el horizonte, como en aquel día en que lo vió partir para el colegio, después de las últimas vacaciones en que fué su amigo.

Un mar de amargura se le embalsaba en el pecho; para esconder mejor su flaqueza se encerró en su clase y, como en todas sus penas, se arrodilló ante el Cristo exangüe que había dulcificado con su mirada mortecina todos los dolores de Valle Negro y amparado la agonía de su padre.

Y para que aquella rosa que ella cuidó con tanto afán fuera prenda de su amor, subió hasta la imagen y la puso a sus pies.

—¡Oh, Amor no amado! ¡Amor no conocido! — exclamó.

Y sobre la mesita donde corregía las planas de sus escolares, se echó a llorar.

Fin de "VALLE NEGRO"

"—Desde que estás en Valle Negro, ¿lo has visto a Camargo?
La pregunta la llenó de susto.
—Alguna vez lo he visto.
—¿Dónde? — los ojos del señor de Viscarra escudriñaban el rostro pálido y hermoso de Flavia."

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

CHARADAS

Quien *prima-segunda*
vende el *tercia-cuatro*,
debiera llamarse
prima-dos-tres-cuatro.

Un *todo* por la mañana
salió *todo* de paseo.
Al doblar por una calle,
un *prima-tres* al encuentro
le salió, y enfurecido
el animal, muy ligero
se lanzó sobre su víctima;
mas *todo*, a la lucha presto,
tuvo valor, sangre fría,
y al *una-tres* dejó muerto.

Piensa *prima-tercera*,
y de ese modo
con algo de paciencia
sabrás mi *todo*.
Dicen los niños
la *segunda tercera*
por hermanito.

(Las soluciones en el próximo número)

CHARADA EN ACCION



(La solución en el próximo número)

PROBLEMA: EL CABALLERO ANDANTE

En los tiempos heroicos de la caballería, un valeroso caballero iba a salvar a su prometida de las garras de un dragón.

Tenía el tiempo justo, tan justo que si iba a 15 kilómetros por hora, llegaría una hora antes; mientras que si iba a 10 kilómetros por hora iba a llegar una hora después.

Para el éxito de su empresa, era importantísimo que llegase a la hora justa, a las cinco de la tarde, saliendo, como había salido, al mediodía.

¿A qué distancia estaba el lugar de su arriesgada aventura y a qué velocidad debió ir el caballero andante para llegar, con toda puntualidad, a las cinco de la tarde?

(La solución en el próximo número.)

PROBLEMA: DE SOBREMESA

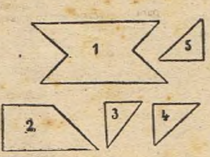
Este problema puede hacerse con fósforos o palillos. Consiste en sacar cuatro del total en la figura, sin mover los restantes, para que queden cuatro cuadrados en reemplazo de los nueve que se ven en el grabado.



(La solución en el próximo número)

PROBLEMA: LA CRUZ

Este es un viejo problema que al parecer tiene su origen en la antigüedad, en China. Se trata de formar con estas cinco figuras una cruz.



(La solución en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

illo illo illo

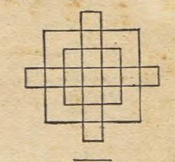
3141617918

(Las soluciones en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DEL PROBLEMA "VEINTITRES CUADRADOS PERFECTOS"

He aquí la forma de dar cumplimiento al enunciado:



De las "CHARADAS"

MARIANO - CAÑONES

De los "JEROGLIFICOS"

SOBREPIE - SOBREPRECIO
OPORTUNO

De las "PALABRAS CRUZADAS"



Aquí le contestamos

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

J. P., *Daireaux.* — Para curtir el cuero de lanar se procede de la siguiente manera: se extiende el cuero sobre una mesa, clavándolo por sus bordes, con la lana hacia abajo. En seguida se comienza a quitar la carne y la grasa con un cuchillo romo, frotando luego muy bien el cuero con tiza. Cuando la tiza empieza a caer en polvo fino, se saca el cuero de la mesa y después de frotarlo con alumbre en polvo, en abundancia, se enrolla, con la lana hacia afuera, manteniéndolo así durante varios días en un lugar seco.

TOMÁS FOGLIO, *Carlos Casares.* — Hay varias formas de templar el acero. He aquí una de ellas: *Temple con prusiato*: A 1 k. de prusiato amarillo potásico se le agregan 3 kgs. de sal común, 120 gramos de bórax y 120 gramos de cianuro potásico. Esta mezcla se echa en un crisol bien caliente y luego se introduce en el mismo el acero. Una vez caliente se saca y se sumerge de inmediato en agua, hasta que se enfríe.

ALIADO, *Capital.* — Dada la índole de su pregunta, le aconsejamos que se dirija a un escribano o abogado, quienes le informarán detalladamente sobre su caso.

ANTONIO MANUEL ACOSTA, *Villa María.* — En el procedimiento de niquelado, la pasta blanca a que usted se refiere no es para sacar brillo a los objetos, sino para desengrasarlos antes de darles el baño correspondiente. Tanto ésta como la pasta amarilla que también cita, son productos extranjeros, cuyas fórmulas están protegidas por sendas marcas de fábrica.

HAYDÉE MUSTO, *Avellaneda.* — 1º: Procuraremos complacerla a medida que lo permita nuestro plan de publicaciones. 2º: Diríjase directamente a la Editorial Sopena Argentina, S. R. L., Esmeralda 116, Buenos Aires.

ATILIO L. RUIZ, *Capital.* — Hemos tomado nota de su pedido, para comunicárselo a los lectores.